

OLGA MERINO

ESPUELAS DE PAPEL



En los años cincuenta, Juana, andaluza de nacimiento, emigra con su familia a Barcelona huyendo de la pobreza. Entrará a servir en casa de Salud Monterde y sus hijas, enriquecidas por un turbio asunto y, a modo de Cenicienta moderna, acabará enamorándose de un anarquista perseguido, su único refugio en una vida sin ilusiones.

Pero en esta segunda novela de la barcelonesa Olga Merino, que se estrenó en 1999 con *Cenizas rojas*, el argumento poco importa. En realidad, *Espuelas de papel* constituye un retablo costumbrista de la España triste, oscura y vencida de la Guerra Civil. Un mosaico de escenas (hiladas entre sí con una fina hebra), descritas todas ellas con una prosa preñada de lírica. *Espuelas de papel*, de hecho, podría leerse como un largo poema interrumpido por esporádicos diálogos que recogen fielmente el habla popular de la época.

Así que no espere el lector encontrar aquí una historia con su planteamiento, nudo y desenlace bien definidos, tampoco grandes misterios o cabriolas argumentales, sino el amor a las palabras que profesa Olga Merino, una esteta especialista en recrear ambientes y sensaciones. La experiencia de leer *Espuelas de papel* se parece, de algún modo, a repasar la versión de posguerra de los artículos de costumbres de Larra como si estos hubiesen sido contruidos con una sucesión de ingeniosas greguerías.



Olga Merino

Espuelas de Papel

ePUB v1.0

LISP - Alderick 84 16.10.12

más libros en espaebook.com

Olga Merino
Espuelas de papel

Título original: *Espuelas de Papel*
Olga Merino, 2004.

ePub base v2.0

Primera Parte

1

La joven que camina haciendo tiempo por el adoquinado irregular de la calle del Carmen se llama Juana. Los ojos rasgados, de color café, con una leve hinchazón de rana cantarína. Es hermosa pero aún no lo sabe. Chachachica solía decirle que con una cuarta más habría sido un cuerpo de reverencia. Juana arrastra una voluminosa maleta de cartón con los cantos de color canela; lleva dos bragas, una bata a cuadros, un camisón, varios trapos blancos y un frasco con aceite de oliva. Le avergüenza enseñar las manos, torpemente vendadas con paños de algodón. Camina con los hombros encogidos porque las miradas le gritan provinciana a cada paso. Querría ser invisible, pasar inadvertida en la gran ciudad, que huele a silencio y sopa de tomillo. La falda de paño le recalienta los muslos; hace calor. Pensó que estaría más presentable ante la señora con medias y los zapatos lili blancos de medio tacón con un esparadrapo en la puntera para disimular el agujero. Juana comprueba la hora en los relojes expuestos en las vitrinas de la joyería que hace esquina y se sienta en un banco de la Rambla a esperar que suenen las campanadas de las siete en la iglesia de Belén. Le escuecen las manos sin pellejo, reblandecidas y envueltas en tiras de una sábana apedazada. La señora la ha citado a las siete de la tarde. La señora Monterde habla atropellando las palabras.

—Mis hijas y yo trabajamos de noche y nos levantamos después de mediodía. No vengas temprano; mejor, por la tarde, a eso de las siete; me dará tiempo de explicarte cuáles son tus obligaciones.

Tienen teléfono en la casa.

La primavera revienta en la tarde de mayo con un denso olor a lilas, a fruta podrida, y en los chillidos de las golondrinas que trillan el cielo de color ciruela. Calle del Carmen, esquina San Lázaro. La portera la deja pasar sin preguntarle adónde va. Juana respira hondo, introduce el aire hasta los riñones, se sacude el polvo imaginario de la falda tubo con las manos vendadas y llama al timbre. Oye pasos que se acercan y un enérgico descorrer de cerrojos y aldabas. Salen a abrirle unos ojos verdes y pequeños, casi crueles, encerrados en bolsas púrpuras. La señora le había parecido más joven por teléfono; tendrá más de cincuenta años.

—¿Doña Salud Monterde?

—Pasa, nena. Te estaba esperando.

Una bata de seda descolorida, con dragones chinos y cerezos aguados por la lluvia, cubre la flácida desnudez de la señora. El escote deja entrever varias cadenas de oro, una llave y un puñado de lunares esparcidos sobre los senos blandos. El pelo teñido de negro, atirantado en las sienes y prieto en un moño sobre la coronilla. Salud Monterde y Juana avanzan en la penumbra del pasillo atestado de muebles. La casa huele a vinagre, traspasado y humo rancio de tabaco.

—Siéntate. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Juana, señora. Juana Merchán.

El comedor, amplio pese al abigarramiento del mobiliario, aboca a la calle del Carmen. En la pared, junto al espejo y a la vitrina de la vajilla, cuelgan una Santa Cena de plata repujada y una urna con un abanico encerrado. Un tapete de blonda amarillea sobre la cómoda. Huele a vinagre para abrillantar la madera. En el balcón entreabierto, un geranio mustio y cubierto de polvo acomete a Juana con un ramalazo de nostalgia.

—¿Estás sola en Barcelona?

—No, señora. Llegué con mi hermana Isabel, la que me sigue en edad, y con mi padre. Los demás se han quedado en el pueblo.

Salud Monterde arrastra por la superficie de la mesa un cenicero lleno de colillas y saca del batín un paquete de Chéster y una caja de fósforos. Salud Monterde se muerde las uñas hasta la raíz. Trazas de locura tiemblan

en las manos gruesas que prenden el pitillo, manos perversas, con la doble alianza hendida en la carne del dedo anular. Instintivamente, Juana aprieta los puños vendados dentro de los bolsillos de la gabardina.

—Por el acento, diría que eres andaluza, ¿no? —Salud Monterde escupe una serpiente de humo por el centro de los labios agrietados. Al otro lado del pasillo se oyen voces femeninas.

—De Puebla del Acebuche, señora, provincia de Sevilla —Juana observa las fotografías dispuestas en marcos de plata sobre el tapete de la cómoda; no aparece un solo hombre en los retratos. Las manos le arden dentro de los bolsillos.

—Tu padre y tu hermana, ¿dónde se hospedan?

—En una habitación realquilada en Conde del Asalto, pero mi hermana Isabel ya tiene apalabrada colocación en una casa —a Juana su propia voz le suena extraña.

—Pero, nena, quítate el gabán, vas a asarte...

Los alacranes son alimañas del diablo. Lo decía Chachachica, que se manejaba bien en los asuntos oscuros. Fue ella quien sorprendió a Juana una tarde de verano, con su hermana Isabel y con Andrea, la hija del vecino carpintero, prendiéndole fuego en el patio a una corona de encendaja en cuyo centro agonizaba un escorpión. Las niñas se lo habían oído contar a la maestra, doña Amalia: el alacrán se clava el aguijón curvo en la coraza y se inyecta su propio veneno cuando se ve atrapado por las llamas. Doña Amalia se afeitaba los domingos para ir a misa, y el aliento le apestaba a manteca colorada.

—Niñas, no olvidéis nunca que falda, balcón y soldado se escriben con ele.

Juana es ahora un alacrán aprisionado en un cerco de palabras.

—Quítate el gabán, nena.

Juana se rinde a lo inevitable. Este es su nuevo hogar. Vivirá aquí todos los días, salvo los domingos y unas horas de la «tarde del jueves. Ya no hay remedio. Se despoja con cuidado de la gabardina y deja las manos vendadas

al descubierto.

—Pero, bueno... ¿Qué te ha pasado? —los ojos diminutos de Salud Monterde chisporrotean con un brillo efímero.

—No es nada, señora. Ya estoy curada. Tuve un accidente en la casa donde servía antes. No me echaron; me fui yo, señora —Juana baja la vista y la clava en el dibujo del mosaico hidráulico.

—¿Y se puede saber cómo piensas trabajar sin manos?

—Si ya estoy casi curada, señora. Póngame a prueba una semana, se lo pido de rodillas. Si vuelvo a Conde del Asalto sin la semanada, mi padre me mata. El no sabe nada, no me ha visto las manos, no sabe nada. Por lo que más quiera, señora, sólo una semana, no se arrepentirá...

Salud Monterde se aproxima hacia la luz arrastrando los pies y abre el balcón de par en par. El aroma empalagoso de las lilas inunda el comedor. Los ojos verdes de la señora se clavan en la garganta de Juana.

—¿Te ha visto un médico?

—No hizo falta, señora. Me curé yo misma con aceite de oliva.

Al anochecer el piso de la calle del Carmen queda embebido en un silencio de claustro. Salud Monterde y sus dos hijas, Montserrat y Mercedes, acaban de irse. Han salido por separado, muy arregladas y con sendos bolsos cruzados en bandolera sobre el pecho. Montse, sonrosada, el cutis de melocotón, embutida en un vestido de lunares entallado que la engorda. Mercedes, seca, alta, huesuda, el escote negro muy pronunciado, las pantorrillas elásticas sobre el tacón de aguja. Doña Salud se ha despedido en el quicio de la puerta con el bolso apretado contra el estómago.

—No abras a nadie, Juana, ¿me oyes? A nadie. Volveremos de madrugada. Cada una tiene su juego de llaves, así que no hace falta que estés pendiente de nosotras. Acuéstate en cuanto recojas la cocina. Y atiéndeme: no abras a nadie, ni aunque te dijeran que vienen de mi parte o de Merche. Tú, ni caso. El teléfono sí puedes cogerlo, pero que no se te escape que hemos salido. Tú, simplemente, tienes que decir: la señora Monterde no puede ponerse ahora, ¿qué desea usted? ¿Me has entendido, nena?

—Sí, señora. Descuide.

—Y no se te ocurra fisgar en el cuartito, ya te lo he dicho. Además, es inútil: las llaves siempre vienen conmigo y el ojo de la cerradura está cegado con miga de pan mojada. Ya estás advertida, así que tú misma. Piensa queni siquiera mis hijas entran ahí. Buenas noches, nena. Cuando te acuestes, cierra la espita del gas.

Juana está sola en la casa. La habitación que le ha asignado la señora es un pozo angosto. La lámpara de lágrima, colgada del envigado inalcanzable, derrama sobre la colcha de croché una luz perezosa y amarilla. El cuarto ventila por una tronera abierta en la pared que da a la cocina. Los barrotes metálicos de la cama están repintados de blanco con burdos goterones. Juana abre torpemente la maleta de cartón con las manos vendadas. Saca un rebujo de trapos y el frasco de aceite y los coloca sobre el mármol de la mesita de noche; deja el camisón a un lado de la cama y coge la fotografía, guardada en el bolsillo de la bata a cuadros.

Aparecen siete mujeres en el retrato y un solo hombre, el padre. Manuel Merchán posa en un extremo, apartado del racimo de hembras, el rostro sombrío y las entradas disimuladas con tizne de la sartén. Matías Iruela, el carpintero de la casa de vecinos, no aparece en la fotografía; ya había fallecido porque Manuel Merchán lleva puestos sus zapatos. Al carpintero lo amortajaron descalzo. Era por mayo, cuando Puebla del Acebuche celebra su feria. Las siete mujeres visten de manga corta, y la mancha blanquinosa que se adivina tras la espalda de la madre es la dama de noche en flor. Chachachica está en el centro, sentada en la silla de enea; esconde los pies desnudos tras las patas porque decía que el pellejo le afeaba las junturas de los dedos. Chachachica tiene los ojos cerrados: rígida, el pelo blanco recogido en un moño, diminuta dentro de la bata de percal negro, los aretes de azabache prendidos de las orejas elefantinas, las manos posadas sobre el vientre, la nariz ancha y una curva finísima insinuándole la boca. Juana, a su lado, ausente, la mirada perdida más allá del patio y los tejados, una mano apoyada en el respaldo de la silla, la otra metida en el bolsillo de la bata. Juana tiene trece años. A la derecha, su hermana Isabel sonríe con cara traviesa y una pose coqueta: una mano en la cadera, con la otra se cubre la

tabla del estómago. A la izquierda de Chachachica, un poco adelantada a la silla, Elvira, la tercera de las hermanas Merchán, con las rodillas despellejadas y una gruesa trenza cayéndole sobre el hombro. El fotógrafo le ha segado los pies, lo mismo que a la hija del carpintero, Andrea Iruela, y a su madre, Dolores, con la blusa de viudez prematura y las ojeras profundas. En el otro extremo de la fotografía, al lado de Isabel, la figura de la madre sobresale de perfil: los pliegues amargos de la boca, el pelo sujeto con dos horquillas detrás de las orejas. El vientre le abomba el delantal de dril: está preñada. ¿De Consuelo?, ¿de Luz?, ¿de Cecilia quizá? La madre siempre encinta y el padre vestido con ropa de muerto. El retrato tiene seis años; Juana dejó de ir a la escuela poco después. Eran las fiestas del pueblo y Manuel Merchán mandó aviso al retratista para que se llegara hasta la casa de vecinos de la calle Alpechín con el trípode y la pañoleta negra. Lo dice en el reverso: «Serafín Peinado, fotógrafo, Puebla del Acebuche (Sevilla), 1949». El retratista refunfuñaba debajo del trapo.

—A ver, niñas, quietas, que me arruinaréis la placa. Una, dos y tres.

El fogonazo de luz blanca y, de repente, la humareda y un tufo acre entre las macetas del patio. Chachachica se santiguó con los ojos cerrados.

—Jesús del Gran Poder.

Juana todavía debe hacerse la cura y se sobrepone a la anticipación del dolor. Las manos arruinadas para siempre. Manos que eran preciosas, de cuento, de princesa.

—Tienes manos de niña rica; enseguida se te estropean.

Juana se cortó las uñas dos meses atrás, cuando entró a servir en casa de los Amat, su primer empleo en Barcelona. Se las quemó adrede con sulfumán. Estaba sola, como ahora, en la casa de Muntaner, y los señores volvieron del teatro antes de lo previsto.

—Vas a fregar la bañera ahora mismo, marrana.

Juana se quedó paralizada en medio del pasillo, el cuerpo apenas envuelto en la toalla bordada con las iniciales de los señores Amat. La avergonzó justificarse, confesar que nunca había visto una bañera, ni toallas perfumadas, ni tarros de sales, ni jabón con aroma de rosas. Se mordió los labios para no llorar el dolor y la sucesión de cenas miserables —membrillo y

requesón— servidas en platos de porcelana sobre manteles de hilo. De rodillas, descalza, con la toalla sujeta bajo las axilas, la piel todavía mojada, se dispuso a limpiar la bañera. La botella contenía sulfamán. Juana lo sabía; ella misma lo había comprado en la droguería y lo vertió a conciencia sobre sus manos y el estropajo. Frotó con rabia el cerco de jabón que había quedado en el esmalte de la bañera hasta que las manos se despellejaron. Pero no lloró. La piel desollada ardía. Dos uñas se desprendieron de la carne como almendras mondadas y quedaron atrapadas en la rejilla del desagüe. La señora chillaba a sus espaldas. Limpiar, limpiar, ¿limpiar qué?

La cura duele. Ya falta menos. Juana deslía sus manos envueltas en vendajes aceitados. Muerde un pedazo de sábana para soportar el trallazo de arrancar el paño adherido a la carne. Un tirón, por la Virgen de los Desamparados; otro, por Chachachica; otro más, por el alma cansada de la madre. Los dientes rechinan. Otro, por el abuelo Curro, desventrado con unas tijeras de esquilar. Una, dos y tres. Juana sopla sobre el escozor. La uña del pulgar ya asoma. Otro tirón por sus cinco hermanas y el pequeño José. Agua, agua, agua. Las manos quedarán marcadas para toda la vida. El último estirón, por el padre. ¿Por el padre?

Andrea, la hija del vecino carpintero, junto a las tapias del cementerio, señaló los agujeros de bala. Tenía la boca llena de botones de malva.

—Mi padre dice que Merchán es un cobarde.

2

La escalera que llevaba a la habitación del palomar era estrecha y empinada, y había que subirla apoyando la mano en la pared lateral para no perder el equilibrio. La pronunciada inclinación de las jácenas obligaba a agachar la cabeza al abrir el ventanuco para airear el cuarto y al fregar el piso de madera con cepillo y asperón. En primavera, las golondrinas anidaban en los agujeros de buche del tejado, y caían barro, plumas negras y briznas de paja sobre las sábanas hechas con sacos de almejas cosidos. Cuerpos endebles de hembra se apilaban sobre la arpillera con letras rojas estampadas: TRINITARIO FLORES, PESCADO Y MARISCOS FRESCOS, PUNTA UMBRÍA, HUELVA. Las sábanas de saco picaban en la piel, como raspaban los pies de Chachachica, encallecidos de andar descalza por el patio y por los campos rastrojados. Juana dormía con Chachachica en un jergón tendido sobre el piso del antiguo palomar, junto a la cama alta que Isabel y Elvira compartían. Isabel, débil, raquítica, se afanaba en respirar con la boca abierta; Elvira, en el filo del colchón de borra: el pelo negro destrenzado, las piernas recogidas y llenas de mataduras. En el piso inferior, en la única habitación aparte de la cocina, Consuelo y Luz dormían pies con cabeza aprisionadas en una cuna de barrotes. Cecilia, en un moisés infestado de chinches junto a la cama de los Merchán, al lado de la alacena donde las sartenes cohabitaban con la ropa remendada y el tarro de pimentón dulce. Nada tenía su propio lugar en la casa.

Chachachica dormía poco. Cuatro horas de reposo le bastaban para recobrar las fuerzas y reanudar la espiral del tráfago doméstico en una casa atestada de niñas y macetas. Dormía poco y con sobresaltos. Algunas noches, Juana sufría sus patadas de ahogado y oía murmullos apenas inteligibles entre los que a menudo le parecía distinguir un nombre pronunciado con ansia: capitán Díaz Criado.

—Por Dios se lo suplico, capitán. Tenga piedad, ¡si aún no me ha cumplido los dieciocho años!

Chachachica cuidó de Manuel Merchán en su orfandad; la madre, Josefa Vázquez, falleció en la devastadora epidemia de gripe de 1919, cuando el pequeño contaba dos años. Algún tiempo después, el padre, Curro Merchán, fue asesinado tras una juerga pagada por señoritos. Aunque Chachachica no tenía lazo de parentesco alguno con la familia Merchán, Juana y sus hermanas la consideraban una tía abuela carnal. Nadie en Puebla del Acebuche conocía su verdadero nombre. Inquieta, supersticiosa, aferrada a su dignidad callada, Chachachica había confesado a las niñas de Merchán que era hija de payo y de un cuarterón de gitana y que la abandonaron sietemesina en la inclusa de un pueblo gaditano, donde el color de la bahía se le quedó pegado a los ojos celestes. Ignoraba la fecha y carecía de una cédula de identificación que acreditara su nacimiento. La verdad y el embuste se mezclaban en su voz de bóveda.

—Chacha, ¿cómo es el mar?

—Salado y no se acaba nunca. Es como el cielo, pero está abajo.

Aunque dormían aliento contra aliento, Juana sólo la vio desnuda en una ocasión, un domingo muy temprano en que desvelada bajó a la cocina buscando el sosiego de Chachachica, cuyo cuerpo había dejado un hueco caliente en el jergón. Juana salió al patio y oyó ruido tras la puerta del cobertizo, como si alguien estuviese trasegando agua del pozo. Arrimó la nariz a los tablones y miró a través de una rendija. Chachachica, con una mano apoyada en el brocal, se echaba agua sobre la piel escamosa; tenía los pies dentro de un barreño de zinc en el que flotaban hojas de hierbabuena.

Los senos vacíos y marchitos, coronados por pezones renegridos como el pellejo de las brevas. La visión del primer cuerpo adulto desnudo: la carne enjuta y brillante de agua, cañas por piernas, el vello del sexo ralo y canoso. La melena lacia le llegaba en dos crenchas blancas hasta la cintura. La voz cavernosa repetía la misma frase en la soledad oscura del cobertizo.

—Capitán Díaz Criado: el mal que anheles a la tumba te lleve. El mal que anheles a la tumba te lleve. El mal que anheles a la tumba te lleve.

La imagen del cuerpo despojado y, de repente, una punzada instintiva en los dos botones —sonrosados, ajenos, dolorosos al tacto— que habían comenzado a brotar en el pecho de Juana. La pelusilla clara, casi invisible, le hería el pubis. El perfil de Chachachica enmarcado en la ranura de la puerta, la cabeza gacha, los ojos azules inmóviles sobre la superficie del agua. La voz áspera emergió de las profundidades del pozo.

—Niña, lo que estás mirando es la cáscara de una nuez huera. Vuélvete a la cama, que el sol aún no ha salido.

Juana estaba convencida. Las veces en que sorprendía a Chachachica hablando sola, en realidad estaba conversando con los muertos, mayormente con el abuelo Curro, quien en la atardecida, cuando amenguaba el bochorno, aullaba la pena de haber sido desventrado antes de la treintena con unas tijeras de esquila. En la Noche de Difuntos, Chachachica les encendía lamparillas de aceite, encadenaba rezos y los consolaba en su desesperación errante. La chacha debía de tener el alma y los huesos llenos de viento solano y cristales. Si miraba fijamente a los ojos de quien tuviera delante, podía sonsacarle incluso las pasiones más ocultas. Mujeres con la razón extraviada llegaban desde cortijadas lejanas hasta la casa de vecinos de la calle Alpechín y dormitaban al raso aguardando a que Chachachica las apaciguara. Le pedían que adivinara el paradero de un ser querido, y aunque le arañaban los puños para introducirle billetes, no solía acceder a las súplicas porque se trastornaba, perdía el sentido y cada vez le costaba mayor esfuerzo reponerse. Cuando consentía, le daban de beber un vaso de aguardiente y la sentaban con cuidado en un rincón donde no pudiera golpearse. Los adultos encerraban a las niñas en la habitación del

palomar.

—¿A qué jugamos?

—¿A qué quieres que juguemos? A nada. A escuchar qué dicen abajo.

—Desde aquí no se oye nada... Anda, abre la cómoda y saca la lata.

Dentro de la caja de hojalata, el padre de Juana guardaba una bala, varias hojas arrancadas del Antiguo Testamento, un reloj con la esfera aplastada y una cartilla militar de campaña con un águila en la tapa.

—Anda, lee tú, Juana, que tropiezas menos con las letras.

—«Fecha y objeto de los hechos de armas en que toma parte el interesado. 26 de marzo de 1939: romper el frente rojo por la Sierra Mesegara continuando operación de limpieza a través del campo y pueblo de Belalcázar hasta Almadén.»

Chachachica se levantaba la primera. Entre sombras azulencas, disfrutaba en soledad de la plenitud del día aún por estrenar. Antes de que saliera el sol, se abrochaba la bata de percal negro y bajaba descalza al patio con la cabellera suelta y los zarcillos de azabache columpiándose en la ternilla de las orejas. Mientras se peinaba el pelo blanquísimo en un moño, conversaba en voz baja con la mata de jazmín y la dama de noche y despertaba a las aspidistras, al macizo de hortensias y a las siemprevivas, plantadas en cubos roídos de herrumbre.

—Qué gloria de patio nos tiene, chacha.

—Las flores me tienen viva.

Chachachica amasaba barro con vinagre para calmar las picaduras de las avispas. Decía que los cascos de tomate secaban el pus. La loción de albarraz mataba los piojos. Mezcladas, las hojas de tilo y menta y la flor del naranjo acallaban la angustia. La infusión de barbas de maíz drenaba el riñón. Las plantas del patio enfermaban con ella. Minuciosa y en silencio, antes de que arreciaran el calor y el bullicio en la casa de vecinos, Chachachica seleccionaba las mejores flores del jazminero, las envolvía con cuidado en periódicos atrasados que le guardaban en el casino y las preservaba debajo de la cantarera, junto al cobertizo, el lugar más fresco de la casa. Tras el sopor moroso de la siesta, Chachachica ensartaba los tallos de jazmín en

horquillas finas con las que Juana e Isabel se adornaban el pelo o la abotonadura del vestido cuando, al atardecer, salían a pasear por Plaza Nueva y se sentaban bajo los tilos frente a las puertas del casino o acudían a la novena de San Nicolás de Bari. La biznaga más fragante era para Juana, su preferida. Y la más triste.

—La boba de Juana se cree que es hija de un cortijero rico. Mírala, cómo camina, cómo se mueve... Señorita, la señorita del pan pringado.

Fue un domingo de julio, antes de acudir a misa de doce, cuando Juana se atrevió a preguntar. Bajo la parra del patio, Chachachica le estaba lavando el pelo con un recorte de jabón casero, del que hacía ella misma con sosa cáustica y aceite de haber refrito patatas. La astilla de jabón se le escurría de entre los dedos rojos y caía en el agua de la tina con un chapoteo alegre de peces.

—Pobres pero limpias, chiquilla, siempre limpias.

Chachachica le dio el último enjuague a la melena con vinagre para que reluciera como crin de potranca. Con los ojos cerrados, Juana escuchaba el zumbido de las avispas que bebían el zumo agraz de los racimos de la parra. Por entre los pámpanos penetraban saetas de luz que le teñían la piel de los párpados del color de las mandarinas. Mandarinas jugosas y perfumadas que le hicieron pensar en su padre. Un día, de regreso del mercado, Manuel Merchán llegó con dos mandarinas envueltas en el pañuelo de sonarse.

—A ver quién de las dos adivina en qué mano está el regalo. Tenéis que mirar fijamente los tatuajes del antebrazo, los dos: el moro del turbante aquí, en el derecho, y el moro de la barba en el otro. El que guiñe el ojo es el que esconde el regalo.

—¡Pero si no se mueven por más que miro!

—Eso es que no pones atención, Isabel.

—¿Qué decía el moro que te hizo los tatuajes? Anda, papá, dínoslo otra vez. Anda, que nos haces reír. Así, renqueando como hacía el moro... ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Hamito, y chupaba hebras de cuarterón con el paladar. Decía: «Sedra fresca, agua tontona, papel escriba novia. Sedra fresca, agua

tontona, papel escriba novia». Era como yo, y todavía más negro. Siempre decía lo mismo.

Las dos mandarinas eran minúsculas y costaba mondarlas. Las esquiras de piel se obstinaban en esconderse entre las uñas y la carne. Gajos apilados sobre la mesa de la cocina. Siempre hay alguien más rápido, siempre, Isabel.

—Anguila, dedoslargos, tagarnina, patasdearaña.

—Angel de Dios, si casi se nos muere de la pleura; déjala que coma.

La luz hiriente de julio sellaba los párpados de mandarina. Las manos recias de Chachachica desenredaban la mata de pelo con un peine mellado. Los tirones dolían. Sólo un poco. Juana se atrevió entonces a preguntar.

—Chacha...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué tienes? Suéltalo, que te conozco como si te hubiera parido.

—¿Por qué somos tantas bocas en casa?

—Aún eres muy niña para entender. La vida es como es, y hay que torearla según viene.

—La Andrea sólo tiene un hermano, y nosotras somos seis.

Un grillo cantaba monótono entre las hojas de la albahaca.

—Chacha...

—¿Qué quieres, pejiquera?

—Dime, ¿por qué padre no va al campo?

—No seas lacia, Juana... Tu padre es tu padre. No le faltes al respeto.

La vida en el patio se desperezaba con lentitud. Los ventanales y puertas que asomaban a la galería volada se abrían poco a poco y colmaban el barandal de sábanas que oreaban el sudor de la noche. Antonio Maldonado, el zapatero remendón, era el primero de los hombres en levantarse. En Puebla del Acebuche se le conocía por el apodo: Setefo. Robusto, ancho de hombros, escaso de estatura, el pelo cano y cortado a cepillo, los dedos empercudidos de betún, Setefo bajaba al patio y abría los postigos del obrador con la parsimonia de su barriga prominente. Setefo y su mujer, Felisa, no habían tenido hijos; vivían en la primera puerta, torciendo a la derecha, una vez atravesado el zaguán. Durante el largo verano, el martilleo

de Setefo sobre las medias suelas perforaba la densidad del calor e imponía un ritmo lánguido al estatismo sofocante del patio.

La familia de los barberos habitaba en la puerta contigua al tabuco del remendón. El padre, Nicolás Falcón, ya retirado, había enseñado el oficio a sus hijos, los tres varones: Rafael, Paco y Juan de Dios. Después de que Setefo abriera el taller, los tres *falcones* salían con sendas carteras bajo el sobaco con los trebejos de rasurar y se repartían como oficiales en las dos barberías del pueblo. Algún domingo o cuando se aproximaba la feria de Puebla del Acebuche, Rafael, el mayor de los hermanos, afeitaba de balde a los convecinos. A Juana le aterraban su extrema delgadez, su risa aflautada, el brillo ensalivado de los dientes, la sádica elasticidad de los dedos — rápidos, las uñas de los meñiques largas, de ricachona vieja— que pasaban con delectación la navaja por el afinador de cuero untado en aceite para templar el corte. Juana no podía mirarle a los ojos; le aterrorizaba la idea de que el hambre y el calor, percutiéndole en el cráneo, acabaran por enloquecerle y, con la navaja barbera en la mano, rebanara el cuello bovino de Setefo y tiñera las corolas blancas del geranio con salpicaduras de sangre. La madre de los *falcones*, Balbina, preparaba guisos de aire en una cocina de carbón que había sacado al patio para ganar espacio dentro de la casa; por las noches, la cubría con un esterón de pleita.

La familia Merchán compartía ruidos y tabique de panderete con el matrimonio Iruela y sus dos hijos, José María, el mayor, y Andrea. Juana envidiaba en silencio a Andrea por la sonrisa cariada de la madre, siempre alegre, por el regalo de aquella risa limpia que rompía el cielo, los muros, los alerones del tejado y la terquedad de la miseria. El abrazo mullido de Dolores olía a laurel. La madre se llamaba Carmen y nunca acariciaba.

Junto al emparrado, al lado del portalón del taller de carpintería, el padre de Andrea, Matías Iruela, tenía colgada de una alcayata una jaula con un jilguero de alas amarillas y un collarín de plumas blancas que le afinaba la voz. Matías arrastraba los pies al caminar y tosía con espasmos de aserrín. En el claroscuro del taller, el carpintero trabajaba despacio sobre el suelo cubierto de virutas de pino, con el botijo de agua fresca al lado. En la pared del fondo, entre tablones de diversas tonalidades, Matías encolaba fotos de

toreros recortadas de los periódicos que le guardaban a Chachachica en el casino; en una, la única enmarcada, Pepe Luis Vázquez salía a hombros de la Maestranza. Con el tiempo, las manos del carpintero se fueron agarrotando al desbistar la madera con la garlopa. La gubia se le hacía grande entre los dedos de cera y los encargos menguaban.

—¿Qué se te ofrece, Marcela?

—Una tabla de lavar, Matías. ¿Cuándo me la tendrás lista?

—Pásate por aquí en una semana.

Una tabla de lavar. Un platero. Enmendar la cojera de una silla. Tos sucia de sangre y aserrín.

Matías y el padre de Juana mataban el rato con medias palabras. La imagen del padre ocioso a la fuerza, a la sombra del emparrado, el torso desnudo mientras la camisa se secaba en el alambre. El padre apoyado en la pared encalada, bajo la jaula del jilguero, los ojos negros acostumbrándose a la penumbra del taller.

—¿Es que no vas hoy a la plaza?

—No me llegó el pescado.

—Vaya por Dios, hombre. Y qué vas a hacerle, Merchán. Paciencia y barajar. Escucha, escucha... ¿Has visto tú qué tesoro de pajarillo? ¡Si hasta parece que me cante por alegrías!

Envuelta en una calina anaranjada, la vida en el patio —el canto del jilguero, el martilleo y las maldiciones de Setefo con clavos entre los colmillos y la lengua, el tufo de la cola puesta a calentar, la tos melancólica de Matías, los guisos de nada que Balbina aderezaba con ajo y comino, las manos de Dolores asperjando agua de un lebrillo para aplacar la ardentía del suelo rojo—, toda la existencia en la casa de vecinos parecía impregnada de una pátina de alegría que no lograba asfixiar por completo la tristeza muda, la estrechez, la promiscuidad, el aliento fétido y pegajoso de la pobreza.

Los adultos eran sordos y ciegos. Aquel día en que Juana se atrevió a preguntar, el sol bermellón se fundía en la raya del horizonte. Sentada en una caja de boquerones vacía, Juana observaba el discurrir de una hilera de hormigas; las mujeres no habían advertido su presencia. Dolores Iruela tendía los últimos trapos. Chachachica regaba el macizo de hortensias con la

fresca.

—Chacha, dónde está la Carmen. No la he visto en todo el día.

—Acostada.

—¡En la cama todavía! ¿Es que se ha puesto mala?

—¿Mala? En un mes te lo digo, pero tengo un mal agüero.

Se hizo una pausa de cristal líquido entre las dos mujeres.

--¿No estará preñada otra vez?

—Yo veo donde los demás no ven, Dolores.

—¡Por las fatigas del Cristo! ¿Está usted segura, chacha?

—Tan segura como que he de morirme.

Sentada sobre la caja de pescado, Juana se mordió el muslo desnudo. La presión de los dientes dejó una corona de hendiduras azules sobre la carne. Otra hermana. ¿Inés? ¿Aurora? Ya no quedaban nombres en el santoral. El llanto de Cecilia, en el moisés horadado por las chinches, se derramaba cansino sobre las macetas.

Los adultos creían que los niños también eran sordos y ciegos. Veinte días después, Juana escuchó otra conversación de mujeres en la cocina. Chachachica guisaba; la madre, Carmen, se manoseaba la tripa con espanto.

—Chacha... Estoy en falta.

—De cuánto.

—El martes hará mes y medio.

—¿Hiciste lo de los garbanzos?

Juana no necesitó oír más. Los garbanzos: la certeza cortante de las palabras. Chachachica tenía respuesta para casi todas las preguntas: ponía a remojo una gorda de garbanzos durante la noche y, a la mañana siguiente, Carmen debía beberse hasta las heces aquella agua que sabía a tierra húmeda, gusanos y raíces. Si la madre no menstruaba en dos lunas, ya no había remedio. Los garbanzos de la prueba se cocinaban después. Juana tragaba el plato humeante de puchero y pescaba nombres de niña entre el hollejo de la legumbre que había anunciado la llegada de otra hermana. ¿Inés? ¿Aurora?

3

Tres platos de sopa de fideos humean en el comedor sobre el hule de margaritas. Salud Monterde y sus hijas, Mercedes y Montserrat, cenan pronto y caliente para salir a trabajar con el estómago asentado. Frases recurrentes en la mesa.

—Para faenar seguro, el ombligo duro. El champán se sube a la cabeza con la tripa vacía. Y os quiero despiertas, nenas, como dos liebres.

El burbujeo alegre de la gaseosa en el vino ablanda el silencio. La cómoda de las fotografías refulge con lustre agrio de vinagre. Salud Monterde remacha insistentemente los pétalos del hule roídos de lejía con el filtro de un Chéster; lo prende. El pitillo tiembla entre los dedos carnosos y febriles. Acostumbra desmenuzar pan en la sopa y fumar entre plato y plato. Las migajas le hacen cosquillas en los codos. Un padraastro rojo de sangre le escuece en el anular, donde la carne azulea ahogada por las alianzas. A su pesar, no luce más sortijas. Le fascinan las joyas. Los ojos — minúsculos, succionadores, de un verde pardusco— le relampaguean cuando contempla una gema. Con los años, ha aprendido a distinguir las alhajas, a tasar la paciencia invertida por el orfebre en la talla, a reservar las piezas de calidad para los clientes expertos que saben apreciarlas y a hacer pasar el berilo por esmeralda a los bisoños de solapa estrecha y a algún marine norteamericano. Con el tiempo, Salud Monterde ha comprendido también que el peligro y el dinero emanan el mismo hedor que el azufre. Por el balcón entreabierto que asoma a las lilas de la calle del Carmen, trepan el

asma de un motor y el tableteo de los comercios que cierran las persianas.

Desde la cocina, Juana atrapa hilachas de conversación y el repique sincopado de las tres cucharas contra los platos. En la sartén se fríen los últimos trozos de carne que fue a comprar por la mañana al mercado de la Boquería.

Juana salió con el monedero apretado contra la bata a cuadros, a la altura de la boca del estómago. El carnicero sonrió al verla aparecer y trazó un semicírculo en el aire con el dedo índice para que diera la vuelta al puesto y entrara por la trastienda. Los pasajes encharcados del mercado, los ruidos amortiguados en las pirámides de fruta y la pestilencia familiar del pescado arrastraron el eco de la voz paterna desde la lejanía.

—¡Las pescadillas, niñas, las pijotas, que son de plata! ¡Las japutas, los boquerones, las acedías, que me las traen de Sanlúcar y aún se menean!

Dentro del monedero Juana llevaba un brazalete de oro envuelto en papel de seda.

—Dice la señora Monterde que me ponga cuarto y mitad de lomo y que le eche las cuentas de lo que debe.

El carnicero no hizo preguntas y se guardó la pulsera en el bolsillo trasero del pantalón. No la desenvolvió.

—Hasta pronto, guapa.

Los dos relojes del pasillo, asfixiado de muebles inútiles —los cajones repletos de fotografías, bobinas de hilo, frascos llorosos de jarabe—, dan las ocho de la tarde al unísono con una melancolía de anticuario. Juana coloca la fuente de lomo rebozado sobre el hule y retira los platos de sopa con las manos enfundadas en guantes blancos de algodón; los lava todas las noches en la pila cuando ellas se van. La señora Monterde tiene la costumbre de aplastar colillas en los restos de comida; los fideos churruscados por el cigarrillo despiden un efluvio desabrido de abandono y soledad. La señorita Mercedes apenas ha probado la sopa. Las aristas de su desprecio lastiman. Juana no le retira el plato y desliza los ojos negros sobre los fideos abrasados, avergonzada de su propia belleza. La señorita Mercedes —la mirada severa, el gesto hombruno— la incomoda. Suele dejarle las bragas

de encaje con huellas de sexo puestas a remojo en una palangana, y lo hace para humillarla. La señorita Montserrat, en cambio, lava ella misma su ropa interior, sonríe a veces, la llama reina, y tiene dos melocotones en las mejillas. Juana usa a escondidas las pinturas de las Monterde cuando se arregla los jueves para salir a pasear. La señorita Mercedes sabe cómo maquillarse el rostro agrio, y fuma con estilo, echando la melena hacia atrás, como María Félix en el cine de Puebla del Acebuche.

—Salimos a céntimo por cabeza, y que vaya la Dolores del carpintero, que es muy memoriosa.

Las vecinas de la córrala desmenuzaban la misma película, la reconstruían, la reinventaban. El corro de mujeres en el patio. El suelo cubierto de cascarillas de altramuz. La fragancia irreal del jazmín.

— C mo organizamos la noche, nenas? No s  todavía si pasarme por el Boadas o acercarme hasta el Liceo a las once, cuando acabe la función — Salud Monterde habla masticando un bocado de carne.

—Yo he quedado con Feliu a las nueve y media en el Brindis de Plaza Real... Quiere verme antes de que el local se llene. Dice que tiene apalabrada la sortija con un americano —responde Mercedes.

— La esmeralda?

—S .

—Juana, trae un poco más de pan —la voz de Salud Monterde cae sobre el aceite de la sartén—.  ndate con ojo, Merche, que Feliu se las sabe todas.

— Por qué lo dices? Siempre nos hemos fiado de él —Montserrat tercia en la conversación con un tono débil. Su voz siempre suena apagada.

—Yo s  lo que me digo, nena. Que sea Feliu quien se fije el porcentaje, y a lo que te diga b jale la mitad. Si tuerce el morro, s bele algo, pero poco. Y que te acompañe tu hermana. No quiero que vayas sola, Merche.

—No s  a qué viene esto, madre. Estoy habituada a cerrar tratos con ese pianista seboso. Además, dice que el americano tiene el grado de teniente y que es un tipo serio, y blanco.

Juana lleva a la mesa el pan y un frutero con peras.

—Me da mala espina, no me preguntes por qué. No me fio. Vete con cuidado, Merche —Salud Monterde se sirve otro vaso de vino con gaseosa

—. Salvador Feliu, con esa papada de cura cebón, está hecho una buena pieza. ¡Si yo os contara todo lo que vieron estos ojos!

—Vaya... Habló Santa Teresa de Jesús —Mercedes alarga el brazo y coge una pera con un ademán teatral.

Montserrat se achica en la silla. Los rulos de madera, cubiertos por una redecilla de color rosa, le atirantan las raíces del pelo, escaso, lacio y teñido de rubio platino.

Salud Monterde observa a su hija Mercedes con una expresión entre la ira y el cansancio. Acoda los brazos sobre el hule y empieza a mordisquearse el padraastro. Dice: —¿Se puede saber qué le pasa hoy a la señora marquesa?

—Merche, no has probado la carne —intercede Montserrat con la torpe intención de disipar la electricidad que acuchilla el comedor.

—No tengo hambre.

Juana se ha retirado a la cocina. Está de pie, apoyada en el mármol, tratando de cortar un bocado de lomo con las manos enguantadas. Las uñas que el sulfumán le arrancó han comenzado a brotar con un leve desvío de la trayectoria. Las curas ya no duelen, pero quedarán cicatrices sobre la piel, entre los dedos de princesa, para siempre. Carne quemada para toda la vida. La señora Monterde y sus hijas suelen discutir durante la cena. La señorita Mercedes emplea palabras gruesas y su hermana Montse llora. Doña Salud no grita; si acaso, para pedir un coñac, del de la malla. La señora Monterde nunca da portazos.

—A mí los miedos y escrúpulos de ciertas personas me provocan arcadas —Mercedes habla sin mirar a la madre; juega con la punta del cuchillo y las mondas de pera que flotan en la sopa fría—. Salvador Feliu es un pobre diablo, tan honesto y tan podrido como cualquiera. ¿Por qué Feliu habría de ser peor que nosotras? ¿Porque es amigo de todas las putas del barrio?, ¿porque busca amiguitas a todo cristiano que le pague bien? Hasta en eso han cambiado las cosas, madre. Las fulanas le hacían mimos y arrumacos antes, cuando abría la tapa del piano y les sacaba perfumes y la caja con las medias de seda. Eran otros tiempos, madre. Tendrías que verlo ahora, pobre Feliu. Ya no le invitan a fumar rubio de contrabando ni le pagan las copas; ni siquiera le miran y, si lo hacen, es con lástima. Le tiemblan las manos cuando

aporrea el piano. Y suda dentro del chaleco de terciopelo. Suda como un cerdo y tiene los dientes comidos de sarro. Tu socio da asco, madre.

—Merche, por favor, no hables así. Feliu no es socio nuestro. Nosotras no tenemos socios —Montserrat está asustada.

—Por favor qué... ¿Ya estamos lloriqueando? Parece mentira que no maduras. Te disgusta oír cosas desgraciales, ya lo sé, pero tendrás que ir acostumbrándote, ¿verdad, madre? ¡Tu madre sabe tanto de la vida! Todavía tienes mucho que aprender de ella.

—Merche..., ¿por qué me tratas así?

—Para que espabiles, guapa. Vives en una nube; tú no piensas, claro. Que piensen los demás por ti; es mucho más cómodo —el labio inferior de Mercedes, fino y descarnado, tiembla.

—¡Juana!, Juana! —el vozarrón de Salud Monterde rebota en el envigado del techo—. Tráeme un coñac con sifón; date prisa. Del de la malla amarilla.

El tridente de una pausa se hince en el aire del comedor. Los ojos de Salud Monterde relumbran encerrados en las bolsas de gelatina.

—Escucha bien lo que voy a decirte, Mercedes: tendría que haberme metido una aguja de hacer calceta el día en que me preñé de ti. La puerta de la casa está abierta; si no te conviene, coge el portante. Pero mientras vivas aquí, habrás de respetarme y achantar. ¿Sabes el esfuerzo que me costó sacar adelante sola a dos criaturas? Sola... Todo lo que comes, las faldas que te pones, los cigarrillos que fumas, tus caprichos, todo me lo debes a mí...

—Muchas gracias, madre. No esperaba menos de ti.

—¡No me interrumpas! No, no voy a entrar en tu juego; por lo menos, esta noche no. Estoy cansada y no me apetece discutir. Hoy es miércoles y toca trabajar duro. Así que, venga, pencos, arreando, que es gerundio: arreglaos con la ropa que compráis con mi dinero, poneos el rímel en la pestaña y salid a ganaros el pan.

Salud Monterde bebe un trago largo de coñac. El líquido marrón le araña el esófago.

—Y tú, ¿qué haces ahí escuchando, pedazo de boba? Además de torpe, cotilla. ¿No tienes nada que hacer en la cocina? ¡Dónde tendría yo la cabeza!

Si no sabes freír un huevo ni almidonar, ni siquiera agarrar la plancha... ¿Es que tu madre no te enseñó a llevar una casa? Anda, retírate a la cocina; no quiero ni verte.

A través del ventanuco que da al patio interior se oye un batir de huevos sin esperanza. Huele a tristeza antigua. Juana friega los platos con un estropajo de pita bajo el chorro de agua, y la bata de cuadros le absorbe las salpicaduras de jabón. Los ojos microscópicos de la señora Monterde imponen; no precisa siquiera elevar la voz.

—¿Es que tu madre no te enseñó a llevar una casa?

Siesta de agosto sumergida en el limo del recuerdo, La carraca de las chicharras irrumpe en la cocina a través de la mosquitera y los cuarterones entornados, por donde se filtra la furia naranja y oblicua del resol. Juana y su madre doblan sábanas apedazadas, el único juego de sábanas de la casa. La madre tironea de la tela y la arrastra hacia su vientre abultado, en cuya oscuridad tibia flota el embrión de una hermana. El cuerpo menudo de Juana resiste el zarandeo desde el otro extremo de la sábana. Madre e hija no se miran a los ojos. Doblan los trapos de la colada y los apilan en silencio sobre la mesa. ¿Qué piensa la madre en ese instante desgajado de la memoria? Palabras nunca dichas, caricias muertas en las manos.

El cansancio embota la posibilidad de llorar. Fideos hinchados navegan a la deriva en el fregadero. Juana se muerde los labios y piensa en el padre y en Isabel, sentados en las dos camas iguales de la habitación realquilada en Conde del Asalto, frente a frente y sin saber de qué hablar.

—A mí el final de la guerra me cogió en Almadén, provincia de Ciudad Real.

El padre e Isabel habrán bajado al bar a cenar un bocadillo de recortes torpemente animado por un plato de aceitunas aliñadas. Mañana es jueves. Juana e Isabel saldrán a pasear por la tarde. Serán las cuatro largas cuando Isabel llame al timbre de la calle del Carmen, esquina San Lázaro.

—Isabel, larguirucha, dedoslargos, anguila, patas-dearaña.

Isabel llega tarde a todas partes encaramada en los tacones, el único par que tiene; Juana ya la imagina durante el trayecto, absorta frente a los

escaparates del Sepu. Las muchachas recogerán al padre en la boca del metro de Plaza Urquinaona, como cada jueves, cuando Manuel Merchán regresa de la obra con los zapatos salpicados de yeso. Juana le entregará un sobre con el sueldo. El dinero —sobado, arrugado, sucio de recontarlo todas las noches— duerme ahora dentro de una bolsa de ganchillo, en la provisionalidad de la maleta de cartón, acostada en el piso de la habitación. Manuel Merchán envía un giro postal todos los meses a Puebla del Acebuche para Chachachica, sola en el pueblo con un ramillete de criaturas. Ahorrar, ahorrar, ahorrar, la obsesión narcotizante de ahorrar para traerlos a Barcelona. La espesura terca del tiempo.

La noche se derrama en los muros del patio de luces. El agua le ablanda el pellejo de las manos lastimadas. Juana oye la voz de la señora Monterde a sus espaldas.

—Nena, nos vamos ya. Acuérdate de cerrar la espita del gas antes de acostarte. Llámame mañana en cuanto te despiertes; me levantaré contigo. Tienes que irme a un mandado por la mañana, bien temprano. No abras la puerta a nadie, ¿me oyes? Hasta luego.

La quietud de la casa en soledad. El señor Feliu, el pianista sobre el que discutían durante la cena, se acerca algún domingo hasta el piso de las Monterde a comer paella. Juana no le ha visto nunca pero ha oído mencionar su nombre a la señora.

—Una taza de arroz por dos de agua, y déjame el sofrito hecho antes de irte. Feliu viene hoy a comer.

La casa agria sin hombres, el arroz de los domingos para el señor Feliu, las salidas nocturnas, la cerradura sellada con miga de pan y los recados de la señora Monterde.

—Llámame mañana en cuanto te despiertes; me levantaré contigo. Tienes que irme a un mandado bien temprano.

Juana intuye adónde quiere enviarla la señora. Ya ha estado allí en otra ocasión, una sola vez, y al imaginar el reencuentro siente un escozor en las tripas, entre el desasosiego y la fascinación. El señor Pech vive en el Barrio Gótico, en la calle Baños Nuevos, detrás de la catedral, en un segundo piso de escaleras con traviesas de madera que se lamentan al pisarlas. Juana

ignora cuál es su nombre de pila. La señora Monterde y sus hijas se refieren a él como Pech, Pech a secas; cuesta pronunciar el apellido. Doña Salud habla a menudo de él en la mesa, con cierto respeto o quizá con miedo, aunque sólo le puso el señor por delante cuando le pidió a Juana que se acercara hasta Baños Nuevos a llevarle un paquete.

La otra vez, el peso de la derrota achicaba aquellos ojos lobunos, implacablemente azules, casi grises. Atornillado en la puerta de madera, un cartel de esmalte, fondo añil y letras blancas: RELOJERO-COMPOSTURAS. El señor Pech salió a abrir con los faldones de la camisa desabrochada sobre el pantalón, por cuya pernera derecha asomaba la pata de palo. Juana no quería incomodarle, pero sus ojos insistían en taladrar la contera de goma que remataba la pierna falsa y que bailaba prudente sobre una baldosa suelta del recibidor. —Buenos días, señor Pech... Me manda doña Salud Monterde.

La invitó a pasar y le ofreció asiento. El piso olía a cerrado. El señor Pech enrolló la persiana y ató la cuerda a la barandilla del balcón con manos ágiles. La luz austera del Gótico penetró despaciosa en el comedor. El relojero se sentó con dificultad a la mesa camilla, sobre la que apoyó las dos muletas. Había libros en las estanterías, encima de las sillas desparejas, en el suelo; y polvo de años. En un rincón de la sala, destacaba una mesa amplia, más larga que ancha, cubierta de objetos bruñidos y alineados como el instrumental de un cirujano: una lámpara de oficinista, gamuza, pinzas, balanza, torno, una visera, una lupa de ojo, soplete, buriles para engastar y varios tarros de color ámbar; la etiqueta de uno de ellos decía: «Solución de cloruro de cobre». La limpieza de la mesa de trabajo contrastaba con la opacidad del resto de la estancia. El señor Pech es alto, extremadamente delgado, y dos arrugas pétreas y verticales le enmarcan la boca de labios carnosos. En su mirada hay sarcasmo, tristeza profunda y circunspección. El señor Pech vive con un gato.

—Le traigo este paquete de parte de la señora Monterde.

Los dos bistorís azules no respondieron. La miraron, le diseccionaron la silueta, los ojos, las manos enguantadas, y hendieron el tejido blando de las palabras recién pronunciadas. Sin dejar de mirarla, el señor Pech desató los

nudos del cordel que envolvía el paquete con manos seguras, de carne esculpida, las yemas de los dedos manchadas de nicotina. Extrajo dos barras brillantes, de color amarillo intenso y algo más pequeñas que un bizcocho. Parecía oro, pero Juana no se atrevió a preguntar. Habría querido salir corriendo escaleras abajo del piso en Baños Nuevos, pero no podía despegarse de la silla. El señor Pech envolvió de nuevo los lingotes en el papel de estraza y se llevó el paquete atravesando las sombras del pasillo con pasos desiguales y trabajosos. Tac, tac, tac.

—Bueno, hasta otra vez. Me has dicho que te llamas Juana, ¿verdad? Dile a la Monterde que necesito cobre; ella ya sabe para qué. Oye, ¿te obliga esa pécora a llevar guantes?

—No, señor; me quemé con sulfumán en la casa donde servía antes; por eso llevo guantes de algodón... Disculpe, ¿qué dijo usted que necesitaba?

—Cobre. Es para fundirlo con el oro y hacerlo más flexible.

Salvador Feliu ya las está esperando en el momento en que Mercedes y Montserrat Monterde atraviesan la puerta del bar Brindis muy arregladas y cogidas del brazo para evitar equívocos. Cuando Mercedes se maquilla para salir a trabajar por la noche, se exagera el contorno de la boca con un lápiz de color marrón y, si el pulso le tiembla y la línea de perfilador zigzaguea, su boca, fina y descarnada, parece la de una muñeca vieja. El Brindis no suele llenarse hasta después de la cena, pero esta noche, cuando aún no han dado las nueve, ya hay un cliente sentado a la barra. El terciopelo rojo del local huele a cerveza desbravada y colonia barata. Un saxofonista negro, cuerpo estilizado y ojos enormes, ensaya los primeros compases de *Paper Moon*, mientras su compañero desenfunda el contrabajo. En un rincón, difuminados en la neblina del bar, un marine conversa con una mujer rubia, la vulva voraz de sus labios roja y expectante.

—Buenas noches, Angelo, ¿qué hay? —Mercedes saluda al camarero que seca vasos detrás de la barra.

—¡Las hermanas Monterde en persona! Cuánto honor. Hacía días que no os dejabais ver. Tenéis a vuestro pianista cenando en el almacén. El pobre Feliu está en ascuas. ¿En qué trapicheos andáis metidos?

—En nada que te incumba.

—Qué carácter, hija, qué carácter...

—Si no fueras tan chismoso y tan maricón, me casaría contigo, de blanco y con mantilla.

—Tienes la boquita de azúcar cande, Merche. Y, di-me, el chocho, ¿lo tienes igual?

Salvador Feliu está de pie en el almacén del Brindis, apoyado en una pila de cajas de madera con cascos vacíos. Bajo la luz cruda de la bombilla y la cinta atrapamoscas, intenta limpiar con la esquina mojada de una servilleta el lamparón de aceite que acaba de caerle sobre la corbata. Se ha manchado con la cena: bocadillo de atún con pimienta morrón. La impaciencia le hace sudar dentro del chaleco de terciopelo.

—No me vengáis tan tarde, que tengo faena. Los músicos ya han llegado y no puedo entretenerme. A mí me pagan por tocar ahí fuera y no por esperaros a vosotras, puñeta —Salvador Feliu, un hombre mesurado y culto, sólo dice tacos cuando está nervioso.

—Pues vayamos al grano.

Mercedes hace un gesto a su hermana para que se introduzca los dedos en la cazuela del sujetador y saque la sortija envuelta en fieltro negro. Mercedes es demasiado delgada para ocultar la mercancía entre los senos; se acerca a la bombilla y muestra la joya a Feliu.

—Es una filigrana; oro de dieciocho quilates. Y observa el brillo de la esmeralda. Aquí, bajo la luz, acércate. Mira qué facetas. La esmeralda no tiene un solo jardín. Una maravilla. ¿Cuánto vas a sacarle al americano?

Salvador Feliu mira con los párpados entrecerrados a la mujer seca que le observa; mueve el cuello de quelonio y detiene la vista con ternura en Montserrat, que no ha abierto la boca desde que entró en la bodega. Siente debilidad por Montse, porque sabe que es hija suya. Hija en secreto. Feliu se seca el sudor de la frente con el envés de la mano gruesa.

—El tipo quiere verla antes de fijar precio. Vendrá esta noche, más tarde, y con un poco de suerte se emborrachará. No sé si vamos a sacarle tanto como dice tu madre.

—Feliu, no te pases de listo, que esto es limpio, como siempre. No te

debemos ningún favor, ¿entiendes? Si le colocas la sortija al americano, perfecto, te llevas tu diez por ciento y en paz. Y si vas a poner problemas o tienes idea de sacar tajada, liquidamos el asunto aquí mismo. ¿Crees que no vamos a poder venderla? Tenemos así de clientes, gente seria y con dinero, ya lo sabes. Los encargos tienen que esperar porque no damos abasto. Esto es un negocio familiar, Feliu. Tú lo sabes mejor que yo. En el Boadas, en el Brindis, en el bar de la Opera, gente del Liceo..., pregunta donde quieras. Nos conocen; somos las joyeras del barrio. Tú lo sabes. Todo es limpio y cristalino, como siempre.

—Eres igual que tu madre, Merche, una mujer de armas tomar. Depende de vosotras, de que sepáis engatusar al americano. Yo ya hice lo que tenía que hacer... Sentaos y tomad algo, estáis convidadas. Decidle a Angelo que me apunte dos copitas de champán. Anda, vamos. No os pongáis nerviosas. Y yo, a trabajar hasta que venga el americano. Voy a dedicarte una pieza, Merche, de las que te gustan, para que veas que te aprecio.

Mercedes y Montserrat Monterde se sientan a la mesa más discreta del bar Brindis, junto a la barra de Angelo, resguardadas del resto de la clientela.

—¿Qué os pongo, guapas?

—Una copa de champán a cuenta de Feliu.

—¿Y a ti, Montse?

—Una persiana, pero échale poco pipermin, que se me sube enseguida a la cabeza.

El cliente de la barra, delgado y pequeño, camisa blanca y fina corbata negra, las observa a intervalos frente a una taza de café con leche frío que agarra con ambas manos porque teme que el camarero se la retire y le obligue a pedir otra consumición o a marcharse. Pero a Angelo le resulta indiferente su presencia, e incluso se diría que le entretiene observar cómo el hombre de la corbata estrecha, que visita el Brindis todos los miércoles y viernes, da caba al café y lo alarga hasta la madrugada. Angelo, acostumbrado a escudriñar la vida desde el parapeto de su barra, juraría que el hombre del café con leche es músico porque sigue el ritmo con los pies y, cuando tocan jazz grupos de marines, toma notas en una servilleta de papel que se guarda en el bolsillo de la camisa; son muchos años de oficio. La

putilla de la boca roja, la que conversa con el marine, se llama Esperanza, pero en el barrio se la conoce como Espé, así, con acento. Ríe con unas carcajadas estrepitosas y vulgares que molestan al camarero; el soldado americano que le paga las copas de agua coloreada se divierte metiéndole garbanzos y habas tostadas por el canalillo. La puerta de la calle se abre y entran una ráfaga de aire limpio, una gitana con una ristra de lotería y dos hombres robustos, de espaldas anchas, con el pelo negro todavía húmedo. Parecen hermanos. Se sientan a la barra y piden dos cervezas con acento portugués. Angelo se fija en el que es un poco más alto. Deben de trabajar en uno de los barcos mercantes anclados en el puerto. Los ha visto antes; está seguro. El tatuaje en el antebrazo derecho lo acaba de convencer: *Pas de chance*.

No hay suerte, no hay salida, no hay escapatoria, no hay oxígeno en la ciudad que huele a silencio y ceniza mojada.

El Brindis se llena y empieza a hacer calor. Salvador Feliu transpira envarado en el chaleco de pianista. El público aplaude con desgana. Feliu habla en voz baja con el saxofonista y el contrabajo medio en inglés, medio con gestos. El saxofón se coloca detrás del pianista para seguir la partitura; Feliu chasquea los dedos y dibuja cruces acompasadas en el aire; el contrabajo asiente con la cabeza, sin palabras. Los focos iluminan de azul los calcetines sudados de Feliu, que gira el rostro hacia Mercedes y traza un esbozo de sonrisa. Mercedes alza la copa de champán. El teniente americano está a punto de llegar.

4

Los varones no le cuajaban en el vientre; la madre los expulsaba del útero desmedrados, palpitantes y a medio cocer, como huevos pasados por agua. El primer Manuel —Merchán se había empeñado en bautizarlo con su mismo nombre— fue engendrado en la cuarentena del parto de Juana y abrió los ojos al mundo con la fatalidad enredada entre las pestañas. El cadáver tierno permaneció tres días tapado con un saco, dentro de una caja de jureles y abrazado a una barra de hielo, en un rincón de la galería volada que asomaba al patio para que el calor tenaz no le estragara la carne hasta que Matías, el carpintero, rematara el ataúd; entretanto, Chachachica subió el tiesto fragante de la albahaca a la balconada. El segundo Manuel fue alumbrado luego de la tercera hembra, Elvira. Al segundo Manuel lo enterraron en una cajita blanca y sin cruz, con aguardiente y duelo de adulto.

El padre quería un varón.

—Qué, Merchán, ¿otro chomino? A ver si afinas la próxima vez.

Las palabras de Setefo, el zapatero remendón —el pelo entrecano cortado a cepillo, la tripa sarcástica—, la atardecida de junio en que nació Cecilia, la sexta hembra. Setefo había sido requeté y conservaba la boina roja en el armario.

Los ojos color café de Juana aprendían en silencio el mundo circunscrito al enlosado almagre del patio. Al regresar del mercado de abastos de Puebla del Acebuche, hacia las tres de la tarde, Manuel Merchán apilaba las cajas

de pescado sobrante en la umbría del cobertizo, junto al brocal del pozo, para que el género se conservara hasta la mañana siguiente. La niña lo descubrió a través de una rendija de la puerta: el padre se orinaba sobre las chirlas, obstinadas en su cerrazón, para que abrieran las valvas al regusto salado de la urea.

—¡El avío del arroz, el avío del arroz!... Que me las traen de Punta Umbría y se me acaban, niñas, que se me acaban.

Juana devoraba aquel mundo reducido con la mirada, callaba, anotaba deseos imposibles en pedazos de papel de estraza —el mismo con que la madre encartuchaba puñados de almejas en la plaza— y los escondía en las grietas del palomar por el placer de encontrarlos incumplidos y absurdos tiempo después. Los deseos olían a pescado rancio.

Juana y su madre apenas hablaban. A Juana la perturbaban el rictus permanente de amargura en las comisuras de la boca y la panza abombada. Juana la miraba de reojo; había aprendido que era hacia el quinto mes de embarazo cuando la madre necesitaba sujetarse la falda de dril con un imperdible de boca ancha: la tripa baja, amelonada, ajena al cuerpo desgarrado, se hinchaba sin remisión. A Juana e Isabel las subieron a la habitación del palomar con la chacha en cuanto comenzaron a preguntar por los sollozos de la cama grande.

Carmen asumía la preñez como una condena del destino o el capricho de una naturaleza cruel que la había señalado con un vientre fértil donde la semilla germinaba espontánea, suspendida en el aire, en el secarral de las entrañas, sólo con el roce, el olor agri dulce del macho o la brisa tenue del deseo. Juana miraba a la madre de reojo y a escondidas; cuando regresaba de la plaza arrastrando los pies y creía que nadie la estaba mirando, Carmen masticaba hojas de perejil y se daba puñetazos en la barriga con las manos rojas y salpicadas de escamas luego de haber trasegado con abadejos y corvinas. Otra hermana, una boga azulnegra, nadaba en la humedad tibia de la placenta materna, y no había lugar donde acostarla. En el palomar faltaba el aire. En la casa de vecinos de la calle Alpechín no se podía respirar.

Era Chachachica quien preparaba el almuerzo en la cocina de carbón. Mientras guisaba, la cortina de esparto d la solana calcinante, el martilleo

monocorde de Setefo y el refrito de ajo en el hornillo que Balbina había sacado al patio. El oído de Matías Iruela se afinaba a medida que la gasa de los pulmones se le amojamaba. Guiso de habas con vaina resoplando vaho. Pan de cartilla, amazacotado y digno, sobre la poyata de la cocina, las incisiones precisas en la corteza negra con la punta del cuchillo: Chachachica repasaba tres veces el reparto. El padre comía siempre de pie, abocado a la cazuela. Masticaba con ansia y muecas de títere.

—¿Cuánto?

—Nada, chacha. Dos pesetas si llega.

Miradas reblandecidas en la asfixia de agosto. En casa de los Merchán no se hablaba a la hora del almuerzo; en realidad, nunca se conversaba porque la certeza plúmbea de que estaba todo dicho amordazaba las bocas.

—No podemos seguir así; así no podemos seguir... Mañana, con las claras del día, me planto en Plaza Nueva, a ver si el manijero de la Dueña Alta me coge para el verdeo. Y me llevo a la Juana conmigo.

La voz grave de Chachachica resonaba sobre los platos vacíos y relucientes de pringue.

—No te empecines, chacha. A la aceituna, no. Los Maldonado no cogen mujeres para echar peonadas, y sólo os pagarían medio jornal. Además, la familia de los Maldonado no nos quiere ni oler en sus tierras. Acuérdate de lo que hubo conmigo.

—Lo que tú digas, Manuel, pero así no vamos a ninguna parte. ¿Qué le echo mañana al puchero? Anda, dímelo tú. ¿Qué le echo?, ¿aire y pella añeja? Y mientras, que el Cristo del Paño me perdone, vosotros dos jodiendo todas las noches en la cama.

Los ojos afilados de Juana acariciaban el perfil débil y apesadumbrado del padre. La madre, cabizbaja, tragaba sin masticar una loncha de tocino de jamón; sólo había tocino para la madre porque estaba encinta y precisaba alimento, porque la madre y su tripa eran dos, la madre se multiplicaba igual que Dios, uno y trino. La madre se repetía en hembras. Juana habría preferido ser un macho, arrancar la navaja de las manos de Rafael, el hijo mayor de los barberos, y seccionarse de un tajo las tetas —tímidas, pungentes, extrañas al tronco— delante de todos, como Santa Agueda, y

ofrecérselas al padre y al pueblo sobre una bandeja de peltre con blonda: dos flanes temblones con el pezón de caramelo. Ser un macho con músculos de hierro forjado en lugar de senos, salir al campo antes que el sol, trabajar con el estómago vacío hasta caer desfallecido sobre la tierra reseca y volver a casa con la existencia justificada en un jornal mísero. Ser un macho, alzar la voz y golpear la mesa vacía de la cocina hasta que sangraran los nudillos. Zarandear al padre. Los dos pechos amputados y estremecidos como flanes El Mandarín. En casa de los Merchán nunca se compraban polvos para hacer flan. Nunca. En el colmado de Antonio, las cajas se apilaban sobre la estantería. El chino sonreía sobre un fondo azul cobalto y con la trenza lacia sobre el hombro.

—Anda, Juana, coge el capazo y vete a donde Antonio a por una gorda de garbanzos.

—Antonio, que dice mi madre que me ponga usted una gorda de garbanzos.

—Tu madre ya me debe cuatro pesetas, hija.

El pánico de regresar a casa de vacío.

Tras la comida, se abría el reino plumizo de la siesta. Era entonces cuando el tiempo se encharcaba y el bochorno implacable consumía las voluntades. El sol laceraba con púas de fuego la tierra jalonada de olivos, una extensión verde y ocre inabarcable con leves ondulaciones en la lontananza de polvo, de aire sin aire, de luz ciega. La lengua del calor abrasaba las azoteas blancas, los cristales rotos de la almazara, el campanario de la iglesia, los tilos inmóviles de Plaza Nueva frente al casino, las callejuelas encaladas de antiguo esplendor barroco y el contrapunto de las cigarras sajando la quietud con chasquidos de cizalla. El olor de la aceituna molida impregnaba el aire. La casa de vecinos de la calle Alpechín dormitaba con la respiración acompasada. Juana, acostada sobre el jergón, oía los lamentos sordos del padre que ascendían al palomar. Merchán se sentaba en la silla de enea bajo la parra, los codos clavados en los muslos, la cara hundida entre las manos. Nadie salvo Juana parecía escuchar el llanto del padre, un dolor de hombre adulto que desbarataba, una congoja que las

hembras no se atrevían a rozar siquiera con las yemas de los dedos.

—No quiero campo, no quiero campo, no quiero campo...

El campo era el hambre. Los jornaleros se dejaban el cuerpo en la cosecha del tabaco y la siega; avanzaban por los arrozales con el agua hasta las rodillas; se raspaban las manos con las corolas ásperas del algodón; la vendimia, a finales de septiembre; la aceituna, con los primeros fríos.

Dormían a cobijo de las estrellas y caminaban de pueblo en pueblo con los pies llagados. Caras idénticas cinceladas por la miseria se agolpaban en las plazas mayores de los pueblos y aguardaban el jornal diario entre un rumor de tormenta seca. Varones con el mismo pesar sobre los hombros desmadejados, sin una queja, acogotados, adiestrados en el sobrentendido, camisas de tirilla y alpargatas de cáñamo que se deshacían en las trochas embarradas al regreso apresurado de las cuadrillas cuando en diciembre apretaba a llover sobre los olivares ajenos. En Plaza Nueva, Julián Ortega, el manijero de la Dueña Alta, señalaba a los elegidos con la fusta sin desmontar de la yegua. Julián Ortega nunca escogió a Merchán; ni siquiera le miraba a los ojos. Cuando acababa la selección, el capataz daba un rebencazo a la torda y regresaba a la hacienda entre las sombras azules del amanecer todavía intacto.

—No quiero campo, no quiero campo, no quiero campo... El campo es para los lobos.

Merchán odiaba el trabajo en el campo desde la infancia. Cuando la epidemia de gripe se llevó a su madre, el padre lo colocó de porquero en el cortijo de un hacendado malagueño que vivía entre Madrid y Sevilla. El niño Merchán se arrancaba pellejos de los sabañones de las orejas mientras engañaba el hambre mirando a los cerdos masticar algarrobas. Algarrobas amargas, disputadas a codazos con los animales. El milagro de saciar el estómago.

—Ten cuidado, que los marranos se las gastan feas. Yo vi a uno arrancarle el brazo de cuajo a un chiquillo como tú. De un bocado. Así, zas.

Una madrugada de febrero, se le escapó un cochino y el capataz se lo descontó entero de la ración diaria de tocino. Un día tras otro, tras otro, tras

otro y después otro: muescas imaginarias en la papada, el testuz, la oreja del gorrino, en la quijada, mientras los labios de los demás relucían con brillos de grasa. De noche, el niño Merchán se meaba encima de pura soledad y de pánico a los aullidos de los galgos viejos que vagaban sueltos hasta que, al fin, cuando despuntaba el alba, podía salir de la cuadra sacudiéndose briznas de paja de los harapos, se arrimaba a la lumbre de la cocina para entrar en calor y, al hedor del orín recalentado, los jornaleros lo rehuían con las narices pinzadas. Curro Merchán fue a rescatarlo del cortijo borracho de manzanilla y oliendo a mujer pobre.

—Hijo mío, es que cuando canto a gusto la boca me sabe a sangre. Pierdo la cabeza.

El niño Merchán aprendió entonces los secretos del cante en prostíbulos y juergas, de colmado en colmado, de feria en feria, de pensión en pensión, de las que escapaban de madrugada y por las ventanas traseras porque no tenían dinero para abonar la cuenta.

—A los señoritos les gusta el flamenco del bueno.

Al padre lo contrataban a menudo para las juergas que se organizaban en el burdel de la Gavilana. Curro Merchán aguardaba su turno para cantar en una habitación contigua junto al niño, con el sombrero de ala ancha entre las rodillas. Tosía la tos del que huye y apuraba el vaso para calentar la voz.

—El palo más difícil es la soleá al golpe. Es la madre de todos los cantes. Compás mixto de doce tiempos. Así, escucha: un dos *trés*, cuatro cinco *séis*, siete *ócho*, nueve diez, un *dós* —las manos temblorosas de vino percutían sobre la superficie de la mesa.

El niño Merchán cabeceaba entre el pasillo y el cuarto de las escobas, acurrucado en un sillón frailerero de terciopelo granate. En el burdel de la Gavilana había espejos y un trasiego incomprensible de agua, toallas de hilo y jofainas. Fue entonces cuando Chachachica conoció a Curro Merchán y a su hijo. Aún tenía el pelo negro y el corazón nuevo; ya no volvería a separarse del niño.

—Qué dolor de criatura... ¡Si es tu vivo retrato!

—Y me ha heredado la voz, me ha heredado la voz. Aunque no quisiera yo... Con el artisteo se pasan muchas fatigas.

Las ahijadas de la Gavilana obsequiaban al niño Merchán con dulces — pestiños, buñuelos de viento en el tedio sin clientela de la cuaresma, piononos espolvoreados con azúcar y servidos en un plato de porcelana con la cucharita al lado— y le enseñaron a liar tabaco.

—Aguantas el humo en los pulmones y dices: tres grajos negros. Luego lo sueltas. Fiuuuuuu.

Noches de cante y vino. Los señoritos eran altos y tenían la boca llena de dientes. No les faltaba una sola pieza; dentaduras parejas y blancas. Conversaban, siempre conversaban. A veces, reían.

—Pero qué dice usted, hombre de Dios... ¿Cómo no voy a estar de acuerdo con la reforma agraria, don José Joaquín? Entre las fanegas que tengo y las que me corresponderían, pues figúrese...

Fue de madrugada, y era invierno; acababan de proclamar la República. Saliendo de casa de la Gavilana, Curro Merchán hablaba a gritos y blandía un puñado de billetes. La muerte, rápida y astuta, estaba esperándole. El hombre que lo mató tenía un brazo más delgado que el otro.

Aquella vez, la juerga en el prostíbulo, costeada por terratenientes que vivían entre sus labrantíos en Sevilla, las monterías y los asuntos despachados en Madrid, acabó al amanecer, empapuzada en vino y con estrépito de botellas rotas. Chachachica —entonces, sólo el niño Merchán la llamaba así— se encargaba de limpiar las habitaciones del burdel, de lavar los juegos de cama y las toallas, de trasegar con palanganas y jofainas cuando sonaban las campanillas en los cuartos, de hacer la compra y cocinar. La regenta del burdel se llamaba Teresa Almenara, pero la apodaban la Gavilana por la vehemencia con que defendía los intereses del lupanar; ella se decía viuda. Las sobrinas de la Gavilana se despertaban hacia el mediodía y, aún desgredadas y en camisón, ayudaban a Chachachica a doblar las sábanas humeantes de plancha.

—¿Qué guisote tenemos hoy?

—Nitos fritos. Con lo que me da tu patrona para las compras, ¿qué quieres que invente?

La Gavilana hizo cuentas de lo que pensaba embolsarse aquella noche con la fiesta, y los números la imbuyeron de sobrada generosidad como para

obsequiar con un par de medias de seda —los matuteros las transportaban a lomos de acémilas desde el campo de Gibraltar— a cada una de sus protegidas, a quienes había adiestrado a lucir los muslos con discreción sobre el terciopelo ajado de los butacones.

—Hijas, a los hombres les asusta el descaro... Putas, pero sin que se os note. Esta noche viene gente principal, y quiero que toda Sevilla se entere de cuánta clase tienen mis sobrinas. Las demás no os rozan siquiera la suela del zapato; metéoslo en la cabeza.

El burdel olía a amoníaco diluido y a tabaco de cuarterón por más que la Gavilana obligara a las muchachas a ventilar las estancias cuando la casa esperaba clientela pudiente.

—Doña Teresa, nos tiene las ventanas abiertas de par en par desde el primer café; si se nos congelan las partes, se le arruina el negocio y usted verá lo que hace. Estamos encogidas.

—Atiende, flor de estufa: en esta casa lo que quiero son mujeres, y no sindicalistas ni monjas con achaques. Si tienes frío, vístete y arrima el culo a la salamandra.

La juerga acabó al rayar el día. El estómago de uno de los clientes, descompuesto de amontillado y aceitunas, se quebrantó sobre la fuente de jamón, torpeza que los demás saludaron con carcajadas, palmetazos en los muslos o muecas de repugnancia. Chachachica limpió el vómito con una aljofifa de saco entre la acidez de sus propias bascas y las miradas que la azuzaban como a una sombra sin carne y demasiado lenta. La Gavilana roció el salón con risas fingidas e hisopazos de agua de colonia.

—Hale, hale, que ya huele a limón. No ha sido nada y sigue la fiesta. Ahora mismo le traigo una taza de poleo, don Emilio. ¿O prefiere usted un caldito que le entone el cuerpo? Le cuelo la grasa con una borra de algodón, y verá qué bien le sienta.

A escondidas de la patrona, Chachachica lavó las tajadas de jamón en un lebrillo con agua abundante y jabón; las enjuagó, las secó con un paño limpio de lino y las ocultó en la talega. El niño Merchán dormitaba en un sillón cojo, escondido de las visitas en el cuarto de las escobas.

—Qué asco; me estás levantando el estómago.

—Pues vete a tu sitio, guapa, que no se te ha perdido nada en la cocina... El jamón es para mi Curro, para el niño, que está creciendo, y para mí también, que mañana ni me acordaré de dónde salió.

Aquella madrugada en que la muerte salió en su busca, Curro Merchán cantó acariciando la promesa de los quince duros que había apalabrado con la Gavilana. Los señores querían fiesta grande, y entre los que le palmeaban el cante, había un individuo a quien no había visto en su vida; Curro Merchán pensó que la Gavilana lo habría contratado por su cuenta.

—Heredia, y ése, ¿quién es? El que palmea, el que está sentado al lado de Perrachica... Tiene un brazo más delgado que el otro, ¿te has fijado? Parece tullido, pero no me lleva mal el compás.

—Le dicen Rafael y es fragüero. Se conoce que la candela se le comió la carne del brazo.

La juerga acabó ahogada en alcohol y un charco de sangre.

—Dame lo mío.

—Y tú, ¿de dónde sales?

—A mí me contrataron lo mismo que a ti; tú al cante y yo al compás. A cada uno, lo suyo.

—Pues entiéndete con la Gavilana.

—Te digo que me des lo que me toca. Y no me calientes la sangre, que me conozco... La gente dice que tengo un pronto muy feo.

—Yo no te he visto en mi vida. ¿De quién eres?

—Soy de los Carmona, los de la fragua. No quiero conversación contigo; dame lo que me toca y en paz. Ya sé que te dicen Curro Mediamierda y dónde encontrarte.

—Yo no te debo ni los buenos días, hijoputa. Canté por derecho, y a ti nadie te dio vela en este entierro. Si apalabraste con la Gavilana, componte con ella.

La luz mate del amanecer echó un puñado de sal en el filo de las tijeras que brotaron de la faja del fragüero. El azar tiñó de violeta el giro rápido de muñeca, la sangre que manaba a borbotones y reseguía en zigzag las rendijas de los adoquines, la torpeza de unas manos que intentaban en vano contener el palpito de los intestinos. Resguardado en el zaguán, el niño

Merchán vio a Chachachica besar los labios de cera de la muerte y oyó un chapoteo de cristal en el aljibe, donde el hombre del brazo inútil se lavó las manos y limpió las tijeras de esquilar antes de salir huyendo entre las sombras del alba.

—No quiero campo, no quiero campo, no quiero campo... El campo es para los lobos.

A la hora de la siesta, Juana escuchaba el lamento del padre ahogado entre las hortensias del patio. Nadie en la casa de vecinos de la calle Alpechín atendía al sufrimiento de Merchán, salvo Juana, abandonada a la pereza, a la blandura del cuerpo que se negaba a moverse envarado en el calor blanco, en la imposibilidad de acercarse al padre, de hablar con él, de acariciarle, de intentar comprender sus silencios. ¿De qué se podía hablar con el padre? ¿Dónde estaban las certezas?, ¿dónde los brazos fuertes, seguros, que abrazaban e invitaban a descansar en ellos? La imposibilidad de conversar con el padre.

—A mí el final de la guerra me cogió en Almadén, provincia de Ciudad Real. Nos replegaron en tren hasta Sevilla capital, estación Plaza de Armas. Estuvimos cuatro días metidos en los vagones.

Los moros azules bailaban la danza del vientre tatuados en los antebrazos del padre, que intentaba distraer a las criaturas de los latigazos de la tripa vacía.

—En la guerra, los moros llevaban zaragüelles de color garbanzo amarrados a las corvas, y tenían la picha tan larga que se la enrollaban a la cintura.

—Merchán, no tienes vergüenza ni la has conocido. ¿Cómo les dices eso a las niñas?

Juana observaba con ojos inmensos al padre, que sostenía a Isabel entre los brazos. Flacucha, tagarnina, patasdearaña, desvalida, coqueta, enferma de pleura. El padre se acordaba de todas las estaciones del repliegue, desde Almadén, provincia de Ciudad Real, hasta Sevilla capital.

—Ea, ea, ea, mi niña, haz por dormirte. Si te las aprendes todas, te compraré un huevo y chochos de vieja y majoleto y un membrillo asado.

Ponte buena. A ver, repite conmigo: Almadenejos, Los Pedroches, Belalcázar, Cabeza de Buey, empalme de Almorchón, Zújar, La Granjuela.

La salmodia de nombres despistaba la enfermedad y los picotazos del hambre.

Peñarroya (lluvia de barro sobre los campos quemados).

Empalme de Bélmez (mujeres de negro en la estación).

Cerro Murriano («Dicen que hemos ganado la guerra, Merchán»).

Córdoba («¿Victoria?, ¿qué victoria?, ¿de quién?»).

Los Rosales («Yo me hice fascista por un plato de pijotas. ¡Si yo en la trinchera disparaba al aire!»).

En el calor de la siesta, Chachachica también se abandonaba al aturdimiento sentada en el banco de la cocina. Dormía poco; tan sólo mantener los ojos cerrados durante una media hora —el pulso le latía bajo los párpados— era suficiente reposo para su cuerpo diminuto y acostumbrado al esfuerzo. En la modorra caliginosa, las voces de los muertos se le entreveraban con una danza de fogonazos que retornaban fugaces desde el pasado.

—Capitán Díaz Criado, recuérdalo: habrás de morir como un perro.

Finales de junio del treinta y seis. La ausencia del joven Merchán agujonea la madrugada con zumbidos de abejorro. Es imposible atar corto a un muchacho con diecisiete años recién cumplidos, sin oficio ni dinero en el bolsillo y con hambre acumulada en la memoria. Manuel no ha regresado todavía y ya empieza a clarear; en la habitación no hay reloj. Chachachica se santigua y prende dos mariposas de aceite —una por el alma de su madre; la otra, por un amor desventrado— para que los muertos errantes vigilen los pasos del joven. Alguien aporrea la puerta.

—¿De dónde vienes, sinvergüenza?

—Me entretuve con Laureano, el Campano, con Juan, el de la Tomasa, y unas amistades tuyas.

Merchán habla con la boca llena. Engulle los garbanzos fríos del puchero.

—Apestas a vino... Te pregunto dónde has estado y no con quién.

—Pues si sabes con quién anduve, ¿para qué preguntas tanto?

Estuvimos en el cortijo de la Dueña Alta.

Merchán sopea un cantero de pan en el culo de la olla. Come de pie y con ansia.

—Traes los ojos llenos de espanto... ¿Qué habéis hecho? ¿Y la saca?, ¿qué llevas en la saca?

—Abre y mira.

—¡Santo Cristo del Paño! ¿Y para qué queremos nosotros dos un candelabro de plata? Dime, ¿para qué? ¿Qué habéis hecho? Nos estás buscando la ruina, Manuel.

—Ya han debido de dar aviso a los civiles.

Los muchachos bebieron aguardiente para envalentonarse. Sobre las tapias de la cancela, Laureano —el único de la pandilla que sabía escribir— trazó torpes letras de palo: «Menos Semana Santa; queremos pan y trabajo». Prendieron fuego con queroseno a las cuadras de la Dueña Alta. Los caballos relinchaban de dolor y, amarrados a los comederos del establo, aspiraban por los ollares el hedor de su propia carne quemada. El capataz del cortijo les salió al paso en calzoncillos largos y con una escopeta de caza. Le temblaban los brazos y el arma se le disparó contra el muslo de Juan. Al Campano le asustaron los borbotones de sangre y los chillidos; derribó al casero de un cantazo y, cuando lo tuvo en el suelo, le clavó la horca de aventar paja entre las costillas.

—Hijodeputa, fascista. Vas a ir derecho al infierno.

Le arrancaron los calzones y lo abandonaron expirando sobre el albero entre estertores de pez. Las llamas se entregaron a la orgía delirante de la destrucción. Juan el de la Tomasa huyó dejando un reguero de sangre tras de sí entre los olivares chatos.

Manuel Merchán tuvo que permanecer veinte días y veinte noches encerrado en el cubil que ocupaba con Chachachica en la escuela de Puebla del Acebuche a cambio de que aquélla barriera las aulas, rellenara los tinteros y se ocupara de atender la colada y el almuerzo del maestro, don Agustín. La chacha y Manuel dormían en la misma cama. Veinte días y veinte noches con la sogá del miedo al cuello y el torso desnudo. Merchán tenía una sola camisa, y de color rojo. La prenda, sumergida en agua de javel para

decolorarla, salió del lebrillo hecha jirones.

—Esta se la puede quedar Manuel, chacha, no es menester que la repase usted. Ya ve cómo está: tiene más años que yo y apenas si me la pongo... Y dígale al muchacho que se guarde bien, que vienen tiempos malos.

La camisa del maestro arremangada hasta los codos y remetida en la pretina del pantalón. Merchán, siempre vestido con ropa de muerto.

Era sábado, a mediodía, un sábado calcinante de julio, cuando la voz de un vecino atronó en la calma falsa. Los gritos del hombre rebotaron en el silencio y la cal de las paredes. Tableteo de persianas y cabezas asomadas al vano de las ventanas.

—¡Se ha sublevado el Tercio en Marruecos!, ¡se ha sublevado el Tercio en Marruecos!

La capital se rindió a los pies del general Gonzalo Queipo de Llano. Triana y los barrios del *Moscú sevillano* fueron destripados, levantados adoquín a adoquín para aniquilar a la «canalla marxista». El horror apenas tardó una semana en llegar a la provincia.

—Dicen que en Morón han hecho una matanza, que han colgado en la plaza del campanario a los jornaleros que habían ocupado la finca del marqués. Los han colgado del cuello con ganchos de carnicero, y nadie se atreve a darles sepultura. Los muertos bailan en las acacias del paseo.

Caminos y bancales jalonados de cadáveres pudriéndose al sol. El miedo acumulado en torno a la única radio del vecindario a las ocho de la tarde, cuando Unión Radio Sevilla difundía los discursos del general.

—Silencio, cojones; así no hay forma de enterarse.

—«A todos les recuerdo que, por cada persona honrada que muera, yo fusilaré por lo menos diez; y hay pueblos donde hemos rebasado esta cifra. Y no esperen los dirigentes salvarse apelando a la fuga, pues los sacaré de debajo de la tierra si es preciso.»

Llegaron de madrugada.

—Venimos a por Manuel Merchán.

—Un servidor.

—Traemos orden de arresto.

—¿Adonde se lo llevan? Por el Cristo del Paño, ¿adónde?, ¿adónde?,

¿adónde? Por lo que más quieran, díganme adónde.

5

Desde que han llegado a Barcelona, las tardes del domingo transcurren idénticas, Rambla arriba, Rambla abajo, tras el encuentro en la plaza de Cataluña con Isabel, el padre y los amigos del padre: dos paisanos de Écija, un marmolista malagueño del barrio de El Perchel, y el cordobés, Lucas Naranjo, a quien Merchán conoció en el andamio. El mismo trayecto repetido toda la tarde del domingo, arriba y abajo, desde la plaza hasta la estatua de Colón, desde las golondrinas del puerto hasta la fuente de Canaletas.

—Si aguantáis un año en Cataluña, mirad que os digo, sólo un año, aunque os cueste, no querréis volver al sur, palabra. No se añora el pan duro. Habréis de acordaros de lo que os digo.

A Juana aún le vibran en el tímpano las palabras del muchacho que subió al tren en Alcázar de San Juan. Los párpados de cebolla encharcados de llanto. Con el traqueteo, una maceta de albahaca, aturdida en la repisa de malla, espolvoreaba tierra sobre las sienes adormiladas. El trayecto eterno. La visión del mar que engullía la mandarina del sol en el horizonte. El mar que ya no conmueve.

—Chacha, ¿cómo es el mar?

—Salado y no se acaba nunca. Es como el cielo, pero está abajo.

Las últimas palabras de Chachachica en el andén a las dos cabezas adolescentes asomadas a la ventanilla.

—Niñas, tened cuidado. Y el canastillo de los hierros viejos, que no os lo

toque nadie.

Cuando Juana e Isabel descendieron del vagón en la estación de Francia, el padre, que había prometido ir a recogerlas, no estaba. Diluviaba sobre las dos muchachas, sobre la gran ciudad y el amanecer desconocido, enorme en su grisura, triste. Ninguna de las dos hermanas se atrevió a despegar los labios: el taxista tuvo que ponerse las gafas para leer el remite arrancado de una carta: calle Conde del Asalto, número diecisiete, primero segunda. Los cabellos y la maleta de cantos color canela chorreaban; el aguacero había calado los zapatos lili con la puntera agujereada. La propietaria del piso salió a abrir con una taza humeante en la mano y llamó a gritos al padre, que apareció en el umbral en camiseta imperio, todavía con el pantalón del pijama —corto, irremediablemente corto— y pegotes de jabón en las aletas de la nariz.

—Pero ¿no era a las ocho cuando llegabais? Si estaba afeitándome para salir a buscaros...

Primera noche de cuerpos exhaustos y realquilados sin derecho a cocina. Las migajas del bocadillo reseco trazaban dibujos sobre el hule. La dueña, la señora Victoria, sacó dos colchonetas de espuma enrolladas en el relente de la galería; los hombres la ayudaron a arrinconar la mesa de pino y las sillas. Juana e Isabel durmieron en el comedor, junto a los ronquidos y el aliento de otro inquilino.

—¿Verdad, mastresa, que en el mercado les darán razón de dónde quieren muchachas para servir?

Domingos idénticos, Rambla arriba, Rambla abajo. Juana e Isabel pasean esta tarde del brazo, despegadas del grupo de hombres que charlan dando voces unos metros por detrás. La línea negra sobre los párpados trazada con pulso de bisturí y pinturas prestadas.

—El miércoles me estrené en la casa de San Gervasio. Dos niños, una abuela y una barbaridad de plancha. Y, encima, la señora quiere almidón. El marido es ingeniero, y ayer me llevó a hacer la compra en un biscúter que se paraba cada dos por tres en mitad de la calle. Tendrías que haberme visto empujando el trasto ese con los tacones...

Un piropo en la espalda a la altura de la calle Hospital.

—¡Eso es carne y no lo que echa mi madre a la olla!

—Calla, animal, que éstas son de las que no comen caliente... Mucho colorete, pero luego hasta el sobaco les huele a lejía. ¿No las ves? Si llevan detrás a toda la parentela. Míralos: los charnegos van a todas partes juntos, como las hormigas.

Taconeo muy digno sobre los adoquines.

—¿Por qué me pellizcas? Me saldrá un cardenal, bruta.

—Para que no te gires ni les contestes, Isabel, que te conozco...

El amigo perchelero del padre dijo de tomar algo. El grupo entró en un bar lúgubre del distrito quinto con el suelo tapizado de serrín, cáscaras de caracoles, flemas y bigotes de gambas cocidas.

—Una Mirinda de naranja con dos vasos para las niñas.

Una frasca de clarete y aceitunas gordales aliñadas con hinojo y orégano para los hombres. Aunque no sabe escribir, el cordobés lleva prendida del bolsillo de la americana la flecha plateada de una estilográfica Parker.

—Lucas, ¿qué vas a escribarnos hoy, hijo?

—No me calientes la boca, Merchán, no me la calientes, que eres muy guasón.

—Qué mal bajío tienes, cordobés.

Juana bebía sorbos cortos del refresco —el bolso sobre las rodillas de fregona— y miraba de soslayo a su hermana Isabel, ambas sentadas a la mesa con la reserva de dos gorriones sobre un tendedero vacío. Cristales rotos de conversación crujían bajo las suelas como las conchas de los caracoles.

—Merchán, ¿cuántos puntos dices que tienes en el sueldo?

—Con siete hijos y viudo, echa la cuenta... Diecinueve. Cuando se enteran de lo que me tienen que pagar, los capataces no me quieren en las obras. Tengo que engañarles para que me cojan, y luego ya se ve si me echan o me quedo.

—A mí los puntos me los pagan el último sábado de cada mes.

—Y puedes tú creerte que el tío malaje me soltó: «Los andaluces son

vagos». Y ahí tuve que morderme la lengua. Sólo acerté a decirle: «Bueno, no se ponga usted así; un garbanzo no hace una olla».

—El Andrés, el mayor de mi hermana Reyes, se ha colocado en la fábrica del Mono.

—¡Anís del Mono, el chulo de Badalona!

—Hay que irse a Alemania; allí sí que se ganan duros a manos llenas.

—A Alemania o a Bélgica. Mi cuñado se ha empeñado en ponerle al niño Balduino, como al rey. Balduino, ¿te figuras?

—A un paisano mío le miraron la dentadura como si fuera un caballo y le sacaron un jeringazo así de sangre. Me contó que una vez entró con un amigo en un restaurante, y cuando el dueño se percató de que eran españoles, les dijo que hicieran el favor de no llevarse los tenedores.

—Jefe, póngase una tapa de caracoles.

—¿Tú te acuerdas de las fatigas del año cuarenta y cinco?

—Ojú, ¡y cómo no iba a acordarme! Qué cosas tienes...

—¿Tú te comerías ahora mismo unos mostachones de Utrera? ¿Y unas huevas aliñadas? ¿Y un plato de salmorejo?

—Como Marchena, ninguno; con permiso de Tomás Pavón, claro.

—El palo más difícil es la soleá al golpe; ya lo decía mi difunto padre, que cantaba como los ángeles. No tuvo suerte el pobre infeliz. Lo mataron delante de mis ojos.

—Niñas, ¿no probáis los caracoles? Sois muy chominosas para ser tan pobres.

—Jefe, póngase un vaso del que usted ya sabe.

Tragos del-que-usted-ya-sabe cuando mengua el dinero del bolsillo: vino del barreño adonde van a parar las sobras de todos los vasos de la cantina.

—Merchán, cántate algo, que esto parece un velatorio.

Carraspeo y arranque por bulerías.

—«Por la sierra de Lujar *viene bajando* la partía más valiente del contrabando. *Y al frente viene*, y al frente viene, *el capitán Carmelo que la sostiene*, que la sostiene.»

El compás marcado en las palmas huecas y en la superficie pringosa de la mesa. Juana se fija en su hermana: el escote cuadrado le realza el busto; a

Isabel le favorece el blanco. No le ha visto antes el vestido: se lo ha debido de regalar la señora de San Gervasio.

—«Son las dos de la mañana, *son las dos de la mañana*. Con algodones de nubes *la luna se hace la cama*, con algodones de nubes / la lunita se hace la cama.»

La misma canción repetida toda la tarde. El mismo trayecto perpetuado cada domingo.

—Ojú, Merchán, ¿es que no te sabes otra?

El atardecer del domingo se consume aprisionado en una cáscara de celofán violeta. Juana regresa al piso de Salud Monterde; camina por la Rambla en dirección hacia el mar a través del túnel verde que tejen las copas recién estrenadas de los plátanos. El verano se anticipa en la sal que arrastra la brisa húmeda y en los portales, donde las parejas apuran besos furtivos antes de que estallen la noche y el augurio gris del lunes. Brillantina en los cabellos, corbatas de nudo estrecho, gitanillas, trileros, soldados agotando permiso y una pátina contumaz de silencio en las azoteas de la ciudad. Los descuideros anhelan impacientes en las tabernas la connivencia de la oscuridad; prostitutas y loteras aguardan entre bostezos al primero y al último de los clientes.

Los pies de Juana caminan a paso lento, dilatando el cuarto de hora escaso hasta las nueve de la noche. Los dos relojes darán la hora al unísono en el piso de la calle del Carmen, esquina San Lázaro, asfixiados en la penumbra de vinagre y colillas de Chéster. La tarde agoniza. El pie menudo, la falda tubo, la blusa blanca escotada, el nacimiento intacto de los senos. Juana avanza despacio, sin ganas de llegar. Quizá las Monterde no estén en la casa. La señora y sus dos hijas también trabajan los días festivos; siempre hay gente con dinero que puede salir a divertirse los domingos por la noche. Salud Monterde y sus hijas sólo descansan los lunes, cuando no hay función en el Liceo ni en el Teatro Principal y están cerrados los locales que frecuentan: Boadas, Tabú, Villa Rosa, Moka, Brindis, Montecarlo, Rigat, El Charco de la Pava... Juana conoce esos nombres de entrelazar hebras de diálogo durante la cena, cuando trasiega con los platos sucios del comedor al grifo de la cocina. Juana sabe a qué se dedican las Monterde: venden

joyas. Al anochecer, salen a la calle elegantes y con los bolsos cruzados sobre el pecho, en cuyo interior guardan alhajas envueltas en retales de fieltro negro; ellas dicen «mantas». Juana las ha visto envolver piezas de valor con éxtasis y prudencia de porcelana. La señora Monterde —el pelo negro tirante en las sienes y recogido en un moño alto— comprime el bolso contra la barriga hinchada cuando desciende las escaleras cogida a la barandilla y encaramada en las varices azules y los zapatos de tacón. ¿Serán joyas robadas? Juana tuerce a la derecha y emboca la calle del Carmen. A un lado, la iglesia de Belén; enfrente, la joyería. La desazón de llegar a la esquina con San Lázaro.

Las Monterde no están. Han dejado los platos de la cena —sobras recalentadas de paella— sumergidos en la pila; granos de arroz flotan en la superficie turbia del agua. Juana saborea el placer de acostarse sin tener que saludarlas. La señorita Mercedes es una bandida. Anoche, eran las diez largas cuando salió de la casa con su hermana Montserrat. Ambas llevaban los bolsos en bandolera y parecían nerviosas.

—¿Has guardado bien la esmeralda? No te despistes, Montse.

—Tendrían que echarme mano a la teta para quitármela.

La señorita Mercedes regresó a la casa ya de mañana. Llegó demacrada, sin llaves y acompañada de un hombre que le llevaba bastantes años, gordo, con los ojos hinchados de alcohol y trasnoche. Cuando Mercedes llamó a la puerta, la señora Monterde y su hija menor seguían durmiendo.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, Juana. Hazme un caté, que vengo destemplada. ¿Tú quieres algo, Feliu?

Juana supo entonces que aquél era el hombre que almorzaba los domingos en casa de las Monterde.

—No, café, no. Si acaso, un poco de vichy... ¿Hay vichy, nena?

La señorita Mercedes traía légañas de rímel, un cartucho de churros con ronchas de aceite y *La Vanguardia* bajo el brazo. El hombre que la acompañaba atravesó el pasillo —debe de conocer la casa de antiguo—, se desanudó los zapatos bicolor y cayó desplomado sobre el sofá con el chaleco de terciopelo desabrochado y los calcetines azules enrollados en los tobillos.

Juana hizo café y una infusión de manzanilla para el señor Feliu. Llevó el servicio a la mesa del comedor y, entre idas y venidas, escuchó ráfagas de conversación.

—¿Cuánto dices que le has sacado al final?

—Veinte mil pesetas.

—No está mal, Merceditas, no está mal. Para los tiempos que corren...

—El americano no tenía un pelo de tonto.

—Ya me lo figuro.

Feliu se sacó los calcetines y los olisqueó. Volvió a recostarse en el sofá. Dijo: —Y a mí, ¿cuánto vais a darme?

Mercedes echó tres cucharadas de azúcar a la taza. Tardó en responder.

—Lo que acordamos.

—¿El diez por ciento? Eso es poco, Merche. Y acordar, lo que se dice acordar, no acordamos nada. Yo hice todo el trabajo previo y, además, he tenido que esperarte cerca de dos horas mientras tú te subías al americano a la habitación. Merche...

—Qué.

—¿Te has acostado con él, putilla?

—Eres un cerdo, Feliu, un viejo verde. Me das asco.

—Y tú estás borracha.

Feliu se quedó dormido en el sofá. La señorita Mercedes ni siquiera probó los churros. Bostezaba, canturreaba y a ratos hablaba sola, como si no hubiera nadie más en el comedor.

—*Tu vuo' fa l'americano, mericano, mericano... Ma si' nato in Italy...* Ay, estoy tan cansada. Me duelen hasta las pestañas.

—Acuéstese un rato hasta mediodía.

—¿Qué pones hoy de comer?

—Su señora madre me ha dicho que le mida el arroz y el agua y le deje preparado el sofrito para la paella. El señor Feliu se queda a comer, ¿verdad?

—Mi señora madre tiene mucha imaginación: todos los domingos, arroz, Catalina... Y está por ver si esta bola de sebo será capaz de levantar el culo del sofá; la resaca le durará hasta el martes, por lo menos. Tú tienes la tarde

libre, ¿no?

—Sí, señorita, como todos los domingos. Hasta las nueve.

—¿Y qué harás?

—Nada. Saldré a pasear con mi hermana y con mi padre.

—¿Aún no tienes novio?

—No, señorita.

—Eres muy guapa; ya te saldrá. ¿Todavía eres virgen?

—Sí...

—Y dime, ¿te tocas ahí abajo?

Risa de borracha. La señorita Mercedes se acostó vestida; tan sólo se quitó los tacones y las medias de costura, que dejó desmayadas sobre el respaldo de una silla del comedor.

Juana reproduce el ritual nocturno de los domingos. Se desmaquilla con *coldcream*, se unta las manos lastimadas con aceite de oliva, cierra la espita del gas y recuenta el dinero que guarda en la bolsa de ganchillo, dentro de la maleta de cantos color canela. El padre le ha comentado esta tarde que tiene en mente alquilar un piso a medias con el amigo cordobés.

—Hay que ahorrar como sea, Juana. Cuando traigamos a las criaturas del pueblo, no podremos seguir de realquilados... ¿Qué mastresa nos querrá con tanta niña?

Y el cordobés es un hombre sin complicaciones, buena persona; además, sólo son dos, él y la mujer, porque el único hijo que tienen está haciendo la mili en África.

Ahorrar, ahorrar, ahorrar.

—¿Te tocas ahí abajo?

Joyas robadas. Bandidas. ¿A quién le importa?

El domingo languidece en las gárgolas alucinadas del Barrio Gótico y en las cristaleras de Liberto Pech. Las persianas suelen estar echadas incluso de día en este piso humilde de la calle Baños Nuevos porque Liberto Pech abomina de la luz natural y de lo que sucede más allá de la herrumbre de sus balcones: la calle apesta a muerte y escombros mojados, y en ella nunca

pasa nada. Nada. Hace más de diez años que el mundo y sus espejismos dejaron de interesarle. Liberto sale poco del inmueble; lo justo para hacer la compra y repostar la garrafa con vino de Gandesa en la bodega de enfrente y, una vez por semana, a la cita obligada en la comisaría de Vía Layetana. Sólo le reconfortan el trabajo y la llegada del domingo, por el fútbol y porque se afeita. Es el único día de la semana en que se rasura, desenrosca el frasco de masaje Floïd con ceremonial palaciego —uno de los contados caprichos que se permite— y se demora abofeteándose la cara; a veces, llega a escocerle la piel por los golpes. Algunos vecinos del barrio lo esquivan por huraño, aun cuando reconocen en voz baja que es uno de los mejores artesanos de la ciudad y el más honrado con el precio de las composturas. El relojero frunce el ceño y enseña los dientes a propósito porque halla cierta complacencia en los susurros que intuye a sus espaldas. Le molesta la luz natural: para trabajar le bastan la lámpara de oficinista y el par de ojos agudos y azulgrises que heredó de su padre. En las noches de insomnio aprovecha el desvelo para adelantar encargos. Se lava las manos trabajando el jabón hasta los codos, se sienta en la silla giratoria, enciende el flexo y se ajusta la visera en la frente. Toda la atención y el sentido de seguir vivo se concentran entonces en el halo de luz que perfora la mesa reluciente. La noche magnifica el silencio y la danza ágil de los dedos manchados de nicotina.

El gato maúlla de hambre y hastío a los pies de la cama. Liberto Pech ha vuelto a quedarse dormido en calzoncillos sobre la manta y el embozo de la sábana, con el arnés de cuero que le sujeta la pierna de madera amarrado al muñón de la rodilla. Desorientado en la penumbra de la habitación, abre los párpados empapados en vino. Le enoja no saber qué hora es. No usa reloj; cuando termina una reparación, aguarda al noticiario de la radio para ajustar las manecillas del mecanismo. No tiene reloj desde que estuvo en la cárcel y el tiempo dejó de transcurrir: la lenta salmodia de la jornada y su rutina venían impuestas. Liberto detesta quedarse dormido a deshoras porque es entonces cuando más hieren los cantos afilados de las pesadillas. Los ojos tantean azogados la oscuridad mientras el relojero intenta atrapar los últimos coletazos de un sueño en el que todavía tiene dos piernas, dos pier-

ñas enteras —hueso, sangre, carne, músculo y piel— que sostienen un cuerpo joven y atlético. En el sopor irreal, su figura apolínea avanza en línea recta sin desviar la trayectoria: atraviesa muros, huertas, tierras en barbecho, desmontes, ciénagas, torrenteras de piedra, comedores de familias anónimas, entrevias, cuarteles, puertos abandonados incluso por el salitre, campos de fútbol, iglesias atestadas de gente donde dicen misa, cementerios con tumbas y cruces ordenadas, desiertos blancos cuyo fulgor lastima los ojos. Camina siempre en línea recta, sin extraviar el rumbo, sobre dos piernas fuertes, de carne y hueso, hacia delante, hacia ninguna parte. En el sueño, el cuerpo robusto avanza y no vuelve la vista atrás.

En el campo de concentración, en la playa de Argelès-sur-mer, los refugiados republicanos se contaban los sueños de la noche anterior por disipar el tedio y tratar de abrir una brecha ínfima a la luz en el absurdo de la espera. Alfredo Munárriz tenía sueños torturados.

—Anoche soñé otra vez con la navaja de afeitar. Una navaja barbera afilada. Esta vez estoy en una habitación de paredes blancas, sin ventanas, con otras personas, y todos llevamos vestimentas blancas. Parece un hospital. Bajo la vista al suelo y encuentro la navaja barbera con la hoja abierta. La boca me saliva al verla. Me agacho, la cojo e instintivamente me rebano los dedos de la mano; no siento dolor y los dedos caen flácidos sobre el linóleo, uno a uno, como hechos de mantequilla. Luego, me sajo la cara y no sangro. ¿Os lo figuráis? Qué cosa... ¿Por qué me miras así, Pech? ¿Es que tú no sueñas?

—Yo he soñado los cojones, Munárriz, este par de cojones he soñado. ¿Por qué no os aficionáis a otra cosa? Vaya una leche de sueños tenéis.

En los campos del Rosellón, la tramontana diabólica se obstinaba en enloquecer a los hombres; había que ser de hierro o estar acorazado por la suerte para no perder la razón. Alfredo Munárriz se volvió loco por culpa de aquel viento obsesivo que levantaba arena y cegaba los lagrimales con aullidos de goznes y cadenas y el flameo de trapos desgarrados entre el cielo gris y el mar de ceniza congelada.

—Qué, Munárriz, ¿te gusta la habitación con vistas al mar que te hemos

reservado? Camaradas, bienvenidos al hotel de las mil y una noches. *Vive la France!*

Los refugiados españoles dormían al raso. El viento ululaba y arrastraba inmundicia y arena hasta por debajo de las tiendas de enfermería. Los hombres enterraban los pies lejos de la orilla; trataban de entrar en calor.

—El viento, es este jodido viento... La tramontana perfora el cerebro, te vuelve loco. ¿Te has dado cuenta de que Munárriz habla solo?

Argelès-sur-mer: cerco de viento y alambre de espinos. Los refugiados acunaban la desesperación en el rumor de espuma metálica que llegaba a morir en la playa. Maestros de escuela, médicos, campesinos, soldados, panaderos, abogados, funcionarios: la horda andrajosa y humillada, arropada en gabanes y chaquetas de paño, daba vueltas concéntricas sobre la arena sitiada. Fue Alfredo Munárriz, comunista de los de Negrín, maestro y miope, quien ideó un sistema para evitar peleas durante el reparto del pan.

—Apunta todos los nombres del barracón en una lista.

—Pero si aún no hay barracones, Munárriz, si los estamos levantando.

—Pues apunta los nombres de la gente que esté trabajando en cada barracón.

Munárriz partía el pan duro con exquisitez de manjar. Se le había roto un cristal de las gafas y la lente izquierda le multiplicaba las rebanadas en poliedros.

—Date la vuelta y canta en voz alta un nombre de la lista, al azar, allí donde se te pare la vista. Y pones una cruz al lado.

—Soteras.

—¡Presente!

—Toma, te ha tocado ésta.

—Joder, ni que lo hubierais hecho a propósito...

—Ya tenía el cacho en la mano antes de que éste pronunciara tu nombre... Habrá que fastidiarse, Soteras. Mañana te tocará una rebanada más grande; la rifa es la rifa; Munárriz se refugió en la lectura del mismo libro de Verlaine una y otra vez, hasta que el viento se le metió por los oídos

y nunca más volvió a salir: las voces se le quedaron vagando dentro de la cabeza y le susurraban imposibles. Alfredo Munárriz murió entre delirios antes de que los del SERE pudieran embarcarlo a México. Se volvió loco.

Los pies, enterrados en la arena húmeda, intentaban conquistar un resquicio de calor fosilizado. Hojas de papel quebradizo, mil veces leídas, de *Le Midi Socialiste* metidas entre el pecho y la camiseta para no enfermar de neumonía. El agotamiento y la vergüenza condensados en el agua que goteaba despaciosa del flequillo rubio de Pech sobre el pantalón y la herida infectada de la pierna. La lluvia acumulada abombaba las mantas que servían de techumbre en los refugios improvisados. El temporal había amainado y Soteras se ayudó de un palo para verter el agua sobre la arena plomiza. Munárriz dijo: —Ha dejado de llover; yo me voy.

Metió el cepillo de dientes y el libro de Verlaine en el maletín, se peinó y se sacudió las solapas de pana. Se despidió con el puño en alto y echó a andar sobre la arena mojada. Iba descalzo y sin calcetines porque, a través de la alambrada, le había vendido los zapatos de suela de caucho a un guardia senegalés que calzaba el mismo número. Con las gafas cuarteadas, Munárriz avanzó hacia el mar dejando atrás el alambre de espinos, la letrina sin puerta, los primeros tablones erguidos de las barracas, las cabañas inventadas. El mar lo engulló.

--Me vuelvo a España, camaradas.

Lo sacaron del agua casi ahogado y delirando. Se oyó alguna risa jocosa ante el cuerpo frágil que pateaba el aire helado. Liberto Pech nunca olvidaría aquel destello de media luna en los ojos de Munárriz.

Las olas trituraban el tiempo. Al otro lado de las gargantas del Pirineo, más allá de los campos tristes del Rosellón, sólo quedaban piedras calcinadas. Ráfagas de viento helado taladraban las sienes. Tramontana diabólica y gris, techos de cartón embreado, la humillación gris de *La Retirade*, espirales de pus bajo el telo transparente que cubría la rodilla cercenada de Pech. Horizonte de alambre gris, odio gris, garbanzos grises hervidos con agua de mar gris en un canto de neumático. Los nazis se acercaban a París.

—Que te estoy hablando, Liberto. Siempre estás

ido.

—¿Qué quieres?

—¿Has leído ya las octavillas? La guardia móvil las está repartiendo en las manzanas del norte. Y ha colgado carteles en las alambradas de atrás, donde los espahís amarran los caballos, y en el poste a la entrada de las letrinas. ¿Me oyes? Te estoy hablando de la circular que ha enviado el Ministerio del Interior a las prefecturas. Dicen que van a leerla a mediodía por los altavoces.

—No quiero saber nada, Soteras. No me interesa. El médico coronel me ha dicho que, a veces, la avitaminosis se come el nervio óptico. Y yo necesito vista de águila para trabajar, ¿sabes? Puedo pasar sin las piernas, arrastrarme como una serpiente, pero necesito ojos; los dos.

Y las manos, también.

—Pero ¿quién coño piensa ahora en trabajar? Atiende, vista de águila, por la cuenta que te trae: «El estado de guerra, por una parte, y por otro la necesidad de alojar a las poblaciones francesas evacuadas, hacen que sea más que nunca deseable el retorno del mayor número posible de refugiados españoles, y sobre todo de los elementos no susceptibles de aportar a la economía francesa la ayuda de un trabajo útil».

Músculos derrotados para la línea Maginot, tibias de corcho para las fábricas de carbón en Gransac, sangre cuajada para la tala de árboles en Las Landas. Liberto Pech ya era entonces carne rebanada e indeseablemente anarquista.

—¿Quieres que te lo lea otra vez? ¿Te has enterado?

—*Évidemment... La France et sa grandeur une fois encore.*

Corre una brisa alegre en esta noche de domingo que chasquea en las persianas bajadas de la calle Baños Nuevos, un aire tímido y dulce que, sin embargo, descorazona al relojero. Liberto Pech tiene la boca seca. Es el vino, el vino, el vino, el veneno amargo del vino de Gandesa, siempre el vino. Se incorpora de la cama y con extrema lentitud posa el pie izquierdo y la pierna insensible sobre las baldosas. El gato salta al colchón y agradece las caricias frotando el cuerpo contra el estómago del relojero.

—Hay hambre, ¿verdad, *Proudhon* Ahora vamos a cenar.

Liberto Pech se coloca las almohadillas desflecadas y sucias de las muletas bajo las axilas y avanza trastabillando por el pasillo, donde el suelo de mosaico pandea entre montañas de periódicos amarillos, libros sin acomodo y polvo de años. El gato le sigue detrás con la cola tesa. La pila de la cocina rebosa de ceniceros y cacharros sucios, sobre todo vasos. El relojero rebusca en los estantes de la cocina una lata de sardinas en escabeche. Coge del suelo la escudilla del gato con una maniobra ágil y estudiada; el cuerpo mutilado todavía conserva restos de dignidad.

—Dos para ti y una para mí, para que veas cómo te aprecio. Yo con una tengo bastante; la comida me interesa poco, ya lo sabes.

El relojero vierte vino en un vaso sucio, se sienta a la mesa de la cocina y moja sopas de pan en el aceite.

—Te gustan las sardinas, ¿eh, bribón? Come, come, que el alimento es necesario para estar fuertes. Me duele la cabeza, *Proudhon*. ¿Cuánto rato me habré quedado dormido?, ¿dos horas?, ¿tres quizá? Mira que te tengo dicho que no me dejes dormir tanto... Pero tú no me haces ni caso con tal de andar a tus anchas enredando por ahí. Te gusta andar a tu aire, como a mí, sin dar explicaciones a nadie, ni que te digan lo que debes hacer. Y, ahora, ¿quién dormirá esta noche, *Proudhon*? Pues ya sabes lo que te toca por no haberme despertado a tiempo: tendrás que hacerme compañía mientras trabajo. Sólo hay un reloj de bolsillo para ajustarle la cuerda, y tengo entre manos un broche precioso para la Monterde, aunque esta noche no podremos trabajar el oro porque aún no me han traído el cobre para fundir... Ese pedazo de puta nos tiene cogidos por los huevos, *Proudhon*.

El relojero bebe un trago de Gandesa y chasquea la lengua contra el paladar.

—Esa mujer es muy lista y sabe a quién le da el trabajo, claro que lo sabe, menuda es ella. Cuando esa zorra estire la pata, iremos a su entierro. Sí que iremos, sí. Subiremos en taxi, como dos señores, hasta el cementerio de Montjuic con un manojo de claveles; rojos, por los viejos tiempos. Yo iré afeitado, con corbata y un botón forrado de tela negra en la solapa; tú, detrás, obediente, amarrado con una soga y con las orejas gachas y bien

limpias. Ya no debe quedarle tanto... ¿Cuánto oro pudieron sacar? Equis lingotes, equis esmeraldas, lo que fuera, no lo sabemos, pero ha llovido mucho desde entonces, y que yo sepa la Monterde no ha vivido de otra cosa desde que acabó la guerra. Va trapicheando, pero tampoco puede tirar la casa por la ventana, y por no soltar un duro regatea mejor que Kubala.

El relojero prende un cigarrillo. Aspira el humo hasta el fondo de los pulmones y mira hacia el techo. Le duelen las cervicales.

—A lo mejor viene la niña a traernos el cobre. Qué linda es, ¿verdad, *Proudhon*? Por el acento, debe de ser andaluza. Esa es gente de temperamento. Humm, los andaluces... Tú no lo viste, hermano, pero, entonces, la purriana andaluza y murciana estaba al frente de la vanguardia revolucionaria... ¡Oh, sí! Aún me acuerdo del día en que requisamos un piso del paseo de Gracia, esquina con Cas-pe, y ellos venían detrás con los ojos carbonizados de odio. No conocían el miedo.

—Pero ¿qué has hecho, desgraciado? *Per què l'has mort*? ¿Es que acaso le conocías? Responde, ¿sabías quién era este hombre? Si el infeliz estaba llorando de puro miedo. *Ets un porc, un salvatge*... Le has matado a sangre fría. Tendría que pegarte un tiro en los huevos.

—Se parecía al señorito de mi pueblo... Envenenó la salud de mi padre. Por eso tuve que venirme aquí.

Una sardina y un canto de pan sacian el estómago. El relojero se sirve otro vaso de vino áspero que encharca los sentidos y la memoria. Bebe cada noche, sobre todo los domingos, hasta que el perfil de los objetos se desdibuja y la cabeza pesa sobre las vértebras de cristal. Liberto Pech está acostumbrado al embotamiento difuso del alcohol y a moverse por el piso tambaleándose. Está convencido incluso de que ahora podría llegar a la habitación con los ojos cerrados y sin muletas, brincando sobre la pierna sana y con los brazos en cruz.

—*Proudhon*, creo que estoy borracho. ¿Por qué me has dejado beber otra vez? Eres un mal amigo.

Un paso en falso en el pasillo a oscuras, las muletas se comban como juncos. Un golpe seco, una brecha en la frente, el sabor a tierra de la sangre en la boca. El gato maúlla al lado del cuerpo inconsciente, extendido boca

abajo sobre las baldosas frías del recibidor.

c:\users\mario\desktop\epub\espuelas\espuelas\oebps\text\F.txt

6

Durante el invierno el frío afilaba el tufo a brasero reconcentrado en los abrigos que colgaban alineados en los ganchos de la pared del fondo. El mapa de la geografía política pendía de una alcayata sobre el encerado, entre la guerrera del Generalísimo abotonada hasta la nuez, un crucifijo y el retrato torcido de José Antonio, con un insecto estampado tras el cristal. La maestra —falda monjil hasta las cañas, pómulos hundidos, aliento de manteca y agua de cebada— caminaba con un taconeo resignado sobre la tarima y enrollaba el mapa con dedos temblorosos cuando de súbito decidía escribir frases terminantes en la pizarra para que las alumnas las perpetuaran en caligrafía picuda y borrones azules. El pizarrín chirriaba entre los dientes y en la superficie del encerado.

—Falda, balcón y soldado se escriben con ele. Sauce llorón. Catedral.

A Juana, el mapa de la península Ibérica se le antojaba una cabeza aturdida, arrancada del resto del mundo, que echaba mocos azules por la desembocadura del Tajo. Un desgarrón en la tela dejaba vislumbrar las entrañas de cañamazo y suspendía a las provincias de Salamanca, Avila y Segovia en el limbo de un jirón de carne muerta.

—España limita al norte con los montes Pirineos, el mar Cantábrico y el océano Atlántico.

Las niñas debían pronunciar la palabra océano con acento llano y fingido entusiasmo para que rimara la cantinela. Las islas Canarias se replegaban asustadas en el extremo inferior del rectángulo tras la fragilidad de un hilván

rojo. El puntero espesaba el aburrimiento; la voz de doña Amalia rebotaba en el envigado del techo arrastrando naufragios de geografía fantasmal.

—España tiene en África las posesiones de Río Oro, Guinea Española, isla de Annobón, Ifni y el protectorado de Marruecos.

En el contraluz de los ventanales, la maestra se arrancaba vellos de la barbilla con pinzas, y por cada trofeo se permitía relajar la vista un instante sobre los tilos podados de Plaza Nueva, frente al casino, mientras una de las alumnas leía de pie el libro de vidas de santos y su torpeza trastabillaba en los hímenes desvirgados, en la carne joven abrasada en hogueras de espanto, en los senos temblones cercenados a sablazos. Como Santa Águeda.

En cuanto Juana tuvo el menstuo, dejó de ir a la escuela.

—Ya lleva tres, ya lleva tres pelos. Y, fíjate, los mira al trasluz.

—Le tiemblan las manos, ¿viste? A doña Amalia le gusta el pirriake. Por eso se queda dormida.

En el pupitre de enfrente, el pelo comenzaba a brotar como un puñado de hormigas en el cogote rasurado de Andrea Iruela, la hija del carpintero.

—¡La voy a matar, la voy a matar, voy a matarla!

—Pero, Dolores..., ¿cómo la dejas correr en cueros por el patio con esta helada? El ángel de Dios te cogerá una pulmonía.

—¡Será posible que tenga piojos otra vez!

Al oír el griterío, los vecinos abrieron puertas y ventanales. Andrea sollozaba desnuda en el centro del patio, a la vista de todos, con las piernas metidas en un barreñode zinc; las rodillas huesudas se le abrazaban de frío y vergüenza. Rafael Falcón, el mayor de los barberos, mostraba una sonrisa de incisivos sádicos acodado en el barandal de la galería volada.

—¡Piojosa, piojosa!

Andrea se tapaba el vello naciente del pubis con ambas manos y fijaba la vista en el suelo, sobre la maceta hecha trizas durante la persecución: el geranio blanco contemplaba el cielo con las raíces al aire, aguardando la certeza de la muerte sobre una alfombra de tierra desperdigada y astillas de barro cocido. El agua del pozo, afilada como una mañana de febrero, le

mordía las pantorrillas. Dolores Iruela sacó de la faltriquera del mandil unas tijeras rotundas. Los mechones negros caían sobre el enlosado entre chasquidos metálicos. Antes de salir para la barbería del callejón del Agua, Rafael Falcón repasó a navaja el cráneo de Andrea.

—Estate quieta o te haré sangre... Pero ¿cómo voy a cobrarte, Dolores? Estaríamos buenos. Si se puede echar una mano, ya sabes. Para eso estamos los vecinos.

Apoyado en el quicio del taller y con una lezna en la mano, Setefo —la panza descomunal bajo el mandil de cuero— observaba con delectación el cuerpo púber del que despuntaban dos nísperos todavía verdes.

—Niña, no berrees más... Voy a sacarte la boina colorada de requeté que tengo trasconejada en el armario para que vayas a la escuela. Verás qué bonita te ponemos entre tu madre y yo.

El sarcasmo del zapatero remendón aguzaba las emanaciones del petróleo restregado en el cuero cabelludo de Andrea.

—Verás como ya no te anidan las liendres, puerca.

Juana e Isabel la esperaron sentadas en la escalinata de la iglesia, en la esquina de la calle Alpechín con SanPedro. El aire lijaba la nuca afeitada de Andrea, que se sentó de espaldas, no las miró y ni siquiera pudo despegar los labios. Rabiosa, comenzó a arrancar gravilla de la juntura de las losas con la suela de los zapatones.

—No llores, Andrea... A ti el pelo te crece muy deprisa.

Las palabras brotaron de la garganta ajenas a la voluntad, con vida propia, electrizadas; Juana habría querido coger a su amiga por los hombros, abrazarla, protegerla, encerrarla en una coraza invulnerable, acariciarle el brillo del cráneo insultado, besarla quizá. Pero sólo pudo tragar engrudo de saliva; Juana no se atrevía, no podía: nadie la había adiestrado a caminar sobre el alambre de la ternura. La madre nunca acariciaba. El padre sólo sabía cantar.

—Yo no vuelvo a la casa; no quiero ver a mi madre, no puedo verla todavía. Que sufra, llore y crea que me arrastró la corriente del Salado.

Juana los había visto: a los ahogados los sacaban azules del río, con el color del agua pegado a la piel y el cabello revuelto de légamo y algas; la

intensidad del azul se les concentraba en la tripa y la hinchazón de los labios. Pero llevaba años sin llover, y cuando el río Salado recorría los bermejales arrastrando guijarros y cieno infundía más lástima que respeto.

Juana estaba convencida de que había sido ella quien invocó la sequía después de meses de tormentas devastadoras en que los barcos de las costas de Cádiz y Huelva no podían salir a faenar. Aun así, el padre se aplicaba en la rutina de levantarse cada mañana a la hora acostumbrada. Se peinaba sin espejo en el patio, con la cabeza volcada sobre las hortensias, se abotonaba hasta el cuello la camisa de la jornada anterior y, sentado en la silla de enea, junto al taller del carpintero, reliaba en papel de arroz las colillas que Chachachica recogía en el casino. Cerraba los ojos a las emanaciones de la cola que Matías había puesto a calentar.

—Merchán, ¿no vas hoy a la plaza?

—No me llegó pescado. Con el temporal...

—¿Y qué vas a hacerle, hijo? Paciencia y barajar.

El padre fumaba y se entonaba la voz con fragmentos quebrados, inconclusos, torpes; cuando arrancaba a llorar, los sollozos ascendían hasta la habitación del palomar.

—No quiero campo, no quiero campo, no quiero campo... El campo es para los lobos. Maldito sea el día en que nací. Maldito sea por los restos de los restos. Y yo, que me hice fascista por un plato de pijotas, maldito sea también.

En el año de las lluvias, el padre inventaba negocios imposibles, mientras la madre dormitaba la fragilidad de un embarazo perenne. Sentadas a la mesa de la cocina, Juana, Chachachica e Isabel ayudaban en silencio a Merchán sobreponiéndose en cada puntada al cansancio enquistado bajo los párpados, al tránsito de una noche en vela cosiendo almohadillas para los toros hechas con papel de periódico y rellenas de paja recogida en el mercado que olía a melón maduro (llovió con rabia de truenos y relámpagos sobre la comarca, y la novillada tuvo que ser suspendida). El padre compró también una carreta de crisantemos que arrastró una mula vieja y perezosa desde la vega de Granada para el Día de Difuntos (el cielo, abierto en canal, encharcó el camposanto y nadie se acordó de sus muertos; las flores —

ahogadas, mustias, desmochadas de sus pétalos— agonizaron arrinconadas en el patio, junto al cubil del remendón). Siguió lloviendo durante el invierno: racimos de uvas pochas, seleccionadas con paciencia entre la podredumbre caldosa, para la Nochevieja del cuarenta y ocho.

Pero, Merchán, hijo, ¿es que no sabes que los bisiestos son de mal agüero? Hay que pasar por ellos de puntillas, callando, sin festejos. Mira que comprar un carretón de uvas...

Los lamentos del padre, que desmenuzaba la impotencia junto a la jaula del jilguero, sólo zumbaban para los oídos de Juana, que anotaba conjuros contra la tormenta en papel de encartuchar almejas y los escondía enrollados en las grietas del palomar.

—Madre, fui yo. Yo he parado la lluvia.

Los dedos de la madre se le quedaron grabados en rojo sobre la piel de la mejilla. A Juana le escoció más la mirada oscura y aterrada de la madre que la bofetada inesperada, a traición.

—Chacha, la culpa la tiene usted por meterles a las niñas malas ideas en la cabeza. Sólo nos hacían falta usted y sus profecías. Y deje a los muertos tranquilos de una vez.

Y la lluvia no regresó. Don Ignacio, el cura de Puebla del Acebuche, y la recua de beatas —endrinas, diminutas, ensartadas entre sí como cuentas de rosario— sacaron en procesión a la Virgen de los Desamparados para que el cielo se apiadara de los secarrales cuarteados de olivos y de los jornaleros, que desesperaban bajo los tilos de la plaza, frente al casino, escudriñando la crueldad de un cielo que se complacía agostando la carne de las aceitunas.

—Chachachica dice que los ahogados anuncian tormentas.

—Pues hace meses que no llueve.

—Vuestra chacha está mochales... ¿Os venís conmigo?

—¿Adónde?

—Al cementerio a coger malvas. Yo no vuelvo a casa. No quiero ver a mi madre.

Las tres niñas remontaron las cuestas empedradas del pueblo dejando

atrás las casonas abandonadas a la mala hierba y la nostalgia, el olor envolvente de la aceituna molida y las esquinas de polvo antiguo. Llegaron al camposanto por las calles más alejadas de los toldos del casino y las miradas ociosas de Plaza Nueva. Sobre las tapias encaladas del cementerio, aún podían leerse trazos en pintura negra desvaídos por el acopio de resoles:

¡FRANCO!

¡FRANCO!

¡FRANCO!

Los botones de las malvas aplacaban el ansia del hambre y tapizaban la lengua y el paladar con una telilla harinosa.

—Saben igual que el pan de higo.

—Tú no has probado el pan de higo en tu vida, boba.

—En mi casa les llamamos panecillos.

—Chachachica dice que comer las malvas que crecen en el camposanto es como tragarse las almas de los muertos.

—Siempre con tu chacha auestas. Si está ida... Dicen que cuando nació le cortaron las uñas y las arrojaron a la lumbre, y que por eso se volvió loca.

Las tres niñas mascaban el regusto amargo de las flores sentadas sobre una lápida de mármol opacado por años de intemperie. La luz de membrillo del último atardecer de octubre se licuaba sobre la maleza que crecía entre tumbas, cruces y las gálbulas resacas de los cipreses. El viento solano agrietaba la piel de los labios.

—Chachachica habla con los muertos.

—La gente inventa embustes para distraerse. No tiene otra cosa que hacer.

—Vuestra chacha está loca.

Juana —los silencios del padre anudados al cuello en una bufanda azul— leyó en voz alta la inscripción de la lápida sobre la que estaban sentadas.

—«Sebastián Maldonado (1875-1936). Tu sangre sigue viva en nuestra memoria.»

Doña Amalia decía que Juana era la que mejor leía de todas sus alumnas.

—A ése lo mataron cuando la guerra.

—Los Maldonado son los amos del corrijo de la Dueña Alta, ¿verdad?

—Sí, hazte la tonta, Juana. ¿Por qué preguntas? Te sabes el cuento de los Maldonado mejor que yo. Los ojos se te van detrás del señorito Eduardo en misa, ¿o te crees que no nos damos cuenta? Pues entérate de una vez: ninguno de los Maldonado se fijaría en ti; por pobre y por mocosa, aunque seas tan guapa como dice tu chacha.

—Tú si que eres una mocosa, Andrea. Juana ya tiene la regla; le bajó el otro día.

—Y tú, ¿por qué no te callas, pedazo de imbécil?

—La señoritinga se amosca porque digo que ya tiene la regla.

Juana habría preferido que su sitio estuviera entre los hombres, en los bancos a la derecha del presbiterio, cerca de la entrada. Y jugar con el sombrero astroso sobre el regazo.

—Ponte un trapo ahí abajo.

Serapio, el sacristán lerdo —invertía toda su capacidad en barrer la escalinata de la iglesia por las mañanasy en saludar a las beatas con saliva coagulada en las comisuras de la boca—, había colocado un jarrón de bronce con dalias, crisantemos y flores de otoño a los pies del altar mayor para officiar la misa de doce. Los hombres ocupaban los bancos de la derecha; en primera fila, los cuellos rígidos de almidón y repeinados con brillantina, los varones distinguidos por el apellido Maldonado —amos del cortijo de la Dueña Alta—, seguidos por la estirpe de los Palacios —propietarios de la hacienda de La Dehesa—, el boticario, el médico de la iguala y los clientes habituales del casino, aquellos que conversaban sobre la sequía y los garrotales, sorbían manzanilla alzando los meñiques y chupaban cabezas de langostinos con arrobamiento místico a la hora en que Juana, Isabel y la hija del carpintero regresaban de la escuela. Las mujeres se sentaban en los bancos de la izquierda tocadas con peinetas y mantillas bordadas en tul ilusión que se iban transformando en simples pañuelos de enjugar el sudor a medida que la pobreza las empujaba hacia las filas traseras. El desinfectante a granel acogotaba los efluvios de madera vieja que exhalaban el

confesionario y las tallas barrocas.

—Ven que te planche el pelo; ¿cómo vas a salir con la melena chorreando? No sea que enfermes de la pleura como tu hermana Isabel.

--¿Vienes a misa, chacha?

—Cada domingo me preguntas lo mismo.

Manuel Merchán tampoco pisaba la iglesia. Juana se sentaba en las filas de atrás, junto al portón, al lado de su hermana Isabel y de Andrea, las tres vestidas con harapos inmaculados. La vergüenza y el asco la hacían sentirse sucia; Juana recelaba de la humedad nueva de su propio sexo.

—Madre, he manchado las bragas... Creo que me fui de vientre encima, sólo un poco; pero fue sin querer, madre. Ni cuenta me di.

—A ver, enséñamelas.

La madre las examinó a distancia, tendida en el colchón de borra, con una criatura amorrada al pezón exhausto y las manos rojas de lavar sobre la matriz. Un hilo de voz le emergía de la tráquea.

—Ya eres una mujer, Juana... Anda, sube a la habitación del palomar. En el último cajón de la cómoda encontrarás trapos; ponte uno ahí abajo. Y atiende: ahora no puedes acercarte a los muchachos; se acabaron los juegos en la alameda, ¿me oyes?

En el último cajón de la cómoda, la madre guardaba pedazos de sábana y trapos viejos, y el padre, despojado de palabras y memoria, una caja de hojalata con la cartilla militar de campaña, una bala nueva, un reloj con la esfera aplastada y hojas de papel biblia. Las manillas del reloj habían quedado detenidas a las cuatro y media. Las páginas arrancadas pertenecían al Eclesiastés.

—Anda, Juana, lee tú, que no te trastabillas.

—«Los vivos saben que han de morir, empero los muertos no saben nada y no hay para ellos recompensa y su memoria ha sido dada al olvido.»

Juana quiso vomitar sobre el mármol de la iglesia el ayuno profanado con una rebanada de pan translúcida. Habría preferido ser un macho y cortarse de un tajo las yemas pungentes de los senos. Ser un hombre sin humedades superfluas y olvidar los hilos escurridizos de la vainica y las admoniciones de la maestra, trastocar su aliento de vino y manteca por el

rocío que la madrugada asperjaba sobre el campo abierto y salir a ganarse el jornal y la dignidad detrás de la cuadrilla de gañanes; camuflarse bajo la piel del último varón de la hilera —pequeño e invisible, con el sexo oculto tras la portañuela zurcida— y hollar las trochas con la determinación de un par de botas desdentadas. Ser un hombre sentado a la derecha de don Ignacio y no volver a oír los sollozos del padre; nunca más.

Un pedazo de sábana vieja en el sexo. Ninguna explicación acotó las náuseas, la vergüenza y el dolor que le pellizcaban las areolas de azúcar quemado. Juana contraía la vagina y el bajo vientre en la aprensión de que la proximidad de los cuerpos en la iglesia la delatara. Las viejas decían que el menstruo atraía a los lagartos.

—*Fratres, agnoscamus peccata nostra, ut apti simus ad sacra misteria celebranda.*

Las frases en latín secaban las gargantas. Juana miraba a su alrededor; los feligreses, con la cabeza gacha, acataban sin comprenderlo el sermón de don Ignacio, embutido en la casulla brillante de roña y hastío. Nadie entendía nada. Nadie entendía nada dentro ni fuera de la iglesia. En las filas traseras y hasta donde alcanzaba la vista de Juana, todos, hombres a un lado, mujeres al otro, fijaban los ojos en el suelo de mármol con impostada devoción y respiraban el perfume añejo del incienso y la culpa.

—*Confíteor Deo omnipotenti et vobis, fratres, quia peccavi nimis cogitatione, verbo, opere et omissione mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.*

Culpa, máxima culpa; un sonido tupido y comprensible entre el monólogo de don Ignacio, que derretía la cera de tímpanos y cirios. Juana apenas si lograba atisbar a Eduardo Maldonado, quien ocupaba un lugar fijo en la primera fila, en el banco de las familias adineradas. El heredero de la Dueña Alta tenía el perfil de un príncipe árabe.

—Entérate de una vez, Juana: eres tan pobre y tan mocosa que él nunca se fijaría en ti.

Las toses y el tufo de miedo y colonia barata se encadenaban bajo la bóveda. Juana vislumbró la silueta rígida de doña Amalia, sentada varias filas por delante, con el misal del padre Molina sobre las rodillas.

—Cuando me lavo los domingos para ir a misa, cierro los ojos. Los senos no deben enjabonarse, niñas. Es pecado mirarse el cuerpo desnudo; no lo olvidéis.

—*Ideo precor beatam Mariam semper Virginem, omnes angelos et sanctos, et vos fratres, orare pro me ad Do-minum Deum nostrum.*

Bascas de incienso, encierro y humedad roja en el sexo. Una rebanada translúcida de pan de centeno le irritaba la conciencia, el estómago sin confesar y los malos pensamientos que involuntariamente perforaban la tripa materna. Juana cerraba los ojos al murmullo incomprensible en latín para olvidar la panza abultada de la madre, igual que don Ignacio al alzar la hostia sobre el altar y los crisantemos morados.

—*Fructum terrae et operis manuum hominum, ex quo nobis fiet panis vitae.*

El pan es el cuerpo de Cristo, Dios está en el pan, Dios es la verdad, la verdad está en el pan. El pan, el cuerpo, el vino y la sangre de Cristo. Don Ignacio vampiriza-ba la sangre del cáliz hasta las heces.

—*Benedictas es, Domine, Deus universi, quia de tua largitate accepimus vinum quod tibi offerimus.*

Sangre de Cristo. La sangre apesta. La sangre del primer menstruo hiede a ignorancia, asco y pudor, y tiene el mismo color que las uvas pasas. Eduardo Maldonado parecía un sultán.

—*Fructum vitis et operis manuum hominum, ex quo nobis fiet potus spiritualis.*

La sangre de Dios es vino. Si la sangre es vino, la sangre no puede ser sucia porque los hombres beben vino y no pierden sangre por el sexo. Cuando le llegó la menstruación, Juana ya no pudo comer altramuces en el patio durante las noches de bochorno en que Dolores Iruela describía el movimiento sinuoso de las caderas de MaríaFélix en la pantalla del cine San Pedro. Una vez al mes, Juana no podía lavarse la melena, ni rozar las siemprevivas del patio, ni pasear sola por el campo, porque los lagartos se alimentaban de la sangre de las hembras. El menstruo nublaba el azogue de los espejos, alunaba el tocino y hacía abortar a las yeguas.

—Juana, ponte a planchar la ropa que hay encima del arcón... Y ni se te

ocurra salir al patio ni mirar dentro del puchero, ¿me estás oyendo?

Dios es la verdad. La verdad está en el pan y la sangre. Dios no sabía mentir, y él también aborrecía la sopa de boquerones.

—Vuestra chacha está loca. Y dicen que habla con los muertos.

La pelusa de las malvas se obstinaba en permanecer en los intersticios de las muelas. Los graznidos de las cornejas y las copas puntiagudas de los cipreses rasgaban el aire frágil del atardecer y la luz —ocre, verde y azul Prusia— que encerraba el cementerio bajo una campana de cristal.

—Juana, ¿tú crees en Dios?

—Pues claro, Andrea, qué cosas tienes.

—¿Estás segura?

—Pues claro. Si doña Amalia oyera todas las barbaridades que dices...

—Juana, dime... ¿Crees que si Dios existiera, tú irías con ese abrigo roto y con la tela vuelta del revés? Lo llevas todos los inviernos, desde que empezamos a ir a la escuela. Un año y otro y otro. Como yo esta falda; mira cómo está.

Juana estiró cuanto pudo las mangas acartonadas y ridículas del abrigo gris, que apenas le cubría el nacimiento de los muslos. Los anzuelos del viento penetraban entre los ojos que los botones tensaban en el paño a la altura de los senos y las caderas adolescentes; las sisas le mordían las axilas con avidez de golondrinos. Juana pensó en Dios. Lo imaginó cabizbajo, avergonzado, sentado a la mesa de la cocina, descalzo como la chacha, arrebuñado en su túnica blanca, junto al padre, que no había salido a trabajar un día más. Dios era zurdo, como Isabel, y sostenía la cuchara con una mano torpe, ajena al cuerpo de algodón, una mano temblorosa que derramaba aguachirle sobre la blancura de las barbas. A Dios, que se multiplicaba como la tripa materna, la sopa de boquerones también le sabía a bolas de alcanfor, pero disimulaba; Juana se lo leyó en los ojos.

—A la señorita del pan pringado no le gusta la sopa de boquerones. Pero está desmayada de hambre y se la tiene que tragar, como las demás.

Dios y Juana se cruzaban miradas cuando levantaban la vista del plato. Dios callaba, y Juana no podía imaginar la réplica de su voz.

—Es usted un canalla. Y su carne se me pega al cielo de la boca. Dicen que es pecado masticar su carne. Y no comemos otra carne que su carne.

Dios tragaba sin respirar para que las lavazas de pescados rotos no le rozaran siquiera el paladar. Tragaba y callaba al lado de Merchán. El padre rara vez se sentaba a la mesa entre la gavilla de mujeres; solía comer de pie y de la misma cazuela. Gazpacho con zurrapas de tomate. Guiso de habas crecido con la aspereza de las vainas. Hilas de bacalao transparentes, saladísimas. Hojas mustias de col salteadas con ajo y comino. Patatas, siempre patatas: papas viudas, papas en amarillo, papas guisadas con perejil. Cuando acababa de comer, Merchán salía al patio entonando entre los dientes el ritmo monocorde y triste de un martinete.

—¿Vosotras tenéis muertos enterrados aquí?

—No estoy muy segura; eso se lo sabe la chacha. Al abuelo Curro lo destriparon con unas tijeras de esquila y lo echaron a la fosa común.

—En el pueblo hay muchos muertos sin lápida; también entre los olivares. Me lo ha contado mi padre.

—¿Es que tu padre habla?

—A mí me asustan los muertos... Mañana es Día de Difuntos, y salen a rondar por ahí. Chachachica dice que el fantasma de El Pernaes amarra su caballo en la verja del cementerio cuando baja de la sierra a hacer la ronda en busca de comida. El caballo se llama *Relámpago*.

—Calla, boba, que me estás asustando.

—Os quiero enseñar un secreto; venid conmigo.

Juana e Isabel siguieron los pasos apresurados de la hija del carpintero hasta la tapia trasera del camposanto, donde la hilera de cipreses se tupía. Andrea se agachó y rebuscó a tientas en el revoque de la pared apartando las melenas de las jaras.

—¡Los encontré! Mirad, aquí abajo: son agujeros de bala.

—Eso es mentira.

—Me lo dijo mi padre, y mi padre no cuenta embustes. Aquí fusilaban a los jornaleros cuando la guerra, como a mi abuelo, que era el cabecilla de la gañanía. Le cosieron la barriga a tiros y se llevaron el cuerpo a rastras hasta más allá de las lindes del cortijo de la Dueña Alta. Lo dejaron entre los olivos,

cubierto de tierra y piedras y con un pie fuera. Lo descubrió el *comino*, que no dejó de ladrar y ladrar y ladrar al ver que el abuelo no regresaba a su hora. Me lo dijo mi padre, y mi padre no cuenta embustes. Le llamaban *comino* porque era muy pequeño y nunca paraba quieto.

—Chachachica dice que los perros aúllan cuando huelen la muerte.

—El *comino* supo que era el cadáver de mi abuelo por el pie que quedó desenterrado.

—¿Eso te cuenta tu padre? El nuestro nunca habla.

—Mi padre dice que Merchán es un cobarde.

—Pues a tu padre se lo van a comer pronto los grajos. Tiene el oído cada vez más fino, como los tísicos, que lo oyen todo, hasta la roedura de los ratones. Tu padre se va a morir; el otro día se lo oí decir a Setefo: «El carpintero no nos llega a mayo».

—Y mi padre dice que Merchán es un cobarde.

Chachachica creía que la festividad del primero de noviembre atormentaba el vagabundeo de las almas en pena si no percibían que los vivos tironeaban del hilo que aún las mantenía unidas a su pasado terrenal. Las manos de hombre, encallecidas por la rebusca en los sembrados y por el agua helada del pozo, se le agarrotaban al rascar los fósforos quebradizos, y era Juana quien debía hacerlo por ella en la Noche de Difuntos.

De un manotazo, la chacha arrinconó los andrajos sin planchar amontonados encima del arcón y colocó en el hueco una lata de atún roída de óxido con agua, aceite y dos mariposas por la memoria de su madre y del abuelo Curro. Juana prendió las mechas de estearina.

—Tienes manos de princesa, de niña rica.

Los dos hermanos varones, el que emergió muerto del vientre materno y el que permaneció abrazado con ojeras de anciano a una barra de hielo en la galería volada hasta que pudieron sepultarlo en la cajita blanca que encoló Matías, no precisaban oraciones ni lamparillas.

—Se fueron de este mundo con el alma blanda; ni tiempo tuvieron de conocer la maldad.

El corazón azul de las llamas bailaba en la penumbra de melaza, en cuya

blandura flotaba la sombra del ar-cón magnificada y vibrátil. La única bombilla en casa de los Merchán, la que pendía del techo de la cocina, se apagaba a las seis de la tarde por las restricciones. La casa de vecinos de la calle Alpechín se acostaba temprano.

—Chacha, ¿adónde van los muertos?

—A ninguna parte, niña; rondan entre nosotros y nos envían señales. Yo hablo algunas noches con mi madre y con tu abuelo... Si la candela crepita en la Noche de Difuntos, significa que el muerto se fue de esta vida con el deseo de decirnos algo. La mariposa de tu abuelo echa chispas todos los años. Dentro de un rato, cuando se acomode, fíjate y verás; da respeto.

—¿Dónde tenemos el alma?

—Aquí, mira, entre el espinazo y la boca del estómago.

—La Andrea me preguntó si el abuelo está enterrado en el camposanto.

—Sí, niña, en el mismo camposanto, junto a los cipreses de la tapia trasera. El médico le cosió la puñalada con hilo de pescar, y tuve que echarlo a la fosa común con la camisa ensangrentada porque no tenía dinero con que amortajarlo ni para grabarle una lápida con su nombre. El duro de plata que me fió la Gavilana sólo me llegó para pagarle al carretero que se trajo el cuerpo hasta la Puebla y para comprarle a tu padre un cartucho de dulces. No había quien lo consolara.

—¿La Gavilana?, ¿quién era ésa?

—Nadie... Una prestamista de aquellos tiempos. Se llamaba Teresa, pero la apodaban la Gavilana porque era muy avara.

—Y dime, ¿cómo murió el abuelo Curro?

—¡Si te lo habré contado cien veces, pejiquera!

—¿Cantaba tan bien como dice la gente?

—Mejor; como los mismísimos ángeles, niña.

La imagen ensoñada del abuelo desangrándose sobre los adoquines con los ojos llenos de eternidad sorbía la imaginación de Juana con un ansia de desagüe que se prolongaba en las pupilas de Chachachica.

—Chacha, ¿tú crees que Dios existe?

—Yo no tengo respuesta, niña. Tras los pobres anda siempre la guadaña. Hay que vivir como si Dios existiera.

—¿Y por qué nunca vas a la iglesia?

—Porque no me gustan los curas ni me entran los zapatos. Como siempre ando descalza...

—A veces me rondan cosas por la cabeza que sólo me atrevo a preguntártelas a ti.

—¿Y qué cosas son ésas, niña?

—La Andrea dice que mi padre es un cobarde... Se lo ha dicho Matías, y el carpintero no cuenta embustes. Esta tarde vimos agujeros de bala en las tapias del cementerio.

—Tu padre es tu padre y no debes faltarle al respeto. Todavía eres muy niña para entender cosas que sucedieron hace tiempo; lo que pasó, pasó. Y hay que olvidar. Esa Andrea tiene veneno en la lengua. Anda, súbete al palomar a ver qué hacen tus hermanas. Y acuéstate, que es tarde. Yo subo en un rato.

El perfil de Chachachica resplandecía a la luz anaranjada de las lamparillas de aceite. Las llamas azules de las mariposas temblaban en la penumbra de la cocina.

¿Qué es ser cobarde? ¿Quién impone los límites de la cobardía? A veces, la vida quebranta de un mazazo las vértebras del cuello y obliga a agachar el testuz, a morder barro, a deglutir el dolor sin masticarlo. Chachachica tenía el pelo negro y los senos aún duros y desafiantes cuando atravesó de rodillas el silencio del casino, a la hora en que aflojaba el fragor de las chicharras y las aspas de los ventiladores intentaban en vano triturar la falsa modorra. Mediaba agosto del año treinta y seis. Chachachica había cruzado el pueblo de rodillas, y las articulaciones, que le venían sangrando desde más allá de la iglesia, dejaron tras de sí una estela de postigos cerrados a trompazos. Un rastro obscuro ensució de rojo el mármol aséptico del casino; la determinación le impedía sentir dolor en las rodillas desolladas. Don Jacinto Maldonado, delegado de Falange en Puebla del Acebuche, sorbía una palomita acodado sobre la barra del fondo, mientras conversaba con otros dos hombres que lucían guayaberas almidonadas. En el calor tenaz, don Jacinto vestía una camisa blanca de manga larga, abrochada en los puños con gemelos y con un brazal negro en el antebrazo. Su hermano, su yegua

favorita, *Cascabel*, y Julián Ortega, el capataz del cortijo, habían perecido dos meses atrás en el incendio y saqueo de la Dueña Alta.

—Don Jacinto, tenga usted piedad. Ayúdeme por lo que más quiera. Mi Manuel es un ignorante. Él no hizo nada, don Jacinto, se lo juro; él no prendió fuego a las cuadras ni mató al capataz. ¡Si aún no me ha cumplido los dieciocho años, el ángel de Dios! Él no hizo nada. Vinieron en su busca de madrugada, y no sé adónde se lo llevaron. Él no ha hecho nada; haga que me lleven a mí presa en su lugar... Ayúdeme, don Jacinto, por lo que más quiera en este mundo.

—No puedo hacer nada por ti, mujer. Encomiéndate a Dios.

—Usted tiene influencias, don Jacinto... Por lo menos, que me digan adónde se lo llevaron.

—Mujer, no puedo hacer nada... Tú sabes mejor que yo que tu ahijado andaba con malas juntas. Se lo habrán llevado a Sevilla, como a todo di rojerío de la comarca, y en la capital quien manda es Díaz Criado, el delegado de Orden Público. Si tu ahijado no ha cumplido aún los veinte años, es probable que no lo fusilen. Dicen que el general don Gonzalo Queipo de Llano perdona la vida a los menores que se alistan voluntarios en el Tercio. No puedo hacer nada por tí. Márchate; éste no es sitio para mujeres.

Hay recuerdos que lastiman la mucosa de la memoria con guindilla molida, puntas de alfileres, alcohol de quemar.

7

—A mí, los escrúpulos morales de ciertas personas me provocan náuseas.

Sí, es el timbre de la voz. Es el resentimiento de su hija Mercedes lo que la agota. Salud Monterde acaba de levantarse; se mira al espejo y apenas se intuye en la mujer que la observa impassible desde el agua turbia del azogue: el rostro abotargado, las mejillas de harina cruda, esa corteza amarga en el cutís que ni los polvos de arroz logran disimular, el abanico mordaz de las patas de gallo.

—No me mires con esa cara, Mercedes; si tú eres igual que yo, sangre de mi propia sangre, mal que te pese... Por cada arruga, por cada traspié, un rebencazo a la torda en el lomo y a otro sitio. La cuestión es ésa, Merche: no dejar que te pisen. Nunca.

Salud escruta la avidez que se le agazapa en los ojos verdes, diminutos, presos en bolsas de jalea púrpura, la nariz picuda sombreando las líneas que respuntean el trazo inseguro de los labios y, sobre todo, el cabello: no se reconoce con la melena suelta; no es ella. Ni siquiera sus hijas la han sorprendido alguna vez en el desvalimiento de las dos crenchas ralas, teñidas de negro azabache, que ahora, en la intimidad del cuarto de baño, bajo la luz de matadero del fluorescente, acuchillan la blandura de los hombros y el resplandor de los azulejos, porque Salud Monterde, incluso en los contados días en que no sale a la calle, se recoge invariablemente el pelo en un moño prieto a la altura de la coronilla. Estrena una mañana chata,

como tantas otras, y sólo el albornoz de seda, estampado con dragones y cerezos descoloridos, le cubre la piel cuarteada y pecosa del escote.

El dentífrico aplicado con parsimonia atenúa el aliento terco a alcohol incrustado en el velo del paladar. Salud Monterde arrastra consigo un inventario sucio de barro, pisadas de sangre sobre serrín, convicciones desmayadas sobre la textura algodonosa de la mendra, promesas y sueños de papel súbitamente incómodos y arrojados deprisa al sumidero. Humo, disparos de máuser y vitrinas rotas.

—A la azotea, a la azotea... ¡Subid a este perro burgués a la azotea! Llevaba una pistola en la sobaquera.

El dueño de la joyería, en la esquina de la Rambla con la calle del Carmen, cayó sobre los adoquines requemados en la asfixia de julio. Se arrojó al vacío, se mareó, lo empujaron, perdió el equilibrio, quizá resbaló. El cráneo se le partió contra las piedras con un crujido de sandía.

—Guárdalo en tu casa, en el depósito de agua del terrado, bajo el lavadero de la galería, en bolsas cosidas detrás de la tela de un cuadro, levanta una baldosa del suelo, haz lo que sea, Feliu, pero guárdalo. O dentro de la tapa del piano; y si no puedes ensayar, pues te aguantas y haces las escalas sobre la mesa del comedor. ¿Tu madre? Pero ¿qué hablas, Feliu? Si tu madre ya no puede ni levantarse de la cama, ¿qué vas a explicarle? No fastidies... Tenían razón los muchachos: siempre fuiste un cobarde.

Salud Monterde se acaricia las bolsas de los ojos que perseveran en su hinchazón lívida. Los años le han pulido la piedra pómez de la memoria, fragmentada y resuelta en un antes y un después de la guerra, del final anticipado de la contienda en la certeza irremisible de que ya todo estaba perdido en la primavera del treinta y siete. De la retaguardia de las barricadas en la encrucijada de Ronda de San Antonio con la calle del Tigre, a los taburetes del Moka empinada en la maldición de los tacones blancos, las joyas envueltas en fieltro y apretadas contra la barriga. Salud Monterde supo deshacerse de sí misma en el momento oportuno: el pasado es tan circunstancial como un lunes de lluvia y la única verdad se condensa ahora en el instante fugaz frente al espejo, en la horquilla que sujeta la última hebra de pelo, en la mujer madura que acaba de levantarse y se funde sobre

el propio reflejo en goterones de cera cansada.

—Pero ¿cómo van a sospechar de ti? ¡Si tú estás limpio! En seis meses, me lo llevo todo; te lo prometo por mis hijas. Hazlo por la pequeña, Feliu: nunca te pedí nada, nunca te hice reproches. Sólo seis meses o incluso menos, en cuanto baje la marea y las calles se vacíen de militares. A partir de ahora, seremos gente de orden.

Las manos de colegiala cruel pellizcan los carrillos para arrancarles una limosna de color. El tiempo se derrama en la carne esponjada de los brazos y en el espejo, como el polvo de sílice que cae exacto durante dos minutos en la ampolla inferior del reloj que vigila los pasos del teléfono de baquelita, dormido en la pared del pasillo entre muebles viejos y efluvios de vinagre.

—Os lo habré dicho mil veces: anotad en la libreta de hule todas las llamadas y las veces que hayáis girado el reloj; cada vuelta, dos minutos, ya lo sabéis. Hay que llevar un control, hijas mías. El dinero es caprichoso y, si no se le amarra, tal como entra se va.

Mercedes y Montserrat siguen durmiendo, y puede que no se levanten hasta mediodía. La chica de servicio está en la cocina planchando; no se la oye. Las mañanas mate escarchan el recuerdo con la misma obstinación con que la fisura abierta en el centro simétrico del asco palpita exigiendo alimento: coñac con hielo y sifón, mondadientes astillados, la paella de los domingos, el centelleo de una esmeralda engastada en oro, la espera ansiosa de un nuevo cliente bajo el entoldado de paraguas a la salida del Liceo, el olor excitante a azufre que despide el dinero, hombres quizá, cualquier cosa, lo que sea. Nada sacia el agujero voraz, ni siquiera los dos varones que le dejaron una huella imperceptible en la piel y sendas hijas.

—¿Por qué te abandonó mi padre? Y dime, ¿llegasteis a estar casados? Porque tú eres muy capaz de haberle afanado los anillos al cadáver de un falangista. Pero hiciste bien, madre, qué caramba. Se diría que hasta pareces una señorona respetable con las alianzas de viuda... ¿Por qué pones esa cara? ¡Qué poco encaje que tienes para las bromas! Anda, échate otro coñac, si sólo estamos charlando. Brindemos por nosotras y por la vida. Y por la clientela, que no falte en esta casa.

—Baja la voz, Merche... No tienes vergüenza ni la has conocido. Y mira

qué te digo: aunque te disguste reconocerlo, cada vez te pareces más a mí; hasta en los gestos. Fíjate.

Salud Monterde amó al primero de los hombres —un funcionario de aduanas aragonés amante de la zarzuela— con el ardor efímero de la juventud y el desgarró de la primera pérdida. Al segundo le pagó con el cuerpo el precio del silencio y quizá un rescoldo de compasión hacia sí misma.

—¿Quieres que me encierren, que me fusilen en la playa? Pueden venir a registrarme la casa; quién sabe si alguien se acuerda todavía de lo que ocurrió y me denuncia. Alguien debe de acordarse; no ha pasado tanto tiempo. Feliu, medítalo, aunque sólo sea por la pequeña. No volveré a pedirte nada en la vida y te daré en billetes de los nuevos el diez por ciento de todo lo que guardes, de todo lo que hay en la bolsa. ¿Sabes lo que te estoy diciendo?, ¿te haces una idea de cuánto es el diez por ciento de esto? Feliu, atiende: sólo tienes que esconderlo en tu casa y cerrar la boca, nada más. Si la abres, *kaputt.*; tú y yo, los dos, al hoyo, a la mierda. Pero ¿cómo van a sospechar de ti, imbécil?

Algunas verdades son tan livianas y esquivas que logran zafarse del cepo implacable de las palabras: flotan en el vado y no se las oye roer la cáscara de los sobrentendidos. Salud Monterde nunca se atrevió a confesar a sus hijas que Salvador Feliu, el hombre que la quiso con la distancia de un pájaro disecado, el pianista que malvive de las propinas y las visita los domingos con el paste-lito de manzana orlado con ralladura de coco, primorosamente envuelto en papel de seda y atado con un cordel azul para después del arroz, es el padre de Montserrat, el maestro con la calva perlada de sudor, las pupilas tímidas que aprenden jazz de los músicos norteamericanos, de las muecas sordomudas y extáticas de los marines que la penumbra roja del Brindis amortigua. Cuando se encamaron por primera vez, a Salud le conmovieron verle dibujar desnudo el compás de cuatro por cuatro en el aire, mientras tarareaba una melodía fácil, y la colilla que posó en la mesa de noche con la brasa apuntando hacia el techo. Salud tampoco usa ceniceros.

—Déjala; se muere sola

La ternura es una trampa, la telaraña que urden los

débiles.

—¿Estás segura?

—Vete a la mierda.

—Pues si tú quieres, nos casamos.

—No seas ingenuo, Feliu. Ni quiero casarme contigo, ni tengo ya la edad para vestirme de blanco, ni tú tienes bastante cuajo para sujetarme a mí la brida. ¿Adónde vamos a estas alturas? ¿Y qué hacemos con tu madre?, ¿qué vas a explicarle? Si te lo digo es porque debes saber que voy a tener la criatura. No te asustes; no necesito nada de ti ni de nadie. No te pediré nada; ni siquiera el apellido.

Le aterraban la posibilidad de un aborto, la lengua pastosa de cloroformo, el embozo de la sábana sucio de sanguaza, imaginar siquiera entre los muslos el tacto inquisitivo de la aguja de mechar desinfectada en el perol de la menestra, bajar a la calle del Carmen en camisón y sin maquillaje, arropada en el desamparo del abrigo estrecho, y arrojar a la alcantarilla el espanto apañuscado en *La Hoja del Lunes*. Y, después de todo, Montse, la pequeña, en su inocencia de melocotón, le sigue llamando tío. El tío Feliu. El tío que toca el piano en el Brindis.

—Si abres la boca, *kaputt*. Tú y yo, los dos, al hoyo, a la mierda.

Salvador Feliu acude a menudo hasta la casa a pedirle dinero por los favores debidos. Culto, dócil, sumiso, el perfil del pianista enmarcado a deshoras en el quicio de la puerta, el sombrero aleteando jugueteo entre los dedos, la imagen patética de Salvador Feliu una mañana cualquiera, sin previo aviso, cabizbajo, las pupilas turbadas acariciando los zapatos — empeine blanco, puntera marrón— sucios de haber pateado la tristeza del Barrio Chino, las frases cortas y siempre inconclusas del viejo amante. El bostezo de los dragones en las mangas del batín.

—Si por mí fuera, no pasaría esta vergüenza. Con poco me basta, ya lo sabes. Es por mi madre. La pobre, cualquier día de éstos...

—Tu madre nos enterrará a todos.

Salud Monterde se pasa la barra de carmín por los labios reseca con rabia, como si pretendiera amordazarlos a brochazos. Aflicción y culpa son palabras rémora, blandas, superfluas, y ahora, en este preciso segundo en

que se perfuma el escote, los sobacos y el nacimiento del cabello en la nuca, el quinto piso de la calle del Carmen, esquina San Lázaro, tendría que desplomarse sobre su cabeza con un estruendo de cascotes y vigas descuajadas para que de su garganta prorrumpiera una queja, un lamento, un esbozo de súplica. Salud Monterde tira del carro —colmado de orquídeas, excrementos, piedras preciosas, pólvora, de lo que disponga el azar— sin un reproche, porque las bestias de carga nunca miran atrás. Sólo la extenúan el peso muerto de la desconfianza, la necesidad de mantener los sentidos alerta como un perro cazador y el resentimiento de Mercedes.

El susurro de las chinelas reptando en el pasillo tensa instintivamente el espinazo de Juana.

—Buenos días, nena.

—Buenos días, señora.

—Cuélame un café, a ver si me espabilo. Me duele la cabeza una barbaridad.

Juana desconecta la plancha enchufada al cable de la bombilla y la coloca en una esquina de la tabla. La señora pronuncia esas palabras cuando ha pasado una mala noche. La frase se perpetúa en mañanas idénticas: me duele la cabeza una barbaridad, hazme un café; el café me duele una barbaridad, hazme una cabeza; la barbaridad me hace, duéleme un café. Palabras alternándose, siempre palabras, palabras huecas. Medias verdades y café de calcetín. La señora dice «café de barretina».

Salud Monterde arrastra el respaldo de la silla hasta la pared; se sienta con movimientos cansinos, apoya el moño en los azulejos de la cocina y se coloca dos algodones empapados en manzanilla sobre los párpados. El cabello le atiranta las sienes. Juana abre el grifo: el chorro de agua se estrella contra la pila de mármol con el ansia de un punzón.

—Nena, te habré dicho mil veces que no dejes la plancha tan atrasada; luego, no hay forma, y las sábanas arrugadas me dan dentera, es que no puedo. Poco que duermo, sólo me falta... Si los trapos están rebeldes, échales un poco de agua por encima, así, con las puntas de los dedos, rociándolos. ¿Es que tu madre no te enseñó a planchar?

La señora tiene los ojos cerrados, como si estuviera sorbiendo los sesos del conejo cuando come paella. Habla con la cabeza echada hacia atrás y los algodones embutidos en las cuencas de los ojos; parece un cadáver recién amortajado. Juana imagina a la señora Monterde dentro de la caja con el cabello hasta las rodillas. Chachachica decía que el pelo y las uñas siguen creciendo en la carne de los muertos aun después de enterrados.

—Chacha, ¿por qué hablas cuando estás dormida?

—¡Que yo hablo! Anda y no inventes, niña. Súbete al palomar y haz por dormirte, que aún es temprano.

—No, señora... En el pueblo no se planchaban las sábanas.

—Hoy iré yo al mercado. Tengo que hablar con el carnicero.

—Como quiera, señora.

—Has de limpiarme la Santa Cena de plata con bicarbonato; está que da pena verla. En cuanto me tome el café, la descolgamos entre las dos.

—Lo que usted diga, señora.

—Por cierto, nena, esta tarde tendrías que hacerme un mandado. ¿Te acuerdas de Pech? El cojo que vive en Baños Nuevos, sabes de quién te hablo, ¿no?, el relojero... Hay que acercarle el cobre que pidió; lo necesita para trabajar. Sabrás llegar hasta su casa, ¿verdad? Has ido varias veces.

—Creo que sí, señora. No se preocupe; si me extravió, preguntaré.

Salir, salir, salir. Huir del encierro de vinagre, mirar escaparates inaccesibles, ver gente, atrapar las últimas hebras de luz, las chispas amarillas que escupen los tranvías, la vida que brota entre los adoquines, el color de las flores en los quioscos de la Rambla... Juana podría llegar hasta Baños Nuevos con algodones empapados en manzanilla cegándole los ojos: ha memorizado un indicio en cada esquina del laberinto de callejuelas en el casco viejo que llevan hasta el piso de ese hombre huraño.

—Nena, supongo que no lo comentarás con nadie. Tú ya sabes a qué me refiero, ¿no? Cuando te mando a pagarle al carnicero con una joyita, a cerrar cuentas al estanco o a llevarle un paquete al cojo... Sabes lo que te estoy diciendo, ¿verdad? Porque tú no eres tonta. No lo comentes ni con tu padre. Aunque en esta casa no tenemos nada que esconder, puedes estar bien tranquila. Pero, ya sabes, la gente es mala y habla por hablar. La gente

miente por gusto. No te fíes de nadie, nena, ni de tu propio padre. Es un consejo que te doy.

—No se preocupe, señora. Mi padre y yo casi no hablamos.

Merchán sólo canta. Cuando está triste, por soleares. Y los tatuajes le hipan azules en la piel de los brazos.

—«Voy como si fuera preso: *detrás camina mi sombra*; delante, mi pensamiento.»

—Nena, haz el favor de traerme el paquete de Chéster. Creo que lo dejé encima de la mesa del comedor —Salud Monterde se descubre los párpados. Los algodones están calientes como si los hubiera sumergido en el café.

Suena el timbre de la puerta.

—¡Feliu otra vez! ¿Será posible?

Por la mañana no suelen acudir visitas porque el círculo de íntimos y algún cliente de confianza con acceso a la casa saben que las Monterde empiezan tarde la jornada: las joyeras no existen antes de mediodía. El timbre insiste desagradable. Salud se ajusta el cinturón del batín y se remete la llave del cuarto sellado en la cazuela del sujetador.

—Juana, ve y mira por la rejilla, pero no abras.

A Salud no le apetece hablar con extraños. A esta hora de la mañana todavía no tiene moldeada la arcilla de las palabras, y los restos de la noche se le prolongan en el regusto a coñac y en los mordiscos de las varices. Se sirve otra taza de café y enciende el primer cigarrillo del día. Las visitas matinales suelen traer malas noticias.

—Es una mujer —dice Juana en voz baja.

—¿Una mujer? ¿Tan temprano?

Salud avanza sorteando muebles a lo largo del pasillo; Juana la sigue a distancia. La intrusa aporrea la puerta y grita: —Abrame, ladrona. Sé que está ahí.

Salud Monterde descorre la pestaña de latón y observa a través de los agujeros el rostro redondo, enmarcado por las gafas de concha, de Rosa Armengol. Se aparta de la rejilla con una mueca de desagrado. La mujer insiste: —¡Ábrame o se enterará toda la escalera!

Salud indica a Juana que se retire a la cocina.

—Es Rosita, la modista —dice siseando.

—Sé que está ahí, sinvergüenza.

Salud descorre pestillos y aldabas y abre la puerta con brusquedad.

—Buenos días, ¿se puede saber a qué viene este escándalo? —Salud cruza los brazos sobre la boca del estómago, donde regurgitan posos de noche y coñac.

—Quiero que me pague ahora mismo el dinero que me debe. Las ochocientas pesetas.

—¿Ochocientas pesetas?, ¿se ha vuelto usted loca? Yo no le debo nada, lo liquidamos todo. Además, sabe perfectamente que trabajamos de noche. Por lo menos, podría haber tenido la delicadeza de esperar hasta la tar...

—¿Esperar? ¿Tiene usted la desvergüenza de pedirme que espere? ¿Esperar qué? Llevo cuatro meses esperando que se digne pagarme, cuatro meses —la voz gutural de Rosa Armengol resuena en el rellano.

El ruido ha despertado a Mercedes, que sale al pasillo en camisón y con la cabeza cubierta de bigudís. Al pasar frente a la puerta de la cocina, su mirada y la de Juana se cruzan cortantes como dos trenes nocturnos. Juana aparta la vista; siempre mira al suelo delante de la señorita Mercedes.

—Serénese y haga memoria, porque le pagué hasta el último céntimo.

—¿Cómo? ¿Dice que me pagó y se queda usted así, tan fresca? Quiero las ochocientas pesetas ahora mismo. No me iré de aquí sin las ochocientas pesetas —Rosa Armengol se golpea la palma de la mano con el puño.

Mercedes se acerca lentamente a la discusión.

—Usted verá, pero yo resuelvo ahora mismo el asunto con cerrar la puerta. Por mí, se puede usted quedar ahí en la escalera hasta pasado mañana. Y berree todo lo que quiera. Me trae sin cuidado lo que digan los vecinos, porque yo le pagué hasta el último céntimo. Qué cara más dura tiene usted, Rosita, quién lo hubiera dicho.

—Pero ¿cómo puede ser usted tan cínica? Me debe ochocientas pesetas y me las va a pagar, por las buenas o por las malas. ¿O es que yo trabajo por amor al arte, eh? ¿Cómo espera que alimente a mis hijos, eh, dígame?

Mercedes se escora junto a su madre, bajo el dintel de la puerta. Salud

Monterde ha comenzado a mordisquearse las uñas. Las discusiones matinales le destemplan el cuerpo.

Desde la cocina, Juana concentra la atención en seguir el hilo de la disputa mientras plancha una blusa de popelín de la señorita Mercedes; le cuesta hacer bien las dos cosas. Conoce a la modista. Rosa Armengol acude con frecuencia a la casa porque las Monterde se hacen la ropa a medida: trajes de chaqueta, faldas volanderas para el verano, toreras y vestidos de cóctel, porque —es otra de las frases recurrentes de la señora Monterde— la elegancia es el cincuenta y uno por ciento en su trabajo. Las Monterde salen impecables. La modista se acerca hasta la calle del Carmen cargando con las pruebas, los patrones, las revistas francesas atrasadas y la caja de los alfileres. La mujer vive en el barrio; Juana se ha cruzado alguna vez con ella camino del mercado de la Boquería.

La modista se asombra de su propia voz: determinada, fiera, brillante. Dice: —Lo que pasa es que usted, señora Monterde, y sus hijas, sobre todo ésta, son unas tunantas. ¿Quiénes se creen que son? ¿Artistas de cine?, ¿condesas?, ¿parientes de un banquero?

—¡Tendrá valor!, ¿cómo se atreve a hablarme así?

—Atienda, porque estoy diciendo verdades como puños: pretenden vivir como millonarias y gastan el dinero que nunca ganaron con sus manos. Hala, la casa es grande: vestidos nuevos, estolas de piel, zapatos y manicura de lujo para salir a alternar por las noches como p...

—No me levante la voz. No se lo consiento.

—Todo el barrio lo sabe. Y, en el fondo, son ustedes unas desgraciadas que salieron del arroyo como todo el barrio, como todos nosotros, ya lo decía mi difunta madre. ¿Quién trabaja aquí? Nadie. En esta casa no hay hombres. Ninguno. ¿Cree que no sé de qué viven? Claro que lo sé, y mi madre, la pobrecilla, también lo sabía: aún están comiendo de lo que saquearon durante la guerra. Se llevaron del sótano cubos, cubos llenos, hasta arriba.

—¡Ya basta! ¿Pero qué sandeces está diciendo?

—No, aún no he acabado. Pondría esta mano en el fuego que se acuestan con esos soldados americanos por dinero. No me extrañaría lo más

mínimo porque no tienen decencia. Carroña, eso es lo que son ustedes.

Mercedes se abalanza sobre la modista y la agarra del cabello. Rosa Armengol intenta en vano zafarse.

—¡Ladronas, ladronas! —grita.

Salud Monterde arrastra a su hija y a la modista hacia el interior del piso y cierra la puerta tras de sí. La costurera está llorando.

—¡Quieta, Mercedes! Suéltala. Ve a mi habitación y tráeme el monedero; está dentro del bolso —Salud transpira dentro del batín de seda. Observa a Rosa Armengol con el desprecio de sus ojos de corneja. Refrena el deseo de clavarle el pico afilado en el entrecejo, justo en la embocadura de los sesos.

—Escuche bien lo que voy a decirle —Salud sujeta a la modista por la mandíbula y le comprime la cabeza contra la pared—. Voy a darle quinientas pesetas. Quinientas, ni un duro más. Se las doy porque no quiero volver a verla y aborrezco discutir por las mañanas —la ira blanquea las yemas de los dedos recomidos que aprietan la barbilla de Rosa Armengol.

Mercedes regresa con el monedero.

—Que sea ésta la última vez que pone usted los pies en mi casa para insultar a mis hijas. La última, porque le arranco los ojos. Usted sabe que soy capaz de hacerlo. Ni se le ocurra volver por aquí. En esta casa no se le debe nada.

Los dedos de Salud rebuscan en el interior del monedero. Arroja un billete arrugado a los pies de la modista. Portazo y silencio en el quinto piso de la calle del Carmen, esquina San Lázaro.

A la hora del almuerzo, Salud Monterde y sus hijas apenas han comido. La señora Monterde ha culpado a sus hijas, por caprichosas y malgastadoras, de lo sucedido con la modista por la mañana; ni siquiera se ha sentado a la mesa. Chéster encadenados y reproches desde el sofá. La señora insiste en que los tiempos no están para derrochar porque la clientela escasea.

—Juana, ponme un coñac con sifón. Coñac del de la malla.

Las señoritas han querido sopa y tortilla a la francesa.

—Juana, tráeme una pieza de fruta.

No una pera, una manzana, un racimo de uvas, una naranja, higos, una

granada, un cáliz de sangre. No.

—Tráeme una pieza de fruta.

La señorita Mercedes habla así.

La calle. El olor ácido de la calle en octubre. El aire transparente anticipa el invierno en la corteza de los plátanos. Pronto empezará a refrescar. Juana ha salido a cuerpo, con la falda de paño gris y la blusa blanca. Los zapatos lili, blancos también, se deslizan leves sobre el empedrado, entre cuyas juntas crecen flores de ciudad: temblorosas, de pétalos tímidos. Los transeúntes que se cruzan con Juana caminan a trompicones, envueltos en prisa fingida. A nadie parece importarle que la muchacha no lleve medias, ni que el paño le roce la piel virgen de los muslos, ni el esparadrapo que oculta la puntera agujereada. A los paseantes les trae sin cuidado que la criada que atraviesa la calle con una bolsa de lona en el pliegue del codo confunda eses, ces y zetas e imagine el alma encogida como el estómago de las aves: un gurrúño de nervios y músculos con una bolsita en el costado para ir almacenando la vida sucia, la melancolía, la pobreza a medio deglutir.

—Chacha, dime, ¿dónde tenemos el alma?

—Aquí, niña, entre el espinazo y la boca del estómago. Pero es movediza y baja hasta los pies o sube a la garganta. Y cuando se esconde, vamos a ciegas, tropezando con las esquinas.

El alma se parece a la molleja del pollo: arrugada, estremecida, la alforja de mugre verdosa cosida a un lado. El carnicero de la Boquería llama «pedrer» a la molleja.

—Hasta pronto, guapa.

El carnicero se metió la pulserita de oro en el bolsillo trasero del pantalón. Ni siquiera desdobló el papel de seda.

A nadie en la calle le interesa que la chica de servicio que acarrea una bolsa con pletinas de cobre para el relojero cojo de Baños Nuevos no sepa dividir ni que tenga los dedos desuñados y con dentelladas de sulfumán en la piel. Aún se protege las manos con guantes de algodón.

La señora Monterde ha empaquetado las barras de cobre con papel de seda —el mismo con que envolvió la pulsera de oro— y las ha amarrado con un cordel fino de color azul. Papel que dice: CONFITERÍA LA SUIZA. El señor

Feliu les lleva pasteles los domingos.

—Ladronas, viven todavía de lo que saquearon durante la guerra.

Los balcones se apuñalan en la estrechez del Gótico. Las vecinas podrían pellizcarse las manos de una barandilla a otra cuando riegan los helechos o tienden trapos en los alambres combados de silencio. Barrio de orines y humedad. Número cinco de la calle Baños Nuevos. Juana presiona el timbre junto al cartel esmaltado —fondo azul, inscripción en letras blancas: RELOJERO - COMPOSTURAS— con una flecha que señala el segundo piso. Un letrero de cartón —no había reparado anteriormente en él—, pegado al borde de la placa metálica con engrudo, apostilla: SE PASAN COLLARES. TASO JOYAS.

Juana aprieta de nuevo el timbre. El señor Pech tarda en abrir. Quizá haya salido y en este preciso instante doble la esquina despacio, con movimientos desiguales, cargado con la bolsa de la compra y arrastrando la pierna de madera. Una vecina abre inesperadamente el portón.

—¿Adónde va, nena?

—Al segundo, a casa del relojero.

Los peldaños son estrechos y empinados, como los que subían al palomar, donde las grietas custodiaban anhelos imposibles conjurados en tinta azul. Los deseos olían a escamas de caballa.

Que se vaya la lluvia.

Que los barcos salgan a la mar.

Que mi padre no llore.

Que a la Andrea le crezca la melena hasta los tobillos.

Que no me nazcan más hermanas.

Que la sopa de boquerones no me sepa a alcanfor.

Que no me salga sangre por ahí abajo nunca más.

Las traviesas de madera crujen bajo el peso ingrátido de Juana. La soga que descorre a tirones el cerrojo del portal trepa por el hueco de la escalera hasta una armella atornillada a la viga de carga del tejado. Un filamento de luz vertical flanquea la puerta del relojero: está abierta. Al otro lado, el gato del señor Pech maúlla. Juana golpea con los nudillos y nota en las puntas de los dedos, bajo los guantes de algodón, el hormigueo tentador de desandar

sus pasos y explicarle a la señora Monterde que no encontró al relojero en la casa.

—Chacha, tengo miedo. Yo no quiero irme del pueblo.

—No debes tener miedo de nada, Juana, ni de la misma muerte.

Juana se santigua y empuja la puerta.

El gato recibe a la extraña con un bufido receloso. El transistor está encendido en medio de la soledad desangelada. Sobre el mosaico del recibidor, Liberto Pech yace de costado junto a las muletas desorientadas. Juana contiene el deseo de huir, de salir dando un portazo y descender los escalones en tromba, de tres en tres. Cierra la puerta con suavidad y se acerca despacio al bulto tendido en el suelo con las piernas abiertas en compás, la de madera y la de carne. El relojero tiene sangre en la cara. Con las manos enguantadas, Juana intenta incorporarlo. El relojero respira pesadamente y el pelo entrecano le huele a vino. Juana observa con prudencia y extrañeza el rostro anguloso del hombre, la nariz afilada y noble, los labios carnosos, las dos arrugas verticales cinceladas bajo los pómulos, los párpados que protegen esa mirada esquiva del mismo color que la lluvia, la brecha en la frente que parte la ceja con un festón de sangre reseca.

Juana avanza en la oscuridad, entre pilas de libros y periódicos amarillos de tiempo, palpando la pared rugosa hasta topar con el interruptor de tuerca. Descubre el lavabo al final del pasillo. Encima de una tabla atravesada sobre la bañera, encuentra una astilla de jabón, un cepillo para restregar los puños de las camisas, una lata de sardinas en escabeche convertida en cenicero y un cuentagotas de farmacia con yodo. Ni rastro de algodón, vendas, esparadrapo o un paño limpio. Se saca el pañuelo arrebujado de la manga de la blusa y lo empapa con agua del grifo.

Liberto Pech parpadea. La bombilla del techo le agujonea los ojos y le impide identificar la sombra que se mueve tras la cortinilla de los párpados. Le duele el costillar.

—*Què m'ha passat? On estic?*

Juana aparta un mechón de pelo con la mano izquierda y vierte tintura de yodo sobre la boca de la herida. Un escozor de hormigas rojas se entrega

al festín.

—Quizá debería ir usted al dispensario a que le dieran unos puntos. Si quiere, le acompaño.

El relojero oye la voz pero los susurros revolotean vacíos alrededor. Entreabre los ojos encandilado por la luz.

—Nacido en Barcelona, provincia de ídem, el veintidós de octubre del año mil novecientos dieciséis, de profesión maestro relojero... Siendo declarado el acusado por este alto tribunal culpable del delito de rebelión militar, recogido en el artículo doscientos treinta y siete del Código de Justicia Militar.

La voz obscena y el tableteo de la máquina de escribir zarandean el resplandor blanco.

—Dice en estos papeles que se llama usted Liberto. ¿Liberto?

—Sí, señor.

Sorprende el tiempo transcurrido sin oír la propia voz. Liberto Pech está desnudo, el espinazo apoyado contra la pared del sótano, alicatada hasta el techo con azulejos blancos. El cuerpo es incapaz de sostener su propio peso sin el puntal de las muletas. Más que el sexo —asustado, blando, replegado en sí mismo—, al relojero le avergüenza mostrar a la luz blanca el muñón impúdico, procazmente granate, atravesado por venillas seccionadas, despojado de la dignidad de los arneses y la pierna falsa. Un policía de paisano le descose el dobladillo del pantalón; los forros de los bolsillos permanecen tiesos, aterrados, como orejas de una liebre deslumbrada.

—¿Liberto? Y qué leches de nombre es ése... ¿Habéis oído? Le pusieron Liberto a este pedazo de mierda.

Y de apellido, Peos. Peos pestosos como cuescos de vieja.

La voz obscena prende una traca de carcajadas al otro lado del foco cegador.

—Se pronuncia Pech, con ce al final.

La tiranía de la sed agosta la voz del relojero.

—¡Calla, basura roja!

Todos los caminos son de ida y vuelta. Con la pierna derecha amputada, la cicatriz todavía tierna y una ampolla en el talón izquierdo por el roce de la

galocha sin calcetín —era julio, el verano tórrido del año cuarenta—, Liberto Pech había regresado a España, junto con otros setecientos veintitrés refugiados, en su mayoría mujeres y niños, por el paso de Hendaya, bajo la custodia de la policía francesa.

Los nazis ya habían entrado en París.

De Hendaya a Irún, arrastrando la ausencia doliente de la pierna y el anticipo de una sucesión de años de celda —Madrid, Zaragoza, Barcelona—, cebolla y col hervidas y defecaciones en una lata.

—Date la vuelta, que voy a cagar.

—Mira que eres pamplinero, catalán... Será que nunca te he visto la raja del culo.

—Que te des la vuelta, joder.

—Oye, ¿y cómo fue que volviste? No me lo has contado en todo este tiempo.

—Tienes el don de la oportunidad, ¿te lo habían dicho alguna vez? Todos los estalinistas sois iguales: zafios, cuadriculados, torpes, irrespetuosos con el individuo. Si te parece, volví porque añoraba la escudella... ¿Qué querías?, ¿que los alemanes me hicieran pienso la pierna buena?

Con los años, el rencor acumulado fermenta en paciencia.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

—Soy Juana, la chica de servicio de la señora Monterde. Le he traído el cobre que pidió. Está ahí, dentro de la bolsa de lona.

—¿Qué ha pasado?

—No es nada. Se ha caído, y debió de perder el conocimiento. Si quiere, vamos al dispensario a que le cosan la ceja. Le acompaño.

—No te preocupes. Tengo buena encarnadura.

La nuca despejada con agua fría, la caricia limpia de la camisa, el aroma de la sopa de tomillo reconcilian al cuerpo con su dolor a esa hora de la luz incierta en que las gaviotas y los cuellos de las gabardinas vuelan bajo. Liberto Pech sopla la cuchara y observa la espalda de la muchacha que, envuelta en un halo balsámico de flores amarillas, lava los cacharros y restriega el estropajo sobre los cercos que el vino dejó en los poyetes de

madera. La muchacha se ha quitado los guantes de algodón para no mojarlos; tiene manchas de su sangre en la blusa blanca. Se enjuga las manos en la falda de paño y las esconde; le mira de soslayo. Dice: —¿Se encuentra un poco mejor?

—Sí, muchas gracias. Me dijiste que te llamas Juana, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Mi nombre es Liberto. Mis amigos, no tengo muchos, la verdad sea dicha, me llaman Llibert, en catalán, y la gente del barrio me conoce por el apellido, Pech a secas, o por el oficio. Pero siéntate un rato, mujer.

—Debería irme ya, señor Liberto. Sólo he venido a traerle el cobre. Lo dejé en el pasillo, en la bolsa de lona. ¿Quiere que se lo traiga a la cocina?

—Debo de parecerte un trasto, pero no me llames señor, por favor. Sólo con oírlo me dan escalofríos... Llibert, Llibert. Es muy fácil, mujer, ya verás — el relojero ensaya un atisbo de sonrisa. Apoyada en la pica, la joven morena le observa con desconfianza—. ¿Sabes para qué quiero el cobre que me has traído? Lo necesito para trabajar, para fundirlo con el oro. Cuando esos dos metales se alean, el oro gana en dureza sin perder flexibilidad. Así se trabaja mejor, pero hay que tener cuidado con la mezcla en el crisol para que el brillo no se opaque —la joven lo escucha admirada; hay algo inasible en la fragilidad de esa mirada femenina que desarma—. ¿Desde cuándo trabajas para la Monterde?

—Pronto hará cinco meses, señor Liberto.

—Te habrá contado que nos conocemos desde hace muchos años y que ahora sobrevivo gracias a ella y a las chapuzas que me pasa. Salud Monterde me facilita el material, el oro, trajiste dos lingotes la última vez, ¿recuerdas?, y las piedras. Rubíes, esmeraldas, topacios, lo que sea... Pero siéntate un rato, mujer. Yo hago lo que me encarga y ella lo vende: anillos de pedida, alianzas, brazaletes, pendientes, algún colgante, pero sobre todo sortijas, que es lo que mejor sale. De toda la vida, lo que mejor sale en la calle son las sortijas. En el barrio la conocen como la joyera. Doña Salud Monterde Martí. ¡Qué lista es esa mujer! Sabe bajo qué sombra se cobija, ya lo creo. Conozco bien el oficio: comencé de aprendiz a los trece años, y antes de la guerra ya me consideraban uno de los mejores artesanos de Barcelona. Luego, todo

cambió en esta ciudad, en el país entero. Esa Monterde es como el corcho; pase lo que pase, ella siempre sale a flote.

La mirada de la muchacha no reposa: aletea en las puntas de sus dedos lastimados, en los ojos de quien le habla, en la cola del gato, que se lame las patas bajo la mesa, en los vasos recién lavados que gotean boca abajo, en el mármol cuarteado de la pila, en la pierna falsa. Si no fuera por la pureza de esa mirada inquieta que observa la prótesis con insistencia, a Liberto Pech le apetecería fingir un repentino escozor en el muñón, se remangaría la pernera del pantalón y mostraría el fémur serrado a la luz de la bombilla. Pero esos ojos oscuros hipnotizan y desarman. Liberto Pech se siente incómodo, se avergüenza de la extremidad fosilizada, del vino de Gandesa que le tumbó sobre las baldosas del pasillo con la flaccidez de una marioneta, de la soledad de hombre con gato, de la casa con las persianas siempre echadas, de su propia torpeza, de no saber qué decir.

—¿Por qué estás tan callada? El pobre *Proudhon* no ha podido comerse tu lengua porque sólo le gustan las sardinas en escabeche; es todo un sibarita —de nuevo, el rubor de la impericia.

—Es que yo hablo muy poco, señor.

Salud Monterde habrá prevenido a la muchacha, claro.

—No te entretengas con el relojero, nena, y, si te hace preguntas, no respondas. Que sepas que le da al alpiste y que no hará ni dos años que salió de la cárcel. Le entregas el cobre y en paz. Estuvo condenado a muerte.

¿Qué le habrá contado esa arpía?

—Cuando la guerra, él y sus compinches salían a cazar curas y les hacían correr en cueros. Sacaron a la calle los bancos y las tallas del convento de los capuchinos de Sarria e hicieron una hoguera. Y tendrías que haberlo visto con la ametralladora del doce setenta en la carretera de Esplugas, cuando partieron hacia el frente del Ebro. Ratatatatá ratatatatá.

La muchacha que huele a flores silvestres no se atreve a mirar de frente. Sus ojos negros pesan como amenazas. Debería irse. El relojero quiere que le dejen en paz. Liberto Pech no necesita palabras ni la confianza de nadie. Vive solo y con poco. Reposta la garrafa con vino de Gandesa cada lunes al regreso de la comisaría de Vía Layetana, compra sardinas en escabeche para

Proudhon, da algún paseo lento hasta la plaza de San Felipe Neri o hasta la estación de Francia; le gusta el silencio que sucede al estrépito del tren. Que se vaya la muchacha, que se marche. *Proudhon* y el relojero no necesitan nada. Pero la lengua desobediente se atreve a articular sonidos.

—¿Te gustaría verme trabajar un día? Si no lo has visto nunca, el proceso de fundir el oro y transformarlo en joyas es hermoso. Ven cuando quieras, siempre estoy en casa trabajando. Te gustará verlo, de verdad.

—Gracias.

El eco de la voz de la modista.

—También lo sabía mi difunta madre. Sacaron del sótano cubos llenos. Carroña, eso es lo que son ustedes.

—Ven cuando quieras, Juana... Para ti, la puerta está siempre abierta.

—Debería irme ya. La señora Monterde está a punto de salir y estará preocupada.

—¿Aún te obliga a llevar guantes?

—No, señor. No es que me obligue, ya le dije... Me quemé las manos con sulfmán; fue un accidente. Ya están casi curadas. Me hice yo misma las curas con aceite de oliva.

—Llámame Llibert, Llibert. Vuelve cuando quieras, Juana, ésta es tu casa. Y oye, no le digas a la Monterde que me encontraste mareado en el suelo. No le digas nada, por favor. No le digas nada.

Juana abre la puerta. El piso de la calle del Carmen, esquina San Lázaro, está a oscuras y en silencio: la señora y sus hijas ya han salido a vender sortijas por bares y locales nocturnos. Juana se desnuda, se pone el camisón y cuenta una vez más el dinero ahorrado de las semanas. Guarda los billetes en una bolsa de ganchillo dentro de la maleta con los cantos color canela.

Prende la luz metálica del cuarto de baño. Cierra los ojos y vuelve a abrirlos para cerciorarse de que es cierto: las llaves de la habitación prohibida están ahí, encima del taburete, al alcance de la mano. La señora se las ha olvidado. Juana inventa la escena: las prisas, la ducha, el cansancio, la señora maquillándose sin ganas frente al espejo, el disgusto de la mañana

con la modista, los pies aprisionados en los tacones blancos. Cuando llegan visitas a la casa, Salud Monterde se esconde las llaves entre los senos.

La oscuridad magnifica los latidos del corazón dentro de la caja del pecho. Bum bum bum. Las pulsaciones retruenan en el hueso de la mandíbula. Juana siente hielo en los pies. El tacto escarchado del camisón lastima la piel.

—Y no se te ocurra fisgar en el cuartito. Además, es inútil: las llaves siempre vienen conmigo y el ojo de la cerradura está cegado.

Entrar, mirar y salir; sólo eso. Entrar, mirar, salir. Despacio, sin precipitarse, con las manos enfundadas en guantes de algodón que no dejarán huellas. Hay tiempo de sobra. La señora no suele regresar hasta pasadas las dos de la madrugada. Cuando vuelve borracha, Juana la oye tropezar con las sillas del recibidor. Sus hijas se recogen algo más tarde. Bum bum bum. El corazón revienta en la urna del pecho. Salud Monterde no entra al cuarto sellado todos los días ni todas las semanas ni todos los meses. Juana está siempre en la casa y controla los movimientos de las tres. Y hay pan duro en la despensa para cegar la cerradura de nuevo. ¿Y si la descubre y la despide? La señora es una ardilla.

—¿Verdad, mastresa, que en el mercado les darán razón de dónde quieren muchachas para servir?

La horquilla enderezada hurga y arranca la miga de pan reseca. La llave penetra en el ojo de la cerradura con la precisión de un berbiquí. El interruptor está a la derecha. Un cuarto estrecho, cerrado y sin respiradero, idéntico a la habitación donde duerme Juana. Dentro del armario, con espejos en las puertas, hay ropa de hombre y abrigos de piel protegidos por sábanas blancas.

—¿Qué se cree que son? ¿Artistas de cine?, ¿condesas?

En el centro del cuarto, un escritorio de madera con cajoneras en lugar de patas. Las manos enguantadas tiemblan al abrir los cajones, uno por uno. Las piedras preciosas están ahí, metidas en cajitas diversas, de galletas, de bombones, de sedalinas, de puros, en jaboneras metálicas, piedras ordenadas por colores, las perlas con las perlas, gemas amarillas, transparentes, rojizas y verdes. En el último cajón, seis barras de oro

envueltas en celulosa y una pistola con letras cinceladas en el cañón: LLAMA. GABILONDO Y CIA. Elgóibar (Guipúzcoa).

Sobre el escritorio, una libreta de tapas de cartón y una estilográfica. A la izquierda de la página, fechas escritas en caligrafía inclinada. La primera: 23 de julio del año treinta y seis. En la fila central, bajo el haber, dice: «perlas», «lingotes», «esmeraldas», «rubíes». Al lado de las palabras «diamante» y «zafiro» hay un signo de interrogación entre paréntesis. En la fila de la derecha, nombres, tachaduras y números que disminuyen a medida que las fechas se aproximan en el tiempo: treinta piezas, veinte, ocho, tres.

—Aún están comiendo de lo que saquearon durante la guerra.

Las manos de Juana vacilan al intentar repetir sobre la superficie del taburete el mismo dibujo de la cadena y la llave cuando las encontró.

—Piensa que ni siquiera mis hijas entran ahí.

Y la casa de la calle del Carmen, esquina San Lázaro, se llena de ruidos imaginados.

8

La muerte tenía entonces olor. Juana la asociaba al aroma del romero recién cortado. Olía a perlas de creosota para contener el río de la sangre y preservar la carne de la putrefacción, a desinfectante, anís y semillas de ajonjolí para los dulces del velatorio. A algodón quemado. El aliento de la muerte olía igual que los trapos guardados en el último cajón de la cómoda.

—Juana, sube al palomar y ponte un trapo ahí abajo. Ni se te ocurra arrimarte al macizo de las hortensias.

Y no toques los cuchillos, que se embotan, ¿estamos?

El último cajón de la cómoda, la sentina donde se ocultaban al mundo trapos viejos para el menstruio y residuos de la memoria paterna: una bala intacta, un reloj de pulsera roto, la cartilla militar y varias hojas arrancadas del Eclesiastés.

—Anda, Juana, saca la lata del cajón y léenos la Biblia.

—Cada vez lo mismo. ¡Qué aburrido!

—Pues lee otra cosa. ¿Qué más hay dentro? Busca, rebusca bien.

—Aquí hay un papel.

—A ver..., ¿qué dice?

—¡Lo vas a romper, bruta! Déjame a mí... Parecen unas señas: «Rosario Atienza. Librería de viejo de la plaza Argüelles (enfrente de los juzgados), Sevilla».

La muerte olía también a cal y verano.

Matías Iruela, el carpintero de la córrala, y Carmen Merchán fallecieron

encerrados en idéntico olor, en la misma canícula, confundidos en el tiempo y la asfixia, arrastrados ambos por el mismo trallazo de fatalidad.

Matías se hizo su propio ataúd. Entre toses de serrín, desbastó la madera con la garlopa hasta donde le llegaron las fuerzas y, cuando le falló el aliento, se sentó en el patio a mecerse en el balancín acompasando el vaivén en el martilleo moroso del zapatero. Dejó el féretro a medias, apoyado en vertical contra la pared, repleta de fotos de toreros pegadas con pez rubia, entre herramientas, tablones, escobas, el botijo.

—Parece mentira, pero con una gota de anís el agua está más fresquita.

El carpintero cerró el taller con cadena y candado, y se sentó a perseguir lagartijas con los vértices de la mirada.

—Pepe Luis Vázquez es lo más grande. ¡El quite por chicuelinas, ese quite! Lo más grande.

Matías Iruela apenas podía sostenerse sobre las piernas de estaño. La tuberculosis le había apolillado el organdí de los pulmones, y hacia el final de sus días, como un gorrión con barro adherido a las alas, redujo la existencia al prodigio de hinchar el fuelle de la respiración. En las atardecidas de verano, cuando amenguaba el recalmón, gustaba de sentarse junto al jazminero en la creencia de que el perfume almibarado le lubricaba las boqueadas de aire. En cada estambre, en las avispas que anudaban zumbidos entre los pámpanos de la parra, en la rapidez con que las lagartijas asomaban la cabeza de las grietas y trepaban hacia el palomar, en el crepitar de las raspaduras de cebolla que Balbina Falcón sofreía en la hornilla, en el comineo de las vecinas que bordaban sobre bastidores, se emboscaba un milagro ínfimo al que el carpintero se asía sin fuerzas, maravillado, con la voluntad de absorber el instante y alargarlo, como se apura un adiós definitivo en la cantina de una estación. Su mujer lo sacaba al patio aunque refrescara porque, decía, el aire limpio le hacía bien y ella aprovechaba entonces para ventilar las sábanas sobre la barandilla de la balconada y barrer la habitación, libre del presagio de un nuevo acceso de tos. Y así, en las tardes despaciosas frente a la carpintería cerrada, Matías, recostado en una mecedora baja, se balanceaba y descifraba los enigmas que esbozaban las nubes en el lienzo tensado del cielo o entornaba los párpados y echaba la

cabeza hacia atrás para concentrarse en los trinos del jilguero.

—Qué gloria de pajarillo. ¿Te has fijado, Merchán?, ¡si hasta parece que me cante por alegrías!

Con el relente, Dolores le cubría las rodillas con una manta negra de soldado que Merchán había regalado al carpintero poco después de que enfermara. La manta apestaba a queroseno y tenía cicatrices de pitillo.

—Ay, Matías, ¡si esta manta pudiera contar todo lo que vio! Me acuerdo de memoria de todas las estaciones del repliegue, de todas: Almadenejos, Los Pedroches, Belalcázar, Cabeza de Buey, Zújar, La Granjuela... Tú no hiciste la guerra, ¿verdad?

—Me libré porque era muy chico. A mi padre, que era el cabecilla de la gañanía, lo fusilaron cuando estalló el Movimiento en las mismas tapias del cementerio... Ya mismo me lleváis para allí.

Cuando tendía la colada en los alambres del patio, Dolores Iruela procuraba que su marido no la sorprendiera contando de reojo los esputos que flotaban en la escupidera, a los pies del balancín. Las flemas con trazas de sangre contrastaban con la blancura de la bacinilla. El carpintero se consumía en el simple esfuerzo de mecerse y respirar.

De entre las mujeres que se llegaban hasta la casa de vecinos de la calle Alpechín con zapatos boquiabiertos para que Setefo los remendara, eran pocas las que se atrevían a preguntarle por la salud, y las que lo hacían escrutaban a distancia aquellas pupilas donde aleteaba el brillo efímero que anuncia la muerte.

—¿Cómo andamos, Matías?

—Pues ya ves, hija; paciencia y barajar.

A Matías Iruela las frases se le agrumaban en la garganta; le faltaba el aire para concluir las y las soltaba crudas y en vuelo corto, como si hablase para sus adentros. El carpintero se consumió en el patio entre geranios rojos y risas de niñas.

—Dolores, ve y caliéntame la cama. Tengo el frío metido en los huesos.

Una tarde, poco antes de morir, Matías se agarraba a los brazos del balancín para darse aliento con que gritar.

—Llevaos a las niñas de aquí, lleváoslas. ¡Por Dios bendito!

Juana lo observaba paralizada a través de la ventana de la cocina que asomaba al patio: dos de sus hermanas jugaban al lado del enfermo; Consuelo estaba tumbada boca arriba junto a la mecedora y el orinal, y Elvira reía tapándose la boca. Juana podía distinguir sus voces.

—Échate al suelo, Elvira... No lleva nada debajo de la manta, y se le ve el perezil. La Dolores no le ha puesto calzoncillos.

Juana absorbía la crudeza de la escena envarada tras la pátina aceitosa del cristal. Nadie escuchaba los gemidos del carpintero. La madre, ajena a las súplicas, derrotada sobre el colchón de borra, domesticaba el cansancio, el dolor inasible, el tedio y la desesperación sin nombre de un nuevo embarazo. La madre no se levantó. Juana permanecía atrapada en la fascinación cruel de aquel juego sobre un damero de losetas rojas y expectoraciones de tísico. La hipnotizaba el rescaldo de dignidad del hombre que, rendido a la servidumbre del azar, se agarraba con los huesos tronchados a las raíces de la vida e intentaba moldear un grito para que alguien apartara a las niñas de su lado y del hálito de la enfermedad. A Matías no parecía lastimarle tanto la burla infantil a su cadáver desnudo de cintura para abajo, con la manta de soldado tapándole la bolsa desinflada de los testículos, cubiertos de vellos como las algas que embarraban el rostro de los ahogados, cuanto el horror de extender consigo las miasmas de la muerte.

Fue Juana quien lavó las manos y las lenguas de sus hermanas con un recorte de jabón de sosa.

El carpintero expiró mientras dormía; los pulmones astillados se le fatigaron de respirar y ya no volvió a despegar los párpados. Falleció en un sueño fragante de virutas de cerezo y palosanto, siemprevivas y jilgueros que le cantaban por alegrías. Las vecinas de la calle Alpechín lo amortajaron sobre el banco de trabajo del taller. Las serraduras crepitaban bajo sus pies rápidos. Lo peinaron con hisopazos de colonia a granel, le hicieron la raya en el medio, le lavaron el cuerpo enjuto con paños empapados en el agua helada del pozo; las axilas, el pecho roído de arañas, los brazos flácidos, el escroto poblado de sargazos. Le afeitaron la cara angulosa con aprensión al contagio, lo vistieron con una camisa de tirilla impolutamente blanca y el

pantalón de la boda, que sujetaron con correa a la cadera por la extrema delgadez a que lo había condenado la tuberculosis. Los pies (ríos al aire, sin calcetines. Ni siquiera Chachachica se atrevió a cortarle las uñas.

Durante el velorio, la chacha le colocó encima un plato con sal para que no se le hinchara el vientre. El carpintero parecía aún más pequeño dentro de la caja de madera cruda, bajo la luz anaranjada de los velones. Su mujer, Dolores, vestida de negro, rodeada de lamentos negros, se clavaba las uñas en los pulpejos. No lloraba la pena, sino el espanto de sus propios pensamientos.

—Matías, te he comprado una perra chica de tocino de jamón.

Los labios aceitosos masticando a desgana, ya sin fuerzas. Las pupilas inmensas del hombre que deglutía la bola de sebo y respiraba trabajosamente en las madrugadas de ahogo. Alimento para nutrir a la muerte.

En los ojos infantiles de Juana, entre el revuelo de las batas de percal, relumbraba la fascinación por los pelillos entrecanos que se abrían camino en la barba de Matías.

—Chachachica dice que el pelo y las uñas siguen creciendo en la carne de los muertos.

Era la misma carne que el día anterior se balanceaba en el patio, la misma carne que palpitaba, que aún sostenía un hilo de aire sutil entre las yemas de los dedos hasta que el pájaro negro ascendió a los cielos con un rabioso batir de alas y el pez de la muerte atrapado en el pico.

El padre de Juana acudió al entierro con zapatones de muerto. Tuvo que rellenar las punteras con papel de periódico.

—Para lo que andará ahora el pobrecillo, que los aproveche Merchán.

Setefo, el zapatero remendón, amarró el ataúd de pino famélico con una sogá para que no se saliera el cadáver en el trayecto desde la casa de vecinos de la calle Alpechín hasta el cementerio. Al carpintero no le dio tiempo siquiera de darle una mano al féretro con anilina.

Carmen Merchán murió dos meses después. Falleció aceptando su propia muerte, y no lloró ni se compadeció de sí misma siquiera en los

contados momentos en que se quedaba sola en la habitación que un cortinón de pleita separaba de la cocina. La hemorragia del parto tras alumbrar al único varón y la septicemia que la acometió después la sumieron en un letargo durante el que Carmen hablaba en voz muy baja —y cada vez menos— de asuntos cotidianos para despistar la astucia de la muerte: la madreselva en flor, las cajas de pescado vendidas en el puesto de la plaza, la última refriega en la casa de vecinos, la travesura de alguna de las hijas, la tardanza de la lluvia, el dinero oculto en el dobladillo de la cortina. Chachachica se ensalivaba el dedo índice cada vez que recontaba los billetes. Sin saber sumar, nunca se equivocaba.

—Lunes, martes, miércoles...

La proximidad de los cuerpos en la estrechez evitaba a Carmen el vértigo, el sentimiento de profunda soledad al frisar en el umbral de la muerte. Sólo durante la siesta, la casa callada, las alpargatas aturdidas a los pies de la cama, el zumbido del calor tras los postigos entornados de la ventana, sólo entonces sentía Carmen la desazón de haber vivido en vano, para nada, para languidecer a destiempo y en silencio como la llama de un candil. Murió con una devastadora sensación de cansancio.

Carmen Merchán se puso de parto un atardecer de finales de julio. Las vecinas de la córrala se alertaron unas a otras dando voces desde la galería volada.

—¡La Carmen ha roto aguas! ¡Aligera, Balbina!

—No te apures, que ésa es veterana y pare fácil, como las conejas.

Manuel Merchán no había regresado todavía de la plaza de abastos y le mandaron aviso con Rafael, el mayor de los barberos. Los gritos de Balbina Falcón, de la mujer del carpintero y de Chachachica resonaban entre las ollas de agua hirviente que humeaban sobre el piso. La madre estaba arrodillada sobre el suelo desnivelado de la habitación y la sangre se acumulaba en el rodapié como higadillos aún calientes. El bebé aprisionado con ojos de anciano entre los labios morados de la vagina. Juana e Isabel, cogidas de la mano, escrutaban el trajín de las mujeres detrás de la cortina de pleita, la mirada aterrada y fija en los brazos seguros de la partera.

—¡Tendedla, tendedla en el suelo! Pero ¿cómo se os ocurre? ¿Os habéis

vuelto locas? ¡La Carmen se nos va en sangre, se nos va!

El cordón umbilical flotaba en la escupidera con la tristeza gris de los boquerones ahogados en el puchero. La hoja de afeitar sobre el saliente de la alacena, la funda de papel rasgada con prisas y manos nerviosas, mordida de sangre y dedos, un envoltorio con la silueta de la Giralda. CUCHILLAS LA SEVILLANA.

La comadrona lavó el cuerpo quebradizo de la criatura en una palangana.

—¡Es un niño, un varón! Carmen, ¿me oyes?

Al único hijo varón en sobrevivirla lo bautizaron con el nombre de José porque la adversidad —la osamenta tierna de dos Manueles yacía en el cementerio— había descartado la posibilidad de bautizar al niño con ese nombre. Tras el parto, la madre se consumió pálida sobre el colchón de borra. Al entrar en el cuarto, sólo se distinguían los ojos alucinados, hundidos en la almohada. El padre no podía siquiera cantar para aliviarse, y la pena lo encogía en un tránsito de días iguales.

—No puedo hacer nada por ti, Merchán. La infección está ya muy avanzada. Pide prestado a un pariente o empeña algo, una sortija, qué sé yo.

—¿Una sortija? Pero ¿qué sortija? ¿Se hace usted cargo de lo que me está diciendo?

Chachachica descosió la bastilla de la cortina con determinación. Los billetes enrollados olían a jurel rancio.

—¿Por qué guardabas dinero en el dobladillo?

—Para comprarle a tu padre un traje de patén gris, preguntona.

La cortinilla que tapaba los estantes bajos de la despensa era azul, de lunares. La hicieron de un corte de tela que la delegada de la Sección Femenina le había regalado a Juana en la escuela. Un corte de tela, un velo para ir a misa, un cartabón o una cuña de queso americano para las alumnas obedientes de doña Amalia. Lo que tocara.

—Madre, yo quería una falda de volantes. Azul y con lunares. Una falda para ir a la feria.

La penicilina llegó de contrabando desde el puerto de Algeciras, procedente de Gibraltar, desde el otro lado de la bahía, escondida en la

barriga de un mero, poco después de que Manuel Merchán la hubiera apalabrado en el casino. Chachachica sajó la barriga del pescado y extrajo de entre las tripas cuatro ampollas transparentes llenas de polvo blanco. La muerte sonreía en la boca ciega de dientes.

La infección voraz engulló el cuerpo de Carmen. El padre, abatido por el dolor, aguardaba el desenlace bajo los racimos de la parra con la cara hundida entre las manos o hacía garabatos en el suelo del patio con una rama. La voz se le atoraba en la garganta.

—«El limón con la canela, *rebujaíto con el jazmín*, así me huelen tus carnes cuando / tú te arrimas a mí.»

Durante la agonía de Carmen, las palabras se emboscaron en ruidos sordos en casa de los Merchán, en miradas que eran anzuelos, en murmullos, en gemidos de objetos. Chachachica se entregaba con ahínco a las faenas domésticas y, de noche, aunque desfallecida sobre el jergón, la angustia le desbarataba el descanso. Sus voces entre sueños descendían arremolinadas la escalera del palomar.

—Capitán Díaz Criado, quiera Dios que nunca encuentres la calma... Y el mal que anheles a la tumba te lleve, el mal que anheles a la tumba te lleve, el mal que anheles a la tumba te lleve.

El carpintero y Carmen fallecieron en un verano lento de polvo y chicharras.

—Juana, corre a avisar a don Ignacio para que se llegue a la casa con los óleos. Entra por la sacristía. Y date prisa, niña. Corre.

El sonido fantasmal de la campanilla que acompañaba al viático se oía desde el principio de la calle Alpechín, antes del cruce con Quijada, bajo un sol que se desmayaba incandescente sobre la raya del mediodía. Don Ignacio sudaba dentro de la casulla. Algunos viandantes hincaban la rodilla en los guijarros del suelo al paso del cura y el monaguillo, que caminaba por delante con el cáliz entre las manos roñosas y la sobrepelliz atiesada de almidón. Otros se descubrían y se santiguaban con lentitud, las alas del sombrero recogidas en el pecho. El tintineo percutía irreal en el silencio de las calles polvorientas. El calor y la luz —sobre todo la luz furiosa reverberando en las paredes encaladas— infundían una sensación de

extrañeza: era imposible morirse en el ardor ambarino de un mediodía de agosto.

El cura dejó sus trebejos sobre el saliente de la alacena, y tras ungir cruces de aceite en los labios, las palmas y los pies reseco de la madre, quemó la borla de algodón. Exhausta, desangrada, apenas un esbozo de sonrisa en los labios, la madre yacía sobre la cama de matrimonio, y la tez se le confundía con la blancura de la almohada. El camisón cagado por las moscas, la puntilla marchita, los senos todavía llenos de leche, los tobillos descarnados. Chachachica le había entrelazado las manos con un rosario y una rama de romero. Romero recién cortado en manos muertas que no habían aprendido a acariciar.

—Madre, he sido yo. Yo he parado la lluvia.

Y el recuerdo de un trallazo seco en la mejilla.

Juana observaba la extremaunción desde el filo, amparada en la dureza de la cortina de esparto. Los rezos en latín se desplomaban como maderos podridos sobre el resol oblicuo de la habitación.

—*Sacrosanta humane reparationis misteria te omnipotens Deus et omnis presentis, future vite penas perdixit misteria sempiterna perducit.*

El horror de ver cumplidos los deseos ocultos en las grietas del palomar.

Que no vuelva la lluvia.

Que a la Andrea le crezca el pelo hasta la cintura.

Que no me nazcan más hermanos.

Deseos cumplidos que olían a pescado. Deseos azules y terribles.

—Chachachica dice que trae mala suerte mecer una cuna vacía.

Durante el velatorio, Juana no podía apartar los ojos del cuerpo exánime de la madre, de la boca inmóvil que había soportado en silencio el castigo de la preñez, la cuarentena, el hambre, con una expresión tallada en los pómulos que no era tristeza, sino angustia quizá, una pesadumbre que empercudía cuanto palpaba. Cuando la madre reía —las contadas veces en que había reído—, su risa restallaba intimidante en el aire. Reía y su risa era el látigo que laceraba el lomo de la miseria. Chachachica se abanicaba con los ojos cerrados sentada en la silla de enea, mientras las vecinas de la calle Alpechín hablaban en voz baja, iban de acá para allá y atendían a los

hombres. Juana, los ojos aterrados sobre el vientre del cadáver, rescató un recuerdo minúsculo que le centelleaba clavado en el pecho.

Juana tiene siete años y es la niña que se oprime los ojos para descubrir estrellas y espirales fosforescentes sobre el telón negro de los párpados. Es la niña que arroja guijarros al pozo y cree que los quejidos de la garrucha son lamentos de ahogados azules que no descansan en paz y deambulan a tientas en la oscuridad húmeda del cobertizo, entre macetas de aspidistras, en noches invernales en que aúlla el viento solano, bajo las jácenas del palomar, entre los pasadizos gelatinosos del hambre. Juana abraza el cuerpo crujiente de Azucena, la muñeca rellena de virutas recogidas en el taller del carpintero. Azucena tiene una mirada triste de bodoques negros. La niña abraza a la muñeca mientras le prepara la merienda: piedras, fragmentos pulidos de ladrillo, hojas secas, uvas en agraz, pétalos de geranio, dientes de peine, botones rotos. La niña abraza el cuerpo de serraduras de cerezo ya sin fragancia, oye gritos en el patio y observa envarada la escena: Setefo, el zapatero remendón, está frente a la puerta de su tabuco con la boina roja de requeté y las canillas que le sostienen la panza abiertas en compás. Setefo sujeta la boca atada de un saco donde ha metido un gato a empellones y lo apalea con un tablón. El zapatero se muerde la punta de la lengua para afinar la crueldad. El gato maúlla, chilla, bufar, ovilla el espinazo, intenta zafarse del dolor a sacudidas, araña la tela de saco hasta que se le agotan las fuerzas. Setefo dice que va a hacerse un arroz con gato. A la niña de siete años le preguntan si quiere un plato de arroz con gato.

—El gato es lo más limpio que hay... Más puercas son las gallinas, que se comen su propia mierda.

—Al rocío, al rocío, hay que dejarlo al rocío y sin pellejo.

Setefo desuella el animal con el tranchete y cuelga la carne todavía humeante de una armella oxidada para que se oree. El hombre de la boina roja ríe con la boca muy abierta, rodeado de adultos que hablan con voces estridentes. La madre también ríe a carcajadas con la cabeza echada hacia atrás. Al remendón le faltan algunos dientes.

—El moro Hamito chupaba hebras de cuarterón con el paladar. De

arriba, estaba mellado y en la encía de abajo sólo le quedaban dos dientes. Paseaba entre las trincheras sin miedo a las balas y repetía la misma retahila: «Agua fresca, sedra, papel escriba novia». Una vez y otra y otra. Para volvernos locos.

Juana paralizada de miedo y asco.

—Niña, ¿quieres un plato de arroz con gato? Le echaremos ñoras al sofrito. Y ajo.

Juana estancada en el pánico, incapaz de contestar. Igual que al padre, las palabras se le atrancan en la garganta. La madre ríe a carcajadas y se sujeta la panza preñada con manos encarnadas de lavar. Una risa vulgar, cínica, intimidante. Juana cierra los ojos para burlar el horror y se echa a llorar. Un torniscón humillante en la coronilla, y la voz circular de la madre.

—Tonta, pedazo de tonta... Eres muy chominosa para ser tan pobre.

Los sepultureros aguardaban afuera, bajo la parra del patio, con una botella de aguardiente sumergida en el agua de la pila. Desde la cancela, Juana, con el bebé entre los brazos, observó a la comitiva encaminándose hacia el camposanto por la calle Alpechín inundada de sol. El ataúd sin herrajes bailaba sobre los hombros aristados de los dos enterradores, en mangas de camisa y alpargatas. Merchán caminaba cabizbajo tras ellos, arrastrando los zapatones en el aire de estopa, con un brazal negro en la chaqueta. El séquito se detuvo a recobrar el aliento en la plaza del Salitre, sobre cuyas piedras los sepultureros posaron el ataúd para enjugarse el sudor con pañuelos blancos. El calor arrancaba cintas de celofán a las pencas de las chumberas.

La vida se reanudó sin aristas tras la ausencia materna.

—Niña, ayúdame a mondar las papas.

Chachachica y Juana pelan patatas diminutas, cercenan los grillos con pericia de cirujano, rebanan los crujidos de escarcha y echan las rodajas en una palangana de esmalte blanco. La hoja se desliza rápida en las manos hombrunas de la chacha. Juana trabaja con prudencia de uñas largas pintadas del mismo color que las guindas.

—¿Qué te pasa, criatura?

—A mí, nada.

—Ni aunque quisieras podrías engañarme.

Chachachica enjuga el almidón que impregna la hoja del cuchillo en una punta del mandil. Juana observa de reojo los movimientos de araña de la anciana y reproduce la imagen en la memoria, la misma escena desdoblándose a sí misma hacia atrás, hacia el pasado. Dos mujeres mondan patatas en la quietud de la cocina, patatas viudas, patatas a lo pobre, patatas en amarillo, patatas en paseo. Y el tazón de la manteca sobre la mesa, presidiendo el hambre.

—Ha llegado carta de tu padre de Barcelona. Me la ha leído Rafael, el mayor de los *falcones*.

—Y qué dice.

—Nada.

En la infancia, los gestos en torno al acto mecánico de comer no escondían mensajes. Con el tiempo, sin embargo, las cazuelas comenzaron a hablar un idioma cifrado que los adultos sólo alcanzaban a intuir desde el silencio y la costumbre. La alcuza y las sartenes conversaban en voz baja del regocijo de mondar patatas ínfimas, de trincar la cebolla con ojos irritados y de oírla crepitar vivaz mientras la luz cenital del verano se desplomaba sobre las azoteas. Hablaban de la anticipación feliz del acto de comer en el aceite que hervía en la hornilla, en el estruendo de platos y tenedores colocados en desorden sobre la mesa, en la cantidad de cacharros ensuciados inútilmente para preparar el mismo guiso exiguo de todos los días. Comino, laurel y tomillo para perfumar el hambre. Dieciocho ojos en torno a la mesa seguían el reparto concienzudo de las manos de Chachachica, que prolongaban el lenguaje implícito de las cazuelas en las cantidades: la hombría y la paternidad sentadas a la cabecera de la mesa, el nuevo embarazo de la madre, quizás un castigo, la enfermedad de una hermana.

—Ángel de Dios, échale un poco más; si casi se nos va de la pleura este invierno...

—Isabel, tagarnina, anguila, dedoslargos, patasdearaña.

El violento contraste entre el antes y el después de comer. Los platos

vacíos —milagrosamente humeantes la milésima de segundo anterior— reanudaban su conversación tras el rito alegre de elaborar la comida e ingerirla. Entre susurros, decían entonces que el alimento nunca saciaba y que los estómagos debían conformarse en la ilusión de la espera, en el esfuerzo de dejar de pensar en la comida, en la insufrible melancolía tras el almuerzo, sólo quebrada por un gesto rápido, un comentario intrascendente, una ocurrencia, el ejercicio de la repetición.

—A mí, el final de la guerra me cogió en Almadén, provincia de Ciudad Real.

Juana la había estado esperando en silencio, con la seguridad con que se aguarda lo inevitable. En aquella casa despojada de palabras, la fatídica conversación se produjo una mañana de finales de febrero.

Isabel está baldeando el suelo del patio. En la cocina, detrás de la cortina de esparto, Juana y Chachachica desgranaban habas y el silencio incómodo que media entre las dos.

—¿Qué te pasa, niña?

—A mí, nada. ¿Qué iba a pasarme?

—Ni aunque quisieras podrías engañarme. Desde hace días, algo te ronda por la cabeza.

Los pendientes de azabache se columpian en las orejas elephantinas de la anciana.

—Esta mañana, el Damián trajo carta de tu padre de Barcelona. Me la ha leído Balbina, la *falcona*.

—Y qué dice.

—Está trabajando en una obra grande, y os espera a ti y a tu hermana Isabel. Ya encontró acomodo para las dos en una pensión. Hay trabajo, sobre todo para servir. Dice que dan razón en las mismas tiendas y en los puestos del mercado.

Juana fija la vista en las puntas de sus alpargatas. Las palabras recién pronunciadas recortan un recelo hasta ese momento algodonoso, difuso, amorfo, sin atributos ni contorno: estar viviendo de puntillas, como una sombra, en un lugar al que ya no se pertenece.

—No hay remedio, Juana. Tú sabes que os tenéis que marchar del pueblo. Ésa es la comezón que tienes desde hace días.

—Si no hubiésemos sido tantas bocas...

—Todas las cosas de este mundo, cuando se reparten, tocan a menos. Pero hay una, sólo una, que toca a más: el hambre. Márchate, haz por irte del pueblo.

—Tengo miedo...

—No hay que tener miedo de nada, Juana, ni de la misma muerte. Cuesta arriba van todos los caminos, y esta vida es tirar hacia delante sin mirar atrás, siempre hacia delante, siempre, aunque tengas que picar el vientre del caballo con espuelas de papel.

—Tantas bocas, tanta hambre, ¿por qué?

—Haz por irte del pueblo, niña, haz por irte, aunque se te parta el alma. Debes irte a Barcelona porque tu padre te necesita allí. Yo me quedaré con las niñas hasta que os las podáis llevar.

—Y en unos años, ¿quién cuidará de tí? Te quedarás sola en el pueblo.

—Yo necesito poco. El buey solo bien se lame.

—Te echaré de menos... No te me mueras nunca, chacha.

—Pues me llegará la hora, niña, como a todos. Nadie se queda aquí para contarlo.

—Me gustaría estar a tu lado para cerrarte los ojos. Quiero ser yo. ¿Me mandarás una señal?

—Te la mandaré.

—¿Y cómo sabré que eres tú?

—Lo sabrás, niña. Lo sabrás.

La sensación vaga de estar viviendo en el pasado.

—¿Por qué cuando éramos chicas la Andrea decía que mi padre era un cobarde? Cuando nos llevó al cementerio, le salían chispas de los ojos, apartó las jaras de un manotazo y nos mostró los balazos en el revoque. Decía que cuando la guerra fusilaban a los jornaleros en las mismas tapias del cementerio. Se lo había contado su padre. La Andrea lo repetía para enrabiarme.

—Baja la voz, Juana... Eso es humo. Cosas antiguas.

—Siempre hacéis igual; os tragáis las palabras sin masticarlas.

—¿Y a quién le importa ya? ¿Quién quiere recordar? ¿Para qué?

—¿Es verdad que mi padre estuvo con la cuadrilla que mató a don Jacinto Maldonado?

—¿Quién te dijo eso?

—La Andrea; se lo contó el carpintero antes de morir. Al capataz le hincaron en la tripa una horca de aventar, y a don Jacinto le pegaron un tiro. Prendieron fuego a las cuadras de la Dueña Alta y pintaron el múrete de la cancela con su sangre: «Pan, trabajo y menos Semana Santa». Las yeguas relinchaban locas de dolor. Su padre le dijo también que el olor a carne achicharrada se sentía más allá de las lindes del cortijo.

—Calla, niña, cállate. Sólo te diré una cosa. Tu padre no es un cobarde... La culpa la tuvo el hambre, la maldita hambre.

Segunda Parte

9

El capitán Manuel Díaz Criado Gavira se desperezó, según era su costumbre, a la hora morosa de la siesta envuelto en una galbana amarilla que le hincaba mondadientes en los párpados. Apartó de un manotazo las sábanas mojadas del propio sudor. Se incorporó y la sangre retornó espesa a los pulsos. Se observó la envoltura del cuerpo con exactitud, como si cada miembro suplicase el espolazo de su mirada para reanudar la vida: el acordeón adiposo del vientre, la lengua sedienta, los testículos doloridos — se demoró en la mancha pajiza del calzoncillo—, la musculatura agarrotada del codo y los hombros. El dolor de cabeza le entorpecía el sobreesfuerzo de enfundarse los calcetines sudados el día anterior.

El balcón del cuarto abocaba a la calle Jesús del Gran Poder. El murmullo del agua al verterla sobre la jofaina de loza resbaló en el calor de la habitación, a resguardo de la resolana por un esterón de pleita. El capitán se miró en el espejo surcado por vetas de azogue cariado. Se pellizcó las mejillas con dedos gruesos, cortos, de falanges velludas. Eructó. Forzó una sonrisa de quijadas prietas y se husmeó en el hueco de las manos, que retenían el olor dulce y salado de una vagina. Se las lavó con desgana en el aguamanil.

—Aurora, so puta, zorra... Quieres arruinarme la vida.

El contacto del rostro con el agua, recalentada en el bochorro de la habitación, apenas si logró despabilarle. Se mojó el pelo, se peinó hacia

atrás con los dedos y se encajó la gorra de plato en las entradas. El capitán no usaba brillantina.

Bajó las escaleras de mármol asido a la barandilla. El sofoco y el alcohol todavía indigerido le desdibujaban la distancia y los volúmenes. Se santiguó dos veces en el zaguán, y en un gesto mecánico, sin mirarla, se aseguró de que llevaba el arma en la pistolera. Salió al fuego blanco de la calle.

En julio, a finales de aquel julio tórrido de mil novecientos treinta y seis, Sevilla era la boca podrida del infierno. La sombra del calor dibujaba arabescos de cristal líquido en el aire. La ciudad fingía dormir una siesta imposible de terror y esparto, mientras el capitán avanzaba en el bochorno de la tarde con la vista fija en las punteras de las botas impecablemente lustradas la noche anterior en el tablao Las Siete Puertas.

—La Aurora es mucha hembra y muy zalamera, don Manuel. ¡Ay, ese pelo y esa carita de porcelana! No se fíe de ella, capitán, no se fíe.

La boca babosa y servil del betunero invitaba al delirio de asirle el pescuezo y achicharrarle las córneas con la brasa del cigarro, de ensordecerc con sus gritos de ciego y emborracharse en el hedor excitante de la carne quemada.

—No se fíe, don Manuel, por algo será que le dicen la Charrasca, por algo será.

Díaz Criado abrió los cuarterones del único balcón de su despacho. Una flecha de luz perforó el escritorio de caoba encerada. El tintero, el abrecartas con la empuñadura de asta de toro —el capitán lo usaba para limpiarse la suciedad de las uñas—, el teléfono, el cartapacio negro con la lista de reos y, a un lado, un cráneo y una tablilla de madera donde se leía en caligrafía gótica: «Así me veo por mal español». Todo en su sitio. La presencia acostumbrada de los objetos, la austeridad del despacho y el olor a madera vieja maceraban un bálsamo que parecía atenuarle la migraña. Las paredes desnudas, el sillón fraileroy la mesita de café, el sofá de piel cuarteada para las visitas y un armario ropero en cuya balda el capitán posaba la gorra de plato y donde colgaba de una percha la guerrera con las tres estrellas incrustadas en la bocamanga.

La resaca le taladraba las encías. Los pajaritos fritos de la cena aún

flotaban en motiles dentro de la charca del estómago. El embaldosado blanco y negro se encogía y se ensanchaba caprichoso, a merced de las punzadas que le percutían en las sienes. El suelo palpitaba, y al capitán le sosegaba zambullirse en el damero obsesivo del suelo y recorrer la estancia a grandes zancadas y en círculos concéntricos, hasta aturdirse, la mente en blanco, pisando las baldosas negras —sólo las negras— sin rozar siquiera la rendija que las separaba de las blancas. Llegaba a marearse y se tendía a dormir en el sofá de las visitas.

El capitán apretó el timbre mientras rebuscaba calderilla en el bolsillo del pantalón caqui. Se acercó a la ventana para distinguir las monedas. El aire amazacotado por el calor le disminuía el ritmo de la respiración. Un hombre en uniforme de cabo, extremadamente delgado, abrió la puerta corredera e hizo el saludo militar.

—A sus órdenes, mi capitán.

—José, acércate al bar y tráeme un café con leche y una tostada. Tráete también una botella de aguardiente. Y despacha a todo el mundo. Hoy no recibo; no estoy para monsergas.

El capitán se forzaba a engullir el asco y el pan untado en aceite para asentar el estómago y absorber el alcohol que le empantanaba la tripa. Díaz Criado sólo comía caliente durante la cena, que invariablemente ingería en el restaurante Pasaje del Duque.

Colgó el correa de la pistolera en el respaldo de la silla. La luz arrancaba arañas a los expedientes copiados con papel carbón. Apretó los ojos. Volvió a olisquearse las manos manchadas de aceite buscando el recuerdo de Aurora la Charrasca entre los restos desvaídos de la noche. Apoyó el peso del cuerpo en las patas traseras de la silla, acomodó la nuca en el travesaño y miró el techo. Se desabrochó la camisa; el calor le ablandaba la voluntad y los movimientos. El fárrago de los expedientes le aburría. El capitán prefería la lectura de las listas de cadáveres levantados por el juez de instrucción militar en los barrios populares —Triana, El Pumarejo, La Macarena, San Julián— o a la entrada de los pueblos de la provincia.

«Cadáver de un hombre de unos 45 años con ropa de cartero rural y las

siglas J. S. en el pantalón; herida en el temporal izquierdo. Cadáver de Andrés Vázquez Gaitán, identificado por sus vecinos, con herida por arma de fuego en el pómulos derecho. Cadáver de un hombre de unos 25 años con el rostro destrozado; imposible reconocimiento.»

Se detenía con fruición en la fantasía abierta de los detalles, en su morbosidad precisa, en la concreción de los objetos despojados de identidad pero palpitantes: la petaca con tabaco hallada en un bolsillo, una peseta con veinticinco céntimos, la libreta del Montepío manchada de sangre o la cartilla de cobro de la corchera, la fundición o el almacén de aceitunas, el tatuaje en el pecho —«¡Viva la anarquía!»—, el cupón del Socorro Rojo, el pañuelo con las iniciales R. R.

—Ricardo Ramos. Rafael Robles. Ramón Rodríguez. Ramiro Ruano, quizás. Rata Roja.

La compasión le asqueaba. El capitán podía justificar cualquier debilidad humana, pero la compasión le provocaba náuseas.

Oyó el repique característico del cabo en la puerta corredera. El hombrecillo se cuadró de nuevo en el dintel. Al capitán le incomodaron el aleteo de su mirada y la tos nerviosa. Le reconocía los tics.

—Capitán, una mujer ahí fuera insiste en verle.

—Ya te he dicho que no quiero ver a nadie. No me siento bien.

—La mujer anda buscando a su ahijado. No sabe a qué cárcel lo han llevado; no le dieron notificación. Dice que ha venido andando desde Puebla del Acebuche... Es bonita. Tiene los ojos celestes.

—Y a ti, ¿qué te pasa? ¿Es que te lo tengo que repetir? Si quieres joder con ella, llévatela al sótano o tómate la tarde de permiso; no te necesito. Ya te lo he dicho, José: despacha a todo el mundo, a todos. Tengo un dolor de cabeza espantoso. Si tanto interés tiene, dile a la mujer que vuelva mañana. O pasado. Hoy no estoy para nadie.

10

Por las ventanas sin persianas ni cortinas se escapan un tufo de fritanga y la voz gutural de Antonio Molina entrecortada por un anuncio de pinturas Titanlux. El barrio de casuchas bajas trepa por la ladera del cerro que se yergue en el límite impreciso de la ciudad y traza un laberinto de cuestras sin asfaltar, anegadas en lodo cuando llueve o tapizadas de un polvo terco que acartona el paladar y las fosas de la nariz en los días secos. Domingo de libranza. La húmeda mañana de diciembre acuchilla el cielo. El viento arranca tolveneras que raspan los lagrimales. Juana camina del brazo de su hermana Isabel y percibe en las pantorrillas la presión ascendente del repecho. Isabel tropica en las piedras con los zapatos de tacón —no tiene otros— y remonta patosa la cuesta apoyando el peso en el cuerpo de Juana. Unos metros por delante, Manuel Merchán y el amigo cordobés, Lucas Naranjo, ascienden la costanilla acompañados de un hombre que les estaba esperando en la plaza, peinado hacia atrás con brillantina, una bufanda verde anudada al cuello y calzado con unos mocasines marrones de rejilla con las tiras dadas de sí por los juanetes. Los tres hombres conversan. El cordobés Lucas Naranjo lleva el capuchón de la Parker prendido del bolsillo de la americana.

Las dos muchachas caminan en silencio. Juana observa el paisaje desconocido, las calles recién inventadas con nombres de peces y planetas y los rótulos de cartón que cuelgan de las paredes improvisadas: «BAR BODEGA LA MACARENA», «BISCOCHOS Y PORRAS», «SE VENDEN CHAPAS,

AGLOMERADOS, MOLDURAS Y LISTONES». Un canario canta encerrado en una jaula. La carretera de circunvalación abraza la base de la loma. Desde la cima del montículo se avista, a los pies, la barranca lunar, desnuda de árboles, oxidada de bidones viejos y astillas de azulejos que espejean sobre la tierra cobriza, y más allá, los raíles del ferrobús corroídos por el salitre y la alfombra de cemento que se estrella contra el mar. Siguiendo el perfil de la costa, en la línea del horizonte, el panorama se puebla de chimeneas grises, fábricas, chabolas y naves de uralita y hormigón.

La soledad opaca del extrarradio.

El hombre de los mocasines de rejilla detiene el paso ante una puerta pintada de verde. Vuelve la vista atrás, hacia las muchachas, y saca un juego de llaves del bolsillo.

—Ya hemos llegado. Es aquí.

El grupo entra en el patio, un rectángulo vado con el piso de cemento verdoso y atravesado en su mitad por un albañal que desagua en la pendiente del cerro. Dos puertas abocan al patio desangelado. El hombre de los zapatos de rejilla confunde las llaves. La puerta más pequeña —una hoja de aluminio con agujeros en la parte superior para la ventilación y sujeta al revoque de la pared con dos hembrillas y un candado— accede al pozo ciego y la letrina, separada del huerto de los vecinos por un cañizo.

—Esto lo fue levantando mi cuñado Paco de Pascuas a Ramos, en vacaciones, cada vez que podía escaparse a España. Se hizo la casita con sus propias manos. Mi cuñado vive en Alemania desde hace tres años; en Hamburgo, creo que es. Trabaja en una fábrica de conservas, y como allí se ganan buenas perras, ha podido hacerse esto para tener donde entrar a vivir si se le ocurre volver. Pero, lo que les decía, a Paco no se le pasa por la cabeza regresar porque está muy bien colocado. Mi hermana Remedios también encontró trabajo.

El hombre de los zapatos de rejilla dice que la casa se alquila con los muebles incluidos. Tres vasos de duralex color ámbar reposan boca abajo sobre la poyeta de obra, junto a la cocina de carbón. De la pared cuelgan un escurreplatos y un calendario atrasado con letras impresas que rezan TALLERES ESPUNY, tachaduras en rojo y la imagen de la montaña de

Montserrat. A un lado de la cocina, arrumbadas contra la pared, se apiñan tres sillas y una mesa plegable.

El olor a humedad enclaustrada fuerza a Juana a arrugar la nariz. Lucas Naranjo y Merchán se miran; el cordobés encoge los hombros en un gesto de asentimiento cansado. Juana proyecta la imagen de su padre y el amigo cordobés a pie de andamio, con fiambreras metálicas en el regazo, la espalda rota y masticando albóndigas frías. Cierra los ojos y se rinde: cuatro paredes de cartón sobre un terraplén para dejar de ser la sirvienta de una ladrona que vende joyas robadas.

—¿Y cuánto piden ustedes por esto? —pregunta Merchán con las manos metidas en los bolsillos. Los pantalones le van cortos; se le ven los tobillos huesudos.

—Doscientas pesetas al mes por el alquiler y cuatrocientas por el depósito... Bueno, lo del depósito podríamos arreglarlo en menos si llegamos a entendernos.

Merchán no sabe hacer cuentas en el aire. El alquiler mensual, el depósito y los billetes de tren para los cinco hijos que esperan aviso en Puebla del Acebuche... Merchán y su hija Juana se miran fugazmente: con lo que tienen ahorrado, no llega.

—Y dígame, buen hombre, si le diéramos una paga y señal, ¿nos guardaría usted el piso durante un mes? —Merchán habla en voz baja. Las palabras se salen de la garganta a empujones.

El hombre resopla y mira al suelo de cemento. Por los agujeros del mocasín asoman calcetines rojos.

—Un mes es mucho tiempo. Piensen que me lo quieren quitar de las manos. Hay mucha gente buscando acomodo en la barriada, ya lo saben ustedes. Si me dijeran una quincena, aún podríamos entendernos.

En veinte días, Manuel Merchán y el amigo cordobés tendrán que haber reunido dinero suficiente para pagar la fianza y comprar algún colchón adicional de segunda mano. Las familias que esperan en Córdoba y Sevilla, en los pueblos de origen, deberán aguantar un poco más. El hombre se mete las doscientas pesetas en el bolsillo trasero del pantalón. Parece de fiar. Lucas Naranjo le quita el capuchón a la Parker. El arrendador arranca tres

hojas del calendario y escribe tres veces con letra picuda su nombre y apellidos, la cantidad percibida y la dirección de la casa que alquila. Tres copias, una para cada uno. Manuel Merchán ensaya su rúbrica torpe en el reverso del mes de agosto. El amigo cordobés firma con tres aspas en el borde del papel, tres cruces acobardadas. El padre y Lucas Naranjo apalabran encontrarse con el hombre de los zapatos de rejilla en tres domingos, a la misma hora, en la plaza. Merchán calcula que deberá saltar de la cama antes de las cuatro de la mañana para estar puntual en la obra. Dos autobuses, por lo menos, y mucha suela.

El domingo se extingue entre las hojas de los plátanos. Cuando Juana alcanza la calle del Carmen, esquina San Lázaro, avista luz en el balcón del quinto y traza una mueca de desagrado en los labios: Salud Monterde no saldrá esta noche. A Juana le molesta que la señora se quede en la casa los domingos por la noche y la prive de unas horas de desahogo en soledad, en las que puede lavar los platos de la cena a su aire, con la radio prendida, arrastrando el peso leve de la melancolía y sin sentirse observada.

—¿Qué se le ofrece, señora?

—Nena, haz el favor de prepararme una palangana con agua templada y sal; tengo los pies hinchados como botas. Me fui paseando con Feliu hasta el parque de la Ciudadela, y de allí cogimos el paseo San Juan y nos llegamos hasta la avenida del Generalísimo. ¡Menuda panzada de andar! Hoy no salgo, no señor. Que se encarguen mis hijas del chalaneo. Ya no estoy para bares ni trasnochadas.

La señora Monterde dice que está agotada, pero Juana sabe que la verdad es otra: venden poco. Cada vez cuesta más colocar las joyas, y las Monterde ni siquiera encuentran clientes para las sortijas más sencillas, esas finas como fideos que les hace el señor Pech. El negocio no marcha bien. Juana las oye discutir desde la cocina, mientras come después de haberlas servido.

—Niñas, os quiero despiertas; como dos liebres.

—A mí, los miedos y escrúpulos morales de ciertas personas me provocan arcadas.

Siempre están riñendo. La señorita Mercedes chafa los guisantes en el plato antes de comérselos, y cuando habla, sus palabras tienen el sabor amargo de las tueras.

—Aquí está el agua, señora.

—¡Qué bien! A ver si se me alivia un poco el dolor... Siéntate aquí a mi lado, nena.

Juana se recoge sobre sí misma; la sorprende que la señora desee entablar conversación y teme que el motivo sea que la haya descubierto en la imprudencia de haber violado la intimidad del cuarto sellado, donde esconde el oro y las gemas. Salud Monterde introduce los pies deformes en el agua templada.

—¡Huy, cómo me duelen los pies! Parece que me hayan aplastado el dedo gordo con un martillo.

Juana desconfía del tono distendido con que la señora inicia la charla. La caricia en el lomo y, después, cuando se haya relajado, el mazazo en la nuca. Salud Monterde se ha remangado el batín de seda, estampado con dragones y cerezos descoloridos, hasta la mitad de los muslos, donde le serpentean varices azules. Juana se mira las manos: aún tiene desolladuras blancas de sai-fumán. La uña del pulgar derecho se empecina en crecer ladeada.

—Y qué, ¿dónde estuviste hoy, nena?

—Paseando con mi padre y mi hermana Isabel. Fuimos a visitar a un paisano que vive en Casa Antúnez —Juana evita la mirada de la señora. A Juana se le transparentan las mentiras.

—¿En Casa Antúnez?, ¿allí, donde las barracas? —Salud Monterde achina los ojos verdes; se muerde los pellejos del pulgar y los mastica—. Qué barbaridad... Llegan del sur a espuestas, tantos que al final no cabremos.

Y toda esa gente que viene de Andalucía y Murcia cría como los conejos. Dicen que la Guardia Civil los espera en la misma estación de Francia y que de allí se los llevan al estadio de Montjuïc hasta que reúnen personas suficientes como para llenar otro tren y los devuelven al pueblo. Hay quien llega con el botijo y esquejes para plantar en los balcones... ¡Qué mentalidad!

Juana mira al suelo. Teme que Salud Monterde la acorrale contra la

verdad y la obligue a confesar que sí, que entró en el cuarto prohibido y que dejará de servir en su casa en cuanto haya ahorrado dinero suficiente para que sus hermanos puedan trasladarse a Barcelona. El pensamiento revolotea sobre el cerro gris y la choza del suburbio.

—Y tú, nena, ¿cuántos hermanos me dijiste que te quedan en el pueblo?
—Salud Monterde enciende un Chés-ter con la cabeza echada hacia atrás.

—Cuatro hembras y un varón, el pequeño. Viven con mi tía abuela. Bueno, no es pariente nuestra, pero siempre ha vivido con nosotros, y la queremos mucho. Todo el mundo en el pueblo la conoce como Chachachica, porque es bajita y muy dispuesta. A Barcelona sólo hemos venido Isabel y yo.

—Siete hermanos, ¡qué barbaridad!

Juana se mira las manos lastimadas.

Anochece detrás del balcón que aboca a la calle del Carmen. Juana querría acostarse. Los ojos de la señora la intimidan.

—Siete hijos, ¡con los aprietos que se pasaron después de la guerra! Y, por lo menos, digo yo que en el campo aún se podría robar un melón de vez en cuando o ir a la rebusca. Pero en las ciudades, aquí, en Barcelona, ¡madre mía! Yo era una mujer hecha y derecha cuando estalló la guerra y creía que ya lo había visto todo. ¡Ay, nena, si yo te contara! Un día corrió la voz de que un barco cargado de bidones de aceite había atracado en el puerto, y la gente se arrojaba desesperada al mar sin saber nadar, nena, ¡sin saber nadar!, para asaltar la bodega. Varios se ahogaron, y tuvieron que sacarlos con sogas... Siete hijos, qué barbaridad. Yo tuve bastante con dos. Y, a decir verdad, mejor ninguna.

Juana escucha en silencio mirando sus manos lastimadas de fregona. La excitación la confunde: teme y a la vez desea que la señora Monterde confiese en un descuido de dónde proceden las joyas que guarda en el escritorio de la habitación sellada.

—Ladronas, viven de lo que saquearon durante la guerra. Ya lo decía mi pobre madre: sacaron cubos, cubos llenos.

Pero la plática avanza en meandros perezosos. La señora habla, habla y habla. De la guerra a su primer marido, de las hijas al agotamiento. Habla

para sí en voz alta. Sólo necesita dos oídos que finjan escuchar y asientan.

Salud Monterde se ha acostado temprano. Juana se desviste en su pieza. Desnuda, salvo las bragas, que le tapan el ombligo, y los calcetines de lana, se acerca hasta la maleta de cartón para cumplir con el ritual de todas las noches. Antes de meterse en la cama, la reconforta contar el dinero que lleva ahorrado.

—Buen hombre, si le diéramos una paga y señal, ¿nos guardaría usted el piso durante un mes?

Sólo el cómputo nocturno, en la soledad de la habitación con un ventanuco que ventila en la cocina, le justifica vivir en casa ajena Juana guarda el dinero en una bolsa de ganchillo con la boca ahorcada por un cordón de perlé; se la tejió Chachachica. Saca los billetes enrollados, cuenta y le falta dinero: dos billetes de cien pesetas. Recuenta el dinero, esta vez más despacio, para convencerse de que se ha equivocado. Pero sigue faltando dinero. El pavor se le hiela en los tuétanos. Intenta hacer memoria y reconstruye la mañana paso a paso. Por más que da vueltas, cuando salió de la calle del Carmen sólo llevaba un duro envuelto en el pañuelo que suele guardar en la bocamanga del jersey. Le faltan doscientas pesetas.

Juana llora desnuda, bajo el embozo de la sábana, con los ojos abiertos en la negrura del cuarto. No le quedan fuerzas para ponerse el camisón. Lloro de rabia, de pena o de humillación o de todos esos sentimientos triturados hasta confundirse. Cuando era una niña, Juana creía que las personas de ojos celestes, como Chachachica, lloraban lágrimas azules.

—Llorar es bueno, niña, porque limpia los ojos y los agranda.

Los ojos almendrados y marrones lloran barro. Juana muerde la esquina de la almohada para que la señora no la oiga sollozar. Nunca ha tenido la libertad de llorar a solas, a sus anchas, de patlear, de gritar, de huir, de abrazar y desahogarse.

La maldad de las Monterde la desconcierta: el dinero nunca salió de la calle del Carmen, esquina San Lázaro. Juana las imagina hurgando entre sus ropas, dobladas dentro de la maleta de cartón. ¿Habría sido la señorita Mercedes? La recrea tambaleándose sobre los tacones de aguja cuando

regresa a la casa por la mañana con el rímel corrido, la boca pastosa y el periódico bajo el brazo.

—Dime, Juana, ¿tú te tocas ahí abajo?

Y esa risa de borracha.

Juana no acierta a comprender cómo las Monterde han sido capaces de robarle. Querría quedarse dormida plácidamente y despertar en otro lugar, lejos, apartada del mundo y de lo que la rodea, de la ciudad gris y amordazada que le escruta las manos de sirvienta achicharradas con sulfumán. Sabe que será incapaz de levantar la voz y que pegará el hocico al suelo como un perro pachón, como su padre, como hizo su madre, como haría la chacha. A doña Rosita, la modista, la llamaron embustera y la echaron de la casa a golpes. Los ojos verdes y pequeños de la señora Monterde escupen maldad.

—Nena, haz el favor de prepararme una palangana con agua templada y sal; tengo los pies hinchados como botas.

La señora ha tenido el cuajo de pedirle una palangana y, como si nada, ha seguido hablando de todo, de la vida, de sus recuerdos, de sus hijas, como si ella, doña Salud Monterde, la gran dama, la joyera respetada del barrio, endiosada sobre los zapatos de tacón blancos, no hubiera entrado en el cuarto de esa estúpida que le lava a mano el viso que apesta a tabaco y sudor y no hubiese revuelto entre sus pertenencias con dedos gordos como sanguijuelas cebadas de sangre. Juana no se atreverá a reclamar su dinero. Lloro. Se irá de la casa y la dejará con sus cambalaches, las colillas aplastadas en el plato de sopa y los dedos rojos de padrastrós. La dejará, a ella y a sus dos hijas, con el esqueleto blanco y pulido, porque las tres amanecerán un día muertas, devoradas por la carcoma y los pescaditos de plata de la madera, con los ojos vaciados por las termitas que brotarán de las vigas, los cajones y la cómoda. Sí, saldrá de la casa que apesta a encierro y vinagre.

La aterra contarle al padre que le faltan doscientas pesetas.

—¡Cómo iba a quitarte la señora el dinero!, ¿dónde se ha visto cosa semejante? ¿Es que has perdido la chaveta?

El padre chasquearía la lengua y la escrutaría con la mirada de arriba abajo, desde el cabello a los zapatos, husmeando para descubrir un embuste

o un nuevo aderezo en la indumentaria. El padre no diría nada.

Juana se ovilla bajo las sábanas, cierra los párpados y se mece en un vaivén melifluo que la sosiega. Mujer madura a la fuerza, sobre las tablas de madera de un vagón. La infancia y la adolescencia cercenadas de un tajo. El mar, la visión del mar inabarcable en la ventanilla del tren.

—Chacha, ¿cómo es el mar?

—Salado y no se acaba nunca. Es como el cielo, pero está abajo.

Después de fregar los platos del almuerzo, Juana ha pedido la tarde libre con la excusa de resolver un asunto de familia. Salud Monterde la ha dejado marchar sin pedirle explicaciones, con un arco desconfiado en las cejas, repintadas con lápiz marrón. Los zapatos lili blancos marcan el rumbo sobre los adoquines pulidos de la calle del Carmen. Juana avanza con los ojos suspendidos en el vacío, con fingida determinación porque no sabe hacia dónde encamina sus pasos o no quiere reconocerlo y se deja arrastrar por el impulso inconsciente. La ciudad huele a silencio y ceniza mojada. Las gabardinas grises con que se cruza la desprecian. Se detiene junto al semáforo, y ante su mirada el tranvía deja una estela de caras desvaídas. Las voces a su alrededor retumban huecas. Siente polvo azul de plomo sobre los hombros y en los párpados, y el pulso bombea febril bajo la piel de las sienes.

Juana detiene el paso frente al número cinco de la calle Baños Nuevos, donde vive el relojero. Juana llama al timbre sin querer llamar. La sogá mugrienta descorre la aldaba con un restallido metálico. Las traviesas de madera vuelven a crujir bajo las suelas. La puerta del relojero está abierta de par en par. El hombre alto, con los ojos del mismo color que la lluvia, avanza hacia ella renqueando y con un esbozo de sonrisa. Juana no puede despegar los labios; una tenaza de saliva ácida le oprime la garganta. Liberto Pech explora los ojos que lo miran asustados.

—Qué pasa, muchacha, ¿has llorado?

Juana se aproxima al relojero y desploma el rostro sobre la pechera blanca. Aspira el incienso de vainilla y loción de afeitar que la envuelve, y otra vez está llorando sin querer llorar. La mano áspera le acaricia la mejilla

y la piel irritada de los párpados. Juana querría destazar el tiempo, desmembrarlo, cortarlo en pedazos, desgarrar el instante condensado en una camisa que huele a tabaco y la invita al reposo sin preguntas.

La infusión de boldo sabe a hierro y a alfalfa —ni siquiera el azúcar aplaca el amargor—. El relojero no tiene otra cosa que ofrecer a la mujer sentada enfrente, con el rostro enneblinado tras el vaho de la taza. Liberto Pech se ha servido un tinto de Gandesa y observa a la joven que concentra su mirada en la superficie líquida del brebaje.

El comedor huele a violetas —si existieran, a violetas amarillas—, a luz, a melocotón de viña, a retama recogida en el monte. El relojero se siente tosco y descentrado como para abrir la boca y decirle algo tranquilizador a la mujer que tiene delante, cabizbaja, con una vena azulada en el nacimiento de la nariz que anticipa su belleza. Aparta la mirada y observa sus libros, amontonados sobre la cómoda, en el suelo, en el silencio oscuro de su guarida, libros de poesía cubiertos por una capa aterciopelada de polvo. Sus ojos se detienen involuntariamente en el lomo de *El poema de la rosa als llavis*, de Salvat-Papasseit. Liberto bebe otro sorbo de vino. Los dedos de la muchacha acarician el calor de la taza; manos pequeñas y finas, con desgarrones que multiplican su delicadeza. El relojero coge al gato por el cogote y se lo coloca sobre el regazo; la ternura transpira al fin en caricias de angora.

—Lo siento, señor Pech, no sé por qué he venido. No sabía adónde acudir —Juana rompe la telaraña de silencio. No ha pronunciado palabra desde que entró en el taller del relojero.

—¿Por qué dices eso, mujer? Sabes que eres bienvenida en esta casa, ¿verdad, *Proudhon*? Y llámame Llibert, ¿cuántas veces te lo habré dicho? Tómate las hierbas. No tienen un sabor muy agradable, pero te sentarán bien, y cuando te tranquilices me cuentas qué te ocurre —el relojero nota un deje ridículo en su voz que se resiste a reconocer; el vino le sabe agrio—. ¿Qué te ha pasado?

—Las Monterde me han robado, no sé cuál de ellas. Antes de acostarme, cuento el dinero que llevo ahorrado, y anoche me faltaban doscientas pesetas. Y necesito el dinero: era para mandarlo al pueblo, para mis

hermanos y la chacha. Mi padre me matará cuando se lo cuente; jamás creerá que me ha robado la señora. Estamos ahorrando para alquilar un piso, quitarnos de servir y traer a mis hermanos a Barcelona. Mi padre no me creerá, no me creerá, no me creerá...

—Respira, mujer, tranquilízate. No tienes por qué contárselo. Creo que llevo hasta las doscientas pesetas, voy a mirar. Yo te presto el dinero, y ya me lo irás devolviendo poco a poco. Pero no llores más. Ninguna de las Monterde merece tus lágrimas.

Liberto Pech se incorpora con lentitud. Avanza por el pasillo a oscuras, y las baldosas sueltas del piso rechinan bajo su peso vacilante. *Proudhon* le sigue.

—Me faltan cinco duros para las doscientas, pero eso lo arreglamos. No te preocupes.

El relojero apoya las muletas sobre la cómoda atestada de libros, y antes de sentarse observa la curva perfecta de los tobillos, quebradizos, de junco verde, que ciñen unos zapatos blancos con esparadrapo en la puntera.

—Doña Salud Monterde. ¿La llamas señora? Esa tiene de señora lo que yo de marqués. No te fíes de ella, Juana. ¿Qué te voy a decir? Ya ves que es capaz de robarle a alguien que vive bajo su mismo techo y que se ha ganado el dinero honradamente. No dejes los ahorros en esa casa: entrega la semanada a tu padre así la cobres, o que te guarde el dinero una amiga, o lo traes aquí si quieres.

—Yo no tengo amigas —Juana se mira las puntas de los dedos quemados.

—La amistad no es cosa de un día, Juana. También harás amigas en Barcelona, ya verás... Voy a contarte ciertas cosas de tu señora, como tú la llamas, para que veas de qué pie calza, pero prométeme que no se te escapará ni una palabra. Esa víbora es capaz de denunciarme y dejarme sin trabajo, aunque con ello se perjudicara.

—Lo prometo.

—La conozco desde hace muchos años. Para ella, las ideas, los sentimientos, las convicciones más profundas del ser humano son maleables como la arcilla y se moldean según sople el viento. Tendrías que haberla

visto durante la revolución —el relojero baja el tono de voz instintivamente—. Parecía Agustina de Aragón, con un brazalete de la CNT y dando órdenes a hombres como yo que podríamos haberle roto el cráneo de un puñetazo. Entonces, nos conocíamos todos, ya lo creo que sí. Salud vino con nosotros cuando asaltamos la armería Beristain, que se encontraba cerca de aquí, en la Rambla, justo en la esquina con la calle Fernando. Sacamos todas las escopetas de caza y los cartuchos, mientras el pobre Liofriú se entretuvo abriendo la caja registradora. Prendió fuego a todos los billetes que había dentro. Éramos jóvenes y creíamos en la revolución, en un nuevo orden en el que no cabrían el dinero ni la codicia. Y quizá fuimos libres un tiempo, durante unos pocos meses, quién sabe; la libertad se deshace como las estatuas de sal en cuanto intentas definirla. Durante los primeros días, las calles del centro, por donde has venido caminando, estaban cubiertas de mulas y caballos despanzurrados que nos servían de parapeto. Espantábamos a culatazos a las moscardas azules de la carne. El calor se cebaba en la carroña, y teníamos que cubrírnos la nariz y la boca con un pañuelo y echar desinfectante porque el hedor era insoportable. Creíamos en la revolución. Imagínate, hogueras por todas partes, muebles suntuosos amontonados en la calle, cuadros, pianos arrojados por los balcones, imágenes religiosas decapitadas y ardiendo...

—¿Quemaban las iglesias? La señora Monterde dice que usted... Bueno, perdón, yo...

—No, no tengas miedo, Juana, ¿qué dice la víbora?

—Que obligaban a los curas a correr en cueros.

El relojero enciende un pitillo y se acaricia la nuca.

—El olor de la sangre emborracha.

—¿Es que usted no cree en Dios, Liberto?

—Nunca tuve necesidad. Ya ni siquiera creo en el hombre, sólo en mis manos y quizá en la tierra que piso.

Y eso que la piso con un solo pie —el relojero baja la vista al suelo y observa el dibujo floral de las baldosas, la contera de goma que remata su pierna derecha y la zapatilla que le cubre el pie izquierdo.

—La modista que les hacía la ropa a las Monterde dijo que esas bandidas

viven de todo lo que saquearon durante la guerra... Echaron de la casa a la pobre Rosita porque decía que le debían dinero. La señora no quiso pagarle.

—Cuando vuelvas a casa de las Monterde, fíjate en la esquina de la Rambla con la calle del Carmen. A un lado verás la iglesia de Belén, que fue quemada durante la guerra, y enfrente, una joyería. Pues justo de ahí proceden las joyas de tu señora. La asaltamos durante los primeros días de la revolución. Ella tenía un ojo puesto en la causa y el otro en su bolsillo. Ignoro por qué, pero las piedras y el oro saqueados acabaron custodiándolos Salud Monterde y su marido, que murió antes de que acabara la guerra. Y debieron de permanecer ocultos durante años.

—¿Tanto tiempo? ¿Dónde pudo esconderlos?

—Le perdí la pista. No volví a verla hasta que regresé de Francia y me cogieron. Y entonces era toda una viuda respetable y sin mácula.

—¿Por qué regresó?

—Otra guerra, los nazis, el apego a la tierra. Quizá el cansancio. La soledad. No sé. ¿Para qué sirve un hombre mutilado en un país en guerra?

—La señora Monterde guarda el oro en una habitación cerrada. Sale con las llaves colgadas al cuello de una cadena porque no se fía ni de sus hijas. Pero el otro día se las dejó olvidadas en la ducha, y no pude resistir la tentación de entrar en el cuarto... Quizás la señora me haya sisado las doscientas pesetas como castigo, para que escarmiente y no vuelva a hacerlo. Aún no sé cómo tuve valor. La señora sella la cerradura con miga de pan mojada.

—No debe de quedarle mucho botín. Ya han pasado veinte años.

—Estaba demasiado nerviosa como para ponerme a contar. Me temblaban las piernas. Guarda las piedras en cajas, ordenadas por colores, y los lingotes, envueltos en celulosa. ¿Y no le da reparo trabajar para una ladrona?

—Fue Salud quien vino a buscarme cuando se enteró de que había salido de la cárcel. Me cogieron en Madrid y me condenaron a veinte años y un día de prisión mayor. Me soltaron a la mitad. Aún tuve más suerte que otros, fusilados en el Campo de la Bota. Me trasladaron a Barcelona, y cuando salí de la Modelo, en el barrio todo se sabe, Salud vino a buscarme y me ofreció

trabajar para ella. No podía negarme: conozco bien el oficio y tengo buenas manos, pero nadie me daba trabajo, nadie se arriesgaba. En un taller me ofrecieron trabajar de recadero, imagínate, de mandadero, cojo y a mi edad, y encima, para que no me viera la policía, tenía que entrar el último y acabar la jornada el primero y con toda la faena hecha. El amo era buena persona, «*No em comprometis, Pech, no em comprometis*», me decía, pero sólo duré un par de meses. Nadie se fía de un represaliado con la pierna mutilada.

—Pero usted podría delatarla...

—¿Y quién iba a creerme? Salud me cayó del cielo. Me paga lo que le viene en gana, pero no me quejo: necesito poco para vivir y me gusta el oficio... Juana, ten cuidado con la Monterde, no te fíes, es una mujer muy lista, con mucho olfato. En el treinta y siete, todos sabíamos que la guerra estaba perdida, pero seguimos adelante como perros enceguecidos; ella no. Después del Ebro, se apeó del tren.

Juana, la criada de las Monterde, acaba de marcharse. Le ha prometido devolverle las doscientas pesetas enseguida, en cuanto pueda. Liberto la ha acompañado hasta el quicio de la puerta y, apoyado en la barandilla, ha observado cómo la muchacha de los tobillos finos descendía a la carrera las escaleras estrechas del número cinco de Baños Nuevos.

El vacío de cerrar la puerta. El olor a violetas amarillas entre el polvo y los libros desordenados. Esos ojos grandes y puros.

Liberto Pech se sienta en el banco de trabajo. Esta tarde no le tiemblan las manos; el relojero dice que el vino le templó el pulso. Enciende el flexo y abre el primer cajón de la mesa de trabajo. Se coloca la visera y la lupa en el ojo derecho. Extrae la piedra y la desnuda cuidadosamente del retal de terciopelo negro con que la protege. El relojero sujeta la *padparadscha* con las pinzas bajo el haz de luz y observa sus matices. Belleza en estado puro. Los cingaleses llaman *padparadscha*, que significa flor de loto, a este fragmento de divinidad cristalizada, a esta aberración de la naturaleza: un zafiro monstruoso porque el azar le negó el color azul. Un racimo de átomos de aluminio y oxígeno sin la pincelada de titanio que lo habría azulado. Piedra tallada en cabujón. Nueve puntos de dureza en la escala de Mohs.

Débil dispersión del color, doble refracción de la luz. El relojero se extasía en la contemplación de la piedra, un ritual que ejercita en soledad, apartado del mundo. Ha leído todo cuanto ha encontrado sobre la *padparadscha* en revistas y bibliotecas, y sigue buscando. Los persas creían que el mundo descansaba sobre un zafiro gigante y que sus reflejos coloreaban el cielo con todas las tonalidades que puede presentar esa gema en las entrañas de la Tierra: el índigo de una noche estrellada, el celeste de un mediodía radiante junto al mar, el rojizo con pintas ígneas de un atardecer de verano sobre un trigal maduro en la raya del horizonte, los malvas y violetas del crepúsculo. O esta prodigiosa flor de loto con los tintes asalmonados de una puesta de sol: naranja, rosáceo, amarillo. *padparadscha*. El relojero guarda notas y recortes en los cajones de la mesa de trabajo. Los pueblos antiguos creían que el zafiro era un poderoso talismán, una estrella que protegía y guiaba a viajeros y peregrinos errantes. A los que buscan sin encontrar. *padparadscha, padparadscha*. El relojero desgrana la musicalidad de la palabra. Flor de loto. Un error de la naturaleza que debe su belleza a millones de años de presión en la roca. Un descarrío, un yerro. La hermosura de la equivocación. Del fracaso.

—Pech, tú y yo sabemos que no puedes negarte. ¡Si no tienes donde caerte muerto! Los dos nos necesitamos... Y dime, esta piedra de color salmón, ¿qué es? ¿Un topacio quizás? No hay otra del mismo color; es la única que encontré dentro de las bolsas. La única.

—Qué raro... Los topacios nunca tienen esta tonalidad entre el anaranjado y el rosa. Déjame verla. Hummm. Esto no vale para nada, Salud. Corindón basto.

—¿No se te ocurrirá darme el sablazo?

—Tómala si la quieres, pero esta piedra no tiene valor alguno ni virtud, salvo su extrema dureza, casi como el diamante. Quizás podría servirme para tallar y burilar, probaré... Tú no sacarás nada y a mí me vendrá bien para el taller.

Liberto Pech nunca se ha preguntado cuánto podría sacar en la calle por la *padparadscha*. Únicamente un experto apreciaría su valor. No le importa. Sólo desea hechizarse en su belleza rara y eterna, poder contemplarla todas

las tardes en su banco de trabajo.

Cuando era un niño, su padre lo llevaba los domingos de primavera a buscar minerales y fósiles al campo. El pequeño Liberto se quedaba hipnotizado en el silencio inmutable de las piedras. Solas, calladas, milenarias. Siempre estaban ahí, bajo el sol implacable o soportando la erosión del viento y la lluvia desde los confines de la eternidad.

Llueve sobre la memoria del relojero, una lluvia tupida que cala y adhiere las ropas a los cuerpos ateridos. Bajo el aguacero, Liberto y sus compañeros aguardan al raso, rodeados de mujeres hambrientas, en Le Perthus, mientras el Gobierno francés discute la legitimidad de abrir la frontera a los refugiados españoles. Nadie se queja. Las trochas heladas del Pirineo quedaron jalonadas de objetos inservibles en la humillación: una trompeta, unos zapatos de tacón, un baúl, tazas de porcelana, maletas desventradas con el ajuar desparramado sobre las breñas. La proeza de conservar la dignidad y la esperanza. Una niña acaricia una muñeca sin cabeza. Liberto Pech aprieta las muelas. Sin antibióticos ni sulfamidas, el dolor le muerde la pierna: la herida se le abrió por el sobreesfuerzo de caminar desde Figueras hasta el paso fronterizo, y se la taponaron con trapos y algodones para que empapara la sangre.

Al fin, los franceses abren la barrera en la madrugada del veintiocho de enero del treinta y nueve. Separan a los hombres de las mujeres. Llueve. Liberto se agacha con dificultad y coge un puñado de tierra mojada. Tierra, para no olvidarla. Aprieta el puño dentro del bolsillo de la guerrera. Los varones pasan en fila de a uno y arrojan la pistola o el máuser sobre la pila de armas en la cuneta enlodada. La guardia móvil los cachea.

—*Léve les mains!*

Liberto Pech alza los brazos con el puñado de tierra apretado en la mano derecha.

—*Que caches-tu dans le main?*

—Nada.

La lluvia empapa la escena. Los compañeros observan. Nadie se atreve a protestar. El cansancio y el dolor les han cosido los labios. El guardia alza la

VOZ.

—*Ouvre la main!*

—Déjame en paz.

—*Je t'ai dis de l'ouvrir! Est-ce que tu en m'a pas entendu, salaud'?*

El guardia móvil agarra de la muñeca al joven refugiado que se obstina en su terquedad. Le golpea el antebrazo con una porra de madera hasta que le obliga a abrir la mano.

—*Terre! Terre! Stupide... Jette-la ici! Maintenant tu vas voir combien de terre tu vas manger. Allons-y, ne reste pas ici immovil, marche. Allez, allez.*

Liberto arroja el puñado de tierra en un charco y echa a andar arrastrando el dolor de la herida abierta.

El comedor todavía huele a violetas amarillas.

11

Al encargado de la limpieza diaria del camión lo apodaban el Perro. Todas las mañanas, los presos lo observaban en el muelle carbonero, antiguo de la paja, cuando regaba la cabina con una manguera. El Perro era feo, magro, de piel cetrina requemada de soles, el cabello negro y tupido, largo en la nuca. Se movía deprisa —más rápido quizá que su pensamiento—, vestía guardapolvo oscuro —verde botella o azul mahón—, y desde su pequeñez olisqueaba con la nariz húmeda a quienquiera que se le acercara. Escuchaba a la defensiva y con el mentón alzado; sería por eso que los reos del *Cabo Carvoeiro*, carguero de la compañía Ybarra, le llamaban el Perro. La sublevación militar del dieciocho de julio había sorprendido al barco atracado en el puerto de Sevilla, y fue convertido en buque-prisión y utilizado como lugar de castigo para los presos de la cárcel provincial.

Durante el paseo matinal, hacia el mediodía, cuando el sol alcanzaba su cénit, los reos del *Cabo Carvoeiro* que habían solicitado salir de la fila para fumar observaban los movimientos en la dársena desde la amura de estribor con una mano a modo de visera. Allí abajo, siempre hacia la misma hora, el Perro silbaba y, calzado con botas de pescador que le llegaban hasta las rodillas, se encaramaba al remolque aupándose en sacas de carbón apiladas. Mientras restregaba con un cepillo de cerdas el piso y las paredes sucias de sangre y excrementos, lanzaba maldiciones al aire. Los condenados simulaban ladridos desde la cubierta y el Perro los insultaba haciendo bocina con las manos.

—¡Oléis a muerto, hijos de la gran puta! A muerto.

Al Perro le pagaban veinticinco céntimos por cadáver. Según la ruta que le era indicada, recogía los cuerpos en las cunetas de las carreteras provinciales, a la entrada de los pueblos o en los barrios obreros, y los trasladaba al cementerio más cercano. Cuando no había testigos, registraba los bolsillos de los muertos y les abría la boca para examinarles la dentadura. Si en veinticuatro horas los fallecidos no habían sido identificados por algún familiar —a menudo, antes del plazo—, los arrojaban en fosas anónimas cubiertos con cal viva. El Perro se ataba un pañuelo que le cubría la boca y la nariz y miraba hacia otro lado.

—¿Qué cuentas me pedís? A mí lo único que me interesa es llenar el buche. Yo no sé quién va dentro del camión. No lo sé ni quiero saberlo.

El Perro dormía en el camión, que aparcaba en el muelle de las Delicias o cerca de los quioscos de la Alameda de Hércules. A veces, lo zarandeaban de madrugada para trasegar sentenciados con urgencia.

—¡Despierta, Perro, despierta! Han llamado del despacho del capitán Díaz Criado. Dicen que te esperan con el camión en el Variedades. Aligera.

Le disgustaba conducir de noche; él también sabía qué significaba un «traslado» al alba. El Perro prefería la carga silenciosa, aunque tuviera que recitarles coplas a los muertos y contarles chascarrillos para sacudirse los repeluznos del miedo. Los prefería muertos porque no lloraban. Cuando le encomendaban transportar reos vivos, el Perro echaba doble capa de serrín en el remolque para que la limpieza le resultara más fácil.

—Estos canallas no tienen cojones. Algunos arrojan o se hacen las necesidades encima.

Los presos lo llamaban «el camión de la carne».

El agua verdosa del Guadalquivir olía a podrido. A la hora del paseo matinal, la superficie del río relumbraba con reflejos pardos de aceite y brea. Los presos caminaban en fila de a dos, sin derecho a detener el paso, siguiendo la misma dirección sobre la cubierta y con las manos entrelazadas en la nuca. Durante los paseos, se les permitía fumar por turnos; también podían conversar.

—Muchacho, levanta la mano y nos salimos de la hilera a fumar un

pitillo.

—Yo no tengo tabaco.

—Levántala, muchacho, que se nos pasa la vez.

A la hora de dormir, un cabo amarraba con cordeles de cáñamo las muñecas de los reos, hacinados en la bodega, la sentina, la sala de máquinas y los camarotes. El jornalero Manuel Merchán Vázquez, de diecisiete años, había sido arrestado en Puebla del Acebuche por la Guardia Civil y trasladado al *Cabo Carvoeiro* en la madrugada del veintisiete de julio. Merchán compartía camastro con un librero de viejo que habría podido ser su padre; por el aspecto, porque nunca le preguntó la edad. En realidad, era el joven quien disfrutaba del jergón porque Celestino, el librero, tenía el sueño cambiado: de día enlazaba ensoñaciones y cabezadas; por las noches, mortificaba a las ratas que asomaban el hocico por la bodega, mientras leía el Antiguo Testamento. El centinela no ataba las muñecas del librero; Celestino le había regalado una medallita de oro, y de cuando en cuando le invitaba a fumar.

—Si oyes tres golpes seguidos, apaga ese chisme, esconde las manos y hazte el dormido. Que se me cae el bigote.

Celestino se había fabricado una lámpara de aceite con una lata de sardinas y un papel de biblia enrollado que hacía las veces de mecha.

—Muchacho, dicen que esto es la verdad; fumatela.

—¿Se fuma usted la biblia?

—Se me acabó el librito, qué quieres hacerle... Es lo único que me han permitido aquí dentro, el Antiguo Testamento. Nos estamos fumando el Éxodo, muchacho. «Dijo, entonces, Yahvé a Moisés: extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para hacer venir las langostas; que suba sobre la tierra de Egipto y devore toda la hierba de la tierra, todo lo que ha quedado de la granizada.»

—Se lo sabe usted de memoria.

—Casi, como no tengo otra cosa... Y tú, ¿sabes leer?

—No.

—Fuma, fuma... Mi madre me trajo tabaco el miércoles. Esta gentuza me desmigó el taco, y seguro que se han quedado con la mitad.

—Seguro.

Los presos del *Cabo Carvoeiro*, la mayoría detenidos en los pueblos de la provincia, no recibían visitas. Los miércoles, sin embargo, los familiares podían entregar alimentos y tabaco a un centinela, quien, instalado en la dársena con mesa y silla plegables, anotaba los nombres de los destinatarios con caligrafía párvula sobre papel rayado. Las mujeres se despojaban de los atadijos con infinita tristeza; a veces, transcurrían semanas antes de que oyeran la fatídica frase.

—No es menester que siga usted viniendo.

Los miércoles, cuando depositaban los paquetes, las mujeres podían comunicarse con los reos que se agolpaban en la cubierta. Vociferaban, gesticulaban y agitaban pañuelos para reclamar la atención. Era un prodigio rescatar una frase coherente, entera, en medio del guirigay.

—Unos calcetines, madre. Hágame llegar un par de calcetines.

Manuel Merchán nunca oyó su nombre entre el griterío.

Al librero tardaban en crecerle los pelos de las cejas. Sin ellas, su rostro tenía una expresión alucinada y fría. Una madrugada, Celestino Alquézar Atienza había vuelto maniatado a la bodega y con el cráneo y las cejas afeitadas. Aun cuando aquél era un castigo reservado a las mujeres, los militares lo raparon y le obligaron a ingerir un vaso lleno de aceite de ricino.

—Grita más altó, maricón, más alto. Que te oigan en Córdoba, grita así, como yo: «¡Arriba España!».

Los presos respetaban a aquel hombre pequeño y callado que se defecó encima durante dos días seguidos y que, con los pantalones manchados, aún miraba de frente. Al tercer día, le dieron una muda limpia.

—Muchacho, ¿te gustaría que te enseñara a leer?

—Para qué, si van a fusilarnos.

—Si es sólo por pasar el rato.

—Déjelo estar. Yo soy muy torpe.

—Todavía tienes el miedo en los ojos... ¿Qué has hecho?

—Asaltamos el cortijo de mi pueblo y prendimos fuego a las cuadras y a la capilla. El caporal nos salió al paso con una escopeta de caza. Lo dejamos allí, con una horca clavada en la barriga, desangrándose entre los olivos. El

señorito Maldonado también cayó... Yo estaba borracho. Borracho de aguardiente... Y a usted, Celestino, ¿por qué le afeitaron la cabeza?

—Por leer, pensar, defender la República y vender novelas marxistas; eso dicen ellos. Saldremos adelante, muchacho, ya lo verás. Cataluña, Madrid y el Norte resisten. Sólo en este secarral de curas y terratenientes florece la rebelión... Muchacho, ponte las manos en la nuca, que debemos volver al corro.

12

La luz difusa que penetra por el ventanuco sin reja se deshace en la cabecera de la cama, sobre la que Merchán abandona sus carnes a la tibieza de las sábanas. Duerme en camiseta y calzoncillos, y por debajo de la colcha estampada, asoma una canilla fina pero musculosa. Los moros tatuados en los brazos —uno con barba, el otro tocado con turbante— tiemblan al ritmo sosegado de su respiración. Aunque la costumbre le despega los párpados a las cinco de la madrugada, Manuel Merchán sucumbe hasta mediodía al susurro blando que linda entre el sueño y la vigilia. El domingo es una bendición para su espalda. Es el único día de la semana en que Lucas Naranjo, el amigo cordobés con quien comparte casa y letrina en los últimos desmontes de la ciudad, no repica en el cristal del ventano y le hace la señal acostumbrada; dos veces, siempre dos. Aunque viven bajo el mismo techo, al cordobés le azora atravesar la cocina y el comedor y llamar con los nudillos al dormitorio de Merchán porque imagina a sus seis hijas apiñadas allí dentro, todavía dormidas y medio desnudas. Lucas Naranjo prefiere salir y avisarle a través de la ventana que aboca al patinillo porque de esa forma alimenta una falsa apariencia de intimidad.

Los días laborables, Manuel Merchán cuenta los treinta y siete vagones del mercancías que atraviesa el suburbio, poco antes de las cinco de la mañana, siguiendo la línea de la costa hacia la fábrica de gas.

—Clac, clac-clac, clac, clac-clac, clac, clac-clac, clac.

Se cerciora de que son treinta y siete y aguarda tumbado la señal del

cordobés mientras observa a través del tragaluz cómo el amanecer entolda el cielo con un color sucio. El único despertador de la casa es de cuerda, con dos timbres, y atruena con un chirrido metálico una hora después, cuando las hijas de Merchán, las mayores, se levantan para fichar puntuales en un taller de confección textil situado a una hora larga de trayecto desde el arrabal.

La rutina domestica los tendones pese al cansancio y obliga al cuerpo estragado a romper la telaraña de las sábanas, a enderezarse y a meter las pantorrillas flacas, una detrás de la otra, en las perneras del pantalón. Una vez en pie, las extremidades actúan solas, sin necesidad de que la voluntad anticipe cada uno de sus movimientos. Lucas Naranjo suele esperarle en el patio con un cigarrillo en la boca y la espalda apoyada en el muro blanqueado. El cordobés fuma Bisonte, y cuando prende el primer pitillo, una manada de bueyes salvajes le cocea en estampida dentro del pecho; Lucas tose a sacudidas mientras las bestias cabecean y le desraízan el pasto de los bronquios a cornadas.

En las madrugadas invernizas, Merchán y el cordobés se toman una *barrecha* de cazalla y moscatel en el bar La Macarena, tras la luna ahumada de grasa y el menú escrito con blanco de España. Tomás, el dueño, sirve el mismo trago de todos los días sin necesidad de que los hombres se lo pidan. La llave del váter cuelga de una cuerda desflecada atada a un clavo de la pared. Merchán y el cordobés se toman el brebaje de un solo trago, sin respirar.

—Jarabe para escurrir la humedad de los huesos.

Beben la misma pócima en los amaneceres del verano.

—Medicina para desinfectar la sangre.

Lucas Naranjo acude a la obra con la tos del suburbio encima, el paso ligero, el cabello peinado hacia atrás y, aunque no sabe escribir, con el capuchón de la Parker falsa asomando por el bolsillo de la chaqueta. A esas horas, Merchán tiene todavía los dedos agarrotados para sacudirle los refregones de cal; a veces, tiene que orinarse en las manos llagadas de descargar ladrillos para que se le curen con la urea. El capataz de la obra dice «tochos» en lugar de ladrillos.

Ambos descienden en silencio la costanilla del cerro. El lubricán turbio del amanecer se licúa sobre los solares de tierra cobriza y las chabolas todavía dormidas. A sus espaldas, en el horizonte romo, la línea gris del mar se confunde con la bruma, el perfil de las factorías y los depósitos de la fábrica de gas. En la plaza, los dos hombres esperan el trolebús haciendo cola junto a otros bultos de carne sonámbula que llevan un atadizo con el almuerzo en el pliegue del brazo. Nadie habla.

Lo peor quedó atrás. La soledad de vivir en una pensión del Barrio Chino, sin amigos ni calor de hembra, la vergüenza de tener dos hijas colocadas de sirvientas interinas y de haber dejado a las demás, a las pequeñas, en el pueblo, a cargo de Chachachica, con demasiados años encima para tanto tráfago. Durante los primeros meses, Merchán madrugaba a la hora en que las putas se recogían y las mangueras regaban los restos de la noche. Caminaba con el estómago vacío Rambla arriba hasta Urquinaona y, en la última esquina, antes de desembocar en la plaza, se frotaba con saliva las rodilleras raídas para disimular el relumbrón del desgaste. Varones como él, enjutos y con la cara quemada por el sol, aguardaban de pie, dando vueltas en círculo, a que llegaran los contratistas y los aceptaran para echar la peonada del día en alguna obra. Si regresaba de vacío a la pensión, se arrojaba vestido sobre las sábanas sucias y mataba las horas y el reconcomio hasta la mañana siguiente. O salía a dar vueltas por el barrio hasta que le ardían las plantas de los pies. En días como aquéllos, el bocadillo de recortes de salchichón le sabía a ponzoña, a purga, a culpa, a obstinada mala suerte.

—No quiero campo, no quiero campo, no quiero campo... El campo es para los lobos.

Fue en los corros de jornaleros de la plaza Urquinaona donde Manuel Merchán conoció al cordobés, un hombre apocado y de expresión seca, con quien no necesitó palabras para entenderse. Aquel desconocido dio la cara por él y habló con el encargado de una obra. La vida se enderezó a partir de entonces, y ahora Merchán se considera incluso un hombre afortunado por tener a sus siete hijos bajo un mismo techo. Lo importante es permanecer juntos, pase lo que pase.

Las mañanas de los domingos, en cambio, Manuel Merchán duerme hasta que se le embota la cabeza o le despiertan el griterío de los vecinos y los transistores. A veces, es el pequeño José quien lo zarandea hasta que logra arrancarle de la cama. Merchán y su único hijo varón, que está a punto de cumplir ocho años, duermen juntos sobre el mismo colchón. Una manta gris, sujeta con anillas gruesas a una cuerda transversal fijada en las paredes de la estancia, divide el dormitorio en dos partes y separa el lecho de los varones del espacio donde se amontonan las seis hijas de Merchán repartidas en una litera, un somier de patas cromadas y una incómoda tumbona de playa, que se sortea una vez por semana. Los ocho cuerpos respiran el mismo sudor nocturno, la humedad del suburbio y un agotamiento idéntico.

La casa carece de agua corriente y es preciso acarrearla desde la fuente, al pie del cerro, para el baño del domingo. Merchán se lava el cuerpo a conciencia en una tina de zinc que arrima al murete más estrecho del patinillo, coronado por una orla afilada de vidrios rotos de color verde. Si hay colada puesta a secar en el tendal, aprovecha la intimidad de los trapos para desnudar tras ellos su delgadez, las piernas y los brazos renegridos por el sol del andamio y el torso blanquísimo. De no haber ropa tendida, echa la colcha estampada sobre las cuerdas. Entre las prendas húmedas, se vislumbran fragmentos de su cuerpo cansado. Merchán se enjabona la piel, canta y se concentra en arrancarse con un cepillo el pórtland endurecido bajo las uñas.

Juana y sus cinco hermanas dedican la mañana del domingo a adecantar la casa que comparten con el matrimonio cordobés. Las tareas domésticas se distribuyen según un código sobrentendido: barrer el polvo apelmazado en borlas y la tierra rojiza acumulada bajo las camas —las ventanas no encajan en los marcos, y el viento la introduce a través de las rendijas—, fregar el suelo de cemento a rodilla, restregar la ropa de la obra momificada en cemento, lavar las batas azules con letras bordadas sobre el bolsillo —Confecciones Casals— y guisar para la semana. Juana tiene asignados los fogones. Isabel lava la ropa de Juana desde que el sulfumán le abrasó las

manos y se las dejó en carne viva.

El sol de marzo ilumina con desgana el suburbio, con una luz enfermiza de sopa de ajo. Juana mira el cielo y teme que la blusa blanca no se le haya secado para las cuatro. Saca un taburete al patio encementado y se sienta junto al matrimonio cordobés. Los matojos de hierbas crecen desgredados al pie del muro y a los lados de la atarjea de desagüe que cruza el pavimento. Lucas Naranjo aguarda a Juana con unas hojas de periódico dobladas sobre el regazo y la cabeza gacha. Su mujer, Soledad, le repasa la nuca con una cuchilla de afeitar.

—¿Qué hay, niña? —saluda Soledad.

—Ya terminé... Acabo de poner el puchero en el fuego —Juana posa la mirada sobre los pelos entrecanos que yacen en el piso de cemento, una pelusa yerta y triste que contrasta con los movimientos seguros de la Solé. Todo cobra sentido entre las manos de la cordobesa. La silueta de la madre —el perfil amargo, el vientre preñado— relampaguea fugaz en la memoria de Juana.

—Toma. Ahí tienes —el cordobés alarga a Juana las hojas arrancadas de *El Caso*. Juana las desdobla y hojea los titulares.

—¿Qué prefiere usted, Lucas, la sentencia contra el gitano de las Ventas o el misterio de la calle Villarroel?

Lucas Naranjo sopesa la respuesta con los ojos entrecerrados.

—Léeme lo del misterio, a ver de qué trata.

Juana comienza a leer en voz alta. Cuando se trastabilla, se obliga a reanudar la lectura del párrafo errado desde el principio.

—«Según nuestros informes, el joven había sido hallado muerto sobre las aguas de la estación marítima, suponiéndose que cayó al mar en el muelle de Barcelona. El dictamen forense manifestaba que debió fallecer sobre las diez u once horas de la noche anterior. Prestamos al suceso la atención que todos estos hallazgos, fácilmente confundibles con los suicidios, suelen requerir.»

Los cordobeses tienen un solo hijo que está haciendo la mili en Ifni y que de vez en cuando escribe postales encadenando frases hechas. Es Juana quien se las lee.

Por las tardes, antes de que las hijas de Merchán hayan regresado del taller, la Solé echa un vistazo al pequeño José y a Cecilia, para quien no hay escuela en la barriada. La niña ha cumplido diez años y ya sabe calentarle el almuerzo al hermano, multiplicar y dividir, y leer el cartel, escrito a mano, sobre la puerta del colegio.

«No hay más plazas.»

Soledad Naranjo escucha la lectura del periódico, pero le cuesta concentrarse en la voz pausada y distante, y el pensamiento le revolotea más allá de los muros dentados que circundan el patio. En cambio, Lucas atiende embelesado y subraya las pausas y los puntos y aparte con enfáticos movimientos de cabeza.

—Hay que ver. No sé dónde iremos a parar.

—«Desde hacía un año, Pedro mantenía relaciones formales con una señorita llamada Montserrat Alonso, joven de unos veinte años, que llevaba cuatro sirviendo en casa de unos señores domiciliados en la avenida del Generalísimo Franco, número 467.»

Hay domingos en que Lucas le pide a Juana que le lea un crimen ya oído. El cordobés nunca aprendió a leer.

Juana desciende el repecho del cerro con una triza de angustia clavada en la boca del estómago, con la vulnerabilidad del que no tiene en quién confiar. Las mentiras se le transparentan y teme que sus hermanas sospechen, sobre todo Isabel, quien mejor la conoce. Ambas se han criado al mismo tiempo; se llevan doce meses.

Los domingos por la tarde, las hijas de Merchán acuden juntas a los bailes de la ciudad —Venus, Novedades, Cibeles, La Pérgola— con los mismos trapos de todas las semanas que se intercambian para disimular la carencia ante amigas y pretendientes. Vestidos canchales deslucidos, cosidos y vueltos a coser, con el color ya desvaído, planchados con timidez, como si las miradas pudieran deshilarlos. Y, sin embargo, cuando bajan juntas por la pendiente embarrada, el trazo perfecto sobre los párpados marcado con el mismo lápiz, acicaladas con andrajos almidonados, los vecinos se asoman a las ventanas para ver salir a las princesas del arrabal. Domingo a

domingo, Juana se excusa de ir al baile con sus hermanas.

—¿Con una amiga? —Isabel la mira con suspicacia—. ¿Y qué amiga es ésa?

—Se llama Azucena.

—¿Azucena? No hay ninguna Azucena en el taller.

A Juana le tiemblan las piernas. En una fracción de segundo contiene la tentación de arrojarle a los brazos de su hermana y contárselo todo, de abocar sobre sus oídos la alegría inexplicable que la desborda. Pero nunca ha tenido intimidad con Isabel, a pesar de la proximidad carnal, de la asfixiante convivencia en la pobreza. Juana embrida el deseo.

—Si no trabaja en el taller... A Azucena la conocí sirviendo en casa de las Monterde, cuando tú estabas en San Gervasio, en aquella casa con tantos crios. ¿Te acuerdas de las Monterde? Sí, mujer, aquellas lagartonas que vivían en la calle del Carmen, esquina San Lázaro, las que trapicheaban con joyas. Azucena servía en el mismo edificio, en casa de un matrimonio catalán, ancianos ellos y muy buenas personas. Sí te hablé de ella, mujer. Es murciana, delgadita, poca cosa y muy discreta. Como nos encontrábamos en el mercado y en las tiendas del barrio un día sí y otro también, nos hicimos muy amigas.

—Pues sigo sin entender por qué no os venís al baile con nosotras. ¿No será que te avergüenzas de tus hermanas?

—¿Avergonzarme? ¡Pero qué cosas dices, Isabel! No sé de qué tendría que avergonzarme, si Azucena es murciana. Ya te digo, es una muchacha muy sencilla y tiene las rodillas deformes de tanto fregar suelos. Lo que ocurre es que es muy novelera y prefiere el cine a los bailes. Es asmática, ¿sabes? Se pone fatal con la humareda y el ambiente cargado. Esta tarde vamos al Rex. Echan una de Tyrone Power.

—¿Y cómo es que vas tan requetepintada para ir al cine con una amiga?

—Isabel, tagarnina, larguirucha, dedoslargos, patasdearaña.

Juana desciende la cuesta despacio. Ha salido con tiempo suficiente, a la hora en que las casuchas bajas del suburbio se adormecen en una neblina de silencio, naipes, sobremesa y platos sucios. Se ha vestido con la blusa blanca

—las sisas todavía húmedas—, la falda de paño gris, la gabardina deslustrada, los zapatos lili de medio tacón y unas medias de cristal compradas a escondidas con el dinero de la semana destinada al transporte. Cuando llega a la plaza, en la base de la loma, Juana se acerca hasta la fuente y saca del bolso un jirón de tela que moja en el chorro. Se sienta en un banco y limpia el barro pegado a los zapatos con el paño húmedo. Los zapatos sucios delatan la pobreza. En el bolsillo de la gabardina lleva un trozo de esparadrapo blanco para disimular el agujero de la puntera.

El trolebús asoma esforzadamente por el recodo y abrasa con chispas amarillas la melancolía rurbia del extrarradio. Juana se sienta en el banco de madera con impaciencia y alivio. El corazón le aletea encerrado en la jaula de huesos. Parada a parada, los asientos se ocupan con cuentagotas en la tarde desabrida del domingo: parejas, grupos de muchachos repeinados y ruidosos, algún solitario, matrimonios aburridos. Paisaje humano cambiante: el trayecto afina el lustre de las caras y atenúa los gestos crispados de los pasajeros a medida que el barrio y los límites borrosos de la ciudad quedan atrás. Juana tiene sobre el regazo un libro prestado —*El poema de la rosa als llavis*—, pero la inquietud le impide concentrarse en la lectura. Le resultó difícil comprender y buscó entre las líneas un sentido, un mensaje cifrado que la situara en el mundo. Se guardó algunas palabras.

«Labios, rosa blanca, saetas y seda, ladrón, sagrario de carne, aceite de almendras, amiga, brote de menta.»

Ha transcurrido una semana desde que Juana vio al relojero por última vez. No se atreve a reconocer que espera el encuentro con ansia, que al final de la jornada, al regresar a pie del trabajo, la envuelve una tristeza amorfa, como las casas del extrarradio, que sólo el transcurrir de los días y la proximidad del domingo disipan. Entonces, el ánimo se le transforma y ríe sin motivo, las ocurrencias y los chismes de las compañeras del taller la alejan de sí misma, mientras repasa ojales y se deja mecer en el estruendo metálico de los telares y las máquinas remallosas. Duda del sentimiento extraño que la espolea y, aun así, se adentra descalza en la tierra inexplorada y cubierta de zarzales. No, no está enamorada de ese hombre

que, por edad, podría ser su padre, vigilado por la policía y con una pierna artificial sujeta al muñón de la rodilla con arneses de cuero. ¿Cómo iba a estar enamorada? No. Y, sin embargo, se desvive por que llegue el domingo y verle, charlar con él, escucharle. Juana no tiene a quién pedir consejo. Sólo la chacha podría ayudarla; piensa en ella, y la culpa le muerde el testuz: sola en el pueblo, con la única compañía del jazmín trepador y las macetas de toronjil, Chachachica guarda ausencias como trapos viejos.

—Me gustaría estar a tu lado para cerrarte los ojos. Quiero ser yo. Chacha, ¿me mandarás una señal?

—Te la mandaré.

—¿Y cómo sabré que eres tú?

—Lo sabrás, niña, lo sabrás.

Juana se apea del trolebús y se encamina hacia el número cinco de la calle Baños Nuevos. Los silencios del relojero, su perfil circunspecto y reconcentrado en sí mismo, la atraen con la fascinación de un ángel negro, del lobo solitario que señorea en el páramo infinito. Las manos: bellas, delicadas, sensibles, ágiles; podría pasarse horas observando sus movimientos. Son hermosas aunque las yemas de los dedos amarilleen de nicotina. Liberto Pech sólo se abstiene de fumar cuando trabaja, y el mundo y sus espejos desaparecen. Le fascina verle con la visera y la lupa en el ojo, el rostro serio y ausente. En un cajón del banco de trabajo, envuelta en terciopelo negro, guarda una piedra que escamoteó a Salud Monterde. Él dice que jamás la vendería: sólo desea mirarla en silencio, contemplar su esplendor durante horas, deleitarse en el brillo vitreo y apresar la estrella de doce puntas que la luz arranca en el centro de su eje vertical. El relojero le explicó que la piedra es un error de la naturaleza, un zafiro desposeído por el azar de las trazas de titanio y óxido de hierro que lo habrían teñido de azul. Un domingo, le enseñó a observarla bajo el haz de luz. Y Juana, con la lupa en el ojo, comprobó que era cierto, que en el interior del cristal había fuego, llamaradas de color naranja con destellos rosados. El relojero dice que en Oriente llaman flor de loto a esa gema por su insólita belleza.

Juana no se cansaría de observar las manos de Liberto cuando trabaja; las imagina suaves y recias al tacto. El relojero tiene un halo de misterio que

hipnotiza y a la vez ahuyenta. Es un pozo con cristales en el fondo, y hay que sacarlos a la superficie con esfuerzo de soga y garrucha. A veces, parece triste, melancólico, extraviado, un ser errante expulsado de algún lugar que sólo él conoce, y se encierra en sus silencios. Entonces, Juana se siente forzada a hablar y le relata cómo son su nueva casa y el trabajo en el taller. Juana adereza la verdad: ha obviado que vive en un cerro donde la ciudad pierde sus rasgos, en una casa de alquiler compartida con un matrimonio cordobés, sobre un paisaje de uralita y alquitrán, sin alcantarillado, donde las heces y lavazas del vecindario descienden loma abajo a la vista de todos. Tampoco le ha contado que al cañizo del patio le brotan hojas de color verde tierno con las lluvias de la primavera, como si el arrabal aún tuviera que ser conquistado palmo a palmo a la naturaleza. La pobreza humilla cuando no se tiene con qué encubirla.

Juana se siente ridícula explicándole simplezas sobre las chicas del taller. No percibe que sus palabras curan, que el hombre de los ojos de lluvia encuentra solaz y bálsamo en escucharla, que hay algo tranquilizador y nuevo en su voz. Cuando Juana logra arrancarle alguna sonrisa, el rostro del relojero se transforma: las arrugas verticales que le enmarcan la boca desaparecen y se diluyen las aristas de la frente y el entrecejo. Sonríe y es otra persona. Pero Juana prefiere escucharle, aprender de su mano a desenterrar la belleza aplastada bajo la losa de plomo de los días. Liberto le habla de cosas extrañas y hermosas. De la luz. De la gratitud. De la dignidad que hay en el trabajo que se hace con las propias manos. De los colores.

—El azul más puro es el del acero.

El relojero le explicó que fue su padre quien escogió el nombre de Liberto y le enseñó el oficio. Los domingos de primavera, lo llevaba al campo a recoger trozos de granito, piritas y caracoles fosilizados, que conservaba etiquetados con fechas y nombres en una cajita de madera con compartimentos. En ocasiones, el relojero parece ensimismado, como si buscara piedras en su interior. Le ha contado que estuvo exiliado en Francia después de la guerra y que a su regreso permaneció encarcelado más de diez años, durante los cuales no comió otro alimento que col y sopa de corvina rancia. Pero si Juana le interrumpe para preguntar algo que no

alcanza a comprender, Liberto Pech se arrepiente de inmediato y se rinde al afán de borrar las palabras recién pronunciadas. Es Juana quien responde entonces con parquedad a sus preguntas: en casa de los Merchán no se habla de la guerra. El padre nunca habla; ni siquiera antes, en el pueblo, cuando sobraba el tiempo y el hambre convertía las horas en algodón.

—Yo me hice fascista por un plato de pijotas.

El relojero odia el viento. En los paseos dominicales, cuando se acercan hasta el mar y la brisa sopla y sacude los toldos del barrio de pescadores, Liberto se encoge asustado, como si la fatalidad del pasado se le echara encima y las ráfagas de viento le revolvieran la memoria. Los ojos del relojero son de un color inusual, tornadizo, ambiguo, entre el gris y el azul, con pintas pardas, como el mar en invierno. Color de lluvia y acero.

—El azul más puro es el del acero. Es el color de la tristeza, agrisado y algo más pálido que el azul intenso del mar.

A veces, esos ojos la miran sin atreverse a hablar. En las últimas tardes, Juana ha observado que Liberto viste camisa planchada, se afeita y se perfuma con Floïd, la misma loción que usa el encargado del taller textil, el señor Aiguadé, que guarda el frasco en el armario metálico del lavabo. El recuerdo de los domingos huele a menta, a cómoda con sábanas de lino, a canela, a vermut de grifo, a peladillas de padrino soltero. A camisa recién planchada.

El chirrido del timbre rasga la penumbra del comedor. Hace más de una hora que el relojero aguarda el timbrazo y, sin embargo, se sobresalta cuando el ruido rompe la tranquilidad de la tarde. Se asoma al hueco de la escalera y tironea de la sogá mugrienta para descerrajar la puerta de la calle. A pesar de la cojera, Liberto Pech se mueve más deprisa de lo que acostumbra; abre el balcón, enrolla la persiana para que entren la luz y el aire fresco y ata la cuerda a la barandilla del balcón. Mira el reloj: pasan quince minutos de las cinco de la tarde. El relojero se alisa la pechera de la camisa y acude a abrir.

—Buenas tardes, Liberto.

—Pasa, por favor, pasa.

El relojero se trastabilla en su torpeza. Las palabras que acaba de

pronunciar se le antojan pobres para recibir a la muchacha con el rostro lleno de luz que cruza el dintel.

Juana se sienta en el filo de la silla. Se coloca el bolso en el regazo y no se desprende de la gabardina. La provisionalidad de sus gestos descorazona al relojero.

—¿Te apetece un café?

—Bueno, un poco, si puede ser... Pero no te molestes, dime dónde lo guardas y lo preparo yo.

El silencio se expande elástico en la cocina bajo la luz de una bombilla de cuarenta vatios. Liberto coloca un cazo con agua sobre el fuego. Está de espaldas a la muchacha, que no puede verle el rostro, y, en esa intimidad huidiza, se aferra al borde de la pila y cierra los ojos para aspirar de nuevo el aroma imposible a violetas amarillas. Sólo se oye el zumbido azul del gas.

Juana no encuentra una hebra para hilar conversación; observa la cocina despejada, los ceniceros vacíos, los poyos libres de cacharros y, sobre la mesa, un plato con dos bollos de leche. Juana no acierta a definir la ternura de los panecillos que la esperan pacientes sobre el plato de loza.

—Son para ti; a mí no me gusta el dulce.

El mutismo envara también al relojero. Juana repara al fin en el gato.

—*Proudhon*, cada día estás más flaco... ¿Es que ya no le das sardinas, Liberto?

—Come poco y va a su aire, como el dueño. Las malas costumbres se contagian.

—Tienes mejor cara.

—Gracias. Le echas azúcar, ¿verdad?

—Sí, dos cucharadas.

Juana se sienta a la mesa y se recrea en los movimientos pausados de las manos del relojero.

—Los domingos, el trolebús tarda una barbaridad. He tenido que esperar media hora larga para cogerlo. Por eso he llegado más tarde. Suerte que llevaba en el bolso el libro que me prestaste. Pero, en fin, no importa. Aún tenemos un buen rato para charlar.

La conversación suena ficticia, prendida a las pausas con alfileres.

—Estás muy guapa. Te sienta bien el cambio de vida.

—Gracias —Juana aparta la mirada—. El agua ya hierve, Liberto... La verdad es que no puedo quejarme. Gano menos dinero que sirviendo en casa de las Monterde, pero, claro está, prefiero trabajar en el taller. Y con las horas extraordinarias llego a sacarme incluso más. El encargado, el señor Aiguadé, está encantado con nosotras, con toda la retahila de hermanas Merchán, porque le quitamos de encima la faena. Casi todas las chicas del taller somos andaluzas y nos avenimos a las horas extras; tú dirás si no iban a convenirnos... Por cierto, te he traído los diez duros que me faltaban. Creo que con esto liquidamos la deuda.

—No sufras, mujer. Quédatelos; ya me los devolverás.

—Gracias una vez más.

—De nada, Juana. Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites.

Juana siente un leve estremecimiento al escuchar su nombre entre los labios del relojero.

—El miércoles estuvo aquí la hija mayor de Salud, de la marquesa de Monterde, como tú la llamas. Vino a traerme solución de cloruro de cobre, ya sabes, potingues de esos que necesito para trabajar. Apenas cruzamos palabra, ¡qué mujer tan desabrida! Me llamó la atención que Salud mandara a una de sus hijas y no a la nueva criada... O las cosas le van mal o no ha encontrado a nadie que quiera vivir en esa huronera.

—Siempre estaban peleando. Y la casa apestaba a vinagre.

De nuevo, la densidad áspera del silencio.

El relojero, de espaldas todavía, no ha llegado a sentarse. Juana se quema los labios con el recuelo. La desazón le imanta las suelas de los zapatos a las baldosas.

—Juana...

La voz del relojero arrastra un saco de rocas. Liberto se aferra de nuevo a la pila para recobrar aliento y proseguir.

—Juana, verás, no sé cómo decírtelo... No sé si es buena idea que sigamos viéndonos.

Liberto marca la pausa. Querría que la muchacha entendiera y continuara el razonamiento por donde ella deseara y le evitara el esfuerzo

de transformar la angustia en palabras. Pero Juana no abre la boca. El relojero ni siquiera la oye respirar.

—Juana, no sé cómo decírtelo. Desde que re conozco... Bueno, ha sido de forma muy lenta. Dirás que he perdido el juicio, y quizá no te falte razón. Creo que sería mejor que no volviéramos a vernos. Juana, no sé qué me ocurre...

El relojero gira lentamente el cuerpo y observa fugazmente el rostro que lo observa, pero no se atreve a detenerse en él. Se acerca renqueando a la mesa y toma asiento. Juraría que siente correr savia por las venas cercenadas de la pierna artificial.

—Me dirás que apenas nos conocemos; razón no te falta. Y así salgas por esa puerta, ya estaré extrañándote hasta el próximo domingo. No tiene sentido —el relojero observa el rostro desconcertado de Juana, que le mira con nudos de sal entre las pestañas.

Las palabras se atorán en la garganta de Liberto. No se atreve a confesarle que, sin querer, sin darse cuenta, empezó a pensar en ella día tras día, a desear que apareciera de improviso con un encargo de Salud Monterde, con cualquier excusa, a decirle que su sola presencia le alegra y le llena la vida de luz, que el aroma de su piel deja una estela de violetas amarillas.

—Perdóname... ¡Qué estupidez! Me he ido envolviendo yo solo en la mentira de esperarte, de añorar el domingo como si me faltara el aire. ¡Qué estupidez! Esto no tiene sentido. Es mejor que no nos veamos más. No vuelvas, Juana. Yo sólo soy un cobarde, un derrotado.

El silencio los envuelve en una nube de ceniza fría. El relojero se sirve un tinto de Gandesa y vuelve a sentarse; le tiemblan las manos. El hombre apenas si se atreve a mirar de reojo a la muchacha, que tiene la vista clavada en sus manos lastimadas. Liberto cierra los ojos y juega a encajar el perfil de Juana con la representación nítida de otro rostro femenino que ya no existe. Aquella mujer se llamaba Emilia, y tenía unas facciones hermosas, también llenas de luz, truncadas por el horror y la muerte. El alcohol empapa de éter la memoria y acartona la lengua.

—El hombre es un ser despreciable, Juana... Estoy acabado, soy un

impostor. Ya no creo en nada, ni siquiera en mí mismo. No tengo derecho a la esperanza; tampoco lo pretendo. No te merezco, Juana. Es mejor que no vuelvas.

Silencio erizado de ortigas. Las salivas se espesan con un regusto amargo.

Juana respira hondo y se alivia en el aire que colma sus pulmones; querría retenerlo en la caja del pecho. No entiende por qué el hombre de los ojos de lluvia quiere apartarla de sí. ¿Qué ha hecho mal?, ¿en qué se ha equivocado?, ¿por qué las manos hermosas la empujan?, ¿por qué la arrancan del calor?

El mechero saja la quietud de la cocina con un chasquido. El humo del tabaco interpone una cortina infranqueable entre ambos. Juana se acoda en la mesa, apoya la cabeza sobre la mano izquierda y con la yema del índice derecho dibuja un cuadrado terco sobre la superficie de la mesa marcando a fuego los cuatro lados del cuadrado, una y otra vez, con rabia y determinación, como si quisiera encerrar la escoria de las palabras muertas entre los cuatro barrotes.

El relojero coloca su mano sobre la de Juana y ahoga el dibujo obstinado. Juana cierra los ojos. La mano ajena permanece quieta; Juana sólo siente su calidez. Lentamente, la mano extraña explora insegura la piel quemada, las cicatrices de sulfumán, la membrana suave entre los dedos. Se detiene en las uñas rotas. Las manos hablan en silencio, y los restos de la tarde esquiva del domingo se concentran en el tacto.

13

El capitán Manuel Díaz Criado desperdigó los naipes de un manotazo; algunos cayeron al suelo. El jugador que iba ganando la baza dio un respingo y se apresuró a recogerlos. Todos, menos la sota de espadas, que había caído boca arriba: Díaz Criado la estaba pisando con el tacón. De rodillas, bajo la mesa, entre pantalones y breeches que se agitaban nerviosos, el jugador no se atrevió siquiera a rozar la caña embetunada de la bota. Tomó asiento y arrinconó la baraja incompleta. El capitán palpó las cachas de su pistola en un gesto mecánico que solía tranquilizarle. El golpe derribó el velón sobre el tapete, y la cera líquida aún le mordía la membrana carnosa entre el pulgar y el índice. Díaz Criado barrió la mesa en un acto reflejo quizás porque el fuerte calor del verano lo enervaba, porque a la tercera mano se había aburrido del juego —llevaba treinta pesetas perdidas— o porque los celos y los vapores del vino le enneblinaban las cartas. La partida había terminado.

Uno de los corifeos habituales en la mesa del capitán palmeó al aire.

—Ea, se acabó el carbón, a guisar con leña... Paquito, retira todo esto y tráete media botella de Imperial Toledo y un plato de jamón. Apúntalo en mi cuenta.

Díaz Criado apretó las quijadas. Mientras se arrancaba costras de cera con el borde de la uña, pensó en los pezones sonrosados y rebeldes de Aurora la Charrasca. Miró el reloj de nuevo: faltaba un cuarto escaso para la medianoche. La Charrasca se demoraba, aunque el capitán había enviado el

coche oficial a buscarla.

La atmósfera del local era densa, una mezcla agria de Tabú —un perfume de moda, dulzón, como de nardos ajados—, sudor y humo de tabaco que teñía de ocre las paredes decoradas con un arrimadero de azulejos sevillanos rematado por listeles de cerámica añil. El reservado del tablao La Sacristía, donde Díaz Criado acudía a divertirse casi todas las noches, quedaba separado del resto de la clientela por una cortina de cuentas vidriadas que tintineaban en medio de un trasiego sordo de voces, faldas de godets, botellas vacías y risotadas. Tras los abalorios de cristal se oía el rasgueo desgano de una guitarra. Al fondo, en la barra, tres prostitutas charlaban dándose palmetazos en los muslos. Lívidas, la tristeza al filo del histerismo, ojeras negras, las mujeres apuraban copas de anís y enseñaban los dientes en muecas forzadas, las mismas sonrisas que fingían cuando se acercaban a la mesa del capitán y se dejaban manosear por sus acólitos.

—Habréis de acordaros de lo que os digo: aquí en treinta años no hay quien se mueva.

—Hoy estuvo brillante en la radio. ¿Habéis escuchado al general? Lo repito de memoria. Puede que no sea exacto, pero ¡qué par de argumentos tiene don Gonzalo! ¡Y qué chispa! Decía, y puede que me equivoque, porque repito de memoria: «Si esas rojas y anarquistas jugaban al amor libre, ahora nuestros legionarios y regulares habrán de enseñarles lo que son hombres de verdad y no milicianos maricas».

—Hay que limpiar España de bandoleros.

—Ya lo dicen: el miedo guarda la viña.

Fue casi al unísono. El ayudante del capitán, el cabo José Carrascosa Gil, un hombre tímido y extremadamente delgado, entraba en el reservado con un cartapacio negro bajo el brazo cuando sonó el teléfono en la barra de La Sacristía. Atendió el dueño del local: la llamada era para don Manuel Díaz Criado.

El cabo se resistió a tomar asiento aun cuando los amigos del capitán, delegado de Orden Público en Sevilla, se lo ofrecieron con insistencia. Uno de ellos porfiaba con la boca llena; tenía los labios carnosos y brillantes de

tocino.

—José, tómate algo. No seas así, hombre, qué servicio ni qué ocho cuartos.

Al cabo Carrascosa le dolían las plantas de los pies. Había llegado andando a La Sacristía.

—Pepe, no me jodas y dale a la suela. Esta noche necesito el coche oficial para otros menesteres.

Replegado en su flacura, el cabo apretó la carpeta negra contra su pecho, y por el rabillo del ojo observó cómo el capitán se acercaba a la mesa frotándose ambas manos tras atender el teléfono. La zancada decidida, los ojos duros y pequeños, Díaz Criado parecía tener prisa.

—Nada, que no he podido ir a la comisaría, y el padre Uñarte me pide ya la lista para confesarlos. José, vamos al grano.

El cabo Carrascosa se sentó a su lado. Abrió el cartapacio negro, sacó unos papeles y comenzó a leer nombres.

—Secundino Cárdenas Millán.

—Sí.

—Mariano Antolín García.

—No.

—Fermín Hidalgo Castejón.

—Sí, éste sí. Que le den café, café del bueno.

—Juan de Dios Ruiz Amaya.

—Sí.

—Celestino Alquézar Atienza.

—Y éste, ¿quién es?

—El librero de viejo de la plaza Argüelles, señor, el que había puesto la bandera republicana en la vitrina. Aquel que tenemos en el *Cabo Carvoeiro*. Lo purgaron con ricino, ¿recuerda?

—No, éste no. Si acaso, mañana.

—Diego Orellana Maqueda.

—Sí.

El cabo continuó leyendo hasta el final. Cuando concluyó, se llevó la mano a la visera, se cuadró con un taconazo y se marchó con paso

apresurado y la carpeta negra bajo el brazo. En la lista de nombres había cuarenta y seis cruces marcadas con lápiz en el margen.

Sólo un leve carraspeo y el murmullo del amontillado escanciado en los vasos rasgaron el silencio que se apelmazaba entre los contertulios de Díaz Criado. Alguien se atrevió a suspirar y musitó «pobres diablos». El capitán se rascó las entradas y golpeó la mesa; un vaso se estrelló contra el embaldosado del suelo. La mujeres de la barra se recogieron instintivamente las faldas en el regazo.

—¿Pobres diablos?, ¿pobres? ¿Tú sabes qué estás diciendo?, ¿lo sabes acaso? Hay que limpiar España de esa canalla infame hasta que no se atreva siquiera a respirar. Tú también te has dejado engañar por los marxistas, ya veo. ¿Es que olvidas qué hicieron en la iglesia de las Salesas? ¿Y en Montesión? ¿Y en El Arahal? A los falangistas que habían encerrado en la cárcel los rociaron con gasolina y les prendieron fuego, ¡vivos! Esos que tú llamas pobres diablos son hordas sin patria ni Dios, y no podemos aflojar el puño. Yo sé bien lo que me hago, y habréis de darme la razón. Hay que exterminarlos de raíz. Sin contemplaciones. Sis-te-má-ti-ca-men-te.

—Tengamos la fiesta en paz, Manolo. No te sulfures, que estamos entre amigos. Vamos a brindar. Paquito, tráete otra botella, hijo, que nos tienes secos.

Díaz Criado se apoyó en el respaldo de la silla y respiró hondo. El alcohol le trababa la lengua. Volvió a rozar la culata de la pistola con los dedos. Alzó la mano y pidió al mesero una ración de pajaritos fritos. Miró el reloj: la una menos cinco. Aurora la Charrasca no había llegado todavía. El capitán se palpó la entrepierna bajo la mesa.

—Aurora, so puta, zorra... Quieres arruinarme la vida.

El chófer del camión que transportaba cadáveres y reos al cementerio se liaba una punta de cigarrillo frente a la comisaría bajo la luz de una farola de gas.

Cada noche, los presos que iban a ser fusilados eran concentrados en el patio número tres de la comisaría Jesús del Gran Poder. El Perro silbaba para entretener la espera y se decía que aun con los ojos vendados sería capaz de

conducir el camión hasta las mismas tapias del cementerio. Proyectó el recorrido en su imaginación con todos los detalles que pudo amasar: la quietud espectral del toque de queda, las sábanas blancas en los balcones obreros implorando clemencia, los ladridos de los perros en las huertas de la periferia, el desvío unos metros antes de la verja del cementerio —el Perro se santiguaba mecánicamente al avistarla—, los focos del camión horadando el revoque de la pared como ojos insomnes.

El Perro se tapaba los oídos cuando los moros subían al remolque y sacaban a los presos a culatazos. Así, tampoco oía las descargas. Las fosas donde enterraban los cadáveres se abrían al fondo del cementerio, al lado de las tapias, y terminaban en el paseo principal. Las zanjas tenían tres metros de ancho.

El Perro silbaba, esperaba y maldecía su suerte. Aquella noche, después del trabajo, debía marcar el sendero del cementerio con arena nueva. Hasta que no quedaran rastros de sangre.

—Me cago en los mengues. Ahora, a por arena para esconder la mierda. Y lampando que estoy, sin comer ni un cacho de pan desde por la mañana.

14

Más que por la turgencia de senos y nalgas, enterrada bajo guardapolvos azules, el señor Aiguadé, encargado del taller textil Confecciones Casáis, siente predilección por las piernas de las obreras, desde el pliegue juguetón de las corvas hasta los cartílagos del tobillo, que imagina tiernos, gelatinosos, de manitas de cerdo estofadas. El encargado se zambulle en el disfrute de las pantorrillas a partir del mes de mayo, cuando la piel de las muchachas, libre al fin de calcetines hombrunos, tostada en los merenderos de cercanías y en las playas de Badalona y San Adrián, brilla con el bochorno que aísla el taller en una nube de vapor y sensualidad sofocada. Al señor Aiguadé los trabajadores le llaman Braguetamierda porque suele llevar la portañuela manchada de refregones de la grasa para aceitar las máquinas. Se embute en el mono de trabajo, como los demás, y es el único de los empleados a quien el dueño, don Guillermo Casals Pallerols, permite fumar en las dependencias de la fábrica. A pesar de la licencia que otorga la veteranía —Agustín Aiguadé entró a trabajar en Confecciones Casals antes de la guerra, contratado como aprendiz de canillero por el difunto padre del dueño—, pese a ser el decano de los empleados, el encargado apaga la faria gallega contra el caucho de la bota cada vez que el amo sale de improviso del cubículo de madera y cristal esmerilado donde se encierra durante horas a repasar los libros de contabilidad. Si discuten o el ambiente se encrespa por la demora en servir algún pedido, el señor Aiguadé no vuelve a prender la punta. La mordisqueea, refunfuña y escupe hebras de tabaco entre las

bobinas hasta la hora de cerrar. El señor Aiguadé guarda en el bolsillo delantero del peto unas gafas de pasta con lentes de aumento que sólo usa para ver de cerca, cuando busca taras, hilos gruesos y carreras en los puntos del tejido o saca el reloj y mide el tiempo que tarda un empleado en anudar los hilos de la urdimbre si se rompen accidentalmente al ser levantados por los lizos del telar. La rapidez y destreza del obrero se recompensan con primas que la frialdad del cronómetro determina, pero la impaciencia del señor Aiguadé multiplica la torpeza de la víctima y llega a paralizarla, de suerte que el encargado acaba por colocarse las gafas en la punta de la nariz y, con la feria entre los dientes, enlaza él mismo los hilos segados.

—*Cagundéu...* Si es que no estáis por la labor. A saber en qué andaréis pensando.

La empresa Confecciones Casals se ubica en una nave industrial de planta rectangular, flanqueada por una doble hilera de ventanas tapizadas de rejilla metálica. En el piso inferior se hallan los telares y el depósito donde se almacenan balas de lana, bobinas de algodón y torzales de seda cruda que con la canícula despiden un inconfundible tufillo a anchoas en salazón. Cuando el sol se pone, las ringleras de fluorescentes del techo perfilan las máquinas con una pátina violácea de irrealidad. El señor Aiguadé tiene un pronto algo brusco y emplea un lenguaje peculiar para amonestar a los obreros en el que combina frases en castellano con insultos y palabras sueltas en catalán, en una amalgama vocinglera y confusa que, sin embargo, toda la plantilla comprende.

—*No t'amaguis*, maricón, que te estoy viendo.

—Nenas, ya está bien de *xerrameca*.

—Basta de *merder* y haced el favor de estar por la faina.

Cuando se enfada, los gritos del señor Aiguadé trepan hasta la planta superior, que se comunica con los telares por una escalera de metal resbaladiza. El segundo piso permaneció inutilizado hasta hace apenas un lustro y sólo albergaba cajas de retales inservibles cubiertas de polvo y el departamento acristalado de contabilidad y flete de camiones para la distribución. Pero don Guillermo Casals Pallerols, devoto del esfuerzo y de los cuatro pilares del dogma burgués —trabajo, orden, ahorro y familia—,

con una intuición diabólica para percibir dónde se esconde el negocio, resolvió rentabilizar el espacio improductivo e instaló un taller de confección a principios de los años cincuenta.

—Aiguadé, métaselo en la cabeza. Hay que estar a la altura de los tiempos.

Confecciones Casals emplea ahora a una treintena de mujeres — cortadoras, remalladoras, cosedoras, planchadoras, repasadoras— que fabrican prendas listas para la venta. Don Guillermo Casals Pallerols se plantea incluso experimentar con los nuevos tejidos sintéticos y organizar un turno de noche. La fábrica no cierra ni siquiera en agosto.

Cuando llegan los meses de calor, la humedad enardece las emanaciones de la factoría y amortigua el ruido de las máquinas. El sudor acre y sexual de los obreros, las tufaradas de feria y genuino masaje Floïd mentolado vigoroso, los efluvios comestibles de la seda, las vaharadas volcánicas de la plancha industrial y el olor mineral del lubricante se afilan y entremezclan hasta el aturdimiento. Los ventanales, sujetos a los marcos con cadenas, se abren para la ventilación hasta un ángulo de cuarenta y cinco grados. Pero en los días de calor azufrado, el amo permite que un obrero abandone momentáneamente la tarea y con la ayuda de una escalera de mano suelte las cristaleras y las deje colgando de las bisagras como inmensos bostezos, apoyadas en la pared alicatada con azulejos color verde moho. El fragor de los telares atruena, pero el cerebro y la costumbre trituran el ruido hasta convertirlo en una cadencia homogénea, monocorde, en un zumbido adormecedor, como un mar de fondo que rompiera en los farallones del litoral.

La señora Anita Claverol es la encargada del piso superior. Viuda, infatigable y generosa, Anita maneja la plancha industrial y supervisa las tareas de confección y acabado de la brigada femenina, compuesta en su mayoría por muchachas andaluzas y alguna procedente de la Castilla más pobre. La toponimia de los pueblos de origen se repite en una salmodia sorda: Alcalá de los Panaderos, Osuna, Los Santos de Maimona, El Arahál, Marchena, Zafarraya, Alhama de Granada, Cañete la Real, Puente Genil, El Puerto de Santa María, La Carolina, Lucena, San Juan de Aznalfarache,

Bollullos de la Mitación. La señora Anita, brazos poderosos y pies de sargento, esconde en la cazuela del sujetador un pañuelo pequeño, sus iniciales bordadas en una de las puntas, con el que se limpia los cristales de las gafas cuando se le empañan con el aliento animal de la plancha. Anita Claverol acepta de mal grado —se trata de exigencias del amo y siempre fue así— que el señor Aiguadé se inmiscuya en el trabajo de las muchachas, que baje el volumen del transistor a la hora del serial si está de mal talante y que mantenga la escalera metálica cubierta de serrín para evitar resbalones cuando sube y baja a su antojo con la colilla en la boca y arrastrando las botas de gamuza con los talones deformados. La señora Anita advierte las intenciones rijosas del encargado, pero finge no enterarse porque, después de todo, Agustín Aiguadé respeta su trabajo y los límites de su territorio. Pero, en cuanto el encargado regresa a los telares, la señora Anita lo maldice en voz baja, reprende con cariño a alguna chica y abrocha el ocasional botón procaz. Una de las favoritas del encargado es la repasadora Socorro Altuna, una malagueña lenguaraz.

—Señor Aiguadé, no sé por qué se empecina usted en que sigamos con este patrón de mangas. Esto ya no se lleva. Verá usted como al final habrá de darme la razón.

Socorro Altuna sobrepasa la treintena y tiene un rostro poco agraciado, pero es coqueta, graciosa y de senos abundantes. Ella se deja mirar sin azoro e incluso se sube la falda y el guardapolvo hasta más arriba de la rodilla cuando el señor Aiguadé se acerca a su mesa a revisar las piezas bajo la luz del flexo. Las compañeras suelen provocar a Socorro, una de las empleadas más veteranas de Confecciones Casals, cuando, a las siete de la mañana, la ven entrar en el taller encopetada, empinada sobre los tacones de aguja, la costura de las medias implacablemente vertical y el vestido cancan cimbreado al ritmo que imponen sus caderas.

—Adónde vas, Socorro, hija, ¿al Rigat?

—Al coño de tu madre voy. ¿Es que os creéis que yo vengo al taller como vosotras, disfrazadas de fregonas? Quia, estáis apañadas.

Juana Merchán trabaja como repasadora en la mesa de Socorro Altuna. De niña, en las tardes morosas de Puebla del Acebuche, bordando mantillas

de tul ilusión con hilo de seda para las hacendadas de Sevilla, sus dedos adquirieron elasticidad y se adiestraron en el manejo de la aguja. Sin embargo, Juana no se solaza en la labor: observa a las compañeras, pregunta, deshace las costuras y revisa una y otra vez las prendas acabadas del canasto en un obcecado afán por superarse, por aprender, por no quedarse atrás, por que el señor Aiguadé no le llame la atención y la eche a la calle. Cuatro de sus hermanas también han encontrado empleo en Confecciones Casals, y el señor Aiguadé no tiene mayor queja: si bien no destacan entre las obreras más productivas, las Merchán obedecen, son pulcras en el trabajo, se avienen a las horas extraordinarias cuando se presentan picos en la demanda y, sobre todo, son guapas. Isabel es cortadora; más decidida que Juana, no le tiembla el pulso cuando la tijera muerde el paño; Elvira, en la máquina remallosa; Consuelo, de cosedora; y Luz, de catorce años, como mandadera: encarga bocadillos para los muchachos del telar en la fonda de Marciala, barre hilos y borras con la escoba de brezo o rellena el botijo de arcilla en la fuente.

—Nena, acércate al estanco a por una faria. Y no te olvides el *càntir*.

Por las mañanas, Luz, con légañas en los ojos y todavía demasiado niña para presumir, carga en el trolebús con las fiambreras del almuerzo de sus hermanas.

—¿Llevas todas las *greiskellys*? Date prisa, Luz. Siempre llegamos tarde por tu culpa.

Una vez bajada la pendiente del suburbio, en la parada de la plaza, las Merchán ya no llaman a las tarteras por su nombre, sino *greiskellys*, como la princesa rubia, deslumbrante y de dientes perfectos, en cuyo interior de aluminio las horas reblandecen el lomo empanado y frito la noche anterior. Marciala recalienta las fiambreras en el bar por el consumo de una gaseosa, aunque las más de las veces no hay dinero suficiente y las hermanas Merchán beben buchets del botijo de arcilla y mastican la carne fría y revenida sobre un papel manila colocado con primor de mantel blanco en una esquina de la mesa de costura.

Desde finales de mayo, el día se dilata y la luz eléctrica no se prende en el taller hasta después de las ocho. Las golondrinas chillan y vuelan trazando

círculos en las cuadrículas de cielo púrpura entrevistas al otro lado de la tela metálica que cubre los ventanales. El señor Aiguadé anda concentrado en la avería de una máquina y no ha subido al segundo piso en toda la tarde. Sus reniegos cortan a hachazos el ronroneo del taller.

—¡Habéis roto la lanzadera, cabestros! *Aneu amb compte*. Ya os dije que el Durán Cañameras es un telar muy delicado. Hay que tocarlo como las tetas de una novia.

La señora Anita Claverol maneja la plancha industrial con los brazos desnudos hasta la axila. Resopla y calla. De vez en cuando, se seca la frente con el pañuelo que esconde entre los senos. Tras la nube densa de vapor, la encargada del segundo piso parece un herrero forjando hierro en la fragua.

—¡Qué manera de sudar! Esto no hay quien lo aguante.

Juana refuerza tiras de botones nacarados, mecida en el vaivén metálico de los telares y en los retazos de conversación que reptan entre las mesas.

—Me acompañó a casa y me dio un beso en el portal.

—Pues dicen que habrá baile con orquesta. Y las chicas entramos sin pagar.

—A mí me gusta cuando tocan ésa, la de Antonio Machín... «Por qué no han de saber *que te amo, vida mía*; por qué no he decirles *que fundes tu alma* con el alma mía; *qué importa si después* me ven llorando un día.»

—Ese chico me da mala espina. Es de los que te besan y, después, te dejan.

—¿Es que tú eres tonta? ¿No has visto la Sanglas que lleva?

La voz de Socorro Altuna arranca a Juana del ensimismamiento.

—Y tú, ¿adónde irás de verbena? Juana, chiquilla, que es contigo... ¿Eres sorda o estás dormida?

—Perdona, Socorro, es que andaba con la cabeza en otro sitio.

—Siempre estás en Babia, rica... Te decía que si tienes claro qué harás por San Juan.

—Pues la verdad, todavía no lo sé.

Las voces de las compañeras se alejan, regresan, aletean alrededor, crecen y se elevan hasta los fluorescentes del techo aún apagados. Siempre en otro lugar, en la luna, con el pensamiento ausente, como en las tardes de

escuela en que la voz nasal de doña Amalia percutía en el envigado del techo.

—Niñas, recordadlo siempre: falda, balcón y soldado se escriben con ele.

Juana rememora qué hizo la verbena anterior. Ella y su hermana Isabel hacía tres meses que habían llegado a Barcelona, y pasaron la noche de San Juan en la playa de Casa Antúnez.

Sol bajo de tarde. La luz roja envuelve las figuras que se mueven en el paisaje de grisura y sal. Un grupo de chiquillos amontona tablones, trapos y muebles viejos para quemarlos en la hoguera en cuanto la oscuridad engulla el mar y las sombras. Juana está sentada junto a su hermana Isabel, ambas con bañadores prestados. El salitre les dibuja trazos blancos sobre la piel húmeda de las piernas. Sabor amargo de cerveza y aceitunas. Junto a las muchachas, Manuel Merchán y dos amigos, los tres vestidos con la ropa del andamio, están arrodillados sobre los guijarros de la orilla. Merchán, el cordobés Lucas Naranjo y Antonio, un marmolista malagueño del barrio de El Perchel, llevan sobre las cabezas sendos feces de cartón rojo, con medias lunas plateadas, sujetos a la barbilla con cordones elásticos. La esfera anaranjada del sol se hunde en el horizonte, y toda la tristeza del atardecer se concentra en los farolillos de papel que adornan las puertas de las barracas. Con el fez de verbena, Manuel Merchán alza los brazos al cielo como si implorase a Alá. El padre sonríe con dientes blancos y parejos. Raquítrico, pequeño, el rostro requemado, el bajo de los pantalones irremediablemente corto.

—Cántate algo, Merchán.

—«El limón con la canela, *rebujaíto con el jazmín, así me huelen tus carnes* cuando tú te arrimas a mí.»

Juana piensa en las mañanas de los domingos, mañanas todavía nuevas, en el cuerpo endeble del padre, agotado de andamio, de acumular esfuerzo sobre esfuerzo. El torso soleado y las pantorrillas pálidas entrevistas en el patinillo, detrás del tendedero, donde gotean sábanas y bragas hechas con retales de algodón sisados en el taller, bragas que llevan impresas cifras de

color azul desvaído, los números de referencia que identifican las piezas al final de las bobinas de tela. Juana proyecta la compasión en las dos piernas blancas del padre, flacas y fatigadas de recorrer trochas.

—Niña, escúchame bien. Esta vida es como es, como siempre ha sido, y hay que torearla según viene. Siempre hacia delante, niña, hacia adelante, aunque tengas que azuzar al caballo con espuelas de papel.

No; Juana no ha decidido todavía dónde pasará la verbena de San Juan, la noche mágica en que el fuego devora el invierno entre una neblina picante de pólvora y pavesas amarillas que ascienden al cielo anticipando la alegría carnal del verano. Juana sabe, sin embargo, que su mente y su anhelo estarán junto al hombre de los ojos de lluvia, junto al eco de una voz que acaricia sus tímpanos con palabras nuevas. Juana imagina al relojero en la noche más corta del año: solo en el piso de la calle Baños Nuevos, con el gato *Proudhon*, el comedor atestado de libros, las muletas apoyadas en la cómoda. Liberto Pech maldecirá la noche de bochorno, la muchedumbre ruidosa y el estruendo de los petardos. Se empapará en Gandesa la molleja blanda del alma e invocará en silencio un nombre de cinco letras.

—Juana.

El señor Aiguadé agarra el extremo de la cadena y tañe la campanilla anunciando el fin de la jornada. El estallido de latón afloja los cuerpos y ralentiza los movimientos de las obreras. Bostezos, estiramientos, prisas.

—¿Merchánas, os venís hasta la parada del trole? —Socorro Altuna dobla el guardapolvo azul y lo introduce en el bolso.

Juana busca entre el revoloteo de mujeres la mirada de su hermana Isabel. Se entienden sin necesidad de hablar.

—No, nosotras volvemos a casa andando.

Una franja morada subraya la línea del horizonte cuando las hermanas Merchán se encaminan hacia el suburbio con las fiambreras vacías y los ojos escocidos. Rara vez conversan cuando regresan al barrio a pie para ahorrarse el billete del trolebús. Juana aprieta las yemas de los dedos doloridas contra el pulpejo de la mano. En las anochecidas de verano, resulta incluso agradable la caminata de regreso para desentumecer el

cuerpo, respirar un poco de aire y aliviar en la distancia la vista quemada por la costura. Las muchachas aprietan instintivamente el paso en cuanto los edificios ralean y el paisaje se transforma en ladrillo desnudo, hierbajos y vías de tren oxidadas. En invierno, recorren la distancia en menos tiempo, azuzadas por el viento húmedo y la desolación oscura del descampado. Los zapatos hollan el barro que no ven. La claridad fantasmal de la luna apenas alumbró el camino que avanza entre tapias fabriles, verjas y árboles raquíticos. A veces, se oye el lamento de un mochuelo, los ojos hipnóticos y amarillos, entre los postes del tendido eléctrico.

Cuando las muchachas remontan la costanilla y llegan a la casa, el cordobés ya se ha acostado. Su mujer, la Solé, lava los platos de la cena en un lebrillo, y Manuel Merchán, de espaldas a la puerta de la calle, canturrea y monda patatas. Una jornada más. Juana acaricia ya el momento de estirarse sobre la cama compartida. Estirarse y dormir. El descanso es el único momento propio, de intimidad. Entregarse al sueño y dormir, dormir, dormir.

15

La única tez pálida entre los presos a bordo del *Cabo Carvoeiro* era quizá la del librero de viejo de la plaza Arguelles, con la salvedad de un maestro y un joven miope.

—Ése es opositor o pasante de abogado, muchacho. Te apuesto media ración de pan.

El maestro de escuela había llegado enfermo al barco, y le inyectaban morfina diluida en aceite alcanforado para acallarle los quejidos y estimularle el ritmo cardíaco. Era un hombre entrado en años y apenas le quedaban fuerzas para mantenerse en pie, y mucho menos para descender la pasarela del buque, hacinarse en el camión y soportar el horror de un trayecto intuido al degolladero. Los militares que custodiaban el buque-prisión, andado en el muelle carbonero, no sabían qué hacer con él. Una noche, mientras los reos se afanaban en el empeño inútil de conciliar el sueño, el librero oyó un rumor de botas rápidas. Apagó de prisa la lámpara de mecha, la escondió bajo el jergón donde reposaba su compañero Manuel Merchán y fingió que estaba dormido. Dos centinelas descendieron a la bodega con carburos y arrastrando las varas de una camilla. Poco después, se escucharon voces que provenían de cubierta y el eco de un disparo sordo, a quemarropa. Al librero —los ojos muy abiertos en la barriga lúgubre del carguero— también le pareció oír una melodía silbada abajo, en la dársena, e imaginó al Perro aguardando la carga del camión con las manos en los bolsillos del guardapolvo.

Celestino Alquézar tenía el rostro lechoso y terso, a resguardo del esfuerzo físico y la intemperie en la trastienda de la librería, entre anaqueles cubiertos de polvo, volúmenes silenciosos y un crepitar de hojas pasadas en el linimento de la quietud. Parecía un espectro —ingrávido, el cráneo y las cejas afeitadas— en aquel pudridero de harapos y piltrafas de carne arrestadas en los barrios populares y en los pueblos de la provincia de Sevilla. Los médicos, concejales, catedráticos, los militares afectos a la República, los presos con calcetines y sombrero temblaban en la comisaría del cine Jáuregui, en los sótanos de plaza de España o en el cabaret Variedades.

Mientras permanecieron juntos en la cárcel flotante, Celestino y Manuel Merchán fueron inseparables. En la reducida movilidad del buque, el joven jornalero le seguía a todas partes, como un cachorro asustado en medio de un temporal de cellisca. Para aventar el miedo y empujar la rueda de las horas en su penoso transcurso, el librero y Merchán se entretenían adivinando el oficio de los demás reos delatado en la piel atezada del rostro, las manos fuertes, el tatuaje marinero, una callosidad en el hombro o la nuca quemada en las recolecciones. Jugaban, charlaban y se hacían confidencias en el destino común de la muerte, —Cántame algo, muchacho.

—No me pida eso, Celestino. No me sale la voz de la garganta.

—Canta; así dejarás de pensar. Si es sólo por pasar el rato. Anda, cántame esa que huele a limpio; la del limón y la canela.

El librero limitaba el uso de las gafas a las tareas indispensables porque temía que un golpe, un descuido, un resbalón fortuito le privaran del placer semiclandestino de la lectura. Cuando el veinte de julio lo arrestaron en la librería de viejo de la plaza Argüelles, Celestino Alquézar, sin perder la calma, como si lo hubiera estado esperando, cogió un ejemplar intacto del Antiguo Testamento junto a la pila de volúmenes desventrados; quería llevarlo consigo. Desconcertados, los falangistas no pudieron negarse. Ya en el barco de la muerte, la desconfianza y el temor de enojar a los guardianes le aconsejaron desencuadernar el libro y repartir las hojas sueltas entre los bolsillos, el jergón, sus zapatos y las alpargatas de cáñamo de su compañero Merchán.

El librero también se colocaba las gafas para despiojar la cabeza del jornalero Merchán. Peinaba el cabello del joven, apelmazado de polvo y suciedad, con tacto exquisito, y cuando tropezaba con una liendre la aplastaba entre las uñas de los pulgares hasta que la oía crujir.

—Éste ya no irá de bautizo, muchacho.

Ambos compartían por turnos una colchoneta y un cepillo de dientes hecho con un lapicero escamoteado a los centinelas y un jirón de camisa, se fumaban el último tabaco que la madre del librero le había hecho llegar un miércoles de reparto, y hacían juntos la cola del almuerzo.

—¡Me está mirando, muchacho! Hay un gusano en mi plato de lentejas que me está mirando.

Merchán acompañaba al librero incluso cuando iba a orinar en el bidón instalado en la sentina del barco y que los mismos reos vaciaban al anochecer arrojando el contenido por la borda. El jornalero Merchán, huérfano de padre y madre, sin hermanos, con sólo el afecto de una madrina que ignoraba adónde se lo habían llevado tras su detención, se encariñó con aquel hombre tranquilo, de modales y voz suaves, que buscaba la alegría a topetazos y que intentaba enseñarle a leer.

—Ya le dije que soy muy torpe. Déjelo estar. Total, para qué...

--No te enfurruñes, tozudo, y prueba otra vez. Si es sólo por pasar el rato. Despacio. Escucha y tú repites luego. Estamos leyendo un versículo del Eclesiastés; atiende: «Los vivos saben que han de morir, empero los muertos no saben nada y no hay para ellos recompensa y su memoria ha sido dada al olvido».

La muerte, su presencia invisible y pegajosa, se confundía con la asfixia de la canícula y el vaivén tenue, apenas perceptible, del barco anclado en las aguas aceitosas del Guadalquivir. Las mentes, agotadas de tensar la cuerda del miedo, incapaces de resistir la presión, dejaban de pensar en la certeza de la muerte a fuerza de masticarla.

El tiempo de Merchán y el librero transcurría entre lecturas torpes, pitillos a medias liados en papel de biblia y el continuo fluir de los rumores. Entre los reos del buque-prisión se había difundido la supuesta noticia de que Saturnino Barneto, el líder comunista de los obreros portuarios,

condenado a muerte ya en mayo del treinta y seis, había logrado huir de la Sevilla sublevada con rumbo a Gijón escondido en un carguero. El tráfico de murmuraciones de boca en boca a bordo del *Cabo Carvoeiro* mantenía viva la esperanza de que el encierro fuera al fin un malentendido, una pesadilla pasajera, un embuste. Repetidas hasta el límite, las habladurías y las invenciones adquirirían el peso rotundo de la verdad.

—Van a soltar a los padres de familia.

—A los de menos de veinte años no los fusilan.

—Dicen que Queipo y el capitán Díaz Criado perdonan la vida a los que se alisten voluntarios al Tercio.

La luz del librero se fue consumiendo a medida que se sucedían noches insomnes, jornadas interminables de hambre y calor húmedo y listas de nombres pronunciados al filo de la madrugada con la argucia de un traslado a otro penal. En sus últimos días, Celestino se encerró en un silencio blindado.

—¿Leemos un rato?

—Hoy no tengo ganas, hijo. Este reuma me está matando.

—Ya.

—Quizá, mañana.

—Celestino... A lo mejor, tenemos suerte.

—Esto se avinagra, muchacho. Olemos a muerto; ya lo dice el Perro cuando limpia el remolque del camión en la dársena.

16

El lunes de julio bordea el mediodía. El ángelus suena en la radio del comercio después del diario hablado, cuando Liberto Pech cruza el dintel acristalado de la bodega Torne y el escaparate en el que se arraciman botellas de licor ordenadas por colores en los anaqueles. La luz se derrama triturada en polvo sobre las losas de la calle y los helechos que cuelgan de los balcones.

—*Bon dia, mestre.*

El relojero responde al saludo con una leve inclinación de cabeza. Toe, toe, toe. Le precede un sonido hueco sobre el suelo hormigonado. La contera que remata la muleta derecha es una prolongación de sí mismo, un tentáculo coriáceo que olfatea el terreno antes de hollarlo y que avanza por delante del cuerpo en el interior húmedo de la bodega, entre las dos hileras de barriles marcados con tiza sobre las cicatrices de roña. Diez minutos atrás, el relojero se ha fijado en un objeto minúsculo que centelleaba entre los adoquines de Vía Layetana: una tuerca. La muleta, una trompa dura de insecto, ha husmeado el hexágono de metal y lo ha arrojado a la calzada de un golpe seco, casi con repulsión.

—Qué, ¿de dar un paseo?

Liberto Pech detesta el ceremonial en que lo atrapa el dueño de la bodega, pero acepta un juego que viene repitiéndose todos los lunes, de todas las semanas, de todos los meses, de los últimos dos años. Años de corcho y silencio. Y cada vez, Liberto Pech se sorprende a sí mismo

perpetuando el ritual de palabras acomodaticias.

—Pasé por el mercado... Mire qué hermosura de caballa; parece que la acaben de pescar —en el periódico que envuelve el pescado, sobresale, perlada de escamas, una fotografía del ministro Girón de Velasco y el Caudillo, vestido de almirante, que estrecha la mano de un obrero en traje de domingo.

El dueño de la bodega sabe de dónde viene el relojero y, sin embargo, pregunta, asume y adorna la conversación artificiosa. A su vez, el relojero sabe que el dueño de la bodega sabe. Ambos chapotean en la aguaza de los sobrentendidos, pero ninguno se atreve a romper el parapeto de cristal que los separa. Fingen los dos. El bodeguero, porque respeta —cierto temor relumbra en el fondo— al cliente mutilado que reposta vino los lunes hacia el mediodía. Liberto Pech, porque intuye —en su interior subyace una mezcla de soberbia y cansancio— que está hablando con una persona sin malicia. Todos los lunes, cuando desciende las escaleras empinadas del inmueble con movimientos estudiados de muletas y tronco, Liberto Pech deja la garrafa en la bodega y la recoge llena de tinto de Gadesa al regreso.

—Hoy apretará el calor... Hasta el lunes que viene, Llibert.

El relojero engancha el asa de la garrafa con tres dedos de la mano derecha y encabalga el pulgar y el índice sobre el travesaño de la muleta. En seis zancadas, se planta frente al número cinco de la calle Baños Nuevos. Antes de meter la llave en la cerradura del portalón, observa la calle recalentada de orines por donde acaba de desandar sus pasos desde la comisaría de Vía Layetana.

Ochocientos cincuenta y tres pasos marcados despacio, con la cadencia remisa de un cojo que arrastra una pierna de madera con la ayuda de dos muletas encastradas bajo los sobacos. El relojero ha contado los pasos en infinidad de ocasiones, y no siempre le coinciden los cálculos. Incluso, ha desglosado el trayecto —cada lunes lo repite— en tramos cuyo número de zancadas y detalles mínimos durante el recorrido —un cristal roto, el rótulo de la barbería, un geranio en el balcón— podría recordar con los ojos cerrados, de forma automática, aunque se alejara hasta el último confín del planeta. A cada piedra del itinerario corresponde un número determinado

de trancos. Desde el fragmento de la muralla romana, en la calle del Obispo, hasta el centro de la plaza desangelada, distan ciento sesenta pasos. Desde el centro de la plaza hasta el cruce de San Severo con Bajada de Santa Eulalia, ciento tres. Desde el codo angosto de esas dos calles hasta la gárgola que se abre las fauces con las garras para vomitar su espanto sobre la ciudad rendida, dieciocho. El relojero suma los pasos todos los lunes, día en que acude a la comisaría de Vía Layetana para estampar su rúbrica de indeseable sobre un papel oficial. Coteja los cálculos por el simple gusto de hacerlo, sin finalidad. El número resultante depende del cansancio que sienta al regreso, del estado de ánimo y sobre todo de los repartidores que puedan entorpecerle el camino con sus carretillas. El relojero estima que la cantidad exacta de pasos desde la comisaría de Vía Layetana hasta su domicilio en Baños Nuevos debe de rondar entre los ochocientos cincuenta y tres —la cifra más veces repetida— y los novecientos trece —máxima cantidad aparecida en las sumas.

La obsesión numérica narcotiza. Es un ejercicio de gimnasia mental que azoga el entendimiento. Los lunes, Liberto Pech Solans, de profesión maestro relojero, huido al sur de Francia en enero de mil novecientos treinta y nueve, capturado en Madrid en julio de mil novecientos cuarenta, trasladado a la cárcel Modelo de Barcelona, procesado por un tribunal militar y condenado a veinte años y un día de prisión mayor por rebelión y desafección al Régimen, acude a la comisaría de Vía Layetana para firmar sobre un papel que acota su libertad vigilada en tinta azul. La humillación ya no escuece, pero el aire de la ciudad disemina ceniza que le obliga a bajar la vista y buscar tuercas entre las rendijas del empedrado.

El relojero acude a la cita semanal arrastrando la pierna falsa, complacido de sentirse diferente, señalado, una alimaña negra, un apestado que apaga con vino de Gandesa los últimos rescoldos del sufrimiento. El relojero gusta de alimentar la imagen de loco iluminado y huraño, de buen conocedor del oficio —es quien cobra las composturas más baratas en el barrio—, de hombre solitario que en las tardes de verano fuma en el balcón con los codos apoyados sobre el óxido de la barandilla y el muñón cínico al aire.

—Aquí se te gangrenará la pierna entera. ¿Lo entiendes, Liberto? ¿Eres capaz de entenderlo?

La herida de metralla en la pierna del relojero, reabierta por el esfuerzo de atravesar a pie los pasos del Pirineo desde Figueras con la nieve hasta las ingles, está infectada. El pus dibuja espirales sobre la carne malva. Liberto Pech revienta las ampollas y se lava las llagas con agua de mar. Se muerde los labios.

El hueso astillado responde a los colmillos de la sierra con la obediencia de la cera. El punzón del dolor abrasa el centro de la médula hasta que el dolor deja de ser dolor y se transforma en delirio.

—Puede que fuera una amputación innecesaria, no te lo discuto, pero no me quedaba otro remedio. ¿Qué querías que hiciera? La infección lo habría devorado.

Desde que el relojero fue excarcelado, hace ya dos años, no es preciso que despegue los labios cada vez que acude a comisaría. Liberto Pech sabe a qué puerta tiene que llamar. Los policías no le preguntan nada; ni siquiera le miran a los ojos. Una figuración morbosa y recurrente atraviesa su imaginación siempre que baja las escaleras hacia el sótano: toparse con la mirada torva del hombre que lo torturó.

—¿Liberto? Y qué leches de nombre es ése... ¿Habéis oído? Le pusieron Liberto a este pedazo de mierda coja. Y de apellido, Peos. Peos pestosos como cuescos de vieja. Te vamos a cortar la pierna buena para que te arrastres como una babosa, como lo que eres.

Cuando finaliza el trámite y firma sobre el papel, Liberto Pech emerge a la luz salina, de Vía Layetana. De regreso a casa, realiza invariablemente el mismo trayecto, con un rodeo por las callejuelas del Barrio Gótico hasta el número cinco de Baños Nuevos porque esa costumbre le encalma el espíritu. Deja el flanco de la catedral a sus espaldas y tuerce por Montjuïc del Obispo. La callejuela angosta conduce hasta la plaza de San Felipe Neri, una burbuja de quietud escondida en el corazón medieval de la ciudad.

Veinte años después de la derrota, todavía hay escombros arrumbados contra las escasas paredes que permanecieron en pie tras el bombardeo.

Mordeduras de metralla sarpullen la fachada de la iglesia, donde un corazón de piedra arde bajo el rosetón y la escultura del santo. Los muros desmoronados que circundan la plaza muestran aún trazas de vida disecada: pintura verde en la pared del tercer piso, la huella de un crucifijo, restos de azulejos blancos de lo que fue una cocina humilde. Salvo alguna anciana devota de San Felipe Neri, son pocas las personas que se aventuran en el paisaje desolado. No hay tabernas, ni comercios, ni casas, ni voces en la plaza. Sólo habita la sombra de la destrucción. Al relojero, sin embargo, el espectáculo de la desolación no se le antoja triste. Liberto Pech apoya la espalda contra la farola que se yergue en el centro del solar, sobre lo que fuera hace varios siglos un cementerio judío, y saborea el sosiego. Hay algo en la contemplación de la ruina que se confunde con su alma: roto, cansado, con la pierna seccionada y la hiel del desengaño en la lengua, el relojero se sostiene todavía en pie, como las paredes melladas que resisten y hunden sus raíces sobre los muertos.

Fue el penúltimo día de enero del año treinta y ocho. No habrían dado todavía las once de la mañana cuando el Jünker alemán arrojó la bomba sobre la plaza de San Felipe Neri. Al oír el aullido de las sirenas, la gente había corrido a refugiarse en el interior de la iglesia. La onda expansiva arrancó de cuajo los goznes del portalón y lo estampó contra el presbiterio. Un silencio terrible sobrevino a la explosión. Veinte niños quedaron sepultados bajo las casas desplomadas, y, entre los adultos, encontraron el cuerpo blanco de Emilia.

Emilia Saumell era enfermera y trabajaba en el Hospital Militar, en la calle Valldonzella. Liberto la conoció durante el verano del treinta y seis, en uno de esos restaurantes populares donde almorzaban los milicianos con vales que emitían la CNT o los sindicatos. Emilia y Liberto coincidían a menudo en la cola frente al nacionalizado café Atlantic, donde el menú era invariablemente el mismo todos los días, si bien el ingenio se esforzaba por disfrazar el rancho en el cartel pegado al cristal.

Lunes: arroz con lentejas.

Martes: moros y cristianos.

Miércoles: arroz con pechinas y pimientos rojos.

Jueves: arroz mariano.

Viernes: *barreja de llegums*.

El relojero la vio sentada en la mesa de al lado. Lo dijo en voz alta, para que ella le oyera entre el griterío: —¡Qué alegría, Quimet! No me digas que hoy tenemos legumbre.

Y ella le sonrió con todos los dientes.

Le mandaron aviso con un chiquillo del barrio que llegó sin resuello al almacén del cuartel de Atarazanas. Se había lastimado la espinilla con los pedales de la bicicleta; sangraba. Las heridas en caliente no duelen.

—*L'Emilia és morta!, l'Emilia és morta! Diuen que vagis al dipòsit.*

Liberto Pech amó con desesperación aquel cuerpo tan blanco, la carne nivea que trituró la metralla, los brazos despedazados, el cabello rojo achicharrado, gris de cemento, la hermosura de aquellos dientes quebrada por el azar. Hubo otros despertares, otras camas, otros aromas, pero el relojero se prometió no volver a sentir jamás el desgarró de la pérdida.

Si la felicidad existe, es este mediodía de verano. La luz penetra sesgada en el comedor a través del balcón abierto. El aroma del ajo y el perejil sofritos impregna la estancia. El calor pegajoso de julio recubre los movimientos del relojero con un barniz de lentitud y apartamiento, mientras el ritmo distante de un pasodoble se encumbra desde la calle hacia los canalones del tejado. El relojero paladea el sabor astilloso de la caballa, los sorbos de tinto y los susurros del gato *Proudhon* lamiendo la raspa del pescado bajo la silla.

La felicidad es la última sopa de pan mojada en el aceite que abrillanta el plato. Liberto Pech se limpia los dedos y los labios en una punta del mantel y sale al balcón a fumar con un libro, como le enseñó su padre.

—Nano, el ocio es cosa de ricos.

La ciudad se adormece a esa hora vaga entre el almuerzo y el regreso al trabajo. Ni un alma cruza la calle asoleada. El dueño de la bodega mantiene entreabierta la puerta del establecimiento por si, mientras come en la trastienda, aparece algún rezagado. Liberto coloca un periódico sobre los

excrementos de paloma que ensucian el taburete del balcón. Cuando no espera clientes, el relojero deja la pierna ortopédica colgada del arnés de cuero en el cabecero de la cama.

—Este tiene tres patas, Juana, las mismas que yo.

Acomoda el muñón entre los barrotes de forja, apoya la cabeza en el muro de la fachada y cierra los ojos. El relojero se concentra en buscar una palabra que defina ese dolor dúctil asentado a la altura del pecho, un dolor manso, una brecha diminuta entre el estupor y la plenitud de estar vivo, un orificio que se ensancha y se contrae con el fuelle de la respiración. El agujero es un viejo amigo que nunca tuvo nombre.

—Juana.

El escozor sin nombre sólo se aplaca observando el movimiento seguro de las nubes, de las hilachas fugaces que surcan el fragmento de cielo azul delimitado por los aleros de los tejados.

—Juana.

El perfil moreno de Juana y el de Emilia no coinciden en nada salvo en el brillo ingenuo que destella en el filo de los ojos, en el tono de la piel, quizás en la feminidad asustada. Tras la muerte de Emilia Saumell, el relojero partió hacia el frente del Ebro. Un mortero le destrozó la pierna cerca de Fraga.

Ya nada puede lastimar al hombre con la pierna cercenada que lee sentado en el balcón. Ya no cabe más sal sobre la memoria en carne viva. Nada puede lacerar su alma. Ni la soledad que lo envuelve, ni la traición, ni la enfermedad más penosa y humillante, ni siquiera el zarpazo final de la muerte. Liberto Pech tiene poco más de cuarenta años y arrastra el peso de una osamenta de granito.

—No creo en nada. Nada espero.

No se esconde un ápice de amargura en su descreimiento. Quince años atrás, cuando la tortura convirtió su cuerpo en una palpitación, y después, mientras permaneció en la cárcel Modelo, creyó que lo más coherente habría sido pegarse un tiro en el cielo de la boca. Un solo disparo, bum, y abandonarse a la oscuridad. Pero ya no hay furia ni ansias de huir en quien no espera nada. El relojero es un cuerpo agotado que venera las trizas de su vida solitaria: la luz del amanecer desde la cama, el mercado del Borne con

sus pirámides de berzas y manzanas rojas, el vocerío doméstico, el trajín matutino de cajas y carretillas, el olor húmedo de los libros, del serrín en las tascas de la Barceloneta, la brisa entre los plátanos de la Rambla, la visión devastada y silenciosa de la plaza de San Felipe Neri, los insomnios de concentración absoluta en la mesa de trabajo.

Y en los últimos meses, una mirada limpia que no puede apartar de su pensamiento.

—Juana, no creo en nadie. Yo mismo me doy asco.

No sabría decir cómo la luz de esa niña irrumpió en su vida simple, delimitada por el vino de Gandesa, la disciplina del trabajo, los silencios de un gato terco y las visitas a comisaría. No sabría decir cómo empezó a esperar a la muchacha que apareció una tarde en su casa con dos lingotes de oro envueltos en papel de confitería, cuándo sintió por primera vez vértigo ante una mirada tan impudicamente limpia. Vértigo y miedo.

El relojero ama y desea a Juana en silencio. Callada, dulce, el desconcierto en los ojos grandes y almendrados. Y las manos, sobre todo las manos. Manos pequeñas, como las de Emilia. Le enternecieron las manos desproporcionadas con el resto del cuerpo. Manos pulidas, la uña del pulgar torcida y rebelde, manos con mordiscos blancos de sulfúman y costras de sangre en los nudillos.

El relojero y Juana se llevan más de veinte años.

La muchacha le escucha con devoción, como si descubriera el mundo a ciegas con las palabras desgastadas de un hereje. Los ojos negros de la muchacha le ven limpio, alto y puro porque la verdad y la belleza están en ella. El gesto comedido, ausente, casi asustado, los tobillos de junco verde y quebradizo, ese aroma de flores imposibles, olor de hembra, la curva insolente de los senos, la honda negrura de la mirada, el tacto áspero y a la vez tierno de las manos. Y esa bondad que sólo escucha, acepta y no pide nada. Inocencia sin mácula todavía.

—No creo en nadie, Juana. El ser humano es despreciable.

El ser humano es un despojo que en las noches de insomnio, cuando la vista se rinde al cansancio, acepta que la imagen de la muchacha percute en el vértice del deseo con la insistencia de un tábano. El relojero no puede

pensar en otra cosa y muerde la esquina del almohadón, lo aprieta contra las ingles —entre el muslo entero y el muñón—, se acaricia el sexo de animal lastimado y se golpea los testículos hasta hacerse daño.

—Juana.

No puede arrancársela del pensamiento. No tiene derecho a exigirle nada, debería arrojarla de su vida, expulsarla, no verla nunca más. Y, sin embargo, arma y desarma su perfil, reconstruye su olor improbable, de violetas amarillas, imagina su cuerpo desnudo contra el suyo.

No se atrevería siquiera a rozarla.

—Juana, es mejor que no nos veamos más.

Cuando piensa en ella, sucumbe a la devastación del cansancio. Le falta una pierna, es un indeseable represaliado, un impostor de su propia vida, un espectro que todavía respira. Taciturno, huraño, misántropo. Los otros quieren verle así.

—Sólo soy un cobarde, un derrotado.

Juana nunca sabrá cuánto la ama.

Las persianas del número cinco de la calle Baños Nuevos están corridas. El reflejo dorado de la tarde no entra en el comedor porque a Liberto Pech le molesta la luz natural cuando se sienta a trabajar con la visera y la lupa de orfebre en el ojo. La mujer que le suministra trabajo y pequeños encargos para que le haga alhajas nunca descubrirá el secreto del relojero. Salud Monterde no podrá darse cuenta de los hurtos porque desconoce el oficio.

—Madame Monterde, es un placer trabajar para damas de tanta alcurnia como usted.

Desde que empezó a trabajar para ella tras ser excarcelado, Liberto fue arrancando polvo de oro de cada encargo, una mota ínfima, gotas imperceptibles, apenas un suspiro, una migaja, luz triturada. Por el simple placer de robar a un ladrón, por si un día lo necesitaba para subsistir, sólo por si acaso. El relojero guarda las virutas de oro en el primer cajón de la mesa de trabajo, dentro de un tubo de ensayo, junto a la gema extraña que también le escamoteó.

—Esto no vale para nada, Salud. Corindón basto. Pero me vendrá bien

para tallar; es un cristal muy duro.

Un error de la naturaleza. Una gema con destellos que oscilan entre el naranja, el rosa púrpura y el amarillo. Un zafiro monstruoso con los mismos colores que el sol en el crepúsculo. *Padparadscha*. Flor de loto. Belleza en estado puro.

—Juana.

De súbito, suena el timbre de la calle.

—¿Quién será? No sé ni qué hora es.

El relojero cierra de golpe el cajón sin preocuparse por proteger la *padparadscha* con el retal de terciopelo negro. Se mesa el pelo, se incorpora e, intrigado, tironea de la soga que abre la puerta de la calle. Aboca el cuerpo por el hueco de la escalera mientras intenta escudriñar un perfil entre las sombras.

No ha alcanzado aún el segundo piso y ya la huele. La intuye. La oye resoplar en la gordura que apuntalan los zapatos de tacón.

—Caramba, la jefa. ¡Cuánto bueno por aquí!

A tres peldaños del rellano, Salud Monterde detiene el paso. Recobra el aliento y se concentra en mirar al relojero con todo el desprecio de sus ojos color guisante. Liberto la invita a pasar con una reverencia burlesca.

—¿Has cerrado bien? —los ojos de Salud relampaguean, miran a uno y otro lado.

La visita inoportuna se acomoda en una de las sillas del comedor y prende un Chéster. Observa la estancia, las paredes amarillas y desnudas de aderezos, los periódicos apilados en el suelo, el mosaico cuarteado. El relojero pasa la manga de la camisa por la superficie de la mesa con movimientos circulares y le acerca el cenicero. Echa una mirada de reojo al banco de trabajo por si ha dejado entreabierto el cajón de los secretos.

—¿Cuánto hace que no nos vemos, Salud? ¿Tres años, quizá?

—Y qué más da; a estas alturas ya sólo cuento muertos y billetes... ¡Ay, las varices! No puedo subir dos tramos de escalera. Nos hemos hecho viejos.

—Unas más que otros. Las mujeres como tú envejecéis mal.

—¿Y este recibimiento? Dónde aprendiste tanta galantería, ¿en la trena?

Sus carcajadas no le incomodan; si acaso, le provocan asco. Pero el

relojero se sobrepone; se muerde la lengua. Debe de tratarse de un asunto importante para que Madame se acerque hasta Baños Nuevos.

—¿Te pongo un vino?

—Bueno. Si no hay coñac, echa vino.

Sentados a la mesa frente a frente, se examinan con distancia y extrañeza. Evitan cruzar miradas, pero ambos buscan a tientas reproches y trazas del pasado en los gestos, en el timbre de la voz, en una arruga.

El relojero la recrea parapetada detrás de los milicianos que rompieron las lunas de la joyería a cantazos y golpes de culata. Era ella quien gritaba más alto. O se la oía más que a los otros.

—¡A la azotea, a la azotea! Tiradlo a la calle de cabeza.

—Qué te trae por aquí, Salud.

—¿Has cerrado bien la puerta?

—Sí, mujer. Pero ¿se puede saber qué pasa?

—Cierra. Haz el favor de echar la llave y el pestillo.

Salud Monterde se descruza el bolso, abre la cremallera y posa delicadamente una pistola, marca Llama Gabilondo y Cia., sobre la mesa.

—¿Estás loca? ¿Has subido a mi casa con eso?

—La llevo siempre. Salgo acompañada desde entonces.

El relojero se retrepa en la silla; se siente repentinamente incómodo. Salud Monterde se desabrocha el botón que le sujeta la falda, introduce una mano por la cinturilla y, de entre la ropa interior y la faja, extrae un objeto envuelto en tela brillante.

—Abrelo.

Bajo el retazo de tela adamascada, Liberto Pech descubre una gargantilla con lazo y tres péndolas jalonada de rubíes montados en oro fundido. El relojero traga saliva. Sin dejar de mirar la joya, musita: —¿Qué es esto?

—Ya lo estás viendo.

—Sí, lo estoy viendo y te pregunto en voz alta y clara: ¿te crees que soy un perista?

—Me da igual el nombre que te pongas. ¿Cuánto puedo sacar por esto?

—Salud Monterde bebe un trago largo. Parpadea—. Necesito el dinero, Pech.

—Parece mentira que después de tantos años... Esto no puede colocarse así en el mercado, es imposible. Y, encima, tiene pinta de antigua. ¿Quieres que nos enchironen a todos?

Salud Monterde resopla y aplasta la colilla en el cenicero. Una hebra de pelo negro se le ha desprendido de las horquillas que le sujetan el moño en la coronilla. Insiste.

—¿Cuánto?

El relojero se acaricia la mandíbula.

—Es imposible venderla así... Oye, dime una cosa: esto no estaba en el botín, ¿verdad? Esto nunca salió de la joyería.

—Está usted en lo cierto, camarada. El collar no salió de allí.

—¿Sabes dónde te estás metiendo, Salud? ¿Eres consciente?

—Ya estamos, salió el curita... ¡Tanta moral, tanta fe! ¿De qué te han servido?

—¡No podemos colocarla! ¿Es que no te das cuenta? Siempre fuiste prudente, Salud. Para correr el mínimo riesgo, habrá que aquilatar el oro, desguazar el collar, montar las piedras en sortijas, quizá algún brazalete, y salir del barrio, claro, de la ciudad incluso, y soltar lastre en Valencia y Madrid, y aun así... Además, trabajando solo puedo tardar meses. Más te digo, no quiero saber nada de este asunto; coge la gargantilla y llévatela. Fuera. No me interesa. No quiero saber nada.

—Huy, qué mal te sienta el vino. ¿Quieres que te diga una cosa, Pech?, ¿sí? Pues escucha: vives de esta mierda lo mismo que yo. No, lo tuyo es mucho más grave. Tú dependes de mí; yo, de la suerte.

—Te equivocas.

—No me hagas reír. ¡Si no tienes donde caerte muerto! ¿Qué intentas demostrarme con tus remilgos? Desmonta la joya y haz lo que tengas que hacer. Necesito el dinero.

—No pienso hacer nada.

Salud Monterde se mordisqueea un padraastro del pulgar. Observa los ojos hechizados de *Proudhon*, que parece escuchar la conversación desde encima de la cómoda. Prende otro pitillo.

—Mira, Pech, estoy muy cansada y para mí tampoco es fácil. ¿Qué es lo

que te pasa? ¿Qué quieres? ¿Más dinero?

—No.

—¿Entonces?

—Sabes que no debería exponerme tanto. Los demás estáis limpios...

—Perdona, pero somos Merche y yo las que pateamos la calle, las que damos la cara. Tú nunca sales de aquí.

—¡No seas ilusa! Saltaríamos todos, uno detrás de otro, como una ristra de ajos: tú, yo, tus hijas, el jodido pianista, el camarero, los cebos... ¿Es que no quieres darte, cuenta?

—Desmóntala. Haz tu trabajo, Pech, que yo haré el mío. ¿Me obligarás a decírtelo? ¿Sí? ¿Eso es lo que quieres, que te diga qué va a pasar? Pues bien: seguirás trabajando para mí porque no te queda otro remedio. No hay más tu tía.

liberto Pech apura el vaso de Gandesa y se limpia los labios con el envés de la mano. Se rasca la rodilla cercenada bajo la tela del pantalón. Respira hondo y fuerza una sonrisa. Dice: —Salud, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Vaya, hoy estás insoportable... Escupe.

—Después del asalto a la joyería de la Rambla, ¿dónde metiste el botín? ¿Cómo pudiste esconderlo durante tantos años?

Salud Monterde se recuesta en el respaldo de la silla. Se acaricia el vientre como si la voz le surgiese del estómago.

—¡Ha pasado ya tanto tiempo! Verás, mi marido y yo lo sacamos de Barcelona a la mañana siguiente del asalto, repartido entre el doble fondo de la maleta, las plantillas de los zapatos y el forro de mi gabardina —me pasé la noche en vela cosiendo—. Nos fuimos en el primer tren hasta La Seo de Urgel, y desde allí yo sola crucé a Andorra en coche de línea. Las piedras y los lingotes estuvieron metidos en una caja de seguridad hasta que los estalinistas se cepillaron a Andrés.

—Tu hombre nos engañó a todos como a lerdos. Se buscó que lo desmigaran a balazos.

—Dejé que pasaran seis meses y, luego, me traje el lote de vuelta a Barcelona. En tres viajes, por si acaso.

—¿Y cómo pudiste cruzar la frontera? Tres veces, nada menos. Si no me

equivoco, Lérída fue ocupada en la primavera del treinta y ocho.

—Digamos que no me fue difícil conseguir salvoconducto. Una esmeralda, un papel: eso es trueque seguro, y no te olvides de que Andrés había sido funcionario de aduanas. Nunca sospecharon de mí. Iba con la niña, con Merche, que entonces tenía cinco añitos, y ya sabes tú que soy una actriz de postín. Una vez en Barcelona, me las escondió Feliu en casa de su madre. No pude tocarlas en quince años.

—¿El pianista? ¿Ese inútil? ¡Y durante quince años! ¿Dónde?

--En el tiro de la chimenea.

Salud Monterde acaba de salir. La gargantilla yace sobre la mesa de trabajo envuelta en el sudario de tela morada. El relojero no se atreve a tocarla, a mirarla siquiera. Desde la cristalera del balcón, mira la calle por donde tantas veces ha desandado su derrota. Ojalá supiera llorar. Liberto Pech posa la mejilla sobre el frío del cristal y cierra los ojos.

—El ser humano es despreciable.

No puede contener la rabia, golpea el ventanal con el puño y lo rompe. Se ha lastimado la mano con la astilla de un cristal. Lame el sabor terroso de la sangre. Ojalá supiera llorar.

—Juana.

17

Entonces, en aquel verano tórrido del año treinta y seis, nadie llamaba Chachachica a la mujer menuda, de senos duros y todavía desafiantes, que guardaba cola frente al despacho del capitán Manuel Díaz Criado, recién nombrado delegado de Orden Público en Sevilla por el general Gonzalo Queipo de Llano.

—Tú, la siguiente. ¿Cómo te llamas?

—Juana Expósito.

—¿Y tu pariente? Dime el nombre de tu pariente.

—Manuel Merchán Vázquez... Es mi ahijado.

—Profesión.

—Jornalero.

—Fecha de nacimiento.

—El quince de septiembre me cumple los dieciocho años.

—Mujer, te estoy preguntando la fecha de nacimiento.

—Eche usted las cuentas, haga el favor.

—¿En qué cárcel está?

—Qué sé yo, señor. Vinieron a por él de madrugada y se lo llevaron en un camión sin decirme adónde.

—Espera en la sala con las otras; el capitán no ha llegado todavía.

—Ayer vine y me despacharon; anteayer, esperé y no me recibió. Por lo menos, díganme adónde se lo han llevado.

—Mujer, el capitán tiene muchos quehaceres y un montón así de

expedientes. Comprenderás que la situación es muy delicada en estos días, y deberías agradecer que se digne recibirte. Aguarda ahí dentro. Y cuando entres, cierra la puerta.

La sala de espera, ahogada en la penumbra de un verano atroz contenido tras los postigos, olía a viejo. Tan sólo un crucifijo rompía la desnudez de la estancia, sin más mobiliario que varios bancos de madera arrumbados contra las paredes. Adormecidas en la modorra sin aire, otras dos mujeres, ambas vestidas de negro, aguardaban la llegada del capitán; parecían madre e hija. A pesar del calor, la mayor llevaba un pañuelo negro anudado en la cabeza y medias con gruesos zurcidos. Apoyaba la sien sobre el hombro huesudo de la otra. La madre miró a Chachachica de arriba abajo con pupilas de llanto agotado. Se detuvo en las desolladuras de las rodillas, ya cerradas en costras, y después permaneció en los ojos. Ambas se estudiaron con la complicidad del miedo y la desesperación. Ninguna de las tres mujeres acometió el esfuerzo inútil de despegar los labios: todo estaba dicho entre aquellas cuatro paredes. Los pasos tras la puerta, el chirrido de un gozne, un susurro de papeles, los gritos de otras personas —hombres, siempre ancianos que desandaban resignados sus pasos de piedra— a quienes se denegaba el acceso al capitán, la posibilidad siquiera de inquirir por un pariente desaparecido, amortiguaban la espera mullida en el sopor, horas blandas y confusas, pensamientos que abrasaban con ansia de tizones.

—Traes los ojos llenos de espanto... ¿Qué habéis hecho? ¿Dónde habéis estado? ¿Y la saca?, ¿qué llevas en la saca?

—Abrela y mira.

—¡Por el Cristo del Paño! ¿Y para qué queremos nosotros dos un candelabro de plata? Dime, ¿para qué?

¿Qué habéis hecho? Nos estás buscando la ruina, Manuel.

La puerta corredera se abrió de repente. Apareció un hombre menudo en uniforme de cabo cuya delgadez subrayaba la dureza de su expresión. Llevaba un papel en la mano. Leyó.

—Teresa Martínez Picón.

La muchacha de los hombros huesudos se incorporó de un respingo.

—Servidora.

El cabo ladeó la cabeza indicándole a la joven que entrara en el despacho. La mujer de las medias zurcidas se levantó con la intención de seguirla. Renqueaba.

—¿Adónde va usted?

—Soy su madre.

—Espere afuera —el hombre hablaba sin mirarla.

—Pero...

—¡Le estoy diciendo que espere afuera, en la calle! ¿Es que está sorda? Y usted, la otra, márchese también. Ya no se atiende a nadie más.

Manuel Díaz Criado apareció por el despacho a eso de las cinco de la tarde. Había cruzado deprisa las calles que el pánico mantenía desiertas hilando sombras de toldos y acacias para esquivar la luz vertical de agosto. Subió las escaleras con la cabeza gacha, sin prestar atención a los uniformes que se le cuadraban al paso. Su secretario, el cabo José Carrascosa Gil, le reconoció enseguida la mueca de hastío en el perfil e, incómodo, se retrajo y arrugó la cuartilla en la que había anotado las incidencias en la delegación de Orden Público desde primera hora de la mañana.

El capitán se desabrochó la guerrera con parsimonia, acariciando la botonadura, y la colgó de la única percha que pendía en la barra del armario ropero. Palpó las cachas de la pistola antes de colocar las cinchas de cuero en el respaldo de la silla. Se enjugó el cogote con la palma de la mano. Sudaba.

Cerró los cuarterones de la ventana henchidos de claridad, prendió la lámpara del escritorio y se encandiló mirando con fijeza el filamento de tungsteno. Le costaba concentrarse; el ciempiés de la resaca le emborronaba los renglones. Apartó a un lado de la mesa el cartapacio negro con los expedientes y las listas de cadáveres recogidos en las últimas horas. Díaz Criado había aprendido a convivir con un dolor de cabeza cuchillero que sólo atenuaba su saña dos horas después del despertar y hacia el segundo trago. Sacó el vaso con surcos de pringue y la botella que escondía en el último cajón. Le subió una basca ácida y nocturna a la garganta.

Apuró el primer vaso de aguardiente con los párpados entornados. Miró

al suelo con las pupilas saturadas de luz. El embaldosado blanco y negro del despacho se le multiplicaba en la pared encalada con los colores invertidos. El capitán sólo hallaba los azulejos blancos del suelo cuando recreaba los juegos de cama con alguna de sus amigas. Rellenó el vaso de aguardiente; la quemazón parecía aplacarle la ansiedad. Tenía un estilete clavado en la gusanera del cerebro: los padres del Corazón de María se habían quejado al general Gonzalo Queipo de Llano de los métodos represivos del delegado de Orden Público en Sevilla y del asesinato de tanto inocente.

—¡Necios embaucados por la canalla marxista! Imbéciles... Puesto en el tobogán, lo mismo me da firmar diez sentencias de muerte que trescientas.

Díaz Criado recorría la estancia —baldosa negra, baldosa negra, baldosa negra— maldiciendo la osadía de los religiosos, y la vista se le nublaba de odio. Pero era otra la imagen —baldosa blanca, baldosa blanca, baldosa blanca— que lo desmadejaba: Aurora la Charrasca —los pezones sonrosados y rebeldes, esas caderas, el olor indeleble de su vagina impregnado entre los dedos— tampoco había aparecido la noche anterior por el tablado La Sacristía.

—Aurora, so puta, zorra... Quieres arruinarme la vida.

Díaz Criado apretó el timbre con furia. Su asistente se cuadró aun cuando lo encontró de espaldas al entrar en el despacho.

—A sus órdenes, mi capitán.

—¿Cuánta gente hay esperando fuera?

—Sólo dejé pasar a cuatro mujeres, señor. Ejem...

Le sacaba de quicio la tosecilla nerviosa del cabo. Se mordió la punta de la lengua para no gritarle.

—¿Qué pasa?

—Ejem... Señor, verá, resulta que una de ellas lleva varios días viniendo. Pregunta por un ahijado suyo arrestado desde hace una semana. Ha venido andando desde Puebla del Acebuche.

—¿Andando?

—Eso dice, señor. Tiene los pies destrozados.

—¿Es acaso pariente tuya?

—No, no, señor. Yo no...

—Me arde la cabeza, Pepe. Es como si tuviera un cuervo picoteándome los sesos... Hazla pasar, pero dentro de un rato. En una media hora. Voy a echar una cabezada.

La antesala estaba vedada a los varones. Díaz Criado se había hecho instalar una mirilla en la puerta corredera que separaba su oficina de la sala de espera, pero siempre que observaba a través del agujero sólo acertaba a intuir bultos sin atributos, siluetas difusas en la penumbra. El licor le pesaba en las pestañas.

El asistente descorrió la puerta despacio e hizo pasar a Chachachica.

Le temblaban las piernas mientras avanzaba en el aire de algodón. Cuando entró en el despacho, encontró al capitán despatarrado en el sillón fraileroy los faldones de la camisa por fuera del pantalón caqui. Díaz Criado miraba al vacío. Chachachica —el rostro quemado por la rebusca en los labrantíos, los ojos extrañamente celestes, el pelo negro recogido en un rodete— permaneció de pie alternando el peso del cuerpo sobre cada pierna. Le dolían las corvas. Estaba descalza sobre el embaldosado del despacho, con las manos en la espalda que sostenían unas alpargatas con las suelas de cáñamo raídas; quería mostrar los pies llagados para incitar la compasión del capitán. No se atrevía a respirar. La liebre del corazón le palpitaba en la boca.

Díaz Criado habló cuando la tarde se fundía en vetas cárdenas y los chillidos de las golondrinas amenguaban tras los listones de la persiana. Tenía la voz ronca de vino y noche.

—¿Cómo te llamas, mujer?

—Juana Expósito, para servirle a usted y a Dios.

—¿Estás casada?

—No. No, señor; nunca lo estuve.

—¿Y eres virgen? Quiero decir si has conocido hombre.

—A uno solo, en paz descanse. Era el padre de mi ahijado, señor.

—Ya, un solo hombre... ¿No serás tú una de esas revolucionarias que predicán el amor libre, verdad? Ven aquí, mujer, acércate. Tráeme la petaca y el mechero de pesca; están sobre el escritorio.

Los ojos negros del capitán, duros como élitros de cucaracha, la

inspeccionaban con la insistencia fría de un forense. Chachachica se agachó y posó delicadamente las alpargatas sobre el suelo. Temía importunar, hacerse visible, provocar siquiera un ruido desagradable. Díaz Criado pellizcó unas hebras de tabaco y se entretuvo despalillándolas en la palma de la mano. De vez en cuando, levantaba la vista.

—Así que tu ahijado es inocente y no tiene las manos manchadas de sangre.

El despacho apestaba a aliento de moriles.

—Quítate el vestido y déjame verte los pechos. No tengas miedo; aquí no entra nadie sin mi permiso.

Chachachica obedeció. Se despojó de la combinación y la bata de percal, que dejó en el suelo, junto a las alpargatas. No podía mirar al hombre que, sentado en el sillón, chasqueaba la lengua en el paladar cada vez que sorbía aguardiente.

—Aunque huelas a caballeriza, tienes un cuerpo hermoso. Sí, un cuerpo de hembra sana y fuerte, para ser fecundado. ¿Y cómo dices que se llama tu ahijado?

—Manuel Merchán Vázquez, señor. Aún no me ha cumplido los dieciocho años... Él no hizo nada, señor. Es un pobre infeliz. Tenga piedad. Haga usted lo que quiera conmigo, pero a él perdónele la vida.

—Ninguno de ellos hizo nada, claro... Nunca hacen nada. Todos son inocentes.

Chachachica dejó la vista suspendida en el vacío. Desnuda en la austeridad de aquel despacho, no sentía vergüenza ante la mirada que holicaba en su carne, sino escalofríos, un sobrecogimiento que sólo acertó a precisar cuando vio de reojo cómo la lengua movediza ensalivaba el papel de liar: asco. Asco, desde la punta de los pies lastimados hasta la raíz del cabello.

—Señor, esto que usted ve es sólo una nuez huera.

La carcajada la asustó. El eco de las palabras articuladas se le heló en la boca, y creyó entonces que las fuerzas iban a abandonarla y que se desplomaría sobre las baldosas del suelo.

—Mira qué cosas dice la putilla roja... ¡Una nuez huera! ¡Lo que tengo yo

que oír! ¿Quién te enseñó a hablar así, eh?

El capitán se incorporó, se acercó al escritorio y se sirvió medio vaso de aguardiente. Reía. Lo vació de un trago.

—Una nuez huera... ¿Quieres que te la descascarille? A ti no te ha hecho gozar un hombre en la vida. Ven aquí, acércate, que vas a aprender la lección entera en un día.

Chachachica no se movió del azulejo blanco que pisaban sus pies descalzos. El cuerpo no le pertenecía.

—¡He dicho que vengas! ¡Y de rodillas! ¿Es que no hablo claro?

Obedeció. El pánico le impedía llorar. Ya no le ardían los pies ni las rodillas desolladas. Se acercó penosamente al hombre que la esperaba con los pantalones en los tobillos y las nalgas apoyadas en el borde del escritorio.

—Métetela en la boca. Despacio.

Contuvo las arcadas y cerró los ojos. Intentó no pensar en nada, dejar la mente en blanco y someterse.

Lo recordaría durante años: el sexo del capitán olía a paloduz y al amoniaco rebajado con que la Gavilana le hacía fregar el suelo del burdel. No pudo llorar. Estaba seca.

Los dedos gruesos del capitán le recorrían el cuero cabelludo, la piel del escote, los hombros, los senos. El hombre insistía en pellizcarle los pezones; le hacía daño.

—¿Es que no te gusta, zorra?

El pene permanecía flácido, muerto, borracho, ajeno al reclamo del deseo. El capitán agarró a la mujer por los cabellos y la empujó a un lado con brusquedad.

—Vístete.

Díaz Criado se remetiÓ los faldones de la camisa en el pantalón. Repostó aguardiente y escondió la botella en el último cajón del escritorio. Abrió la ventana del despacho. Oprimió el timbre. El cabo se cuadró de nuevo con un taconazo; no se atrevió a mirar a la mujer que se estaba abrochando la bata de percal con el moño deshecho.

—Llévatela de aquí, José. Averigua dónde está su ahijado y haz que lo

suelten. Que le den las señas del Pabellón del Uruguay y que se aliste voluntario al Tercio. Y despacha a todo el mundo. Hoy no quiero ver a nadie más.

18

PENSIÓN RUBIO —CAMAS

El letrero —fondo ocre, letras rojas pintadas con plantilla— se avista nada más doblar la esquina y embocar la calle de los Arcos; pende del balcón del entresuelo sujeto a los barrotes con cadenas roídas de cardenillo. Liberto Pech avanza despacio con las almohadillas de las muletas hundidas en las axilas. La camisa impoluta, la cojera más pronunciada que nunca, la mano vendada.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. Se atrancó el balcón de casa, y al intentar abrirlo, rompí el cristal y me corté.

—Qué mala pata... Perdona, no quise decir eso.

Juana le sigue dos pasos por detrás, encogida, temerosa; el calor se obstina en pegarle la falda a los muslos. Bochorro de agosto en la ciudad.

El portón de la fonda está entreabierto. La contera de la muleta derecha husmea la penumbra del vestíbulo antes de que el cuerpo del relojero lo atraviese. Al traspasar el umbral, Juana, con la cabeza gacha, se acoraza contra las escasas miradas que transitan por la calle en la hora incierta del domingo. Detrás del mostrador, un hombre calvo, la carnadura mustia y blanduzca, lee una novela de pistoleros. El vello entrecano del pecho asoma sudoroso por la boca de la camiseta.

—¿Tienen habitaciones? —la voz del relojero suena débil.

El hombre del mostrador asiente con la cabeza y, por encima de la

montura de las gafas, escruta a la extraña pareja. Él, delgado pero de complexión fuerte y con una pierna de madera —mutilado de guerra y de la cáscara amarga, supone, porque no lleva condecoraciones en la solapa—. Ella parece tímida. Es hermosa y muy joven. Deben de llevarse bastantes años.

—¿Van a quedarse toda la noche?

—No, no. Un par de horas quizás —Liberto se moja los labios resecos con la punta de la lengua. Tiene sed.

—Sabrá usted que aquí los señores clientes pagan a tocateja —el tono de la voz suena intencionadamente grosero—. ¡Hortensia, Hortensia! Sal, que hay faena.

Liberto rebusca en la billetera, mientras el posadero se entretiene escudriñando a la muchacha que le acompaña y que clava los ojos en las punteras agujereadas de sus zapatos. Es guapa. La blancura de la blusa le realza el brillo de la piel. Las carnes prietas, la boca jugosa, las uñas cortas y sin esmalte. Parece azorada, y por la forma en que cruza los brazos sobre la boca del estómago, el hombre del mostrador juraría que no es una golfa de la calle. Es joven; seguro que no ha cumplido todavía los veintiún años. Al hombre del mostrador le traen sin cuidado la muchacha y el cojo que le extiende con torpeza los billetes arrugados sobre el tablero. Desde que las autoridades cerraron los burdeles, el dueño de la pensión no exige la documentación a los dientes. Calla, otorga y sube las tarifas.

La mujer que responde al nombre de Hortensia aparece tras la puerta acristalada chancleteando de forma ruidosa y abrochándose las últimas presillas de una bata de algodón. Juana, con la vista fija en el suelo, repara en la piel agrietada de los talones. El cabello, aplastado en la coronilla, deja ver las raíces desteñidas. Parece que la mujer se haya levantado de la siesta.

—Es la seis, Hortensia. Sólo van a estar dos horas —el hombre del mostrador le tiende una llave unida a un cartón mugriento por una argolla.

A Juana le desagradan la elasticidad de los minutos y la mirada del hombre del mostrador, que revolotea de las pantorrillas sin medias hasta el nacimiento del cabello, recogido en un moño alto. Querría salir corriendo, pero la vergüenza la paraliza. El relojero también parece incómodo. Desde

que han entrado en la pensión, Liberto no ha mirado a Juana una sola vez.

La mujer que responde al nombre de Hortensia aparece de nuevo arrastrando los pies y con un rebujo de sábanas sucias entre la tripa y los brazos carnosos. Juana las imagina todavía calientes, manchadas con fluidos de cuerpos anónimos.

—Les he dejado la colcha doblada en la silla porque hace calor. En el respaldo tienen un par de toallas limpias. Es la número seis, al final del pasillo. Y no se atranquen por dentro con la llave, que la cerradura no anda muy fina. Si es menester, usen el pestillo —la mujer habla con lentitud; su mirada no trasluce siquiera curiosidad. El hombre del mostrador vuelve a sentarse y reanuda la lectura.

La habitación huele a cerrado y a leche agria. Un Cristo crucificado y una lámina con una niña pastora —el cuerpo apoyado en un báculo, el pecho infantil al aire entre el rebaño de ovejas— presiden el cabecero metálico de la cama, que ocupa la mayor parte del espacio. El lecho, cubierto por sábanas amarillas de lejía, no disimula su función ni su severidad. Una quemadura de pitillo adorna el embozo: las incontables lavadas no han desdibujado aún la orla de chamusco. Mesita de noche, pila y espejo. El tabique de la izquierda comunica con el cuarto contiguo, a través del cual se oyen jadeos apagados, una risa femenina y el quejido de un somier. En la pared maestra de la derecha, se abre una ventana vertical, oculta tras una cortina tupida, que aboca a un patio interior. Luz parda de entresuelo y lamento de tuberías.

Juana se sienta en el filo de la cama, de espaldas al relojero, con las manos quemadas sobre el regazo. Los pies no alcanzan el suelo. Se siente sucia y miserable, rodeada de una pobreza que tizna. La pátina acostumbrada de la escasez.

Liberto Pech se ha acomodado en la única silla de la habitación. Se ha quitado el zapato. Enciende un pitillo. Apoya la cabeza en el hueco de las manos con los codos hincados en los muslos y la mirada incrustada en el dedo gordo del pie.

—¿Por qué me traes a un lugar como éste?

La frase acuchilla el cerco de silencio. Juana no recibe respuesta. Del otro lado de la pared, se oyen voces y un rumor de agua. La brasa del cigarro tiñe de naranja la tez y los surcos verticales que enmarcan la boca del relojero. El aire se extingue. El calor de agosto afila el deseo.

—Perdóname. Si tú quieres, nos vamos ahora mismo. Yo no pretendía humillarte, nada más lejos de mi intención. Pero en Baños Nuevos...

—El hombre del mostrador me miraba como si yo fuera una mujer de la vida.

—Juana, no quería que te sintieras incómoda. Tú sabes que mi casa está siempre abierta, que allí tengo el taller y que los vecinos del barrio llegan sin avisar con un reloj, una soldadura, cualquier sandez.

—¿También en domingo?

—Sí, a veces también vienen en domingo —el relojero baja la voz. El tono acusa un leve deje de pérdida.

La tarde caliente huele a rancio, a melancolía, a voz amordazada. Un váter desagua en las cañerías del patio interior, detrás de la cortina.

—Juana, escúchame; me gustaría hacerme entender. No habría podido soportar el recuerdo de tu cuerpo en mi casa, entre mis cosas. Tú no eres para mí, y sé que desaparecerás de mi vida tarde o temprano. Yo no te merezco.

—Cuando me hablas así, no te comprendo. No entiendo.

—¿Qué puedo ofrecerte yo?, dime. No tengo nada. Nada. ¿Para qué dejaste tu pueblo en el sur?, dime. ¿A qué viniste a Barcelona? ¿A cambiar una existencia miserable por otra peor? No tiene sentido, Juana. Sabes que me mantengo con cuatro remiendos de la Monterde y que no puedo aspirar a un trabajo porque no me lo dan, Juana, no me lo dan. Soy un indeseable con la pierna rebanada. No tiene sentido, y además, criatura, te llevo veinte años.

—Si me quisieras de verdad, no me hablarías así.

—¿Cómo puedes decirme eso? Sí, claro... Debe de ser la edad. Dentro de unos años, comprenderás. Eres demasiado niña todavía.

El enjambre de palabras agujonea el bochorno.

Liberto se incorpora con un lamento de maderas. Toe, toe, toe. Juana, de

espaldas, tensa el espinazo y aprieta las quijadas. El tacto tembloroso del relojero —las yemas de los dedos vacilantes— le acaricia las sienes. La sangre joven brinca yugular abajo. Juana no puede abrir los ojos. Las manos elásticas le acarician el rostro y lo estrechan contra la camisa blanca, a la altura del pecho. Juana aspira el incienso de tabaco y masaje Floïd. Huele a vainilla, a vermut de grifo, a sol de otoño. Los dedos estremecidos desabrochan la abotonadura de la blusa blanca. Lo hacen despacio, inseguros.

La huella de los cuerpos dignifica las sábanas gastadas. Juana no ha abierto los ojos todavía; no puede. Con los párpados pegados, para no ver, Juana se quita las bragas hechas con un retal sisado en la fábrica, con la referencia de la pieza tintada sobre la tela de algodón. Las oculta en el puño. El calor de agosto coagula la sangre en las palmas del Cristo que la observa abajo, en la cama.

—Juana, sube al palomar y ponte un trapo ahí abajo. Y se acabaron los juegos con los muchachos en la alameda. ¿Me estás oyendo?

Juana aprieta los párpados y se arranca espirales fosforescentes de las pupilas. Querría arañar el tiempo, embalsamarlo, detenerlo en el atardecer del domingo.

—Niñas, mirarse el cuerpo desnudo es pecado. Los domingos, cuando me lavo para ir a misa, no me enjabono los pechos.

La pierna de madera cuelga del arnés de cuero en un barroto del cabecero. Liberto mira el techo. Su cuerpo es una estaca; apenas se atreve a rozar la carne joven que lo abraza. El agujero sin nombre se ensancha con el fuelle de la respiración.

—No tengo derecho. No puedo exigirle nada.

El agujero abierto en el plexo solar —ese viejo amigo— palpita. La muchacha que está tendida a su lado, pegada contra su piel, jamás sabrá cuánto la ama.

—Sólo soy un cobarde, un derrotado.

Nunca podrá comprenderlo.

La niña se ovilla contra su cuerpo mutilado. Piel contra piel. El deseo tiene el tacto frágil de las alas de una mariposa. Ninguno de los dos quiere

herirse los dedos con los cristales rajados del vértigo, del momento irrepetible, de lo que se escapa, de lo que jamás volverá a ser.

Las manos de Juana descienden lentas por el cuerpo del relojero, dejándose llevar por el instinto. Juana se aferra a la pierna incompleta y la abraza contra sus senos desnudos. La lengua lame caliente las cicatrices del muñón. Los dientes mordisquean la carne granate. Las lágrimas confortan la rodilla talada.

Nadie hurgó nunca en esa intimidad. Nadie, salvo los colmillos de la sierra.

19

Las aguas del Guadalquivir, sucias de noche y brea, golpeaban sincopadas el casco del buque, fondeado en el muelle del carbón, cuando el aullido de la sirena desgarró la asfixia en las entrañas del *Cabo Carvoeiro* con la nitidez de un mal presagio. Sobresaltado, el librero de la plaza Arguelles — quizás el único cuerpo insomne en la bodega del barco— se ensalivó las yemas del índice y el pulgar, apagó la mecha de la lámpara de aceite y se metió en el bolsillo la hoja del Antiguo Testamento que estaba leyendo. No llegó a esconder la lata debajo de la colchoneta, sobre la que Merchán dormitaba desnudo. El último resplandor de la llama le plasmó en la retina el cuerpo en escorzo de su compañero; el hambre le amolaba las vértebras del espinazo. Celestino se recogió las rodillas en el pecho: era la primera vez que los reos de la cárcel flotante oían el quejido de la sirena.

Dentro de la barriga del barco se desataron susurros y un rumor creciente de extremidades agitándose en la oscuridad. Cuando les hubieron liberado las muñecas, la voz de mando atronó a través del megáfono: —¡A cubierta, todos a cubierta! Deprisa.

Los prisioneros se ataban las alpargatas a tientas. Los reos dormían desnudos para aplacar el bochorno, y, antes de tenderse, se hacían una almohada con los harapos en aquella atmósfera irrespirable de carne hacinada, mugre y terror.

—Moved el culo. Deprisa.

Los centinelas recorrieron la bodega, la sentina, la sala de máquinas y el

último rincón del *Cabo Carvoeiro* alumbrando sus pasos con luces de carburo y provistos de fustas y porras con las que golpeaban las cuadernas y el forro del buque para apremiar a los reos. El retumbo se propagaba con un estrépito funesto de atabales. Los prisioneros remisos recibían culatazos en el costillar y las nalgas.

—Ya están todos arriba, señor. Hemos registrado el casco de cabo a rabo.

Los reos se amontonaban en la cubierta del buque-prisión nuca contra nariz. Los había descalzos, con el torso desnudo o en calzoncillos y jirones de camiseta. Celestino y el joven Merchán se habían parapetado en las filas traseras, cerca de la amura de babor, desde donde no podían distinguir el rostro de la voz que rompió el aire.

—Todos aquellos cuyos nombres diga salid de la fila y bajad al muelle por la pasarela. Y no tratéis de esconderos.

Las palabras quebraron la noche de ahogo. Un leve pestañeo, una gota de sudor, un crujir de muelas, el desdoble de un papel custodiado en el bolsillo de la guerrera, todos los sonidos cristalizaban en la espera. En un destello de lucidez, Celestino se arrancó el reloj de pulsera de la muñeca, lo arrojó al piso y aplastó la esfera con el tacón del zapato. Se agachó a recogerlo con disimulo. Las manillas, detenidas a las cuatro y media de la madrugada, le quemaban en la palma de la mano.

La voz estentórea comenzó a leer:

—Hernández Luque, Francisco. Veintidós años. Estibador.

—Millán Cuesta, José. Treinta y siete años. Contable.

—Martínez Prieto, Agustín. Cuarenta años. Jornalero.

—Vega Carmona, Juan de Dios. Cincuenta y tres años. Jornalero.

—Contreras Contreras, Antonio. Treinta y cuatro años. Fresador.

—Álvarez Durán, Aquilino. Veinticinco años. Tornero.

Los cuerpos avanzaban hacia la escalerilla con las pupilas dilatadas de pánico, algunos con la portañuela húmeda de orines. Tan sólo los murmullos que se desgranaban entre la multitud convencían de que el horror era cierto.

—Aguirre Mohedano, Luis. Treinta y nueve años. Jornalero.

—Quero Alcántara, Andrés. Cuarenta y dos años. Obrero del corcho.

—Alquézar Atienza, Celestino. Cincuenta y cuatro años. librero.

Al oír su nombre, Celestino asió la mano de Merchán y le colocó el reloj roto en la palma.

—Dáselo a mi madre; así sabrá que estoy muerto. Lo llevaba mi padre. Haz por encontrarla. Acuérdate: la librería de viejo de la plaza Argüelles, enfrente de los juzgados. Pregunta en el barrio por la madre del librero. Rosano, se llama Rosario; acuérdate. Te deseo toda la suerte del mundo. Adiós, muchacho.

¿Qué pasa ahí detrás? Aligera.

Manuel Merchán nunca olvidaría la última mirada del librero, congelada a las cuatro y media de una madrugada de agosto.

—Ubeda Alcázar, Francisco. Cuarenta y tres años. Esquilador.

—Acedo Pedrosa, Damián. Cincuenta años. Obrero de la fundición.

Mientras, abajo, en la dársena, el Perro tapizaba el piso del remolque con doble capa de aserrín.

20

El expreso Barcelona-Sevilla permaneció detenido cerca de dos horas en Alcázar de San Juan para ajustar el eje de las ruedas a la entrevía. La noche inmensa al otro lado de la ventanilla, silencio, quietud dentro del vagón suspendido en mitad de la nada y perfiles quebrados por una luz violeta de matadero. Afuera, matojos y voces absorbidas por el campo abierto y el haz madreperla de un solo reflector. Alcázar de San Juan. Nombres de estaciones imposibles.

—A mí, el final de la guerra me cogió en Almadén, provincia de Ciudad Real.

El padre repetía la retahila de topónimos desconocidos para acallar los sollozos de la niña Juana en el bochorno del mediodía, mientras la madre arrastraba la panza y asperjaba agua de un lebrillo para aplacar la ardentía que cuarteaba las losetas del patio. La acidez de los estómagos vacíos. El padre enumeraba las estaciones del repliegue, una por una, desde Almadén hasta Sevilla capital. El salmo despistaba los picotazos del hambre. De Almadén a Sevilla, todas las estaciones del repliegue, una por una. Esquinas de un mapa inventado.

—Haz por dormirte, mi niña. A ver, repite conmigo: Almadenejos, Los Pedroches, Belalcázar, Cabeza de Buey, empalme de Almorchón, Zújar, La Granjuela.

Veintisiete horas de viaje desde Barcelona. La puerta del váter aventaba tufaradas agrias desde el extremo del pasillo. Tizne de carbonilla en los

pómulos. Cante y un zumbido de abejorro encerrados en la carcasa de un transistor a pilas. La impasible rigidez del banco, ronquidos superficiales de hombres boca arriba, fardos acostados en la repisa de malla, el dinero en un talego de sarga anudado al tirante del sostén. La conversación fragmentaria y previsible.

—¿Se apea usted en Sevilla? Nosotros, también. Somos de Cazalla de la Sierra. Venimos de ver a mi hijo el mayor, que vive en Sabadell.

El tren entró en la estación con una hora de retraso sobre el horario previsto. Juana bajó a rastras la maleta, se sacudió la falda y echó a andar sobre el andén liberándose del aire enranciado del vagón.

La cuña de queso, envuelta en la mortaja de papel marrón, exuda dentro del bolso, y ha manchado el telegrama con lamparones de grasa. El telegrama escueto y cortante, un pañuelo de cabeza negro para el luto, el queso que ha sobrado del fatigoso viaje, la navaja con que el padre degüella albóndigas a pie de andamio, un cantero de pan y dos onzas de chocolate harinoso, del que se adhiere al cielo del paladar. La maleta de cartón —color café con leche con refuerzos acanelados en los cantos— va en el portaequipajes del coche de línea junto a otros bultos y una jaula con un gallo de plumaje cobrizo y añil. Dentro de la maleta, la falda de paño gris avinagrada de kilómetros, la blusa blanca arrugada, dos mudas de ropa interior, una rebeca y una pastilla de jabón Maderas de Oriente para obsequiar a Dolores Iruela. La viuda del carpintero se hizo cargo del entierro.

El telegrama llegó al día siguiente de que las mariposas de aceite lo hubieran presagiado con un chisporroteo aciago. El cartero —Juana lo imagina repechando la cuesta del suburbio a golpe de pedal, sin resuello, las perneras del pantalón sujetas con pinzas de madera— se lo entregó a la mujer del cordobés. No había nadie más en la casa. Soledad Naranjo firmó con un aspa en el margen inferior del resguardo. La Solé se enjugó las manos en un pico del delantal —estaba fregando los platos de la cena cuando Juana y sus hermanas regresaron del taller— y se lo extendió.

—El cartero lo trajo esta mañana. Era temprano. Aún no habríais llegado a la parada del trole cuando el hombre llamó a la puerta.

Juana sintió un latigazo frío en la espalda al mirar de soslayo el remite: Puebla del Acebuche, Sevilla. El pulgar húmedo y jabonoso de la Solé quedó marcado en el papel.

«Chachachica murió anoche. De repente. Mañana entierro. Abrazos. Lola Iruela.»

Las mariposas lo presintieron. La Solé había colocado el tazón de loza — agua, aceite y cinco lamparillas dispuestas para la Noche de Difuntos— en el alféizar de la ventana. Una para el alma del abuelo Curro, destripado con unas tijeras de esquilar; otra para la madre, fallecida tras el parto del pequeño José; y tres para los muertos de los cordobeses. Cinco mariposas de aceite en la casa húmeda del arrabal. Juana estaba sola en la cocina, poniéndose el camisón a oscuras, cuando las candelillas comenzaron a crujir, a escupir chispas de estearina ardiente, a temblar con el corazón azul reventado, a bailar una danza crepitante de almas en pena agitándose desde la otra orilla de la muerte. Juana comprendió. El telegrama llegó al día siguiente.

—Chacha, me gustaría estar a tu lado para cerrarte los ojos. Quiero ser yo. ¿Me mandarás una señal?

—Te la mandaré.

—¿Y cómo sabré que eres tú?

—Lo sabrás, niña, lo sabrás.

El tiempo no existe. El presente se dilata desde el asiento recalentado del coche de línea hasta la mañana de primavera en que Juana y su hermana Isabel salieron del pueblo con el corazón pequeño, la inocencia intacta y el porvenir en la maleta de cantos color canela, la misma que ahora viaja en la baca atada con un ramal. El tiempo es elástico, y el instante del reencuentro con el pasado se prolonga hasta el infinito en la recta de la carretera. Falta poco para llegar a Puebla del Acebuche.

Juana apoya la cabeza en el cristal de la ventanilla. Las gafas de sol tiñen de irrealidad el paisaje que desfila ante su mirada. Fémures de tierra descarnada, jarales secos y silueteados por un halo de apatía, leves ondulaciones de labrantíos rastrojados, la vastedad de la campiña, girasoles descorazonados. La distancia y el murmullo letárgico del motor atemperan

el cansancio y el recuerdo de un aroma que la aguijonea al compás de los socavones: esencia de tabaco, loción Floïd, cuero y vainilla, la memoria de un olor absoluto pegado a la piel, obstinado en permanecer, una fragancia acusadora que la acompaña en el último trolebús de regreso al extrarradio, encogida en el asiento, como ahora, con las miradas intrusas de los pasajeros husmeando detrás de sus orejas, en el olor a hombre claveteado en la nuca y las palmas de las manos.

Tras los encuentros furtivos en la pensión de la calle de los Arcos, Juana remonta la costanilla del suburbio con la noche del domingo encima. Los ojos de Isabel suelen escrutarla como luciérnagas en la oscuridad de la habitación.

—¿Del Montecarlo vienes? Pues sí que es larga la sesión. ¿Y qué película habéis visto?

La voz cansada del padre desde la cama, desde el otro lado de la cortina que divide el cuarto.

—Yá está bien, ya está bien... ¿Es que no se podrá dormir en esta casa?

Entre la carne tibia de dos hermanas, Juana se reconcentra en sí misma y abraza el aroma del hombre de los ojos de lluvia para que no se escape, para que nadie lo perciba. Se levanta al alba, antes de que el cordobés golpee el cristal de la tronera con el capuchón de la estilográfica —dos veces, siempre dos—, y se arranca el aroma con agua helada y estropajo en la tina del patinillo. La mujer de la pensión lía las sábanas sucias en un rebujo que oprime contra su tripa. Sábanas amarillas de lejía, del mismo color que matiza la campiña. El aire tibio que entra por la ventanilla acaricia las articulaciones apergaminadas por el viaje. Falta poco para llegar a Puebla del Acebuche.

El coche de línea se detiene a las afueras del pueblo, en un recodo de la carretera, junto al cartel con el yugo y las flechas y el horario de misas. La luz de noviembre unta de ámbar las tapias encaladas del cementerio.

—Mi padre dice que Merchán es un cobarde.

—Pues el tuyo se va a morir. Chachachica dice que el carpintero tiene la tisis y que por eso escupe sangre en el orinal.

Los botones de las malvas se desflecaban dentro de la tripa como las almas de los muertos.

—Saben igual que el pan de higo.

—Tú no has probado el pan de higo en tu vida, boba. Yo les llamo panecillos.

Juana permanece inmóvil en la curva de la carretera, con la maleta a sus pies, cercada por la nube de polvo que levanta el autobús alejándose entre la sinuosidad plateada de los olivares que copulan en silencio con la raya del horizonte. Sola junto a las tapias del cementerio, donde la carne de la chacha —las manos de hombre entrelazadas sobre el vientre— se pudre envuelta en la bata de percal.

Suenan las campanadas de las cinco en la torre de la iglesia. Las chumberas y las pitas, embalsamadas por años de polvo y resol, perseveran en silencio en el mismo lugar donde las dejó. Juana camina sobre la tierra caliza del paseo de la Alameda, todavía desierto, y concentra la angustia y las fuerzas que le restan en el asa de la maleta, cuyo borde inferior le golpea la pantorrilla mientras avanza. Sale a recibirla la imagen de un hueso de melocotón enterrado en ese mismo paseo, el recuerdo de la niña que escarbó la tierra con las uñas y soñó con un árbol magnífico, un melocotonero que sería suyo en secreto y que permanecería tímido entre los álamos para darle sombra, cobijo y fruta en verano. Todo sigue en su sitio, inmóvil y sedado.

El suelo hollado husmea a la muchacha, le raspa los talones y la rechaza: pies y tierra ya no se reconocen. El paisaje de la memoria intacto y a la vez ajeno. Juana observa a su alrededor los retazos de vida encharcada que ya no le pertenecen. El mercado de abastos cerrado hasta la mañana siguiente con las cajas de madera apiladas junto al murete. Un anciano, tocado con un sombrero de ala ancha, contempla el transcurrir de la tarde con la mirada indiferente de un reptil. El aire disemina el perfume sedoso de tilos. Los toldos blancos del casino corridos hasta la partida de las seis. Las oleazas de la aceituna molida impregnan las esquinas, el silencio cuajado, los caserones señoriales con el blasón carcomido de abandono.

Dos mujeres asomadas a un balcón escudriñan a la forastera con la

soberbia de quien sí tiene un lugar en el mundo. Juana cree oír un susurro a sus espaldas.

Parece la mayor de los Merchanes. Sí, mujer, los que vivían en la córrala de la calle Alpechín. Habrá venido a vaciar la casa.

El estómago se contrae al doblar la esquina. La cancela abierta, como siempre; como entonces. Juana deja la maleta en el suelo. Todo permanece igual y todo ha cambiado: el polvo se acumula sobre las losetas rojas del patio que solían brillar de almagre, el culantrillo duerme plantado en ollas desventradas, el cobertizo del pozo, la parra que asombraba el lavadero ahora talada, la carpintería de Matías Iruela convertida en almacén de grano, las sábanas sudadas oreándose en la barandilla de la galería volada, un viso negro y calcetines zurcidos en el alambre, ruidos antiguos y extraños. Cesa el martilleo en el taller del zapatero remendón. Setefo —las manos empercudidas de betún, la cabeza bovina ya calva— se acerca a Juana arrastrando el mandilón de cuero. El mismo mandil de entonces.

—Juana, hija, te acompaño en el sentimiento.

—Gracias —el beso del remendón le deja una huella de saliva en las mejillas. Juana no se atreve a limpiarse.

—¿Vienes sola? ¿Y tu padre?

—Anda fuera de Barcelona, en la costa, trabajando en una obra. No pudimos avisarle. Mis hermanas ya se lo habrán dicho, supongo. Es que en la fábrica sólo me dieron permiso a mí. Todas nos hemos colocado en el mismo taller. El encargado dijo que lo sentía mucho, pero que no podía dejarnos marchar a las seis porque, claro, quién iba a sacarle la faena de encima. Allí son muy serios con el trabajo... Y la parra, ¡qué lástima! ¿Por qué la habéis cortado?

—Cogió pulgón y hubo que aserrarla.

El abrazo mullido de Dolores Iruela huele a laurel. Juana cierra los ojos a las manos de arenisca que le acarician las mejillas.

—No llores, niña, no llores. La pobrecilla ni cuenta se dio de que se iba de este mundo. Regó las macetas del patio y se sentó ahí con la cara mustia; dijo que tenía el estómago revuelto. Se conoce que, por la noche, se levantó a orinar y a dar de cuerpo. Al otro día me extrañó no oírla, ya sabes tú que

era la primera en levantarse, la primera de toda la vida. Así que entré en la casa y me la encontré acostada en la cama, con su bata de percal, dormida como un ángel. No le dio tiempo de desvestirse siquiera —la viuda del carpintero se enjuga las lágrimas con el puño de la bata—. Chiquilla, y aquella mata de pelo tan linda, ¿te la has cortado? ¡Qué cambiada estás! No pareces la misma.

—Así es más cómodo. Salimos para la fábrica antes que el sol.

—Qué cambiada estás, muchacha. ¡Si te viera mi Andrea! Con lo que llegabais a pelear de chiquillas y el aprecio que te tiene ahora. Me pregunta siempre por ti. Pronto hará un año que se me fue a Madrid, cómo pasa el tiempo. La caso por mayo, ¿sabes? Con un maestro; parece buen muchacho... Juana, esto es para ti. Total, para qué iba a enterrarla con ellos. Así tendrás un recuerdo.

Los pendientes de azabache tiemblan en la mano cicatrizada de salfúmán que los recibe. Los zarcillos se columpiaban en las orejas elefantinas cuando Chachachica movía la cabeza segura y sentenciosa.

—Niña, esta vida es como es y hay que torearla según viene.

—Juana, no me llores más, ea... ¿Y esas manos?

—Nada, me quemé. Un despiste.

—Vaya por Dios... Cuando descanses y te sosiegues deberías entrar en la casa a recoger su ropa y los avíos de la cocina. ¿Has pensado ya qué harás con los trastos? Te lo digo porque anteayer vino un mandadero de la propietaria, que ya tiene gente para colocar en la habitación de abajo y en el palomar. A ver si pudiéramos mandarle aviso esta misma noche.

La casa de la niñez la acoge en silencio, incapaz de reconocer a la mujer que se rebusca a sí misma entre los rincones, en la cocina expoliada de voces y aromas. El tazón de la manteca sigue sobre la mesa. Las sartenes duermen tras la cortinilla que tapa los estantes bajos de la alacena.

—Madre, yo quería una falda. Azul y con lunares.

Las escaleras que suben al palomar todavía relucen de cepillo y arena. El jergón yace en el suelo cubierto con las sábanas de arpillera, cuyo abrazo raspaba la piel de las piernas. TRINITARIO FLORES, PESCADO Y MARISCOS FRESCOS, PUNTA UMBRÍA, HUELVA.

El tiempo disecado en los objetos, en los papeles que custodiaban deseos ocultos en las grietas, en la cómoda con las medias de lana de Chachachica y los paños para el menstuo. En el último cajón, la caja olvidada: la bala intacta, la cartilla militar de campaña, el reloj con la esfera aplastada y las manecillas detenidas a las cuatro y media. Y varias hojas arrancadas del Eclesiastés.

—Lee tú, que no te trastabillas.

—«Los vivos saben que han de morir, empero los muertos no saben nada y no hay para ellos recompensa y su memoria ha sido dada al olvido.»

Juana se tumba en el jergón y observa las jácenas oblicuas del palomar. Cierra los ojos y se los oprime con los pulpejos de las manos hasta arrancarles espirales amarillas. El cansancio le impide dormir.

—Chacha, ¿adónde van los muertos?

—A ninguna parte, niña. Se quedan entre nosotros y nos mandan señales.

21

La mañana olía a ozono y lana húmeda. La llovizna empapaba la luz grisácea del amanecer y bruñía el piso de cemento sobre el que resbalaban las botas embarradas de los soldados; algunos trataban de cobijarse bajo la marquesina del apeadero. El tren correo, que había replegado a la primera compañía de voluntarios de Sevilla y al tercer tabor de regulares marroquíes de Larache, permanecía en la estación con las puertas abiertas.

La guerra había terminado.

Manuel Merchán saltó del vagón con las rodillas acorchadas por la inmovilidad. Volvió la cara hacia el cielo encapotado, y las agujas de agua en los párpados lo reconfortaron. Respiró una bocanada del aire limpio de abril y echó a andar sobre el andén con el petate al hombro, de un extremo al otro, desorientado, dejándose embotar por aquella sensación nueva y el ronroneo sordo de voces y abrazos en el entusiasmo desbravado de la victoria.

El traqueteo y el paisaje recorrido todavía le zumbaban en la cabeza. Para disipar el tedio del trayecto, desde Almadén hasta Sevilla, Merchán se distrajo memorizando las estaciones donde el tren detuvo su marcha. Deambulando sin propósito por la terminal, repetía para sus adentros los nombres que por sortilegio reanudaban dentro del cráneo el tableteo monótono y las sacudidas sobre los rieles que dejaban tras la ventanilla una estela de campos de labor abandonados y páramos baldíos: la geografía de la desolación. Almadenejos, Los Pedroches, Belalcázar, Cabeza de Buey,

empalme de Almorchón, Zújar, La Granjuela, empalme de Bélmez, Villanueva del Rey, Cerro Murriano, Córdoba, Palma del Río, Lora del Río, Los Rosales.

En el límite del andén, apartado de los demás militares que canturreaban y bebían Valdepeñas a gollete, Merchán se sentó sobre su atadizo y se echó la manta negra sobre la cabeza para protegerse de la lluvia. Las sombras bajo la manta de soldado le acentuaban las ojeras y le aristaban los pómulos. Reparó en la coincidencia de que la guerra hubiera comenzado y concluido en sábado, como si el tiempo hubiese permanecido congelado y la vida retomase su pulso justo en el horizonte, en el punto de fuga donde los raíles se fundían.

Decían que la guerra había terminado. En un fogonazo blanco, la boca se le llenó de espinas y vio al muchacho aterrado que fue —el pánico temblándole en las tibias— por las calles deslumbradas del centro de Sevilla con un papel entre los dedos con las señas del Pabellón del Uruguay, donde se alistaban los voluntarios para el Tercio. Merchán tenía las muñecas lastimadas por las dentelladas de la cuerda de cáñamo con que amarraban a los reos del *Cabo Carvoeiro*. Lo habían soltado del buque-prisión con la desconfianza palpitándole en la nuca. Al llegar al cuartel, se desmoronó.

—Venga, venga, fuera lloriqueos y levántate, que aquí lo que necesitamos son hombres. Que te rapen el pelo en la barbería por si traes piojos. Luego, lávate bien y ponte el uniforme. Cuando estés listo, pasa por la cocina, que algo te echarán de comer.

El recuerdo nítido del uniforme —a Merchán todo le venía grande— y las sobras de la tropa: pescadillas fritas que se mordían la cola con ojos de ciego. Masticó sin aliento la carne fría y salada del pescado concentrado en la tarea obsesiva de engullir. Las espinas le arañaban el paladar. La cabeza de la pescadilla triturada por la furia de los molares tenía un regusto amargo. Tragó, tragó y tragó, pescado y olvido. Solo en la cocina del cuartel, parapetado tras los peroles.

—Yo me hice fascista por un plato de pijotas.

A horcajadas sobre el petate, Merchán limpiaba de pelusa un pellizco escaso de tabaco que había extraído del bolsillo. Sacó de la guerrera una de

las últimas hojas que le restaban —las que Celestino había arrancado del Antiguo Testamento— para liarse el pitillo. Leyó con dificultad, deteniéndose en cada sílaba.

«Acuérdate de todo el camino que Yahvé, tu Dios, te hizo recorrer durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y para conocer lo que hay en tu corazón.»

El recuerdo del librero regresó envuelto en virutas de memoria calcinada.

—Esto se avinagra, muchacho.

Su mirada última. Lúcida en la alucinación, limpia, con brillo de guadañas.

—Haz por encontrarla, muchacho. Recuerda: la librería de viejo de la plaza Argüelles. No tiene pérdida, justo enfrente de los juzgados.

Merchán metió la mano en el hatillo y palpó la esfera aplastada del reloj que lo había acompañado durante toda la contienda.

—Acuérdate, muchacho, se llama Rosario. Pregunta por ella en el barrio.

Nunca encontraría a la madre del librero. La mujer falleció antes de que Merchán pudiera entregarle el reloj con las manillas aplastadas a las cuatro y media de aquella asfixiante madrugada de agosto.

La lluvia arreciaba. El tremedal del cielo se deshacía en barro sobre las gorras de los soldados. Merchán aspiró el humo del cigarro, y la fumada acre le hizo sentirse repentinamente viejo, vencido a los veinte años. Dirigió la vista hacia el apeadero buscando refugio bajo el voladizo atestado, y reparó en que el moro Hamito le estaba mirando con su sonrisa sin dientes. Apoyaba la espalda en una columna con gruesos roblones roídos de herrumbre y tenía las manos metidas en los bolsillos de los zaragüelles color garbanzo. Parecía llevar un rato observándole. Merchán le gritó: —¿Quieres fumar, califa?

El paisa denegó la invitación con un leve movimiento de cabeza.

Hamito. El eco de su voz. Alrededores de Madrid, Cerro de los Ángeles, Villaverde Alto. La artillería enemiga retumba en la caja de los pulmones, mientras Hamito, la alforja al hombro, repite la envolvente canción de su mercancía ajeno al estruendo de las bombas.

—Sedra fresca, agua tontona, papel escriba novia...

Hamito. Los moros lanzan alaridos aterradores en el combate cuerpo a cuerpo. Aledaños de Monterrubio: el cuerpo de la miliciana, apostada en el campanario con un fusil ametrallador, se desploma sobre las losas de piedra entre los bramidos de los regulares. La carne, que aún respira, cosida a bayonetazos y despojada de su envoltura. El sexo agonizante al aire. Los senos desmadejados. Los ojos muy abiertos y llenos de tierra. Los dedos codiciosos de los regulares. Los espasmos en las piernas blanquísimas de la mujer. La boca desdentada de Hamito.

Manuel Merchán cerró los ojos. Se despojó de la manta que le cubría la cabeza y dejó que el aguacero le calara las ropas.

La guerra había terminado.

22

La ciudad parece amordazada en su tristeza durante los domingos de enero. Grisalla de estación vacía en las sobremesas dilatadas, a esa hora en que los perros sin dueño hocican en las plazas solitarias y la brisa que sopla desde los muelles empaña el reflejo de las bombillas tras los ventanales. Las palabras resisten clavadas en la garganta como vidrios rotos, y pese a la congoja que le inflama el pecho, Juana juraría que hace un instante, cuando se marchó dejándole solo en la glorieta del parque, una mancha de profundo pesar ensuciaba los ojos del relojero.

La sola idea de no verle nunca más la destroza. Nunca más: dos astillas de una copa rota. Juana ha trazado varias vueltas —no sabría decir cuántas— al perímetro del parque de la Ciudadela, sonámbula, ciega, impelida por la inercia del propio movimiento. Si cesara de caminar, si se detuviera a recobrar la orientación, se desplomaría blanda sobre la acera.

Bar Ría de Vigo. Juana empuja la puerta acristalada y se acomoda en la única mesa libre, la más próxima a la luna que asoma a una calle colindante con el mercado del Borne, cerrado en domingo. Nunca ha entrado sola en una taberna: las ascuas que le arden en la garganta la acorazan contra el pudor.

—Arrastro de as.

—¡Otra vez! Pues sí que estamos listos contigo.

—Si es que no estáis por lo que hay que estar, y se os engallinan las cartas.

—Calla, tío vinagre.

El ronroneo de las voces la sustrae por un momento de la raíz del dolor. En la mesa trasera, a sus espaldas, cuatro hombres echan la partida con puntas de mondadientes y granos de maíz. Otro cliente observa el juego de pie, acodado en la barra y con una copa de anís en la mano. Domingo de hombres solos.

En la mesa del fondo, el tabernero y su mujer comen arroz a deshoras. Un cartel ocre de humo advierte: SE PROHÍBE EL CANTE Y LA PALABRA SOEZ. En el estante detrás de la barra, reposan recibos y una caja de aspirinas entre botellas grasientas. Un hueso de jamón cuelga de un garfio hincado en la balda.

—¿Qué le pongo, señorita? —el tabernero, con el jersey remangado hasta el codo y un delantal sucio que apenas le cubre los muslos, mastica arroz al final de la pregunta, encañona el mentón hacia delante y se limpia la comisura con el envés de la mano. El hombre hurga con curiosidad en los lagrimales irritados de Juana.

—Un coñac, por favor.

—¿Le echo sifón?

Juana deniega con la cabeza. La sorprende oírse a sí misma pidiendo un coñac. Ella, apocada, invisible, pequeña, con la culpa incrustada en la cerviz, sola en un bar un domingo por la tarde, poco antes de que abran los bailes.

—Nena, ponme un coñac, del de la malla, y tráeme una palangana con agua templada y un puñado de sal, que traigo los pies hinchados como botas.

Salud Monterde volvía de sus rondas retrepada en los zapatos blancos, las varices culebreando en las pantorrillas, las joyas dentro del bolso cruzado en bandolera y apretado contra la barriga.

—No te entretengas con el relojero. Que sepas que le da al alpiste y que no hará ni dos años que salió de la cárcel.

Los recuerdos, incluso los más brillantes, se emboscan en el lodazal de la memoria y afloran a la superficie cuando menos se los espera, conjurados, a traición, fugaces como la lumbre de un fósforo prendido en el número cinco de Baños Nuevos.

—Espera, espera a que saque las cerillas, no vaya a ser que tropieces. No hay luz en la escalera y a la que el sol mengua no se ve a un palmo de la nariz... Aguarda, no quiero que te lastimes. Yo podría subir hasta el piso tanteando la pared, con los ojos vendados y, si me empecinara, sin las muletas.

Y, de súbito, el chasquido en el vestíbulo a oscuras y el resplandor fosforescente que ilumina el perfil del relojero, la sombra azul de la barba rasurada que huele a camisa limpia, a canela, al sol de otoño. Las dos respiraciones se confunden en la intimidad del rellano que alumbra un fósforo. Esa tarde de domingo ya boquea su muerte sobre el cieno.

El tabernero se acerca a la mesa con la botella de Terry y la copa sujeta por el pie. De nuevo, escruta a la única clienta del local, esta vez con una hebra de compasión que Juana le agradece con una tímida caída de ojos. Al hombre que vierte generosamente el licor se le transparenta el pensamiento: las putas llevan zapatos de tacón, medias con costura y nunca lloran en domingo. La muchacha de la blusa blanca es una charnega recién llegada, plantada por el novio en la puerta del cine o con un muerto todavía caliente pegado a la espalda.

El alcohol aplaca los tizones que le abrasan la garganta. El primer trago de coñac la confirma en el mundo. Juana podría apurar la copa hasta las heces sin perder el equilibrio ni el sentido porque el dolor la mantiene inerte. Sentada en la silla plegable, observa los adoquines desiertos de la calle con la mejilla apoyada en el cristal.

El tabernero y la parroquia, concentrada en la partida, han dejado de prestar atención a la muchacha que se reencuentra a solas con el sufrimiento despellejado, todavía crudo, con las aspas voraces encerradas en el cerebro, obcecado en el empeño de recapitular, de regresar al principio y desmenuzar cada gesto, cada temblor mínimo, rozar siquiera el significado virgen de las palabras, de todas las palabras esparcidas desde la glorieta del parque hasta el día en que Juana y el relojero se conocieron. Uno, cien giros, hacia delante, hacia atrás, en círculos concéntricos, en zigzag.

—Las sardanas empiezan a las once en punto. ¿Podrás llegar a las once?

Te espero frente a la estación de Francia, y luego nos acercamos al parque de la Ciudadela. Hasta el domingo que viene, Juana.

En domingo, las mañanas del extrarradio huelen a puchero de garbanzos y a zotal. Juana se levanta la primera y escucha la respiración sosegada del pequeño José junto a los brazos tatuados del padre, detrás de la manta vieja que divide en dos la habitación y separa hembras y varones durante el descanso.

El agua acarreada desde la fuente, al pie de la loma, se calienta sobre la hornilla en cazuelas de los cupones Ahorro del Hogar —esmalte color corinto por fuera, celeste por dentro— que se canjean por enseres domésticos en la calle Muntaner. Desnuda, los pies en el barreño de zinc arrinconado en el patinillo, Juana se enjabona la piel aterida y observa las nubes sucias del suburbio y el muro que abre la boca hacia el cielo con dientes de botellas rajadas.

—Salgo con Azucena a ver las sardanas en el parque de la Ciudadela. No vendré a comer.

Cuesta abajo, el trazo exacto sobre el nacimiento de las pestañas, almidonada con harapos, las bragas de costuras burdas, hechas con remates de piezas escamoteadas en el taller, la belleza intacta de los veinte años, con urgencia de verle y casi feliz.

Juana y el relojero, sentados en un banco del parque, contemplan la danza. Las alpargatas blancas, impolutas, las cintas atadas a los tobillos. Abrigos y bolsos en el centro de los ruedos. Los círculos giran, se ensanchan, se expanden, laten y se contraen al ritmo monótono de la tenora. Juana y el relojero apenas conversan. Él parece nervioso y abstraído, acaso apenado; ella se concentra en el movimiento de los sardanistas: la frente alta y soberbia, las manos alzadas con restos de derrota y silencio entre los dedos. Los corazones bombean una sola sangre, los pies trazan y borran encajes de aire sobre la arena. Juana observa a los bailarines con admiración y con la certeza plácida y algo melancólica de quien nunca entrará en el círculo, del que no pertenece a lugar alguno, del ser extraviado, expulsado, exiliado de sí mismo.

Juana se atreve al fin a levantar la mano. Pide otro coñac que la ayude a reunir los añicos de la escena.

Sol de invierno en el parque. Aceitunas y dos vermouths con sifón. Matrimonios con criaturas que echan yeros a las palomas, soldados de permiso, ancianos, grupos de sirvientas endomingadas, las collas sardanistas y un muro de silencio entre los dos. Los cisnes que nadan sobre las aguas del lago artificial tienen costras de barro en el plumaje. Las palabras lijan las paredes de la garganta.

—No sé cómo decírtelo, Juana... Quizá no deberíamos volver a vernos.

Juana presiente la tempestad que se avecina más por el tono de la voz que por el mensaje. El relojero carraspea; no levanta la vista y, con la contera de la muleta derecha, dibuja una espiral sobre la arenisca. Las palabras rajan como cristales.

—Nadie te querrá como yo te quiero. Algún día lo entenderás.

Palabras y caricias podridas se quedan dentro. Todo fluye hacia el mismo lugar, hacia el desagüe, hacia el fondo, hacia las entrañas de la Tierra para alimentar los botones de las malvas.

—Yo no soy para ti; no tengo nada que ofrecerte. ¿Qué quieres? ¿Pobreza sobre pobreza? No puedo presentarme ante tu padre y decirle: mire usted, tengo una pierna rebanada, le llevo a su hija veinte años, estuve en la cárcel y ahora sobrevivo de trapicheos que no detallaré para evitar confundirle... Juana, sé consciente. Los dos sabíamos que esto ocurriría tarde o temprano.

El tabernero se acerca hasta la puerta acristalada y observa la calle vacía con las manos cruzadas en la espalda. Los jugadores abren otra partida y sus voces, los comentarios en torno a la mesa, delimitan el sufrimiento de Juana. La devuelven a la realidad.

—Cierra, Miguel, cierra.

—Chist, calla; los mirones son de piedra y dan tabaco.

Juana acaricia la copa con ambas manos y se detiene en las mordeduras que el sulfumán le dejó en la piel. Piensa en las del relojero, en el recuerdo de sus manos, ágiles y delicadas. No volverá a verlas. Tampoco sus ojos, entre el gris y el azul. Del mismo color que la lluvia y el acero.

—¿Por qué lloras? No llores, te lo suplico. Se me parte el alma.

Imágenes y retazos de conversación se le agolpan en el llanto. Juana se vacía en lágrimas.

—A mí me duele esta separación más que a ti.

Saborea las últimas caricias en la cocina del número cinco de Baños Nuevos, el zumbido del gas, las palabras y los colores aprendidos con él, los paseos Rambla abajo hasta el mar. El sol les daba en la cara.

—Eres tan limpia, tan mujer, tan pura... Mereces algo mejor que yo. Yo sólo soy un cobarde, un derrotado. Además, Juana, a alguien que vive de un ladrón, dime, ¿qué le espera?

La brisa enredada en los toldos de la Barceloneta. La risa cómplice.

—No soy para ti, ¿comprendes? Tú eres viento, y al viento no se le puede amarrar.

La mujer del tabernero barre el serrín y las colillas amontonadas en el suelo. Se acerca a la mesa de Juana, y ésta levanta los zapatitos lili para que pase la escoba bajo sus pies. Ambas se miran; Juana aparta la vista avergonzada. La mujer tiene acento gallego.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. No es nada, no se preocupe.

—Acabarías por aborrecerme. No quiero que me veas como a un ser patético; no podría soportarlo. Tú amargada y yo mirándote los senos con una sonrisa estúpida, llena de babas. ¡Eres tan joven todavía!

El relojero la ama porque la posibilidad del engaño le dolería aún más. Juana se aferra a esa certeza; es lo único que le queda.

—Te estoy haciendo daño, y eso es precisamente lo que menos deseo en esta vida.

No la llorará —Juana nunca ha visto llorar al relojero—, pero tal vez su rostro no vuelva a iluminarse, Juana lo imagina en los días por venir, solo en la oscuridad de Baños Nuevos, y *Proudhon* ronroneando a sus pies. Liberto Pech saldrá a fumar al balcón en las tardes de verano. Leerá. Recitará poemas en voz alta. Hablará solo.

Se cortará otra vez al afeitarse. Restregará sus ropas en la bañera. Saltará a la pata coja sobre el mosaico. Apurará cien garrafas y maldecirá a

Salud Monterde. Sentado a la mesa de trabajo, con la visera y la lupa en el ojo, acariciará en silencio el recuerdo de Juana. Concentrado, las persianas corridas, contemplará la piedra que envuelve en terciopelo, una piedra que encierra llamaradas de fuego en el interior.

—Mira, Juana, aquí, bajo la lámpara. ¿Lo ves? Esto es la belleza.

En invierno, las tardes de domingo son un simulacro. Pronto, el farolero prenderá las luces y Juana encaminará sus pasos hacia la parada del tranvía. Después, el trole y el descampado. La esperan casi dos horas de trayecto. Juana respira hondo. Se pregunta si le quedan fuerzas para arrastrar el dolor por la cuesta del suburbio.

—¿Qué le debo, señor?

—Tres reales. Sólo le cobro un coñac; al otro, invita la casa.

23

Llueve. Cae agua minuciosa sobre el caparazón de la ciudad desde que Juana despegó las pestañas al mordisco de amanecer recortado en el tragaluz. Todas las mañanas, cuando el cordobés enciende el primer Bisonte —las bestias acechan apezuñadas en la cuesta del suburbio— y avisa a Merchán repicando en el ventano que aboca al patinillo, el padre descorre la manta vieja que divide en dos la habitación para que las telarañas de luz vayan despertando a Juana y a sus hermanas.

Nuevo día laborable. Seis muchachas iguales, con la misma nariz, descienden la pendiente encharcada bajo la llovizna que cala los paraguas de varillas desarboladas. Isabel, empinada en los tacones de aguja, se hunde en el barro. Juana restriega contra el estribo del trolebús la rebaba de fango pegada a las suelas de los zapatos; el esparadrapo se le ha extraviado en la barranca.

La lluvia es circular y regresa del pasado. La que se abate ahora sobre la grisura de la ciudad es la misma que empantana la memoria y la diluye en una aguaza turbia que justifica la existencia. Es la misma lluvia implorada de la infancia, cuando el cura sacaba en andas a la Virgen de los Desamparados para que se apiadara de los secarrales cuarteados de olivos y rajase las nubes con los florones de la corona. Es la misma tormenta que anunció el nacimiento del pequeño José, mientras Chachachica, junto a los cristales anegados, se santiguaba con el resplandor de cada relámpago. Es el mismo

diluvio que barrió las azoteas del pueblo la mañana de marzo en que expiró el glorioso teniente general laureado don Gonzalo Queipo de Llano, y el padre regresó borracho a la córrala y cayó desplomado sobre su vómito y las macetas del patio. La lluvia es siempre la misma y arrastra consigo el eco de una voz sin rostro, despojada ya del acero azulgris de la mirada, de las arrugas verticales que delimitaban el territorio de la boca. Es la misma lluvia que mojaba los besos a resguardo bajo un portal, la misma lluvia que empapa ahora un dolor íntimo, arrinconado, domesticado por la costumbre de convivir con él, un dolor agazapado en las puntas de los dedos que, hora tras hora, día tras día, repasan tiras de ojaes.

Las gotas dibujan venas temblonas de mercurio en los ventanales del taller y percuten sobre la uralita con un rumor sucio de algas y tablones hinchados. Las trabajadoras se afanan por rasgar el celofán de la modorra y completar el pedido antes de que culmine la jornada. Es día de cobro en Confecciones Casals.

—¿Qué te pasa, juana? Llevas una temporada como ausente; no eres tú.

—Nada. Será que añoro el pueblo.

—Eso se lo dirás a otra, guapa. Estás rara.

—No me pasa nada. Cosas mías.

—Te contaré algo para que te rías. ¿Sabes que quitamos a la Socorro de solterona?

—¿A la Socorro?

—A la misma que viste y calza. ¿Por qué te crees que se ha pedido los días de fiesta? Pues para traerse a su madre de Málaga a que la ayude a montar la casa y la boda... Lo que nunca te imaginarías es quién la pretende.

—No se me ocurre.

—Agárrate: el encargado, Braguetamierda.

Agustín Aiguadé —las manos en los bolsillos del mono y la punta de una feria apagada entre los dientes— observa a través de una cristalera cómo el aguacero desdibuja el patio del almacén. La campana atruena sobre el estrépito de los telares, sobre las hilas de vapor, sobre la pátina morada de los fluorescentes, sobre las voces de las obreras, por encima del ruido de

sillas arrastradas y de los flexos que iluminan los dedos de las repasadoras.

En las noches de lluvia el trolebús regresa arrepentido al arrabal. Atraviesa con lentitud el paisaje de aluvión que devora los límites borrosos de la ciudad; avanza con una pereza invertebrada de oruga, atestado de cansancio y gabardinas baratas. Juana camina del brazo de Isabel, vacilante sobre la vertical de los tacones, por detrás de las hermanas pequeñas, que ya remontan los últimos metros del repecho sin farola alguna que ilumine el tanteo de los pies sobre el barro.

Manuel Merchán se incorpora al escuchar los chirridos de la puerta.

—¡Sí que habéis tardado! Ya estaba por acostarme.

Las seis hijas se camuflan en la estrechez de la casa compartida con los cordobeses. Una a una, entran en la habitación contigua a la cocina, se desprenden de bultos y gabanes, y depositan los sobres con la mensualidad —los seis nombres escritos a lápiz con la caligrafía burda del señor Aiguadé— en una caja de zapatos colocada en la primera balda del armario sin puertas. El pequeño José, sentado a la mesa de la cocina, lanza bostezos de gato con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

Manuel Merchán enciende la hornilla. La humedad del suburbio reblandece la cabeza raquídea de los fósforos. El padre lleva puesta la americana gris encima de la camiseta de tirantes con la que duerme, y las mangas apenas le cubren el antebrazo. A Merchán la ropa nunca se le acomoda al cuerpo: demasiado estrecha o muy corta; a veces, la tela lo envuelve con la desmaña de un paquete olvidado en una consigna de estación. Con el zapato salpicado de yeso, el padre busca el centro del lebrillo de zinc para ajustarlo al eje de la gotera que ha perforado el techo de la cocina.

El cordobés apura el vaso de vino y se retira de la mesa para dejar espacio a la cena de las muchachas. Su mujer, Soledad Naranjo, desconecta la plancha enchufada a la bombilla y recoge los avíos: la plancha, la manta raída, los trapos aún calientes y el cuenco con agua. La Solé busca los ojos de Juana: tiene algo importante que contarle. Las dos miradas se entienden por encima de la angostura.

—Haz el favor de ayudarme a llevar la ropa a la habitación.

Juana advierte urgencia en el deje de la Solé. Con las puntas de los dedos, coge la camisa del cordobés, que cuelga por las sisas en el respaldo de la silla. Imagina que la Solé querrá quejarse de alguna travesura del pequeño José o pedirle dinero en préstamo para mandárselo al hijo a Ifni o contarle que deberán estrecharse aún más porque está por llegar, para quedarse, un primo de Montilla que busca colocación. Juana se muerde los pellejos rescos del labio inferior dispuesta a escuchar. Sólo desea estirar la espalda sobre el colchón compartido.

—Lucas, sal del cuarto, que la Juana y yo tenemos que hablar un momento... Cosas de mujeres.

El cordobés se coloca los pantalones sobre los calzoncillos con la obediencia de un perro triste. Coge el paquete de Bisonte, que había depositado sobre la silla que hace las veces de mesica, con la intención de salir al relente de la barranca. Manuel Merchán remueve la sartenada de patatas con gestos de espantapájaros. El chisporroteo alegre del aceite despista a la noche.

—¿No te habías acostado ya, compadre?

—Nada, que me han entrado ganas de fumar.

Juana apoya las nalgas en el filo de la cama donde duerme el matrimonio cordobés. La habitación huele a caldo de gallina y a cuerpo estragado. La Solé, de espaldas a la cama y en cuclillas, rebusca dentro de la maleta tendida sobre el piso de cemento. Se mueve deprisa. Todo cobra sentido entre sus manos.

—Esta mañana vino un hombre preguntando por ti —Soledad baja el tono de la voz—. No me figuro cómo el pobre infeliz pudo repechar la cuesta con esa cojera, arrastrando dos muletas, lloviendo como está y con el barrizal que se forma aquí. Era muy alto, y le faltaba una pierna al pobre hombre.

—¿Y qué dijo?

—Preguntó por ti, y yo le contesté que sí, claro, que vivías aquí, pero que te habías ido a la fábrica y que no volverías hasta la noche. Muy educado, el hombre, muy educado. Lo invité a pasar y quise prepararle algo caliente,

porque llegó empapado. Pero no hubo forma. Dijo que no quería molestar y no pasó de la cancela. Me pidió que te diera esto en cuanto volvieras, y se fue chorreando vivo cuesta abajo. Tú me dirás, ¿cómo iba a llevar paraguas con dos muletas?

La mano de la Solé extiende un sobre y un paquete minúsculo envuelto en papel de seda que Juana reconoce a distancia: CONFITERÍA LA SUIZA. Una mezcla de curiosidad y compasión achica los ojos de la convecina. Juana baja la vista y se encoge sobre sí misma. La sangre se le concentra en las mejillas.

—Yo me salgo afuera. Así estarás tranquila. Quédate todo el rato que quieras. Y no te preocupes, que mi Lucas no entra.

—Gracias.

La luz de la bombilla cubre la habitación con gasas de hospital. Juana, empequeñecida, deslía el paquete. Le corretean hormigas rojas en la lengua. Las manos tiemblan al rasgar el sobre. Afloran unas pocas líneas escritas en el reverso de un recibo de la luz.

Querida Juana:

Esta debería ser una carta llena de dolor, pero en el último momento he decidido cambiarla por algo más breve: te amo.

Dentro del paquetito encontrarás un anillo de oro que hice para ti. Guardé motas de oro con la intención de hacerles un regalo a tus manos diminutas. Es una sortija modesta, aunque espero que te guste. Quiero imaginarla ciñendo tus dedos de niña, tus dedos quemados de princesa, saturándose de tu olor a violetas amarillas. Estoy seguro de que es tu medida: conozco de memoria tus manos. Engasté en ella la piedra que guardaba en el cajón de la mesa de trabajo, la que escamoteé a Salud Monterde. La flor de loto, la *padparadscha*, ¿recuerdas? Ese zafiro naranja es como tú: hermoso, imposible, diferente, un capricho de la naturaleza, con todos los colores del cielo encerrados en su interior. Belleza en estado puro... Juana, sé libre. Sé feliz.

Tuyo siempre, Llibert

El insomnio hierve bajo los párpados. Las sábanas intentan en vano apagar los rescoldos del cerebro que arde en la pobre intimidad de la cama. Los latidos del despertador se deshacen en la oscuridad con una lentitud enervante, idénticos a gotas de cera derretida. El coro de respiraciones perfora el silencio abigarrado del cuarto. El aliento caliente de Isabel en la nuca. La piel sedosa del seno acaricia el anillo, oculto en la cazuela del sostén, cobijado como el último hálito del ser amado. Juana querría lamer la sortija, masticarla, deglutirla y enterrarla en el fondo del estómago.

El dolor ya no duele; simplemente, está.

Juana nunca ha deseado con tanta fuerza el estallido de la mañana, que los objetos recobren los perfiles, que el barrio la envuelva con sus olores y voces domésticas, que la vida la empuje más allá de los cielos de barro del suburbio. Sí, descender la cuesta al trote y fichar en el taller con el primer dolor calcinado en el pecho.

Llueve, sigue lloviendo sobre el arrabal. Y la lluvia es la única certeza.

Agradecimientos

A Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro (Un año con Queipo); Manuel Barrios (El último virrey. Queipo de Llano); Francisco Espinosa Maestre (La justicia de Queipo); Ronald Fraser (Blood of Spain. An Oral History of the Spanish Civil War); Ian Gibson (Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936); Nicolás Salas (Morir en Sevilla); y César Vidal (Recuerdo mil novecientos treinta y seis...). A sus rigurosos trabajos de investigación, a su esfuerzo y horas invertidas en la reflexión, porque, sin ellas, me habría resultado prácticamente imposible urdir la ficción en torno a la figura del capitán Manuel Díaz Criado (1898-1947) y a la brutal represión acaecida en las tierras del sur durante la guerra civil. A todos ellos, gracias.



OLGA MERINO, nació en Barcelona en 1965. Estudió Ciencias de la Información y un máster de especialización en Historia y Literatura Latinoamericanas en el Reino Unido. Ha residido en Londres y Moscú, donde fue corresponsal durante cinco años para El Periódico de Catalunya, y vivió la transición del régimen soviético a la economía de mercado. En 1999 publicó su primera novela, Cenizas Rojas, con gran éxito de crítica, y en 2004 Espuelas de papel. En 2006 obtuvo el Premio Vargas Llosa NH por el cuento Las normas son las normas. Sus novelas han sido traducidas al italiano, neerlandés e inglés.